

Cecelia Aherm

Autora de *Posdata: te quiero*

*El año en que
te conocí*



Lectulandia

Jasmine tiene dos pasiones: su hermana y su trabajo. Cuando la despiden, se da cuenta de que ha perdido el rumbo de su vida. Durante las noches de insomnio, se entretiene observando a través de su ventana las escenas que monta su vecino, Matt. Este, un locutor de radio, también se ha visto forzado a dejar de trabajar después de que una de sus entrevistas terminara en escándalo...

Jasmine tiene muchas razones para detestar a Matt, y el sentimiento parece ser mutuo. Una Nochevieja, sus caminos coinciden. Y a medida que avanza el nuevo año, una amistad inesperada empieza a florecer...

Lectulandia

Cecelia Ahern

El año en que te conocí

ePub r1.0
Titivillus 11.06.16

Título original: *The Year I Met You*

Cecelia Ahern, 2014

Traducción: Borja Folch

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para mi amiga Lucy Stack.

Justo cuando la oruga creyó que el mundo terminaba, se convirtió en
mariposa...

Nuestra mayor gloria no reside en no caer nunca, sino en levantarnos cada vez que caemos.

CONFUCIO

INVIERNO

*La estación intermedia entre el otoño y la primavera, que en el hemisferio norte comprende los meses más fríos del año: diciembre, enero y febrero.
Temporada de inactividad o decadencia.*

1

Tenía cinco años cuando me enteré de que iba a morir.

No se me había ocurrido pensar que no viviría para siempre. ¿Por qué iba a pensarlo? El tema de mi muerte nunca se había mencionado, ni siquiera de paso.

Mi conocimiento de la muerte no era escaso; los peces de colores morían, lo había aprendido de primera mano. Si no los alimentabas, morían, y también morían si les dabas demasiada comida. Los perros morían cuando se echaban a correr delante de los coches; los ratones morían cuando los tentaba el chocolate HobNobs que poníamos en la ratonera de nuestro guardarropa, debajo de la escalera; los conejos morían cuando escapaban de sus conejeras y eran presa de zorros malvados. Descubrir sus muertes no suponía un motivo de alarma para mí; aun teniendo cinco años sabía que eran animales peludos que hacían tonterías, cosa que yo no tenía intención de hacer.

Por eso me perturbó tanto enterarme de que la muerte también me encontraría a mí.

Según mi fuente, si la suerte me sonreía, la razón de mi muerte sería exactamente igual que la de mi abuelo. De vieja. Oliendo a tabaco de pipa y a pedos, con bolitas de pañuelo de papel pegadas al bigote incipiente de tanto sonarse la nariz; rayas negras de mugre debajo de las uñas por trabajar en el jardín; los ojos amarillentos que me recordaban la canica de la colección de mi tío que mi hermana solía chupar hasta que se la tragaba, haciendo que papá fuese corriendo a rodearle la barriga con los brazos y estrujarla hasta que la escupía. De viejo. Con pantalones marrones subidos por encima de la cintura hasta su abultado pecho, que parecía el de una mujer, dejando a la vista una panza fofa y los estrujados testículos a un lado de la costura de los pantalones. De viejo. No, no quería morir como había muerto el abuelo, pero, según me reveló mi fuente, morir de vieja era lo mejor que podía pasarme.

Supe de mi muerte inminente por boca de mi primo mayor, Kevin, el día del funeral del abuelo mientras estábamos sentados en la hierba al fondo de su alargado jardín, con sendos vasos de limonada en la mano, tan lejos como podíamos estar de nuestros afligidos parientes, que parecían escarabajos peloteros en lo que al parecer era el día más caluroso del año.

La hierba estaba cubierta de dientes de león y margaritas y era mucho más alta de lo habitual, pues la enfermedad había impedido que durante sus últimas semanas de vida el abuelo mimara el jardín. Recuerdo que sentí pena por él, poniéndome a la defensiva, porque, con tantos días como había para mostrar su hermoso jardín trasero a los vecinos y amigos, aquel día no presentaba el grado de perfección al que el abuelo aspiraba. Poco le habría importado no estar presente. No le gustaba mucho hablar, pero al menos se habría encargado de ofrecer una espléndida presentación y después se habría esfumado para escuchar los elogios desde algún rincón, lejos de todos, tal vez en el piso de arriba con la ventana abierta. Habría fingido que le tenían

sin cuidado los halagos, pero no sería verdad, y en el rostro luciría una sonrisa de satisfacción a juego con las rodillas manchadas de hierba y las uñas negras. Alguien, una señora anciana que apretaba con fuerza las cuentas de un rosario, dijo que sentía su presencia en el jardín, pero yo no la percibía. Estaba segura de que el abuelo no se encontraba allí. Le habría molestado tanto el aspecto de su jardín que no lo habría soportado.

La abuela rompía los silencios con frases como «Sus girasoles florecen de maravilla, Dios lo tenga en su gloria» o «No llegó a ver sus petunias en flor». A lo que el sabelotodo de mi primo Kevin respondía mascullando: «Sí, ahora su cuerpo sirve para abonarlas».

Todos reían por lo bajo; todo el mundo se reía siempre de las cosas que decía Kevin, porque Kevin era guay, porque Kevin era el mayor, me llevaba cinco años y con sus estupendos diez decía cosas malvadas y crueles que ninguno de los demás nos atrevíamos a decir. Aunque no lo encontráramos divertido nos constaba que más valía reír, porque de lo contrario no tardaría en convertirnos en blanco de su crueldad, que fue lo que hizo conmigo aquel día. En aquella ocasión excepcional no me pareció divertido que el cuerpo del abuelo estuviera bajo tierra, ayudando a crecer a sus petunias, y tampoco me pareció una señal de crueldad. Vi una especie de belleza en esa imagen, una plenitud y justicia encantadoras. Aquello era exactamente lo que más le habría gustado al abuelo, ahora que sus dedos, largos y gruesos como salchichas, ya no podían contribuir a la floración del hermoso jardín que constituía el centro de su universo.

Fue el amor del abuelo por la jardinería la razón de que me pusieran de nombre Jasmine. Fue lo que le llevó a mi madre cuando la visitó en el hospital el día que nació: un ramo de flores arrancadas del emparrado que él mismo había hecho y pintado de rojo y que cubría la sombría fachada posterior, envueltas con papel de periódico y cordel marrón, con la tinta del críptico crucigrama a medio terminar del *Irish Times* corrida por el agua de lluvia que cubría los tallos. No se trataba del jazmín de verano que todos hemos oído en carísimas velas perfumadas y ambientadores sofisticados; yo era un bebé nacido en invierno y, por lo tanto, los jazmines de invierno, con sus pequeñas flores amarillas semejantes a estrellas, abundaban en su jardín para ayudar a alegrar la apagada y gris estación. No creo que el abuelo pensase en la trascendencia del gesto, como tampoco creo que se sintiera especialmente honrado con el homenaje que mi madre le rindió al ponerme el nombre de la flor que le había regalado. Me parece que él encontraba raro que llamaran así a una niña, pues se trataba de un nombre que no designaba a una persona, sino cosas naturales que había en su jardín, pero no a una persona. Con un nombre como el de Adalbert, santo que fue misionero en Irlanda, y siendo su segundo nombre Mary, no estaba acostumbrado a los nombres que no figuraban en la Biblia. El invierno anterior había llevado brezo a mi madre cuando mi hermana nació, así que se llamó Heather^[1]. No fue más que un sencillo regalo por el nacimiento de mi hermana, pero hace que me pregunte las intenciones

que tuvo el abuelo a propósito de mi nombre. Cuando lo investigué, descubrí que el jazmín de invierno es pariente directo del brezo que florece en invierno, otra planta que aporta color a los jardines invernales. No sé si se debe a él o a su manera de ser, pero, por lo general, siempre he esperado que las personas silenciosas tuvieran una magia y una sabiduría de las que carece la gente menos reservada; que su no decir algo signifique que por su cabeza discurren pensamientos más importantes. Quizá su aparente simplicidad no deje traslucir un mosaico secreto de pensamientos extravagantes y, entre ellos, el de que mi abuelo quisiera que me llamase Jasmine.

De nuevo en el jardín, Kevin tomó por desaprobación el que no me riera con su chiste macabro, y no había cosa que le disgustara o temiera más, de ahí que volviera su mirada de loco hacia mí y dijese:

—Tú también morirás, Jasmine.

Sentada en un corro de seis niños, de los que yo era la más pequeña, con mi hermana girando sobre sí misma a pocos metros y gozando como una posesa al marearse y caer, con una cadeneta de margaritas en el tobillo y un nudo tan enorme en la garganta que no sabía si me había tragado un abejorro gigante de los que revoloteaban en el arriate de flores que teníamos al lado, intenté asimilar el hecho de mi futuro fallecimiento. Los demás habían quedado pasmados ante las palabras de Kevin, pero en lugar de salir en mi defensa y negar aquel espantoso anuncio premonitorio, me miraron fijamente con tristeza y asintieron. «Sí, es verdad —conviniéron con aquella mirada—. Vas a morir, Jasmine».

Aprovechando mi prolongado silencio, Kevin entró en detalles, hurgando más en la herida. No solo moriría, sino que antes tendría cada mes, durante el resto de mi vida, una cosa que se llamaba periodo, que me causaría dolores y sufrimientos espantosos. Entonces aprendí cómo se hacían los bebés, gracias a una explicación bastante exhaustiva que encontré tan repugnante que durante una semana apenas pude mirar a los ojos a mis padres, y después, para echar sal sobre mis heridas abiertas, me fue comunicado que Santa Claus no existía.

Intentas olvidar esa clase de cosas, pero yo esa clase de cosas no podía olvidarlas.

¿Por qué menciono este episodio de mi vida? Bueno, es cuando comencé a ser yo. Cuando yo, tal como me conozco, tal como me conocen los demás, me formé. Mi vida comenzó a los cinco años. Saber que iba a morir me inculcó algo que aún sigue vigente: la conciencia de que, a pesar de la infinitud del tiempo, mi tiempo era limitado, se estaba acabando. Me di cuenta de que una hora mía no es igual a la de otra persona. No podemos pasarla ni pensar en ella de la misma manera. Haz con la tuya lo que quieras, pero a mí no me arrastres a tu hora; no tengo ni una que desperdiciar. Si quieres hacer algo, tienes que hacerlo ya. Si quieres decir algo, tienes que decirlo ya. Y, lo que es todavía más importante, tienes que hacerlo tú misma. Se trata de tu vida, eres tú quien la pierde, eres tú quien muere. Adquirí el hábito de hacer cosas, de hacer que sucedieran cosas. Trabajaba a tal ritmo que a menudo quedaba tan agotada que a duras penas podía atrapar un momento para ser una

conmigo misma. Me perseguía sin tregua, pero rara vez me alcanzaba; era rápida.

Aquella tarde, después de nuestra reunión en la hierba, me llevé un montón de cosas conmigo, y no solo las margaritas que colgaban de mis muñecas y tobillos y que llevaba trenzadas en el pelo cuando seguimos a los acalorados dolientes que se dispersaban y entraban de nuevo en la casa. En el fondo de mi corazón tenía mucho miedo, pero poco después, de la manera en que solo un niño de cinco años es capaz de asimilarlo, el miedo me abandonó. Siempre que pensaba en la muerte veía al abuelo Adalbert Mary debajo del suelo, cultivando todavía su jardín pese a no estar allí, y eso me infundía esperanza.

Cosechas lo que siembras, incluso en la muerte. Y por eso me puse a sembrar.

2

Me quedé sin trabajo. Me despidieron seis semanas antes de Navidad, lo que en mi opinión es un momento sumamente indigno para librarse de alguien. Habían contratado a una mujer para que me despidiera en nombre de ellos, una de esas agentes externas, cualificadas para deshacerse de los empleados superfluos como era debido, evitando a la empresa una escena, una demanda o su propia vergüenza. Me llevó a almorzar a un lugar tranquilo, dejó que pidiera una ensalada César, mientras que ella no pidió más que un café solo, y se quedó allí sentada, observando como casi me atragantaba con un picatoste mientras me informaba de mi nueva situación laboral. Supongo que Larry sabía que no aceptaría la noticia si me la daba él mismo o algún otro miembro de la empresa, que intentaría convencerlo de que cambiara de idea, de que amenazaría con ponerle una demanda o, sencillamente, le daría un bofetón. Había intentado dejarme morir con honor, solo que no me sentí precisamente honrada al marcharme. Que te despidan es un asunto público, tienes que decírselo a la gente. Y si no tienes que decírselo es porque ya lo sabe. Sentía vergüenza. Aún la siento.

Comencé mi vida laboral como contable. Desde la madurez de mis veinticuatro años trabajé en Trent & Bogle, una gran compañía en la que permanecí un año para luego pasar repentinamente a Start It Up, donde daba consejo y orientación financiera a individuos que deseaban poner en marcha su propio negocio. Con la mayoría aprendí que siempre hay dos historias para referir una misma actividad: la historia que se hace pública y la verdad. La historia que yo cuento es que al cabo de dieciocho meses me marché para montar mi propio negocio porque me habían inspirado tanto quienes pasaban por mi despacho que me abrumaba el deseo de hacer realidad mis propias ideas. La verdad es que estaba harta de ver a personas que no lo hacían bien; la búsqueda de la eficiencia siempre fue mi acicate, y por eso monté mi propia empresa. Tuvo tanto éxito que alguien me propuso comprarla. De modo que la vendí. Después monté otra empresa y también la vendí. Enseguida desarrollé mi idea siguiente. La tercera vez ni siquiera dispuse de tiempo suficiente para desarrollar la idea, porque alguien se enamoró del concepto, o detestaba que se convirtiera en un serio competidor del suyo, y la compró directamente. Eso me condujo a establecer una relación laboral con Larry, a mi más reciente empresa de nueva creación y al único empleo del que me han despedido. El concepto del negocio no se ajustaba a mi idea inicial, sino a la de Larry, desarrollamos la idea juntos, fui cofundadora y alimenté a aquel bebé como si hubiese salido de mi propio útero. Lo ayudé a crecer. Lo observé madurar, desarrollarse más allá de nuestros sueños más ambiciosos, y después me preparé para cuando llegara el momento de venderlo. Lo cual no sucedió. Me despidieron.

El negocio se llamaba Idea Factory, y ayudábamos a organizaciones a desarrollar las suyas propias. No éramos una consultoría. O bien tomábamos sus ideas y las

mejorábamos, o bien creábamos las nuestras, las desarrollábamos, las implementábamos y nos encargábamos de que evolucionaran por completo. La gran idea podía ir desde montar el *Daily Fix*, un periódico para una cafetería barrial con artículos sobre asuntos de la zona, una publicación que ayudaría a los negocios, escritores y artistas del barrio, hasta la decisión de un *sex shop* de vender helados, idea que, siendo mía, supuso un éxito tremendo tanto en lo personal como en lo profesional. No sufrimos estragos durante la recesión, al contrario, subimos como la espuma. Porque si había algo que las empresas necesitaran para salir adelante en el clima imperante, era imaginación. Vendíamos nuestra imaginación, y eso a mí me encantaba.

Cuando lo analizo ahora, en estos días de inactividad, me doy cuenta de que mi relación con Larry había comenzado a romperse tiempo atrás. Yo me encaminaba, tal vez a ciegas, hacia la venta de la empresa, tal como había hecho en tres ocasiones, mientras que él planeaba quedársela. Un gran problema, visto en retrospectiva. Creo que insistí demasiado, buscando partes interesadas cuando en el fondo sabía que él no estaba interesado, y eso lo sometió a una presión excesiva. Larry creía que «llevar a cabo» significaba continuar cultivando, mientras que yo creía que significaba vender y empezar de nuevo con algo diferente. Yo promovía un proyecto sabiendo que tarde o temprano le diría adiós; él lo promovía para conservarlo. Si se considera cómo se comporta con su hija adolescente y su esposa, salta a la vista que esa es su filosofía para prácticamente todo. Conservar, no desprenderse. Jamás ceder el control. De ninguna de las maneras.

Tengo treinta y tres años y trabajé allí durante cuatro. Nunca tuve un día de baja por enfermedad, una queja, una acusación, nunca recibí una advertencia, nunca una aventura fuera de lugar, al menos ninguna que tuviera consecuencias negativas para la empresa. Lo daba todo a mi trabajo, si bien en beneficio propio, puesto que lo hacía con gusto, pero eso no quita que esperase que la máquina para la que trabajaba me devolviera algo que recompensara mi integridad. Mi antigua creencia en que ser despedida no era un asunto personal se fundamentaba en que nunca me habían despedido, sino que había tenido que desprenderme de otros. Ahora entiendo que es algo personal, porque mi trabajo era mi vida. Los amigos y colegas me han dado un apoyo increíble, lo cual me lleva a pensar que si alguna vez tengo cáncer, quiero tratarlo a solas, sin que nadie lo sepa. Hacen que me sienta como una víctima. Me miran como si fuese la próxima persona que va a tomar el avión hacia Australia para convertirse en la próxima persona con más titulación de la requerida para trabajar en una plantación de sandías. Apenas han transcurrido dos meses y ya estoy cuestionando mi validez. No tengo una meta, nada a lo que contribuir a diario. No puedo evitar sentir que solo estoy recibiendo cosas del mundo. Me consta que es a corto plazo, que más tarde o más temprano volveré a desempeñar ese papel, pero así es como me siento ahora mismo. En resumidas cuentas, han transcurrido casi dos meses y me aburro. Soy una persona dinámica y prácticamente no he estado haciendo

nada.

Todas las cosas que soñaba hacer durante el tiempo que estuve atareada y estresada ya las he hecho. Casi todas el primer mes. Me fui de vacaciones poco antes de Navidad y ahora estoy bronceada y tengo frío. Me vi con mis amigas (todas ellas madres de baja por maternidad o de baja prolongada por maternidad o de baja del tipo no sé si querré volver al trabajo alguna vez) para tomar café a unas horas del día en que nunca antes había tomado café en un lugar público. Me sentía como si estuviera haciendo novillos, y fue maravilloso al principio. Luego dejó de ser tan maravilloso y empecé a fijar mi atención en quienes servían café, limpiaban mesas, preparaban bocadillos. Trabajadores. Todos trabajaban. He establecido lazos afectivos con todos los bonitos bebés de mis amigas, aunque la mayoría pasan el rato tendidos en colchonetas de colores que crujen cuando sin querer las pisas, mientras los bebés no hacen otra cosa que levantar las regordetas piernas, agarrarse los dedos de los pies, rodar sobre su costado e intentar volver a la posición inicial. Resulta divertido observarlos las primeras diez veces.

En siete semanas me han pedido en dos ocasiones que sea madrina, como si eso fuera a ayudar a ocupar la mente de la amiga que está sin trabajo. Ambas solicitudes fueron atentas y amables y me conmovieron, pero si hubiese estado trabajando no me lo habrían pedido porque no las habría visitado tanto ni conocería a sus hijos, y al final todo está relacionado con el hecho de que no tengo trabajo. Ahora soy la chica a la que todas sus amigas llaman cuando están desesperadas, con el pelo grasiento, apestando a olor corporal y a vómito de bebé, cuando dicen por teléfono en una voz tan baja que me pone la piel de gallina que tienen miedo de lo que van a hacer, de modo que corro a coger en brazos al bebé mientras se dan una ducha de diez minutos. He descubierto que una ducha de diez minutos y sentarse en el váter sin estar pendiente del reloj es mucho más importante para los padres novatos que la higiene personal.

Llamo espontáneamente a mi hermana, algo que antes nunca hacía. Esto la confunde sobremanera, y cuando estoy con ella pregunta constantemente qué hora es, como si hubiese estropeado su reloj biológico. Hice las compras de Navidad con tiempo de sobra. Compré auténticas tarjetas para felicitar las fiestas y las mandé por correo con la debida antelación; nada menos que doscientas. Incluso me encargué de la lista de regalos de mi padre. Soy supereficiente, siempre lo he sido. Por supuesto, también sé estar ociosa, me encanta tomarme dos semanas de vacaciones, me encanta tumbarme en la playa y no hacer nada, pero solo cuando yo lo decido, con arreglo a mis condiciones, cuando sé que después tengo algo aguardándome. Cuando las vacaciones terminan, necesito una meta. Necesito un objetivo. Necesito un desafío. Necesito un propósito. Necesito contribuir. Necesito hacer algo.

Adoraba mi trabajo y, para sentirme mejor por no poder seguir trabajando allí, intento concentrarme en lo que no echaré de menos.

Trabajaba principalmente con hombres. Casi todos eran unos gilipollas, algunos

eran divertidos, unos pocos eran agradables. No me gustaba quedar con ellos fuera del trabajo, cosa que quizá signifique que mi próxima frase no tiene sentido, aunque lo tiene. De un equipo de diez, me acosté con tres. De los tres, lamento haberme acostado con dos; el único con quien no lamento haberme acostado tiene muchos remordimientos por haberse acostado conmigo. Ya es mala suerte.

No echaré de menos a la gente del trabajo. La gente es lo que más me molesta del mundo. Me molesta que haya tanta gente que carece de sentido común, que sus opiniones puedan ser tan sesgadas y retrógradas, tan sumamente frustrantes, equivocadas, tan producto de la mala información y peligrosas que no soporto escucharlas. No soy quisquillosa porque sí. Me gustan los chistes que no son sobre ordenadores cuando resultan apropiados y es evidente que el chiste es a expensas de la persona que lo cuenta. Cuando una frase clave la dice alguien que se la cree a pies juntillas no es divertida, es ofensiva. No disfruto con un buen debate sobre lo que supuestamente está bien o está mal; preferiría que todo el mundo lo supiera desde el momento en que nace. La prueba del talón y una inyección de entendimiento.

Haberme quedado sin empleo me ha obligado a enfrentarme a lo que más detesto del mundo y de mí misma. En el trabajo podía esconderme, podía distraerme. Sin empleo, tengo que enfrentarme a las cosas, pensar en las cosas, cuestionar las cosas, encontrar la manera de resolver de verdad las cosas que he estado evitando durante tanto tiempo. Esto incluye lo que ocurre por la noche: no estoy segura de si antes me las arreglaba de algún modo para ignorarlo, si se ha incrementado o si mi inactividad ha provocado que me fascine, llegando casi a obsesionarme. Pero son las diez y faltan pocas horas para mi distracción de todas las noches.

Es Nochevieja. Por primera vez en mi vida, estoy sola. He decidido que sea así por varios motivos: en primer lugar, el tiempo es tan espantoso que no me veo con ánimo de salir después de que haya faltado poco para que me decapitara la puerta cuando la he abierto para recoger la cena tailandesa a domicilio de manos del valiente que ha desafiado a los elementos para traérmela. El pan de gambas estaba prácticamente disuelto y había derramado la salsa de las empanadillas en el fondo de la bolsa, pero me ha faltado valor para quejarme. Su mirada de desamparo a través de la puerta hacia la seguridad y el calor de mi casa me ha impedido mencionar el estado en que se encontraba el pedido.

Fuera, el viento sopla con tanta fuerza que me pregunto si no arrancará el tejado de cuajo. La verja del jardín del vecino de al lado da golpes sin cesar y me debato entre si salir a cerrarla o no, pero eso significaría verme zarandeada como los contenedores de basura que chocan entre sí en el pasaje lateral. Es el tiempo más tormentoso que este país, Irlanda, haya conocido jamás. Lo mismo ocurre en el Reino Unido, y Estados Unidos también recibe lo suyo. En Kansas están a menos cuarenta, las cataratas del Niágara se han congelado, Nueva York ha sufrido el ataque de un viento glacial conocido como vórtice polar, las caravanas no paran de aterrizar sobre los acantilados de Kerry, las ovejas caen arrastradas por el vendaval y yacen junto a

las focas varadas a orillas del mar. Hay avisos de inundaciones, desdichados reporteros empapados y con los labios azules que informan en directo y recomiendan a los residentes en zonas costeras que no salgan de casa. La carretera que conduce a casi todos los lugares a los que tengo que ir lleva dos días bajo el agua. En un momento en que deseo, necesito mantenerme ocupada, la Madre Naturaleza me obliga a aflojar el paso hasta dejarme paralizada. Sé lo que está haciendo: intenta que piense, y está ganando. De ahí que ahora todos mis pensamientos acerca de mí comiencen con un «Tal vez...», pues me estoy viendo obligada a pensar acerca de mí como nunca lo había hecho hasta ahora, y no estoy segura de si hago bien pensando lo que pienso.

Los ladridos del perro de enfrente apenas se oyen por encima del viento, me parece que el doctor Jameson ha vuelto a olvidarse de sacarlo. Se está volviendo un poco despistado, a no ser que se haya peleado con el perro. No sé cómo se llama este, pero es un Jack Russell. A menudo lo encuentro correteando por mi jardín, a veces caga, en ocasiones ha entrado en mi casa y he tenido que perseguirlo y devolvérselo al honorable caballero que vive al otro lado de la calle. Lo llamo «el honorable caballero» porque es un hombre bastante apuesto a sus setenta y tantos, médico de cabecera jubilado y que, para entretenerse, fue presidente de todos los clubes habidos y por haber, incluidos ajedrez, *bridge*, golf, críquet..., y ahora lo es de la empresa de mantenimiento de nuestro vecindario, que se encarga de recoger las hojas, de cambiar las bombillas de las farolas, de la vigilancia y demás cosas por el estilo. Siempre va bien vestido, con los pantalones perfectamente planchados, camisas, jersey de cuello de pico, zapatos lustrosos y el pelo repeinado. Me habla como si dirigiera sus frases por encima de mi cabeza, con el mentón levantado y mostrando las ventanas de la nariz como un actor de teatro aficionado. Pero nunca es abiertamente descortés, de modo que no me da pie a mostrarme grosera con él, solo a mantener las distancias. Distancia es lo único que puedo ofrecer a una persona a la que en verdad no entiendo. Hasta hace un mes ni siquiera sabía que el doctor Jameson tuviera un perro, pero estos días me he enterado de muchas cosas acerca de mis vecinos. Cuanto más ladra el perro por encima del viento, más me preocupa que el doctor Jameson se haya caído o haya salido volando hasta el jardín trasero de otro vecino como las camas elásticas que han ido saltando de jardín en jardín durante las tormentas. Me contaron que una niña encontró un columpio y un tobogán en su jardín trasero al despertar; creyó que era obra de Santa Claus, pero resultó que habían llegado desde cinco casas más allá.

No oigo la fiesta que se celebra al final de la calle, aunque puedo verla. El señor y la señora Murphy están celebrando su acostumbrada reunión familiar de Nochevieja. Siempre comienza y acaba con canciones tradicionales irlandesas, el señor Murphy toca el *bodhrán*^[2] y la señora Murphy canta con tanta tristeza que es como si estuviera sentada en un campo de patatas podridas por la plaga del tizón tardío. El resto de sus invitados se unen al canto como si se balancearan a bordo de un barco lleno de víctimas de la hambruna, surcando el proceloso mar hacia las Américas. No

me apena que el viento se lleve sus voces. Sin embargo, oigo otra fiesta que no puedo ver, probablemente a pocas calles de aquí; unas cuantas voces de quienes están lo bastante locos para salir a fumar bajan por mi chimenea junto con un distante ritmo de música festiva antes de que el viento se los vuelva a llevar; sonidos y hojas girando con violento frenesí ante mi puerta.

Me habían invitado a tres fiestas, pero sintiéndome como me siento no se me podía ocurrir nada peor que ir de celebración en celebración, buscando taxis en Nochevieja con este tiempo. Además, se supone que en estas fechas los programas de televisión son fantásticos, y, por primera vez en mi vida, quiero verlos. Me arrebujo con mi manta de cachemir, bebo un sorbo de vino tinto y me alegra haber tomado la decisión de estar sola, pensando que cualquiera que haya salido con este tiempo está loco. El viento ruge otra vez y alcanzo el mando a distancia para subir el volumen, pero en cuanto lo hago todas las luces de mi casa, incluida la del televisor, se apagan. Quedo sumida en la oscuridad y la alarma de la casa se dispara.

Echo un vistazo por la ventana y advierto que toda la calle se ha quedado sin electricidad. A diferencia de los demás, no me molesto en encender velas. Es una razón más para que vaya a tuestas hasta la escalera y suba a acostarme poco después de las diez. Miro el programa de Nochevieja en el iPad hasta que la batería se agota, luego enciendo mi iPod. Muestra una amenazadora raya roja; la poca carga que le queda disminuye tan deprisa que apenas disfruto escuchando las canciones. Entonces recurro a mi portátil, y cuando la batería de este también se agota, me entran ganas de llorar.

Oigo un coche en la calle y sé que ha llegado la hora de la actuación.

Salto de la cama y abro las cortinas. Las luces de toda la calle están apagadas, veo velas encendidas en unas cuantas casas, pero la mayoría de estas permanece a oscuras. Casi todos mis vecinos tienen más de setenta años y ya se han acostado. Confío en que, debido a la penumbra, nadie me vea. Puedo quedarme delante de la ventana con las cortinas abiertas y observar sin reservas el espectáculo que me consta que está a punto de empezar.

Miro fuera. Y te veo.

3

No soy entrometida, pero me pones difícil que no te observe. Eres un número de circo sin igual y no puedo dejar de ser tu público. Vivimos frente a frente en esta calle sin salida de Sutton, Dublín Norte, urbanización que se construyó en los años setenta a imagen y semejanza de los suburbios norteamericanos. Tenemos grandes jardines delanteros sin cercas ni setos, nada que los separe de la acera, ninguna verja o cualquier otra cosa que impida a una persona acercarse a nuestras ventanas. Los jardines delanteros son más espaciosos que los traseros, y de ahí que todos se tomen muy en serio su mantenimiento. Siempre están primorosamente podados, arreglados, abonados y regados, como si su vida natural hubiese sido domada por completo. Todos los vecinos de nuestra calle, salvo los ocupantes de tu casa y de la mía, están jubilados. Pasan un sinfín de horas en sus jardines, de modo que todo el mundo sabe quién viene y quién va y a qué hora. Yo, sin embargo, lo ignoro. Y tú también. Ni somos jardineros ni estamos jubilados. Debes de ser unos diez años mayor que yo, pero entre los dos hemos reducido la edad media de la calle unos treinta años. Tienes tres hijos, no estoy segura de qué edades, pero diría que uno es adolescente y que los otros dos todavía no han cumplido los diez.

No eres un buen padre; nunca te veo con ellos.

Siempre has vivido enfrente, desde el día en que me mudé, y siempre me has molestado sobremanera, pero ir a trabajar cada día y todo lo que eso traía aparejado —distracción y saber que había cosas más importantes en el mundo— hizo que no me importara, que no me quejase, que no saliera resueltamente en tu busca y te diera una paliza.

Ahora me siento como si viviese en una pecera y lo único que veo y oigo desde mis ventanas eres tú. Tú, tú y tú. De modo que a las dos y media de la mañana, que en tu caso es una hora bastante respetable para regresar a casa, me encuentro con los codos en el alféizar, el mentón apoyado en una mano, aguardando tu siguiente cagada. Me consta que esta será buena, porque estamos en Nochevieja y tú eres Matt Marshall, presentador en la más importante emisora de radio de Irlanda y, mal que me pese, esta noche he escuchado tu programa en mi teléfono antes de que también se le agotara la batería. Ha sido tan impertinente, vergonzoso, repulsivo, desagradable, nauseabundo, inmundo y vomitivo como siempre. Tu programa de debate, que se emite de las once de la noche a la una de la mañana, tiene más oyentes que cualquier otro programa de la radio irlandesa. Has llevado el timón de los programas nocturnos de debate durante diez años. Cuando me mudé no sabía que vivías aquí, pero cuando un día oí que tu voz me llegaba desde el otro lado de la calle supe que eras tú al instante. Todo el mundo te identifica cuando te oye y, por lo general, la gente se entusiasma, pero a mí me dio asco.

Eres un compendio de todo lo que no me gusta de las personas. Tus ideas, tus opiniones, tus debates que nada hacen por arreglar el problema que finges querer

arreglar y que en cambio provocan enojos histéricos y comportamientos propios de bandas callejeras. Ofreces un espacio en el que das rienda suelta al odio, el racismo y la ira, pero lo disfrazas de libertad de expresión. Por estos motivos me desagradas; por motivos personales, te desprecio. Ya entraré en detalles después.

Has venido a casa en coche, como de costumbre, circulando a sesenta kilómetros por hora en una calle tan silenciosa y tranquila como una residencia de jubilados. Compraste tu casa a un matrimonio anciano que se mudaba a otra más pequeña, yo compré la mía a un viuda que falleció; o mejor dicho a sus hijos, que tenían prisa por venderla. Hice bien en comprarla cuando los precios de las casas habían caído en picado, cuando la gente adquiriría todo lo que podía antes de que volvieran a subir, y aspiro a quedar libre de la hipoteca, ambición que he tenido desde los cinco años, deseosa de que lo que es mío sea realmente mío y no esté a merced de los demás y de sus errores. Tanto tu hogar como el mío parecían salidos de un episodio de *The Good Life* y ambos tuvimos que embarcarnos en serias reformas y tuvimos que enfrentarnos con la empresa de mantenimiento, que nos acusó de estropear el aspecto del lugar. Logramos llegar a un acuerdo mutuo. Nuestras casas parecen de *The Good Life* vistas por delante; por dentro, están completamente renovadas. Sin embargo, con mi jardín delantero rompí una norma y todavía estoy pagando el error. Volveré sobre este tema.

Como siempre, frenas peligrosamente cerca de la puerta de tu garaje y bajas del coche, dejando las llaves en el contacto, la radio a todo volumen y el motor en marcha. No sé si ha sido por descuido o si no tienes previsto quedarte. Los faros del coche están encendidos y son la única luz de la calle; eso añade dramatismo a la escena, casi como si te iluminara un foco. A pesar del viento, que ha amainado un poco, se oye la letra de la canción de Guns N' Roses que suena en el coche. Es *Paradise City*; 1988 tuvo que ser un año muy bueno para ti. Yo tenía diez años y tú tendrías dieciocho, apuesto a que te ponías sus camisetas y llevabas pegatinas de ellos en la mochila, apuesto a que imprimías sus nombres en los periódicos del colegio y que ibas a The Grove y fumabas y bailabas toda la noche y gritabas cada palabra de sus canciones al cielo nocturno. Debías de sentirte libre y feliz, puesto que la pones mucho, y siempre que conduces de regreso a tu casa.

Veo que se enciende una luz en el dormitorio del doctor Jameson; debe de ser una linterna, porque se mueve de un lado a otro como si quien la sostiene estuviera desorientado. Ahora el perro se ha puesto a ladrar como un loco y me pregunto si lo dejará entrar antes de que una niña, al despertar, se encuentre con que Santa Claus le ha dejado un Jack Russell mareado en el jardín de atrás. Observo el movimiento de la linterna por las habitaciones de arriba. Según parece, al doctor Jameson le gusta tener controladas las cosas. Me enteré por boca de mi vecino, el señor Malone, que llamó a mi puerta para comunicarme que el camión de la basura iba a pasar y que había reparado en que se me había olvidado sacar mis cubos. Tengo la sensación de que el señor Malone y el doctor Jameson no coinciden acerca de quién debería estar a cargo de la empresa de mantenimiento. Me había olvidado de sacar los cubos porque no

trabajar significa que a menudo no sé en qué día vivo, pero me fastidió que se presentara en mi casa para decírmelo. Siete semanas después, no me habría fastidiado. Ahora me parece una muestra de amabilidad. Pero entonces me fastidiaba todo lo relativo a la buena vecindad. No tenía espíritu de comunidad. No era porque le hubiera dado la espalda, era porque estaba demasiado ocupada. No sabía que existía y no lo necesitaba.

Pruebas el picaporte de tu puerta principal y te muestras perplejo y consternado porque no está abierta para que tú o algún pistolero enmascarado podáis entrar libremente en tu hogar. Llamas al timbre. Nunca comienzas con educación, siempre lo haces de manera grosera, ofensiva. La cantidad de veces que llamas, el rato que pulsas el timbre, que suena como el tableteo de una ametralladora. Tu esposa siempre tarda en contestar. Los niños, también. Me pregunto si duermen como benditos porque ya están acostumbrados o si ella se encuentra con ellos, los cuatro acurrucados en una habitación mientras los niños sollozan, diciéndoles que no hagan caso de esos ruidos. En cualquier caso, nadie abre. Empiezas a aporrear la puerta. Te gusta dar golpes, casi todas las noches lo haces para aliviar tu tensión y tu ira. Rodeas la casa, llamando y aporreando todas las ventanas que quedan a tu alcance. Provocas a tu esposa con una voz de sonsonete, «Sé que estás ahí», como si ella fingiera no estarlo. No creo que finja, creo que lo está dejando bastante claro. Me pregunto si está dormida o despierta y esperando que te marches. Supongo que lo segundo.

De pronto te pones a chillar. Me consta que tu mujer detesta que chilles porque es lo que más la avergüenza de todo, tal vez porque tienes una voz inconfundible, aunque nunca se nos ocurriría pensar que fuese otro matrimonio de la calle el que estuviera comportándose así. Me cuesta aceptar que a estas alturas no lo hayas entendido y hayas renunciado a gritar. Por primera vez desde que soy testigo de vuestras trifulcas, ella se mantiene firme. Entonces haces una cosa nueva. Regresas al coche y empiezas a hacer sonar el claxon.

Veo que la linterna del doctor Jameson pasa de una habitación de arriba a otra de abajo y confío en que no se le ocurra salir para intentar serenarte. Si ocurre esto último, seguro que harás algo drástico. La puerta principal de la casa del doctor Jameson se abre y me llevo las manos a la cara, preguntándome si debería salir corriendo y detenerlo, pero no quiero involucrarme. Me quedaré vigilando y ya intervendré si la cosa se pone fea, aunque no tengo ni idea de qué podría hacer. El doctor Jameson no aparece. El perro llega corriendo y por poco se cae al derrapar en la hierba. El perro entra y el doctor Jameson cierra dando un portazo. Sorprendida, me echo a reír.

Sin duda oyes la puerta y debes de creer que es tu esposa, puesto que dejas de darle al claxon y de nuevo solo se oye a los Guns N' Roses. Me siento agradecida. Lo del claxon ha sido lo más molesto que has hecho hasta ahora. Casi como si aguardase a que te calmaras antes de dejarte entrar, la puerta delantera se abre y tu esposa sale en bata, hecha una furia. Veo una sombra detrás de ella. Al principio pienso que ha

conocido a otro y me preocupa seriamente lo que pueda ocurrir, pero entonces me doy cuenta de que se trata de tu hijo mayor. Parece adulto, protector, el hombre de la casa. Me alegro. No tienes por qué empeorar aún más las cosas. En cuanto la ves bajas del coche y empiezas a gritarle porque te ha dejado la puerta cerrada. Siempre le gritas lo mismo. Ella te esquiva al dirigirse a la puerta abierta del jeep y saca las llaves del contacto, apagando así la música, el motor y los faros. Agita las llaves delante de ti, diciéndote que tienes la llave de la casa en el llavero. Te lo había dicho antes. De modo que ya lo sabías.

No obstante, sé tan bien como ella que tu sentido práctico desaparece con tu sobriedad, dando paso a este hombre desesperado, encolerizado. Siempre crees que te han dejado fuera, que te han dejado fuera deliberadamente. Se trata de ti contra el mundo o, mejor dicho, de ti contra la casa, y tienes que entrar como sea.

Te callas un momento mientras miras las llaves que cuelgan delante de tus ojos y luego trastabillas al tender el brazo hacia tu esposa, la arrimas a ti y la cubres de besos. No puedo verte la cara pero veo la suya. Para ella aquello es una tortura íntima y silenciosa. Te ríes y alborotas el pelo de tu hijo al pasar, como si todo hubiese sido una broma, y todavía te odio más porque eres incapaz de pedir perdón. Nunca pides perdón; en cualquier caso, nunca te he visto hacerlo. En cuanto entras en la casa vuelve la electricidad. Das media vuelta y me ves en la ventana, con las luces de mi dormitorio encendidas, revelándome en todo mi taimado esplendor.

Me fulminas con la mirada y acto seguido cierras dando un portazo y, pese al modo en que te has comportado esta noche, me haces sentir como si la rara fuese yo.

Una de las cosas que me gustó de las últimas fiestas de Navidad fue que nadie trabajaba, lo cual nos ponía a todos al mismo nivel. Todos estaban en «modo vacacional», no tenía que compararme con ellos ni ellos conmigo. Pero ahora todo el mundo vuelve a estar trabajando, de ahí que me sienta de nuevo como me sentía antes del paréntesis navideño.

Al principio quedé impresionada, todo mi organismo acusó la impresión, y luego me parece que pasé por una etapa de duelo, como si llorase una vida que había perdido. Estaba enojada, claro que estaba enojada; siempre había considerado que Larry, mi colega, el hombre que acabó despidiéndome, era mi amigo. Cada Año Nuevo íbamos juntos a esquiar, cada junio pasaba una semana en su casa de Marbella con él y su familia. Fui una de las pocas invitadas a su casa para la exagerada fiesta de debutante de su hija. Pertenecía a su círculo íntimo. Nunca me planteé que pudiera proceder como lo hizo, que, a pesar de las frecuentes discusiones acaloradas, nuestra relación fuese a llegar a esto; lisa y llanamente, que tuviera las pelotas de hacerme esto a mí.

Superado el enojo, pasé a la fase de negar que fuese malo que hubiese ocurrido. No quería que la pérdida de mi empleo me poseyera, me definiera. No necesitaba mi trabajo, mi trabajo me necesitaba a mí y, sintiéndolo mucho, me había perdido. Y entonces llegó la Navidad y me perdí en un torbellino de actos sociales, cenas, fiestas y borracheras que hicieron que me sintiese querida, confusa y olvidadiza. Ahora estamos en enero y mi humor es tan lóbrego como el tiempo que hace fuera porque se ha adueñado de mí un sentimiento nuevo.

Me siento inútil, como si una parte muy importante de mi autoestima hubiese disminuido de manera drástica. Me han arrebatado mi rutina, el programa que antes determinaba todas y cada unas de mis horas de vigilia y de sueño. Establecer algún tipo de rutina ha resultado difícil; es como si para mí no existieran normas mientras todos los demás marchan al ritmo de sus tambores. Tengo hambre a todas horas, metafórica y literalmente. Tengo hambre de algo que hacer, algún lugar al que ir, pero también tengo hambre de cuanto hay en mi cocina simplemente porque está ahí, al alcance de la mano cada día y no tengo nada mejor que hacer que comérmelo. Estoy aburrida. Y por más que me duela decirlo, estoy sola. Puedo pasar un día entero sin ningún trato social, sin conversar con alguien. A veces me pregunto si soy invisible. Me siento como los ancianos y ancianas que solían sacarme de quicio cuando se ponían a charlar innecesariamente con las cajeras del supermercado mientras yo hacía cola, con prisa por llegar al siguiente lugar donde me esperaban. Cuando no tienes un siguiente lugar donde te esperan, el tiempo se lentifica muchísimo. Me he dado cuenta de que me fijo mucho más en las personas, que cruzo más miradas con ellas o intento mirarlas a los ojos. Ahora estoy lista y dispuesta para conversar con cualquiera sobre cualquier cosa; me alegraría el día que alguien me mirara a los ojos

o que hubiera alguien con quien hablar. Pero todo el mundo está demasiado ocupado y eso hace que me sienta invisible; y la invisibilidad, contrariamente a lo que antes creía, no produce la mínima sensación de ligereza y libertad. Por el contrario, me deja apesadumbrada. Y, por lo tanto, me obligo a ir de un sitio a otro, intentando convencerme de que no me siento apesadumbrada, invisible, aburrida e inútil, y de que soy libre. No me resulto muy convincente.

Otra de las cosas malas de que me despidieran es que mi padre me visita sin esperar a que lo invite.

Cuando llego a casa está en el jardín delantero con mi hermanastra, Zara. Zara tiene tres años, y mi padre sesenta y tres. Se jubiló hace tres años cuando vendió su imprenta a un muy buen precio, lo que le permite vivir desahogadamente. En cuanto nació Zara se convirtió en un marido y padre ejemplar, mientras que su nueva esposa, Leilah, trabaja como monitora en su propio centro de yoga. Resulta enternecedor que papá haya tenido una segunda oportunidad de amar, así como resulta conmovedor que haya sido capaz de abrazar sin reservas y como es debido la paternidad, por primera vez en su vida. Abrazó sin reservas los cambios de pañal, los biberones nocturnos, el destete y todo lo demás que conlleva la crianza de un niño. Cada día resplandece de orgullo por ella, por esta niña tan excepcional que ha conseguido hacer cosas tan increíbles ella solita. Crecer, caminar, hablar. Mi padre se maravilla ante su talento, cuenta historias interminables sobre lo que Zara ha hecho ese día, las cosas divertidas que ha dicho, el dibujo tan logrado para la edad que tiene. Como digo, resulta enternecedor. Conmovedor. Pero él lo ve con la dicha propia de la primera vez, de un principiante, de alguien que nunca ha sido testigo de nada semejante.

Estas últimas semanas papá me ha dado que pensar porque he tenido tiempo para hacerlo, y me pregunto dónde estaban su asombro, conmoción e intimidación mientras Heather y yo crecíamos. Si alguna vez existieron, quedaron ocultos tras la máscara de inconveniencia y absoluto desconcierto. En ocasiones, cuando señala algo maravilloso que ha hecho Zara, me vienen ganas de gritarle que las demás niñas también hacen lo mismo, ¿sabes?, niñas como Heather y como yo, y lo increíbles que sin duda habríamos sido de haber llegado ahí las primeras hace más de treinta años. Pero no lo hago. Eso me convertiría en una mujer amargada y retorcida, y no lo soy, y generaría una energía en torno a algo cuando en realidad no hay nada. Me digo a mí misma que lo que provoca estos pensamientos frustrantes es la inactividad.

Con frecuencia me pregunto cómo se sentiría mamá si estuviera viva, al ver a papá convertido en el hombre que es ahora: fiel, jubilado, amante padre y marido. A veces la oigo en sus días indulgentes y prudentes, poniéndose filosófica y comprensiva al respecto, y otros días oigo la voz cansina de la agotada madre separada con la que crecí, escupiendo veneno a propósito de él y de su falta de sensibilidad. La voz que oigo quizá dependa de mi estado de ánimo. Mamá murió de cáncer de mama a los cuarenta y cuatro años. Demasiado joven para morir. Yo tenía

diecinueve. Demasiado joven para perder a una madre. Por supuesto, para ella fue muy difícil tener que irse de este mundo cuando no quería hacerlo. Había cosas que quería ver, cosas que quería hacer, cosas que había ido postergando hasta que acabara de estudiar y fuese adulta, de modo que pudiera iniciar su vida. Aún no había acabado; en muchos sentidos, ni siquiera había comenzado. Había tenido a su primer bebé a los veinticuatro y luego me había tenido a mí, por accidente, a los veinticinco, y había criado a sus hijas y lo había hecho todo por nosotras y tendría que haber dispuesto de tiempo para ella. A veces me pregunto por qué fui tan egoísta y no decidí ocuparme de Heather yo misma. Creo que ni siquiera me ofrecí a hacerlo. Entiendo que necesitara comenzar a vivir mi vida, pero me parece que no llegué a pensarlo ni un instante siquiera. No es egoísta no querer hacerlo, pero fue egoísta no pensarlo. Vuelvo la vista atrás y me doy cuenta de que entonces también podría haber ayudado más a mi madre. Tengo la impresión de haber dejado que pasara sola por todo aquello. Podría haber estado más cerca de ella, haberle hecho más compañía en lugar de preguntarle cosas después. Pero yo era adolescente, mi mundo giraba en torno a mí y veía que mi tía le brindaba su apoyo.

Heather y yo nos llevamos un año. Me trata como si por ser la menor fuera mucho más pequeña. Es algo que me encanta. Me consta que fui un accidente porque mi madre no tenía previsto tener otro bebé tan pronto, después del nacimiento de Heather. Mamá quedó impresionada, papá se consternó; para empezar, a duras penas podía apañárselas con un bebé, y mucho menos con un bebé con síndrome de Down, y ahora había otro bebé en camino. Heather le daba miedo, no sabía cómo tratarla. Cuando llegué yo, se alejó todavía más de la familia, buscando a otras mujeres que dispusieran de más tiempo para adorarlo y mostrarse de acuerdo con él.

Entretanto, mi madre se enfrentaba a la realidad con mucha fortaleza y seguridad, aunque más adelante confesaría que lo hizo con lo que ella llamaba «patas de Bambi». Nunca vi nada por el estilo, nunca la vi vacilar, temblar o dar un paso en falso, siempre daba la impresión de tenerlo todo controlado. Bromeaba, y se disculpaba, diciendo que yo me estaba criando por mi cuenta. Siempre supe que Heather era más importante, que Heather necesitaba más atención; nunca me sentí poco querida, las cosas eran así y punto. Yo también amaba a Heather, aunque me consta que cuando mamá se fue de este mundo, la única persona a quien no quería abandonar era a Heather. Heather la necesitaba, mamá tenía planes para ella, y por eso se fue de este mundo con el corazón partido por la hija que estaba abandonando. Me parece normal, lo entiendo. Mi corazón se rompió no solo por mí, sino también por ellas dos.

Heather no vive en la inopia como suele pensarse de las personas con síndrome de Down. Es un individuo que tiene días buenos y malos, como todos nosotros, pero su personalidad, que no guarda relación alguna con el síndrome de Down, es alegre. Su vida se ciñe a una rutina que ella aprecia como el modo de sentir que controla su vida, motivo por el que cuando la visito sin que me espere o mientras está trabajando,

se muestra confusa y a veces se pone un poco nerviosa. Heather necesita su rutina, cosa que nos hace aún más parecidas y en absoluto diferentes.

Zara va dando saltos de un adoquín a otro, procurando no pisar las grietas. Insiste en que papá haga lo mismo. Papá lo hace. Ahora conozco esta faceta suya y, sin embargo, al verlo con la barriga colgándole por fuera de los pantalones y agitándose mientras salta de una piedra a la siguiente, sigo siendo incapaz de saber quién es este hombre. Levanta la vista cuando me acerco.

—No sabía que estaríais aquí —digo con tono jovial. Traducción: «No me avisaste; tienes que avisarme siempre».

—Estábamos dando un paseo por la costa, contemplando las olas, ¿verdad, Zara? —La coge en brazos—. Cuenta a Jasmine lo de las olas.

Siempre hace que Zara nos diga cosas. Seguro que casi todos los padres lo hacen, pero me pone furiosa. Preferiría mantener una conversación con Zara a que se la dicte papá. Oírle decir cosas es oírlos dos veces.

—Había unas olas enormes, ¿verdad? Dile a Jasmine lo enormes que eran las olas.

Zara asiente con los ojos muy abiertos. Separa los brazos para mostrar lo que sería una ola decepcionantemente pequeña pero de un tamaño enorme para ella.

—¿Y no chocaban contra las rocas? Díselo a Jasmine.

Zara asiente otra vez.

—Chocaban contra las rocas.

—Y las olas salpicaban la carretera de la costa en Malahide —dice mi padre, de nuevo con su voz infantil, y pienso que ojalá me contara el paseo directamente en lugar de referirlo de esta manera.

—¡Caramba! —contesto. Sonrío a Zara y alargo los brazos hacia ella. De inmediato viene a mi encuentro y enrosca sus piernas largas y flacas en torno a mi cuerpo y se aferra a mí con todas sus fuerzas. No tengo nada contra Zara. Zara es un encanto. No, Zara es preciosa. Es perfecta en todos los sentidos y la adoro. No es culpa de Zara. No es culpa de nadie porque nada ha ocurrido. Es solo el fastidio de que mi padre se haya acostumbrado a visitarme desde que me paso el día en casa, lo que está comenzando a generar algo que en realidad no existe. Me consta que es así. Se lo recuerdo a mi yo racional.

—¿Cómo están mis piernas de espagueti? —le pregunto, entrando en la casa—. ¡Hace un año entero que no nos vemos!

Mientras hablo, echo un vistazo a tu casa. Últimamente lo hago a menudo, es como si no pudiera evitarlo. Se ha convertido en un hábito, en un absurdo trastorno obsesivo-compulsivo que me impide subir al coche sin mirar al otro lado de la calle; tampoco cierro la puerta principal sin observar antes la tuya; y a veces, al pasar por delante de una ventana de la fachada, me detengo a espiar. Me consta que debo dejar de hacerlo. Durante el día nunca ocurre nada, al menos nada que te ataña; apenas das señales de vida. Es tu esposa la que va y viene con los niños todo el día. De vez en

cuando quizá te vea abrir una cortina y salir para dirigirte al coche, pero eso es todo. No sé qué demonios estoy esperando ver.

—¿Le contaste a tu papá que la semana pasada hicimos magdalenas? —pregunto a Zara.

La chiquilla asiente una vez más y caigo en la cuenta de que estoy haciendo exactamente lo mismo que mi padre. Sin duda es frustrante para ella, pero no sé cómo dejar de hacerlo.

Papá y yo nos hablamos a través de Zara. Le decimos cosas que deberíamos decirnos el uno al otro, de modo que le digo que en Nochevieja me quedé sin electricidad, que me encontré con Billy Gallagher en el supermercado y que se ha jubilado, y varias cosas más que Zara no tiene por qué saber. Zara presta atención durante un rato, pero acabamos por confundirla y se va corriendo.

—Tu amigo se ha vuelto a meter en un lío —dice papá cuando estamos sentados a la mesa con una taza de té y galletas sobrantes de mi enorme cajón de cosas ricas navideñas que voy devorando sin prisa pero sin pausa, y vemos que Zara vuelca la caja de juguetes que guardo para ella. El ruido de las piezas de Lego ahoga la última frase de mi padre.

—¿Qué amigo? —pregunto, preocupada.

Papá señala con el mentón la ventana delantera que da a tu casa.

—Ese muchacho... ¿Cómo se llama?

—¿Matt Marshall? No es amigo mío —contesto, indignada. Toda conversación siempre acaba siendo sobre ti.

—Bueno, pues entonces tu vecino —dice papá, y ambos miramos a Zara otra vez.

Solo el silencio que se prolonga más de la cuenta me lleva a preguntar, porque no sé qué otra cosa decir:

—¿Por qué? ¿Qué ha hecho?

—¿Quién? —responde papá, saliendo de su trance.

—Matt Marshall —digo entre dientes, odiando tener que preguntar sobre ti no una vez, sino dos.

—Ah, él —dice, como si hiciese una hora que hubiese sacado el tema a colación—. Su programa de Nochevieja recibió muchas quejas.

—Siempre recibe quejas.

—Vaya, pues habrán sido más que de costumbre, supongo. Sale en todos los periódicos.

Guardamos silencio de nuevo mientras pienso en tu programa. Detesto tu programa, nunca lo escucho. O, mejor dicho, nunca lo escuchaba, pero últimamente lo he estado escuchando para ver si el tema del que habláis tiene alguna relación directa con el estado en que regresas a casa, puesto que no llegas borracho cada noche de la semana. Solo tres o cuatro noches por semana. De todas formas, por ahora no parece que haya correlación directa alguna.

—Verás, quiso recibir el Año Nuevo con una mujer que...

—Lo sé, lo sé —digo, interrumpiéndolo porque no quiero oír a mi padre pronunciar la palabra «orgasmo».

—Vaya, creía que habías dicho que no lo habías oído —responde, poniéndose a la defensiva.

—Me lo contaron —mascullo, y me pongo a gatas para ayudar a Zara con el Lego. Hago ver que nuestra torre es un dinosaurio. La uso para comerle los dedos de las manos y de los pies, luego la hago chocar contra la segunda torre con un gran rugido. Se pone contenta enseguida y sigue jugando sola.

Para resumir tu programa de Nochevieja, a ti y a tu equipo os pareció que sería divertidísimo recibir el Año Nuevo con el sonido de un orgasmo femenino. Una bonita sorpresa para tus oyentes, una forma, en realidad, de agradecerles su apoyo. Luego vino el concurso para ver quién diferenciaba el sonido de un orgasmo fingido del de un orgasmo real, y después un debate a fondo sobre los hombres que fingen orgasmos durante una relación sexual. No fue ofensivo, al menos para mí, y menos aún comparado con las porquerías sobre las que has hablado en otros programas. Además, no sabía que hubiera hombres que fingen orgasmos, de modo que resultó ligeramente informativo, cuando no inquietante, quizás incluso esclarecedor — respecto al hombre de la oficina con quien no lamenté haberme acostado pero que, al parecer, él sí lo lamentó—, aunque los gilipollas que tenías en el programa para contar su versión de los hechos hicieron bien poco por instruir a la audiencia. Parece que te esté defendiendo. No es así. Solo que no fue tu peor programa. Por una vez el tema no eras tú y tu falta de encanto, sino el derecho a oír el clímax de una mujer sin considerarlo ofensivo.

—¿Qué problemas tiene? —pregunto, momentos después.

—¿A quién te refieres? —pregunta papá, y cuento mentalmente hasta tres.

—Matt Marshall.

—Ah. Lo han despedido. O expulsado temporalmente. No estoy seguro. Diría que ya no trabaja allí. De todos modos, llevaba mucho tiempo. Está bien que alguien más joven tenga una oportunidad.

—Solo tiene cuarenta y dos años —digo. De nuevo parece que te defienda, pero no lo hago a título personal. Yo tengo treinta y tres y necesito encontrar trabajo, en estos momentos me preocupa la cuestión de la edad, la actitud hacia la edad en los lugares de trabajo, eso es todo. Me deleito al pensar que te han suspendido de empleo y sueldo. Nunca me has gustado, siempre he querido que dejaran de emitir tu programa, pero entonces me siento mal y no sé muy bien por qué. Quizá sea por tus hijos y tu simpática esposa, a quien he empezado a saludar por las mañanas.

—Resulta que había una mujer de verdad en el estudio —dice papá, un tanto incómodo.

—Bueno, desde luego no parecía un hombre.

—No, no, es que realmente estaba... ya sabes. —Me mira y no tengo la más remota idea de lo que está dando a entender.

Permanecemos callados.

—Se estaba dando placer. En directo. En el estudio —añade papá.

Se me revuelve el estómago, tanto por la conversación que acabo de mantener con mi padre como al imaginarte orquestando semejante cosa en tu estudio, la cuenta atrás hasta la medianoche, todo el equipo riendo a carcajadas de una mujer, como idiotas.

Una vez más, te detesto.

Monto a Zara en su sillita del coche y le planto un beso en la nariz.

—Pues, si quieres, podría hablar con Ted —dice papá de repente, como si continuara una conversación que no recuerdo que mantuviéramos.

Frunzo el ceño.

—¿Quién es Ted?

—Ted Clifford —contesta, y encoge los hombros como si no tuviera importancia.

Monto en cólera tan deprisa que tengo que esforzarme para no perder los estribos en el acto. Y ha faltado muy poco. Mi padre vendió su empresa a Ted Clifford. Podría haberla vendido por el triple en los buenos tiempos, pero ahora no corren buenos tiempos, le gusta decir a todo el mundo, y por eso se conformó con una suma razonablemente buena de dinero que le asegurará irse un mes de vacaciones con Leilah y Zara en verano y cenar fuera cuatro veces por semana. No sé si pagó su hipoteca, y eso me fastidia. Habría sido lo primero que yo hubiese hecho. No sé cómo es posible que Heather y yo hayamos salido de alguien así, pero aunque parezca lo contrario me da igual. Económicamente estoy bien, al menos por el momento. Lo que más me preocupa es Heather. Necesita seguridad. En cuanto gané suficiente dinero, compré el apartamento que tenía alquilado. Se fue de la residencia hace cinco años, fue un asunto importante para ella, un asunto importante para todos. Vive con una amiga bajo la atenta supervisión de una asistente social, y se llevan de maravilla, aunque eso no impide que me preocupe por ella cada segundo de cada día. Conseguí el apartamento a buen precio; la mayoría de la gente estaba intentando librarse de las propiedades que valían menos que sus hipotecas, esa segunda vivienda cuyo pago de repente suponía un gran esfuerzo. Yo contaba con que mi padre hiciera lo mismo al jubilarse, en lugar de comprar el apartamento en España. Él pensaba que Heather estaba bien en la residencia, pero yo sabía que ella soñaba con tener su propia casa, de modo que tomé cartas en el asunto. Insisto, no estoy enojada, solo que ahora me vienen a la cabeza cosas de este tipo y no puedo dejar de analizarlas. Necesito distraerme.

—No —digo con aspereza—. Gracias.

Punto y aparte.

Papá me mira como si quisiera agregar algo. Para impedirselo, prosigo:

—No necesito que me consigas un empleo.

Mi orgullo. Tan fácil de herir. Detesto que me ayuden. Siempre tengo que hacer las cosas por mi cuenta. Su ofrecimiento me hace sentir débil, hace que piense que

cree que soy débil. Tiene demasiadas connotaciones.

—Como quieras. Sería una manera fácil de abrirte una puerta. Ted te ayudaría encantado.

—No necesito ayuda.

—Necesitas un empleo.

Ríe por lo bajo. Me mira como si le resultase divertido, pero me consta que esa mirada solo anuncia su ira. Esa risa es su primera reacción cuando se enfada. No sé bien si pretende tocarle las narices a la persona con quien está enfadado (que es lo que ocurre ahora y lo que siempre me ha ocurrido) o si es la manera de disimular su enojo. En cualquier caso, identifico la señal.

—Muy bien, Jasmine, hazlo a tu manera, como de costumbre. —Levanta las manos a la defensiva con un gesto teatral y las llaves colgando de sus dedos. Sube al coche y se marcha.

Hazlo a tu manera. Lo dice como si fuese algo malo. ¿No se supone que eso es bueno para cualquier persona? ¿Cuándo querré o he querido hacer las cosas a su manera? Si quisiera ayuda, sería la última persona a quien recurriría. Y entonces se me ocurre otra vez que parece que haya un problema cuando en realidad nunca lo ha habido, y me asusto. Me doy cuenta de que estoy muerta de frío en plena calle, mirando fijamente el lugar de donde el coche ha desaparecido hace ya rato. Echo un vistazo a tu casa y tengo la impresión de haber visto que una cortina del piso de arriba se ha movido ligeramente, aunque lo más probable es que me lo haya imaginado.

Más tarde, ya en la cama, no consigo dormir. Tengo la sensación de que la cabeza se me está recalentando de tanto pensar, igual que mi portátil cuando lo utilizo demasiadas horas. Estoy enojada. Mantengo conversaciones a medias con mi padre, con mi trabajo, con el hombre que me ha quitado la plaza de aparcamiento esta mañana, con la sandía que se me ha caído cuando la llevaba del coche a la casa y que ha estallado, desparramándose por el suelo y manchándome las botas de ante. Despotrico contra todos ellos, los maldigo, les informo de sus defectos. Pero no sirve de nada, solo hace que me sienta peor.

Me incorporo, frustrada y deshidratada.

Rita, la experta en *reiki* que he visitado hoy, me ha dicho que esto sucedería. Me ha recomendado beber mucha agua después de una insólita sesión que a mi juicio no me ha cambiado en absoluto, y en cambio me he bebido una botella de vino antes de acostarme. Nunca había ido a una sesión de *reiki* y es muy probable que no vuelva a ir, pero mi tía me regaló un vale en Navidad. A mi tía le encantan las terapias alternativas de todo tipo; ella y mi madre solían hacer esa clase de cosas cuando mamá estaba enferma. Quizá por eso ahora no creo en ello, pues no dio resultado: mamá falleció. Claro que también es cierto que la medicina tampoco le dio resultado y yo la sigo dando por buena. Tal vez vuelva a ir. Pedí cita a la hora en que la gente está trabajando, para hacer algo, para mantenerme ocupada, para tener algo que anotar en mi nueva agenda amarilla Smythson con mis iniciales en oro en el ángulo

inferior derecho, que normalmente ya estaría llena de citas y reuniones y que ahora es una triste descripción de mi vida actual: horas de bautizos, citas para tomar café y celebraciones de cumpleaños. La sesión de *reiki* ha tenido lugar en una pequeña habitación blanca tan llena de incienso que me he sentido adormilada y por un instante me he preguntado si no me estarían drogando. Rita es una mujer de más de sesenta años menuda como un pajarillo, pero al sentarse en el sillón ha doblado las piernas adoptando una postura reveladora de lo en forma que está. Tiene las facciones finas, casi desenfocadas, y no estoy segura de que fuera el incienso lo que la desdibujaba, pero apenas podía verle el perfil. Sus ojos son penetrantes. Es increíble la forma en que me ha calado y ha subrayado cada palabra que he dicho para que me concentrara en mi propia voz y percibiese lo entrecortada y contenida que sonaba. En fin, aparte de una charla agradable con una mujer comprensiva y veinte relajantes minutos en una habitación semejante a un útero que despedía un olor placentero, no he notado el menor cambio en mi ser.

Sin embargo, me ha dado un consejo para mi mente desbocada. En cuando me he ido lo he descartado de inmediato, pero ahora apenas soy capaz de formular un pensamiento el tiempo suficiente para esclarecerlo, digerirlo o librarme de él, de modo que sigo su recomendación: me quito los calcetines y camino por la alfombra un rato, confiando en que me sentiré «arraigada» para que mi mente deje de adentrarse en territorios hostiles a fuerza de divagar y despotricar. Piso algo afilado, la punta de una percha, y maldigo al inspeccionarme el pie. Lo acuno con las manos. No sé bien cuán arraigado debería sentirse, pero seguro que no como se siente ahora.

Rita me ha sugerido que en cuanto llegase a casa caminara descalza, preferiblemente por el césped, y si no descalza en general. La teoría científica que sustenta los beneficios que comporta para la salud el caminar descalzo es que la Tierra está cargada negativamente, de modo que cuando te arraigas conectas tu cuerpo con una fuente de energía de carga negativa. Y como la Tierra tiene una carga negativa mucho mayor que la de tu cuerpo, terminas por absorber electrones. El arraigamiento tiene efectos antiinflamatorios en tu organismo. No sé qué pensar al respecto, pero necesito despejar la cabeza y, como estoy intentando tomar menos pastillas, bien puedo probar a caminar descalza.

Miro hacia fuera. En mi jardín no hay césped. Justamente fue la cosa más terrible y atroz que hice cuando me mudé hace cuatro años. No era una apasionada de los jardines, tenía veintinueve años, estaba muy ocupada, apenas paraba en casa, al menos nunca el tiempo suficiente para fijarme en mi jardín. A fin de evitar el esfuerzo que representaba su mantenimiento, nada más comprar la casa sustituí el jardín relativamente bonito que tenía por un suelo de losas fácil de limpiar. Quedó impresionante, costó una fortuna, horrorizó a los vecinos. Junto a la puerta principal puse unas hermosas macetas negras con plantas que permanecen verdes todo el año, podadas en un alarde de formas modernas. Me preocupó un poco la impresión que pudiera causar a mis nuevos vecinos, pero nunca estaba en casa para hablarlo a fondo

con ellos y me dije que me ahorraría pagar a un jardinero; no iba a cuidar del jardín yo misma, no habría sabido por dónde empezar. Todavía hay césped en el sendero de delante. Lo mantiene mi vecino, el señor Malone, que se puso a hacerlo sin consultarme. Creo que lo considera suyo porque estaba aquí primero y, en cualquier caso, ¿qué sé yo acerca del césped? Soy una desertora del césped.

Pensé que comprar mi propia casa —una pareada familiar de cuatro habitaciones — a los veintinueve años constituía un signo de madurez y de arraigo. ¿Quién podía saber que cuando arrancase el jardín perdería precisamente lo que podría haberme mantenido arraigada?

Miro hacia tu casa. No veo tu jeep y todas las luces están apagadas. Nunca me preocupan las casas de los demás. Considero que no son asunto mío. Me pongo un chándal y bajo descalza la escalera. Sintiéndome como un sabueso, corro de puntillas por el enlosado frío de la rampa del garaje, derecha al césped que bordea la acera. Compruebo que no haya caca de perro. Compruebo que no haya babosas ni caracoles. Luego me remango el pantalón del chándal y dejo que mis pies chapoteen en la hierba mojada. Está fría pero es suave. Río para mis adentros mientras camino arriba y abajo, inspeccionando la calle a medianoche.

Por primera vez desde que me mudé, me siento culpable por lo que le hice a mi jardín. Miro las casas y veo que la mía se ve oscura y gris en medio del colorido imperante. No es que haya mucho color en los jardines en enero, pero al menos los arbustos, los árboles, el césped rompen el hormigón gris de los senderos, el marrón y gris de mi enlosado.

No tengo claro que ir descalza por la hierba esté ayudando a otra cosa que no sea un ataque de pulmonía, pero al menos el aire fresco me ha despejado y ha dejado un poco de espacio libre en mi mente. Este comportamiento es impropio de mí. No me refiero a caminar por la hierba a medianoche, sino a la falta de control. Por descontado, en el trabajo he tenido días estresantes en los que he necesitado reorganizarme, pero esto es diferente. Me siento distinta. Pienso demasiado, me interno en terrenos que antes ni pisaba.

Con frecuencia, cuando busco algo, la única manera de encontrarlo es reconocer en voz alta de qué se trata, pues soy incapaz de verlo a menos que lo imagine y registre mentalmente lo que estoy buscando. Por ejemplo, mientras hurgo en mis bolsos gigantescos en busca de las llaves, digo para mis adentros o en voz alta «llaves, llaves, llaves». En casa hago lo mismo, voy de una habitación a otra, diciendo o murmurando «pintalabios rojo, pluma, factura del teléfono...» o lo que sea que ande buscando. En cuanto lo hago, no tardo en encontrarlo. No sé cuál es el motivo, pero me consta que funciona, que es verdad, que Deepak Chopra sería capaz de explicarlo de una manera más elaborada, informada y filosófica, pero mi impresión es que cuando nombro aquello que estoy buscando, consigo saber, sin sombra de duda, lo que debo encontrar. Orden dada: el cuerpo obedece y la mente responde.

A veces tengo delante de los ojos lo que busco, pero soy incapaz de verlo. Me pasa a menudo. De hecho, me ha pasado esta mañana cuando buscaba el abrigo en el armario. Lo tenía justo delante de mí, pero como no he dicho «el abrigo negro con las mangas de cuero», no había forma de que apareciera. Estaba buscando distraídamente, paseando la mirada por la ropa sin encontrar lo que buscaba.

Me parece —en realidad he terminado por saberlo— que he aplicado esta manera de pensar a una escala mayor, la he aplicado a mi vida. Me digo a mí misma lo que quiero, lo que busco, lo visualizo para que sea más fácil encontrarlo, y entonces lo encuentro. Siempre me ha dado resultado.

De modo que ahora me encuentro en un lugar donde todo lo que he visualizado y que tanto trabajo me ha costado me ha sido arrebatado, ya no es mío. Lo primero que debo hacer es recuperarlo todo, hacerlo mío otra vez, enseguida, de inmediato; y si eso no es posible —normalmente no lo es, porque soy una persona realista, no una practicante del vudú—, tengo que encontrar otra cosa que buscar, otra cosa que conseguir. Es evidente que ahora me refiero a mi trabajo. Sé que tarde o temprano volveré a trabajar, pero me han puesto en modo espera. Estoy atascada y no puedo hacer nada al respecto.

Estoy en lo que se ha dado en llamar, un poco absurdamente, «baja por jardinería». Por suerte no tiene nada que ver con la jardinería, pues de lo contrario me aguardaría un año larguísimo de regar y arrancar malas hierbas entre las ranuras de mi jardín enlosado. La baja por jardinería es la práctica mediante la cual un empleado que deja su trabajo o ha sido despedido recibe instrucciones de no trabajar durante el tiempo que fije el preaviso pero sigue estando en nómina. Suele utilizarse para impedir que los empleados se lleven consigo información actualizada y tal vez delicada cuando abandonan una empresa, sobre todo si se va a trabajar para la competencia. Como ya he explicado, yo no iba a trabajar para un competidor, pero Larry estaba convencido de que trabajaría en una empresa con la que estábamos en relativa competencia, una empresa con la que yo había intentado congraciarme para que comprara la nuestra. Larry tenía razón. Habría trabajado para ellos. Me llamaron al día siguiente de mi despido para ofrecerme un empleo. Cuando les comenté lo de la baja por jardinería me dijeron que les era imposible aguardar tanto tiempo —¡doce meses de baja por jardinería!—, de modo que optaron por buscar a otra persona. La duración de mi baja por jardinería no solo ha ahuyentado a otros empleadores, sino que me deja sin hacer nada en absoluto mientras aguardo. Es como una sentencia de cárcel. Doce meses de baja por jardinería. Es toda una sentencia. Me siento como si estuviera acumulando polvo en un estante mientras el mundo sigue adelante y yo no pudiera hacer nada para detenerlo o participar. No quiero que mi mente empiece a criar musgo; tendré que regarla sin cesar para que no se marchite.

Briznas de hierba mojada se me pegan a los pies y suben hasta los tobillos. Así pues, ¿qué sucede si me han dejado en modo espera un año entero y no puedo hacer nada al respecto? ¿Qué hago?

Camino arriba y abajo por el césped mojado, comienzo a tener frío en los pies, pero una nueva idea bulle en mi cerebro. Un nuevo proyecto. Una meta. Un objetivo. Algo que hacer. Debo enmendar un error. Arrancaré el suelo que piso, lo cual será fácil, porque tengo la impresión de que ya ha sido arrancado.

Haré un regalo al vecindario. Le devolveré el jardín.

—Es precioso —susurro, mirando el diminuto bebé que mi amiga Bianca tiene en brazos.

—Lo sé —dice sonriente, contemplándolo con adoración.

—¿No es increíble? —pregunto.

—Sí, es... increíble. —Aparta la mirada, la sonrisa un poco trémula, los ojos hundidos hasta el codo tras dos noches sin apenas dormir—. Oye, ¿ya has comenzado a trabajar?

—No, no puedo; ya sabes, la baja por jardinería.

—Oh, claro —dice, entonces hace una mueca de dolor y se calla un momento. No me atrevo a interrumpir sus pensamientos—. Ya encontrarás algo —añade con una sonrisa comprensiva.

He terminado por odiar ese tipo de sonrisa. Estoy en el Hospital Rotunda, una vez más me encuentro visitando a alguien que está haciendo otra cosa. Hace poco se me ha ocurrido pensar que todas mis visitas han sido así. Pasar por el trabajo de una amiga, dejarme caer por una de las clases de mi hermana para observarla, ver a mi padre entretenido con Zara, charlar con las amigas mientras vigilan a sus hijos en la piscina o en el parque infantil. De un tiempo a esta parte, cada vez que veo a alguien soy yo quien interrumpe su vida, porque se trate de quien se trate siempre está atareado con algo —distráido, con un ojo puesto en mí y el otro en su tarea—, mientras permanezco quieta a su lado o frente a él, aguardando pacientemente a que termine lo que está haciendo para contestarme. Soy la persona que permanece quieta en todas las escenas de su vida y he comenzado a verme de lejos cada vez que sucede, como si estuviera fuera de mí, observándome quieta y callada mientras los demás se mueven, se ocupan de sus quehaceres, de sus hijos. Desde que me he dado cuenta de esto he intentado no quedar con nadie durante el día, cuando los demás están en medio de algo y yo no. He intentado fijar citas para salir de noche a cenar, a tomar copas, a horas en las que sé que podemos estar en el mismo terreno, cara a cara, en privado. Pero es difícil, todo el mundo está muy ocupado, hay quien no consigue a nadie que le cuide a los hijos, parecemos incapaces de ponernos de acuerdo en una noche que le vaya bien a todo el mundo, de modo que para coordinar cualquier encuentro hay que esforzarse mucho. Me costó semanas organizar una cena en mi casa el próximo fin de semana. Entonces seré yo quien estará ocupada y los demás podrán quedarse quietos. Entretanto, aquí estoy, en el hospital, sentada junto a la cama de una de mis amigas más queridas, que acaba de tener su primer hijo, y si bien me alegro por ella, faltaría más, y estuve encantada con los nueve meses de su baja por maternidad porque me garantizaban compañía durante el resto del año, sé que la realidad es que no la veré mucho y que, si la veo, ella estará atareada y yo quieta, me sentaré delante de ella o junto a su cama y aguardaré a que esté lista para prestarme atención, lo que siempre hará a medias.

—Tristan y yo hemos pensado...

Bianca irrumpe en mis pensamientos. Me pongo tensa y presiento lo que se avecina.

—No está aquí, pero seguro que no le importará que te pregunte...

Siento pavor, pero adopto una expresión que espero que refleje interés.

—¿Serías su madrina?

¡Anda! La tercera vez en dos meses, debe de ser un récord mundial.

—Oh, Bianca, me encantaría. —Sonrío—. Gracias, es todo un honor...

Corresponde a mi sonrisa, contenta por habérmelo pedido, uno de los momentos más importantes de su vida, mientras en mi fuero interno me siento como si fuese objeto de una obra de caridad. Es como si todos hubieran hecho un pacto para pedirme que sea madrina y así proporcionarme algo que hacer. ¿Y qué haré? Ir a la iglesia y ponerme a su lado mientras ellos sostienen a su bebé, mientras el cura vierte agua, mientras todo el mundo hace algo y yo permanezco ociosa.

—¿Te has enterado de lo que ha hecho el hijo de tu amigo?

—¿Qué amigo?

—Matt Marshall —responde Bianca.

—No es amigo mío —digo, molesta. A continuación, tras decidir que es mejor no discutir con alguien que acaba de dar a luz, pregunto—: ¿Qué ha hecho su hijo?

—Colgó un vídeo en YouTube diciéndole al mundo entero cuánto odia a su padre. Qué humillante, ¿no? Figúrate, hablar así de un miembro de tu familia.

El bebé de Bianca se pone a berrear.

—Este puñetero no para de morderme el pezón —dice ella entre dientes. Su cambio de humor me hace callar de inmediato y las tinieblas invaden la habitación del hospital.

Cambia de postura a su hijo de tres días, agarrándolo como si fuese una pelota de rugby; su enorme teta es más grande que la cabeza del crío y da la impresión de estar asfixiándolo. El bebé mama y vuelve a callar.

Sería un momento casi bonito si no fuese porque veo que a Bianca se le saltan las lágrimas.

La puerta se abre y Tristan, su pálido marido, asoma la cabeza. Ve a su primogénito y su rostro se ablanda, luego mira a su esposa y su rostro se tensa. Traga saliva.

—Hola, Jasmine —me saluda al entrar.

—Enhorabuena, papaíto —digo—. Es precioso.

—Tiene la boca llena de colmillos, eso es lo que tiene —dice Bianca, haciendo otra mueca de dolor.

El bebé berrea de nuevo cuando lo aparta de su agrietado y enrojecido pezón.

—En serio, Tristan —dice Bianca—. Esto es... No puedo... —Arruga el semblante.

Los dejo a solas.

Mientras conduzco me digo que no me interesa ver a tu hijo en YouTube. Me digo que no me rebajaré a tu nivel, que tengo cosas mucho más importantes que hacer que pensar en ti y sumergirme en tu mundo, pero en realidad lo único que tengo que hacer ese día es comprar la cena. Comprar para una persona no me deprime como deprime a algunas de mis amigas solteras. Estoy contenta de estar sola y todo el mundo necesita comer, pero al final se ha reducido a esto. Comer. Comer era algo a lo que tenía que hacer un hueco en mi apretada agenda porque tenía que hacerlo para seguir viva. Ahora es algo que puedo alargar hasta que me ocupa toda la tarde. Llevo unos días deleitándome con platos muy elaborados. Ayer pasé cincuenta y cinco minutos hojeando libros de recetas en Eason's, pasé sesenta minutos comprando los ingredientes que tardé dos horas y media en preparar y cocinar, y luego cené en veinte minutos. En eso consistió toda mi jornada de ayer. Fue placentero, pero muchas de las cosas que tenía ganas de hacer en mi «tiempo libre» han dejado de ser novedad.

Cuando entro en el aparcamiento del supermercado hace un día sorprendentemente radiante y soleado por primera vez en semanas, aunque siga haciendo frío. Saco el teléfono del bolso y voy directa a YouTube. Tecleo Matt Marshall y de inmediato aparece la opción «Hijo de Matt Marshall». La selecciono. Publicado anoche, ya tiene treinta mil visualizaciones, algo impresionante.

Aunque nunca he visto a tu hijo de cerca, su imagen me resulta familiar enseguida. Es la que veo casi todos los días cuando sale camino del colegio, con la cabeza oculta bajo una capucha, mirando el suelo, con los cascos puestos y el pelo rojo asomando por debajo de la capucha mientras camina desde vuestra casa hasta la parada del autobús. He sido su vecina durante cuatro años y caigo en la cuenta de que ni siquiera sé cómo se llama, pero los comentarios que aparecen debajo del vídeo me dicen que se llama Fionn.

«¡Ánimo, Fionn!».

«Mi padre también es un fracasado, ¡sé cómo te sientes!».

«A tu padre tendrían que encerrarlo por las mierdas que dice».

«Soy psicólogo titulado y me preocupa tu estallido de rabia, ponte en contacto conmigo, por favor. Puedo ayudarte».

«Soy un gran fan de tu padre, ayudó a mi hijo cuando lo estaban acosando en el colegio, ayudó a esclarecer las leyes sobre acoso en Irlanda».

«Que los ángeles curen tu ira interior».

«Tu padre es un fracasado y tú un maricón».

Una pequeña muestra de los comentarios de apoyo que han dejado los espectadores.

Fionn tiene quince años y por su uniforme sé que va al Belvedere, un costoso colegio privado de Dublín. Aunque todavía no lo he visto, sé que esto no les gustará.

En la pantalla veo que tiene los ojos pardos, las mejillas y la nariz ligeramente pecosas. Mira hacia la *webcam* bajando la cabeza, el portátil está inclinado para que se le vea bien y por eso las luces del techo deslumbran la cámara. Abre las ventanas de la nariz como si bufara enfadado. Hay música de fondo, supongo que está en una fiesta, me figuro que borracho. Tiene las pupilas dilatadas, aunque quizá sea a causa de la ira. Lo que sigue son cuatro minutos de bronca sobre lo mucho que le gustaría separarse oficialmente de su fracasado padre, o sea de ti, de quien opina que no es un verdadero padre. Dice que eres una vergüenza, un vago, que su madre es la única que hace que las cosas funcionen, que no tienes talento. Y continúa así, un chico de habla educada intentando mostrarse más duro de lo que es, en un ataque mal construido contra ti, subrayando por qué cree que deberían despedirte y no contratarte nunca más. Es una bronca bastante embarazosa que me hace sentir vergüenza ajena y que miro llevándome las manos a la cara. La música de fondo sube de volumen y también unas voces masculinas. Fionn se vuelve un momento y se termina el vídeo.

Pese a los sentimientos que me inspiras, el vídeo no me proporciona ninguna alegría ni entretenimiento. Me siento mal por haberlo visto, me siento mal por ti, por todos vosotros.

Hago la compra en un periquete, apesadumbrada mientras recorro los pasillos del supermercado. A ratos olvido por qué me siento así, por qué me invade esa sensación de que ha sucedido algo malo que ha afectado mi vida. Entonces recuerdo por qué estoy desanimada e intento quitármelo de encima puesto que no tiene nada que ver conmigo. El problema es que aunque sepa que es una tontería no puedo evitar sentirme vinculada con lo que ha sucedido.

Preparo una cena sencilla, berenjenas con parmesano, y me bebo la última copa de la botella de vino tinto de la noche anterior. Me pongo cómoda para ponderar tu problema como si fuese mío. ¿Qué deberíamos hacer con Fionn, Matt? En tu casa no hay actividad. No veo el coche de tu esposa, todos estáis fuera. Nada.

La luz del dormitorio del doctor Jameson se apaga. No tengo soluciones, Matt.

Me he quedado dormida en el sofá por primera vez en mi vida y en un momento dado me despierto. Por un instante, me siento confusa y no sé dónde estoy; la única luz de la habitación es el parpadeante y mudo televisor. Me levanto de un salto y sin querer tiro el plato y los cubiertos al suelo, rompiendo la copa de vino. Ahora estoy completamente alerta, con el pulso acelerado, y me doy cuenta de qué es lo que me ha despertado. Es el consabido ruido de tu jeep recorriendo la calle a toda velocidad. Evitando pisar los cristales, voy a la ventana y te veo conducir sin miramientos, dando un volantazo para enfilarse la entrada a tu casa y, como de costumbre, frenando peligrosamente muy cerca de la puerta del garaje. Solo que esta vez no frenas y chocas de pleno contra ella. La puerta tiembla y vibra, el ruido resuena entre las casas dormidas. Me imagino al doctor Jameson despertándose con un sobresalto, quitándose a tientas el antifaz. Justo en ese momento se enciende la luz de su dormitorio.

La puerta del garaje permanece en pie, la casa no cae encima de tu coche. Mala suerte, la verdad. Durante un rato no ocurre nada. *Paradise City* sigue sonando a todo volumen. Te veo inmóvil en el asiento del conductor. Me pregunto si estás bien, si el airbag ha explotado y te ha dejado inconsciente. Pienso en llamar una ambulancia, pero no sé si es necesario y el servicio de urgencias podría considerarlo una pérdida de tiempo. Aunque por nada del mundo deseo abandonar el refugio seguro de mi hogar, considero que no puedo dejarte ahí fuera sin más.

Anoche dormiste en el coche sin siquiera molestarte en cumplir con tu rutina habitual de aporrear las puertas y ventanas de tu casa, pero en algún momento entre que me dormí y me desperté, te las arreglaste para entrar. Me pregunto si fue tu hijo quien abrió la puerta. Me pregunto si ya estaba harto y desobedeció las órdenes de su madre de no hacer caso y fue a abrir para enfrentarse a ti. Envalentonado por el vídeo que había hecho, te dijo lo que pensaba de ti. Aunque sé que es extraño, me habría gustado verlo.

Esta noche estás peor que de costumbre. Sospechaba que sería así. Seguro que estás al corriente del vídeo colgado en YouTube. He puesto la radio para ver si era verdad que te habían suspendido y había otro presentador sustituyéndoos a ti y a tu equipo. Tú y todo tu equipo estáis suspendidos por las picantes payasadas del programa de Nochevieja y veo que no has aprovechado el tiempo para pasar una inusual velada entre semana con tu familia o para reflexionar sobre tus actos, sino bebiendo para olvidar. Ha sido extraño no oír tu voz en la radio; te has convertido en sinónimo de esas horas de la noche en casi todas las casas, coches, lugares de trabajo, furgonetas y camiones que efectúan largos trayectos nocturnos. Constatar que te han suspendido no me pone tan contenta como hubiese imaginado, y entonces llego a la conclusión de que quizá sea algo positivo. Quizá te haga pensar en todas las bajezas que has dicho y debatido en tu programa, y en cómo han afectado a la gente y en cómo puedes mejorar para así mejorar la vida de tantas personas sobre las que ejerces tanta influencia. Y esto me lleva a recordar lo que hace que te odie, la verdadera razón de la ira que siento hacia ti.

Hace dieciséis años, en otra emisora y a otra hora, presentaste un debate sobre el síndrome de Down. Abordaba muchos aspectos del mismo y en parte fue informativo gracias a la airada y resuelta mujer que llamó desde Down Syndrome Ireland para explicar la realidad. Lamentablemente, fue considerada demasiado serena y paciente para tu programa y no tardaste en colgarle el teléfono. Los demás participantes fueron un atajo de repulsivos analfabetos ignorantes a quienes se les cedió demasiado tiempo de emisión. En buena medida el debate se centró en la biopsia de corion y la amniocentesis, que es un procedimiento utilizado en el diagnóstico prenatal de cromosomopatías e infecciones fetales. La razón más común para efectuar dichas pruebas es determinar si un bebé presenta ciertas afecciones genéticas o cromosomopatías como el síndrome de Down. Las mujeres que deciden someterse a esta prueba son principalmente las que tienen mayor riesgo de padecer problemas

genéticos o cromosómicos, debido en buena medida a que dicha prueba es invasiva y conlleva un pequeño riesgo de provocar un aborto. Entiendo que quisieras mantener esta conversación; es una conversación que merece la pena, podría ayudar a las mujeres a tomar esa decisión si se abordara de una manera madura y honesta, pero no a tu manera, no de la manera en que tu programa trata los asuntos, intentando suscitar controversia y dramatismo. En lugar de tratarlo de una manera madura y honesta, invitaste a una panda de locos para que subrayaran los peores aspectos y expresaran sus opiniones infundadas sobre el síndrome de Down. Por ejemplo, un imbécil anónimo que acababa de descubrir que su novia iba a tener un bebé con síndrome de Down y que quería saber qué derechos lo amparaban para impedirlo.

Yo tenía diecisiete años por entonces, estaba en una fiesta con un tipo que me gustaba desde hacía siglos. Todo el mundo estaba borracho, los padres de alguien se habían ido fuera y en lugar de escuchar música resultó que era guay escuchar a Matt Marshall. Todavía no me importabas; de hecho, pensaba que eras enrollado porque era guay escuchar la clase de cosas que debatías cuando nosotros todavía intentábamos encontrar nuestra propia voz. Pero aquel debate me puso enferma, la conversación salía de los altavoces y llegaba hasta la habitación donde se celebraba la fiesta, y tuve que escuchar a mis amigos, que deberían haber sido más sensatos, y a personas que no conocía y al tipo que me gustaba dando sus opiniones sobre el asunto. Nadie quería tener un hijo con síndrome de Down. Alguien dijo que, puestos a elegir, preferiría a uno enfermo de sida. Lo que oía me asqueaba. Yo tenía una hermana muy guapa durmiendo en casa, con una madre sometida a tratamiento por un cáncer y que estaba más afligida por abandonar a mi hermana que por dejar todo lo demás que constituía su vida, y me resultaba imposible asimilar lo que estaba oyendo.

Me limité a levantarme y marcharme. Los guardias me recogieron en la carretera de la costa. No iba dando tumbos por ahí, pero estaba bastante afectada y el alcohol solo empeoraba las cosas, de modo que me llevaron a comisaría por mi propia seguridad y me amonestaron.

Mi madre estaba enferma, necesitaba descansar. No podía llamar a mi tía después de lo que había ocurrido en las últimas semanas entre su hijo Kevin y yo, de modo que telefonaron a mi padre. Había salido con su nueva novia y fueron a recogerme en taxi, papá de esmoquin y ella con un vestido de noche, y me llevaron al apartamento de él. Se estuvieron lanzando miradas y riendo tontamente durante todo el trayecto. Me di cuenta de que aquella situación les parecía la mar de divertida. Llegamos al apartamento y al cabo de un momento volvieron a salir, lo cual fue una bendición para mí.

Por eso ahora estoy junto a la ventana y observo tu cuerpo inmóvil dentro del jeep sin que me importe que me veas mirando, porque estoy preocupada. Cuando me decido a salir para ayudarte, la puerta del jeep se abre y caes hacia atrás, con el cuerpo boca arriba como si hubieras estado apoyado en la puerta. Te deslizas

lentamente y tu cabeza golpea el suelo. Un pie se te ha enredado con el cinturón de seguridad sobre el asiento de cuero. No te mueves. Miro alrededor buscando el abrigo y entonces te oigo reír. Te esfuerzas en desenredar el cinturón de seguridad y tu risa se va desvaneciendo a medida que te irritas y necesitas concentrarte para liberarte mientras la sangre te sube a la cabeza.

Finalmente te liberas y das comienzo a tu numerito, consistente en gritar, pulsar el timbre y aporrear puertas y ventanas. Pero nadie reacciona en la casa. Haces sonar el claxon unas cuantas veces. Me sorprende que ningún vecino te haga callar. Quizás están dormidos y no te oyen. Tal vez tienen miedo, tal vez te observan igual que yo, aunque lo dudo. Los Murphy se acostaron temprano, los Malone nunca dan muestras de irritarse contigo y los Lennon, que viven en la casa contigua a la mía, son tan tímidos que me parece que les asusta enfrentarse a ti. Solo el doctor Jameson y yo parecemos estar molestos contigo. En tu casa reina un silencio absoluto y es justo entonces cuando reparo en que el coche de tu esposa no está aparcado en la calle como de costumbre. Las cortinas no están corridas en ninguna ventana. La casa parece vacía.

Desapareces rodeando la casa y poco después te oigo antes de verte. Reapareces tirando de una mesa de madera para seis. Las patas de la mesa destrozan el césped dejando profundos surcos, como si estuvieras arando. Logras subir con esfuerzo la mesa a la rampa de hormigón que conduce al garaje. La arrastras produciendo un chirrido espantoso que se prolonga casi un minuto. Sesenta segundos de ruido estridente, y veo que al fondo de la calle se encienden las luces de los Murphy. Una vez que has arrastrado la mesa hasta el césped del jardín delantero, desapareces de nuevo en el jardín trasero y haces tres viajes con las seis sillas a juego. En el último regresas con la sombrilla, que no consigues meter en el agujero del centro de la mesa. La arrojas al jardín con gesto de frustración y mientras vuela por los aires se abre como un paracaídas y va a estrellarse contra un árbol. Sin aliento, sacas una bolsa del jeep. La reconozco, es de la tienda de vinos y licores del barrio. Vacías la bolsa, alineas las latas encima de la mesa y después te sientas. Apoyas las botas sobre la mesa de madera y te instalas como si no pudieras estar más cómodo ni más a gusto. Invades mi cabeza con tu voz y ahora encima eres un adefesio, justo enfrente de mi casa.

Te observo un rato, pero finalmente pierdo interés, porque lo único que haces es beber y echar anillos de humo al sereno cielo nocturno.

Te miro mientras contemplas el firmamento, que esta noche es tan claro que se ve Júpiter al lado de la Luna, y me pregunto en qué estarás pensando. Qué hacer con Fionn. Qué hacer con tu trabajo. ¿Será que no somos tan distintos después de todo?

6

Son las ocho y media de la mañana y estoy en el jardín con un albañil que se llama Johnny, un hombretón de mejillas coloradas que se comporta como si me detestara. Nadie dice nada; él y su compañero, Eddie, que se apoya en el martillo neumático, se limitan a mirarme. Johnny se vuelve hacia ti, que estás dormido en tu silla de jardín con las botas encima de la mesa, y me mira otra vez.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta—. ¿Aguardar a que se despierte?

—¡No! Yo...

—Bueno, es lo que usted ha dicho.

Es exactamente lo que he dicho.

—No es lo que he dicho —replico con firmeza—. ¿Las ocho y media no es demasiado temprano para hacer tanto ruido? Creía que la hora oficial para empezar a hacer obras eran las nueve.

Johnny echa un vistazo alrededor.

—Casi todo el mundo está trabajando.

—En esta calle no —contesto—. En esta calle ya nadie trabaja.

Resulta insólito, pero es la pura verdad. Me mira perplejo y después mira al tipo del martillo neumático como si estuviera loca.

—Vamos a ver, usted ha dicho que necesitaba que esto se hiciera de inmediato. Tengo dos días para terminar este trabajo y luego me espera otro encargo, de modo que empezamos ahora o...

—De acuerdo, de acuerdo. Comiencen ahora.

—Volveré a las seis a echar una ojeada —dice Johnny.

—¿Adónde va?

—A otra obra —responde—. Eddie se las puede arreglar solo.

Sin pronunciar palabra, Eddie, que aparenta unos diecisiete años, se pone los protectores auditivos. Entro corriendo en casa. Me quedo junto a la ventana del cuarto de la televisión, que da a tu casa, y te observo sentado a la mesa, con la cabeza echada hacia atrás, sumido en un pacífico sueño después de tu estupor etílico. Estás envuelto en una manta. Me pregunto si te la ha puesto tu esposa o si la has sacado del coche durante la noche, al despertarte muerto de frío. El sentido común debería haberte indicado que lo mejor era quedarse en el coche y poner la calefacción, pero tú no estás para hacer caso al sentido común.

Indudablemente, esta mañana hay algo que falta. Dejando a un lado que estás durmiendo en medio de tu jardín destrozado, en unos muebles de jardín torcidos y mal ubicados, a la vista de todo el mundo, a estas horas tendría que haber actividad en tu casa. Tu esposa debería estar yendo y viniendo para acompañar a tus hijos al colegio y luego hacer sus recados, pero esta mañana no sucede nada. Sigue sin haber señales de vida en la casa, las cortinas están exactamente igual que ayer por la mañana. El coche de tu esposa no está en la calle. La sombrilla sigue al pie del árbol.

No hay señal alguna de tu familia.

De repente se pone en marcha el martillo neumático e incluso dentro de la casa el ruido es tan alto que noto las vibraciones en el pecho. Por primera vez pienso que tendría que haber avisado a los vecinos del alboroto que habrá los próximos días mientras arrancan mi magnífico enlosado para hacer sitio a un poco de hierba. Lo habrían comprendido, estoy convencida.

Te pones de pie de un salto, agitando brazos y piernas en todas las direcciones, y miras alrededor como si alguien te atacase. Tardas un poco en comprender dónde te encuentras, qué es lo que ocurre y qué has hecho. Y entonces reparas en el albañil que está trabajando en mi jardín. Acto seguido echas a correr hacia mi casa. Se me acelera el pulso y no sé exactamente por qué. Nunca hemos hablado, ni siquiera nos hemos dicho hola o nos hemos saludado con la mano. Aparte de cuando me pillaste observándote desde la ventana de mi dormitorio en Nochevieja, nunca has reconocido mi existencia ni yo la tuya, porque os detesto a ti y a lo que representas, porque serías incapaz de entender que a mi madre, siendo una madre agonizante, la entristeciera tanto abandonar a su hija con síndrome de Down. Revivo los comentarios que hicisteis tú y los oyentes que llamaron aquella noche en que nació mi odio hacia ti, y cuando llegas a mi jardín estoy preparada para pelear.

Te veo gritándole a Eddie. Entre el ruido y los protectores auditivos es imposible que Eddie te oiga, pero ve al hombre que tiene delante, que abre y cierra la boca con expresión de enfado, una mano en la cadera y con la otra señalando una casa, exigiendo ser escuchado. Eddie no te hace caso y sigue destrozando mi costoso enlosado. Voy al vestíbulo y camino de un lado a otro delante de la puerta, aguardando a que llames. Doy un respingo cuando suena el timbre. Solo una vez. Sin señal de impaciencia alguna. Un solo toque, todo lo contrario de lo que sueles hacerle a tu esposa.

Abro la puerta y nos encontramos cara a cara por primera vez. Esto va por mi hermana, va por ti, Heather, va por mi madre, por la injusticia de tener que abandonar a la hija que no quería abandonar. Me lo repito unas cuantas veces, abriendo y cerrando los puños, lista para pelear.

—¿Sí? —digo, y mi actitud ya es beligerante.

Te sorprende mi tono de voz.

—Buenos días —dices con condescendencia, como si quisieras indicarme que ese es el modo de iniciar una conversación, como si tuvieras la más remota idea de lo que es conversar educadamente. Me tiendes la mano—. Soy Matt, vivo enfrente.

Esto me resulta muy difícil. No soy descortés por naturaleza, pero miro tu mano y luego tu rostro sin afeitado, tus ojos inyectados en sangre, percibo el olor a alcohol que emana cada poro de tu cuerpo, observo esa boca que tanto me desagrada por las palabras que salen de ella, y meto las manos en los bolsillos de los vaqueros. El corazón se me dispara al hacerlo. Por ti, Heather; por ti, mamá.

Me miras con expresión de incredulidad. Metes en el bolsillo del abrigo la mano

que tendías hacia mí.

—¿Me he perdido algo? ¡Son las ocho y media y está perforando el suelo! ¿Hay algo que los demás deberíamos saber? ¿Un pozo de petróleo, quizá, cuya explotación podríamos compartir todos?

Todavía estás borracho, salta a la vista. A pesar de tener los pies bien plantados en el suelo, tu cuerpo se balancea con un movimiento circular que me recuerda el paso de baile inclinado de Michael Jackson.

—Si tanto le molesta, quizá le resultaría más grato acampar en su jardín trasero estos próximos días.

Me miras como si fuese una bruja chiflada y te marchas.

Hay muchas cosas que podría haber dicho. Muchísimas maneras de expresar mi decepción por el modo en que condujiste el debate sobre el síndrome de Down. Una carta. Una invitación a tomar café. Una conversación propia de una persona madura. En cambio, he dicho eso en nuestro primer encuentro. Me arrepiento en el acto, no porque quizás haya herido tus sentimientos, sino porque pienso que tal vez he desperdiciado una ocasión para hacer algo realmente importante como era debido. Y entonces se me ocurre pensar, por primera vez, que seguramente ni siquiera recuerdas ese programa en concreto. Has hecho tantos que es muy probable que no signifiquen nada para ti. No soy más que una vecina insoportable que no te ha avisado de que iba a hacer obras.

Te miro mientras cruzas la calle hacia tu casa. Eddie sigue sin hacer caso del mundo y levantando el suelo, y el ruido que produce retumba en mi cabeza. Caminas arriba y abajo ante la fachada de tu casa y luego rodeas esta estudiando las ventanas, buscando la manera de entrar. Te tambaleas un poco, todavía borracho. De pronto te diriges a la mesa y pienso que vas a sentarte, pero, en cambio, coges por el respaldo una silla de jardín y te acercas con ella a la puerta principal. La echas hacia atrás con todas tus fuerzas y la estampas una, dos, tres veces contra la ventana que hay al lado de la puerta, rompiendo el cristal. El ruido del martillo neumático impide que nada de esto se oiga. Te pones de lado, eres tan fornido que te cuesta deslizarte a través del estrecho espacio que has abierto, pero finalmente logras entrar en tu casa.

Pese a que lo he presenciado todo, una vez más haces que me sienta como si la irracional fuera yo.

Eddie trabaja dos horas sin parar y después desaparece durante tres. Todo ese tiempo la máquina permanece en mi jardín delantero, donde parece que haya habido un terremoto. Ha sembrado tal caos que no soporto verlo, pero no puedo evitarlo porque estoy mirando por la ventana, pendiente no de ti —estoy segura de que no aparecerás hasta dentro de unas horas—, sino de Eddie, que se ha marchado tan campante con el casco puesto y todavía no ha regresado. Llamo a Johnny, que ni contesta ni tiene buzón de voz. No es buena señal. Me lo recomendó el jardinero que contraté, lo cual tampoco es buena señal.

Suena mi móvil, pero es un número privado y no contesto. El día de Navidad mi tía Jennifer me dijo, un tanto ebria, que mi primo Kevin regresaba a casa a primeros de año y tenía ganas de ponerse en contacto conmigo. Estamos a primeros de año y rastreo mis llamadas como si fuese la CIA. Kevin se marchó de Irlanda a los veintidós años para ver mundo, y acabó estableciéndose en Australia, aunque dudo que de verdad se haya establecido alguna vez en el sitio que sea. Se marchó para encontrarse a sí mismo tras una serie de dramas familiares y nunca regresó, ni siquiera por Navidad, los cumpleaños o el funeral de mi madre. Se trata del mismo Kevin que cuando yo tenía cinco años me dijo que me iba a morir y cuando tenía diecisiete que estaba enamorado de mí.

Mi tía se había llevado a mi madre el fin de semana, en uno de sus retiros para ayudarla a superar la enfermedad, y, como siempre por aquel entonces, me quedé a dormir en su casa. Mi tío Billy miraba la tele y Kevin y yo estábamos en el columpio del jardín trasero, hablando con el corazón en la mano. Le estaba contando lo de la enfermedad de mi madre y él me escuchaba atentamente. Se le daba muy bien escuchar. Y después me contó su secreto: acababa de descubrir que era adoptado. Dijo que se sentía traicionado, después de tanto tiempo, pero que de pronto había entendido sus sentimientos. En relación conmigo. Estaba enamorado de mí. Acto seguido lo tuve encima, metiéndome mano por todas partes, con su lengua en mi boca. A partir de ese día, cada vez que pensaba en él me lavaba la boca tan a fondo como podía. Quizá no fuese mi primo consanguíneo, pero seguía siendo mi primo. Habíamos jugado a *El señor de las moscas* en los árboles del fondo de su jardín, habíamos atado a su hermano Michael para asarlo en un espetón, nos habíamos disfrazado y montado espectáculos en los alféizares de las ventanas. Habíamos participado juntos en actividades familiares. Cada recuerdo que conservaba de él estaba ligado al hecho de que era mi primo. Me sentí asqueada.

Después de eso dejamos de hablarnos. Nunca se lo conté a mi tía, pero me constaba que estaba al corriente. Supuse que mi madre la había informado de todo, aunque nunca lo comentó conmigo. Tras el primer año pasó de un pesaroso desasosiego por lo ocurrido a estar molesta conmigo. Creo que pensaba que lo único que le habría devuelto a su hijo hubiese sido que yo lo perdonara. Por entonces aún

no había dejado el país, pero Kevin nunca había deseado formar parte de nada ni de nadie, en particular de su familia, siempre se había mostrado afligido, inseguro de sí y de cuantos lo rodeaban. Quizá sea cruel de mi parte, pero a los diecisiete yo no estaba para hacerme cargo de sus problemas; era mi asqueroso primo con problemas que me había besado, y quería mantenerlo bien lejos de mí. Pero ha regresado, y uno de estos días tendré que verlo. Ya no estoy contrariada con él ni su mero recuerdo me impulsa a lavarme la boca. Sin embargo, aunque no tenga nada importante que hacer, se me ocurren cosas mejores en las que ocupar mi tiempo que entablar una incómoda conversación con un primo que intentó darme un beso con lengua en un jardín hace diecisiete años.

Mientras miro por la ventana, pendiente de que Eddie regrese, suena el teléfono. Los únicos que tienen mi número son papá y Heather, y por lo general es esta quien llama, de modo que contesto.

—¿Podría hablar con Jasmine Butler, por favor?

Hago una pausa, tratando de identificar la voz. Creo que no es Kevin. Me figuro que a estas alturas tendrá acento australiano, aunque quizá me equivoque. En cualquier caso, creo que no es él. La tía Jennifer habría sido increíblemente cruel si le hubiese dado mi número. Oculto tras un acento dublinés percibo otro que no acabo de ubicar, de algún lugar fuera de Dublín pero dentro de Irlanda. Un ligero deje... campesino.

—¿De parte de quién?

—¿Estoy hablando con Jasmine Butler? —pregunta el desconocido.

Sonrío y procuro disimular la gracia que me causa la situación.

—¿Podría decirme quién llama, por favor? Soy la asistente de la señorita Butler.

—Ah, perdone —dice, absolutamente alegre y encantador—. Y usted, ¿cómo se llama?

¿Quién es este sujeto? Es él quien ha llamado y ahora intenta tomar el control, pero no de manera grosera, es sumamente educado y tiene un tono de voz muy atractivo. Sigo sin ubicar el acento. No es de Dublín. No es norteño. Tampoco sureño. ¿De las Midlands? No. Y ahora tengo que pensar un nombre y conseguir poner fin a la llamada. Miro la consola que tengo delante y veo la pluma al lado de la base de recarga del teléfono.

—Pen —digo, e intento no echarme a reír^[3]—. Penny. Penelope, pero todo el mundo me llama Penny.

—¿Y a veces Pen? —pregunta.

—Sí —contesto sonriendo.

—¿Puede decirme su apellido?

—¿Esto es para una encuesta o algo así?

—Oh, no, es solo por si vuelvo a llamar y la señorita Butler no está en casa. En el caso improbable de que lo haga.

Me río de nuevo ante su sarcasmo.

—Ah. —Bajo la vista a la mesa y veo el bloc de notas que hay junto a la pluma. Pongo los ojos en blanco—. Pad^[4]. —Toso para disimular la risa—. Paddington.

—Muy bien, Penelope Paddington —repite, y estoy convencida de que se ha dado cuenta. Por poco perspicaz que sea, tiene que haberse dado cuenta—. ¿Sabe cuándo puedo encontrar en casa a la señorita Butler?

—No sabría decirle. —Me siento en el brazo del sofá sin apartar la vista de la calle y veo al doctor Jameson en la puerta principal de tu casa—. Va y viene. Por trabajo. —El doctor Jameson está mirando por el cristal roto—. ¿De qué se trata?

—Es un asunto privado —dice educada y amigablemente—. Preferiría comentarlo con ella en persona.

—¿La conoce? —pregunto.

—Todavía no —contesta—, pero quizá podría decirle que he llamado.

—Por supuesto.

Cojo la pluma y papel para anotar sus datos.

—Intentaré localizarla en su móvil —dice.

—¿Tiene su móvil?

—Y también su número del trabajo pero, aunque he llamado a la oficina, no doy con ella.

Eso me frena. Alguien que me conoce lo suficiente para tener mis tres números y, sin embargo, no sabe que me despidieron. Me quedo perpleja.

—Gracias, Penelope, me ha sido de gran ayuda. Que tenga un buen día.

Cuelga y me deja completamente confusa.

—Jasmine —me digo a mí misma con cierto sonsonete—. Un tipo raro acaba de llamar preguntando por ti.

El doctor Jameson está cruzando en dirección a mi casa.

—Hola, doctor Jameson —lo saludo, y advierto que sostiene un sobre blanco en la mano. Me pregunto qué demonios estarán planeando hacer los vecinos y cuánto tendré que aportar.

—Hola, Jasmine.

Como de costumbre, va impecablemente vestido con camisa y jersey de cuello de pico, pantalones con la raya perfectamente planchada y zapatos lustrosos. Es más bajo que yo, y con mi estatura me siento como una criatura exótica a su lado. Mi pelo es rojo brillante, rojo camión de bomberos o *booster scarlet power* según lo llama L'Oréal. De natural soy castaña, pero ni yo ni el resto del mundo me ha visto así desde que cumplí quince años. Los únicos indicios que permanecen son mis cejas, puesto que mi cuero cabelludo cada vez echa más canas que pelos castaños. El rojo, me dicen, hace resaltar mi color de ojos todavía más de lo habitual; son de un azul turquesa y estoy acostumbrada a que casi todo el mundo haga comentarios al respecto. Mis ojos y mi pelo son lo primero que cualquiera ve de mí. Tanto en el trabajo como en una fiesta, siempre, absolutamente siempre salgo con mi lápiz de ojos ultranegro azabache. Soy toda ojos y pelo. Y tetas. Estas también son bastante

grandes, y aunque no hago nada para realzarlas resaltan por su propia cuenta, las muy listas.

—Lamento lo del ruido de esta mañana —digo, sinceramente—. Tendría que haberle avisado.

—En absoluto... —Le quita importancia al asunto con un ademán, como si tuviera prisa por decir otra cosa—. He estado enfrente, buscando a nuestro amigo, pero parece que alguna otra cosa lo retiene —dice, como si nuestro amigo, refiriéndose a ti, estuviera en el jardín trasero haciendo animales con globos para un grupo de niños y no desmayado en el suelo del cuarto de baño sobre un charco de su propio vómito. Solo estoy especulando—. Amy me dio esto para el señor Marshall; podemos llamarle Matt, ¿verdad?

Su mirada de complicidad me hace pensar que sabe que he estado observando, y mucho. Pero no puede saberlo a menos que él me observara a mí, y me consta que no es así porque yo estaba observándolo.

—¿Quién es Amy?

—La esposa de Matt.

—Ah, sí, claro —digo, como si lo supiera y lo hubiese olvidado. No lo sabía.

—Me parece que es bastante urgente que reciba esto. —Agita el sobre blanco—. Pero no contesta. Lo dejaría en... la ventana rota, pero entonces no estaré seguro de que lo recibe. Además, me gustaría darle a usted una copia. —Me tiende un sobre.

—¿Una copia de qué?

—De la llave de la casa. Amy hizo dos llaves para los vecinos; pensó que podría ser práctico —dice, como si le sorprendiera, cuando ambos sabemos que es lo más lógico y sensato que hayamos oído jamás—. Me parece que no está en casa y que puede tardar un tiempo en regresar —agrega, dirigiéndome una mirada penetrante.

Vaya. Entendido.

Aparto las manos de la llave y el sobre que me tiende con insistencia.

—Creo que lo mejor será que se la quede usted, doctor Jameson. No soy la persona indicada para guardarla.

—¿Y eso por qué?

—Ya sabe cómo es mi vida, voy y vengo sin parar. Estoy muy ocupada. Por el trabajo y... bueno, otras cosas. Lo mejor sería dejársela a alguien que pase más tiempo aquí.

—Vaya. Tenía la impresión de que usted... bien, de que últimamente pasa más tiempo en casa.

Ahí me ha dado.

—Bueno, sí, pero aun así pienso que es mejor que la guarde usted —insisto, inflexible.

—Yo ya tengo una llave, pero me voy fuera quince días. Mi sobrino me ha pedido que vaya de vacaciones con su familia. Es la primera vez. —Se le ilumina el semblante—. Ha sido muy amable de su parte, aunque estoy seguro de que Stella

tuvo que convencerlo. Es una mujer encantadora, y se lo agradezco mucho. España —agrega, con los ojos chispeantes—. En fin... —Se le ensombrece la expresión—. Tendré que buscar una casa para estas llaves.

Parece muy preocupado.

Por más culpable que me sienta, no puedo hacerlo. No puedo guardar la llave de otra persona en mi casa. De un perfecto desconocido. Me resulta raro. No quiero verme involucrada. Quiero ceñirme a mis asuntos. Sé que te observo, pero... No puedo hacerlo. No dejaré que me conmueva la expresión de aturdimiento y preocupación del doctor Jameson. Si tuviera trabajo, ahora no estaría metida en este lío, no tendría que encargarme de problemas de otras personas que deberían guardárselos para sí.

—Quizá podría dárselas a los señores Malone.

Ni idea de sus nombres de pila. Son mis vecinos desde hace cuatro años y todavía no lo sé, pese a que cada año me envían una postal de Navidad con sus nombres escritos en ella.

—Bueno, es una idea —dice con tono vacilante, y sé por qué titubea. No quiere causarles problemas. Cuando te quedas sin poder entrar en casa en tu iracundo estado de embriaguez no deberían ser los señores Malone, unos septuagenarios, quienes se ocupen de resolver tus problemas. Lo mismo puede decirse de los Murphy y los Lennon. Tiene razón, sé que la tiene, pero, sencillamente, no puedo hacerlo—. ¿Seguro que no se las quiere quedar? —me pregunta una vez más.

—Seguro —contesto con firmeza, negando con la cabeza. No me dejaré convencer.

—Lo comprendo. —Asiente con los labios apretados y vuelve a coger el sobre con las dos manos. Me mira de hito en hito y constato que ha presenciado la misma escena nocturna que yo—. De verdad que lo comprendo.

Se despide de mí y tengo que echarme a correr para impedir que baje a la calzada mientras una ambulancia se aproxima a toda velocidad. Ambos miramos automáticamente hacia tu casa, pensando que sin duda ha ocurrido algo, pero la ambulancia se detiene delante de la casa de los Malone y los paramédicos corren hasta la puerta.

—¡Oh, cielo santo! —exclama el doctor Jameson. Nunca he conocido a nadie que diga tantas veces caramba, pamplinas, cielo santo y por Dios como él.

A su lado, observo cómo sacan de la casa a la señora Malone en una camilla, con una máscara de oxígeno en la cara, y la cargan en la parte trasera de la ambulancia. Un señor Malone de rostro ceniciento los sigue. Parece traumatizado. Se me parte el corazón en el acto. Espero que no haya sido culpa mía. Espero que el martillo neumático de mi jardín no le haya provocado un infarto como ha estado a punto de provocártelo a ti.

—Vincent —dice al ver al doctor Jameson—. *Marjorie*.

Deduzco que se refiere a su esposa, y me siento fatal por no haber aprendido su

nombre. Pobre *Marjorie*. Ojalá se recupere.

—Me ocuparé de ella, Jimmy —dice el doctor Jameson—. ¿Dos veces al día? ¿La comida en el armario?

—Sí... sí... —contesta el señor Malone entrecortadamente mientras lo ayudan a subir a la ambulancia.

No. No es la esposa.

Las puertas se cierran y la ambulancia se va a toda prisa, dejando la calle tan desierta como antes, como si no hubiese ocurrido nada en absoluto. La sirena languidece a medida que se aleja.

—Ay, ay, ay —dice mi vecino, mostrando su sobresalto—. ¡Dios mío!

—¿Se encuentra bien, doctor Jameson?

—Vincent, por favor; hace diez años que no ejerzo —explica, distraídamente—. Más vale que vaya a dar de comer al gato. ¿Quién le dará de comer mientras yo esté fuera? Tal vez no debería irme. Primero esto... —Mira el sobre con la llave—. Y ahora los Malone. Sí, tal vez sea necesario que me quede aquí.

Solo siento culpabilidad y pavor, y un ligero rencor porque el universo ha conspirado contra mí. Llegados a este punto, sería una grosería que sugiriese a otros vecinos, aunque es lo que tengo ganas de hacer. Pero dos negativas en un mismo día me harían quedar bastante mal.

—Daré de comer al gato mientras usted esté fuera —digo—. Siempre y cuando me muestre dónde está todo.

—Por descontado —responde, todavía abatido.

—¿Cómo vamos a entrar?

Miro la casa vacía de los Malone, perfecta con sus enanitos en el jardín, sus señales para ver *leprechauns*^[5], puertas mágicas para que jueguen sus nietos y senderos de losas para explorar lo que hay detrás de los arbustos y debajo de los sauces llorones. Los estores son de los ochenta, en tonos beige y rosa salmón, todos estrujados como bejines en lo alto de las ventanas, objetos de porcelana barata en los alféizares y una mesa arrimada a la ventana, cubierta de fotografías enmarcadas. Es como una casa de muñecas detenida en el tiempo, decorada y cuidada con esmero y cariño.

—Tengo las llaves —dice.

Claro que las tiene. Según parece, en esta calle todos tienen las llaves de todos excepto las mías. Baja la vista al sobre que tiene en la mano, con tu llave dentro, como si lo viera por primera vez. Advierto que le tiemblan las manos.

—Vincent, ya lo guardaré yo —digo con delicadeza, poniendo una mano encima de la suya y cogiendo el sobre.

Y así es como termino con la carta de tu esposa y la llave de tu casa.

Solo para que te conste, en ningún momento las he querido.

Eddie regresa y trabaja otras dos horas. Lo sé porque estoy echando comida de gato en el cuenco de *Marjorie* cuando la pobre se lleva un susto de muerte al oír el martillo neumático y desaparece. Me pregunto si debo buscarla, pero no quiero recorrer las habitaciones como una intrusa, y además es una gata, estará bien. Eddie se está empleando a fondo cuando Johnny regresa para inspeccionar la obra y es como si no se hubiese ausentado en ningún momento. Escucha mi queja acerca de aquel sin pestañear ni hacer comentario alguno, inspecciona la obra, declara que no llevan retraso y se marchan en una desvencijada furgoneta roja porque tienen otro encargo. No van muy lejos, entran marcha atrás en la rampa de acceso al garaje de tu casa y se apean. Soy consciente de que me he convertido en una fisgona, pero no lo puedo remediar, estoy intrigada. Johnny mide el panel roto de la ventana contigua a la puerta principal, luego sacan una tabla de madera de la trasera de la furgoneta y, aunque no los veo, los oigo serrar detrás de las puertas abiertas. Solo son las cinco y media y ya ha oscurecido. Trabajan con muy poca luz, alumbrados solo por la lámpara del porche, y hay un leve resplandor que llega desde la parte de atrás de la casa: la cocina. Debes de estar despierto.

Pasan diez minutos fijando la tabla de madera en tu ventana, después montan en la furgoneta roja y se marchan. Mi jardín dista mucho de estar terminado.

Tengo tu carta en la mano. El doctor Jameson me ha hecho prometer que te la entregaría en persona. Él y yo debemos estar seguros de que la has recibido para que él pueda decírselo a Amy. He dejado la llave de tu casa encima del mostrador de la cocina; se la ve fuera de lugar, pero no se me ocurre dónde guardarla. La llave resalta sobre el mármol, casi como si palpitase. Me ponga donde me ponga, atrae mi mirada. Me parece un error tener algo tuyo en mi casa. Bajo la vista y le doy la vuelta al sobre. Me figuro que tu esposa, Amy, finalmente te ha abandonado y ha encomendado a sus vecinos que se aseguren de que sus palabras, su razonamiento —estoy convencida de que habrá tardado mucho en redactar la carta, eligiendo cuidadosamente cada palabra—, te lleguen. Me siento con el deber de encargarme de que la recibas. Debería disfrutar entregándotela, pero no es así y me alegro. Al contrario que tú, no soy insensible a los sentimientos humanos.

Me pongo el abrigo y cojo el sobre. Suena mi móvil, un número que no reconozco. Pensando que será ese vendedor tan peculiar, contesto.

—Hola, Jasmine, soy Kevin.

Se me cae el alma a los pies al ver que sales de tu casa, subes al coche y te marchas mientras escucho al primo que intentó besarme informándome de que está en Irlanda.

No consigo pegar ojo. No solo porque he acordado ver a mi primo Kevin dentro de unos días —fuera, no en mi casa, de modo que pueda marcharme cuando quiera—, sino porque estoy intentando repasar todas las posibles situaciones que podrían darse

cuando regreses después. Yo dándote tu llave, tu carta, yo abriendo tu puerta, tú atacándome borracho como una cuba, arrojándome una silla, gritándome, quién sabe. No quería aceptar este reto, pero el deber de la buena vecindad hizo que me sintiera obligada.

Cuando llegas a casa estoy completamente despierta. *Paradise City* suena a todo volumen una vez más. Frenas antes de chocar contra la puerta del garaje, sacas las llaves del contacto, vas trastabillando hasta la puerta, tropiezas con tus propios pies varias veces mientras te concentras en las llaves, que tintinean en tus manos. Tardas un rato, pero por fin consigues meter la llave en la cerradura. Entrás y cierras la puerta. Se enciende la luz del recibidor. Se enciende la luz del descansillo. Se apaga la luz del recibidor. Se enciende la luz de tu dormitorio. Cinco minutos después se apaga la luz de tu dormitorio.

De repente el silencio que reina en mi habitación es espeluznante, y me doy cuenta de que he estado conteniendo la respiración. Me tiendo en la cama, confusa.

Estoy decepcionada.

El fin de semana celebro mi cena. Somos ocho. Todos amigos íntimos. Bianca no ha venido, se ha quedado en casa con su hijo recién nacido, pero Tristan ha acudido. Antes de que nos sentemos a cenar se queda dormido en un sillón junto a la chimenea. Lo dejamos tranquilo y comenzamos sin él.

Casi toda la conversación gira en torno a los hijos. Me gusta, es una distracción. Aprendo un montón de cosas sobre el cólico del lactante y pongo cara de preocupación cuando hablan de la falta de sueño. Después pasan al destete y discuten qué verduras y frutas son aceptables como primer alimento crudo. Caroline suelta una perorata de media hora sobre la vida sexual de la que goza con su nuevo novio desde que se separó del hijo de puta de su marido. Esto también me gusta, es una distracción. Es la vida real, son cosas de las que quiero enterarme. Después la atención se dirige hacia mí y mi trabajo, y aunque son mis amigos y los adoro y son amables, no me siento con ánimos para hablar del tema con franqueza. Les cuento que estoy disfrutando de mi receso y me apunto a su opinión de que es fantástico cobrar por estar en casa. Se ríen cuando intento ponerlos celosos con historias exageradas sobre levantarse tarde, las largas sesiones de lectura y el tiempo de que dispongo para hacer lo que me plazca. Sin embargo, resulta forzado y estoy incómoda, como si interpretara un papel, porque no me creo una sola palabra de lo que estoy diciendo. Nunca he estado más agradecida de oír el ruido de tu jeep. Espero que estés más hecho polvo que de costumbre.

No les he hablado a mis amigos de tus últimas excentricidades nocturnas bajo los efectos del alcohol. No sé por qué. Son una carnaza perfecta. Les encantaría enterarse de todo, y que seas famoso lo haría aún más jugoso. Tal vez me tomo demasiado en serio tu conducta y tu situación para bromear al respecto durante una cena. Tienes hijos, una esposa que acaba de abandonarte. Te detesto, cuantos me conocen bien lo saben, pero nada relacionado contigo me hace tener ganas de reírme de ti. Corro las

cortinas para que no puedan verte.

Te oigo aporrear puertas y ventanas, pero todos siguen charlando. Ahora debaten sobre quién debería ligarse las trompas y quién debería hacerse una vasectomía, y no reparan en el ruido que armas. Creen que bromeo cuando digo que yo preferiría la vasectomía, pero no he estado prestando la debida atención.

De pronto no se oye nada fuera. No logro concentrarme y empiezo a inquietarme, me pone nerviosa que lleguen a oírte, que los chicos quieran salir a verte, a mofarse de ti o a ayudarte, arruinando la privacidad de mi relación contigo. Me consta que es raro. Esto es todo lo que tengo y solo yo puedo entender de verdad lo que te ocurre por la noche. No quiero tener que explicarlo.

Retiro los platos del postre. Mis amigos hablan y ríen, el ambiente es genial y Tristan sigue durmiendo en el sillón, asándose junto a la chimenea. Caroline me ayuda y pasamos otro rato en la cocina mientras me pone al corriente de las cosas que ella y su nuevo novio han estado haciendo. Debería escandalizarme por lo que oigo, ella quiere que me escandalice, pero no consigo concentrarme, sigo pensando en ti ahí fuera. Y la llave está a mi lado encima del mostrador, palpitando todavía. Cuando Caroline sale un momento para ir al cuarto de baño, me escapo. Cojo la carta y tu llave, me pongo el abrigo y salgo sigilosamente sin que nadie se dé cuenta.

Mientras cruzo la calle te veo sentado a la mesa. Son las once de la noche. Temprano para que regreses a casa. Estás comiendo de una bolsa de McDonald's. Me observas cruzar la calle y me siento cohibida. Estrecho los brazos en torno a mi cuerpo, fingiendo tener más frío del que tengo, dado que el alcohol que he bebido me mantiene caliente. Me paro junto a la mesa.

—Hola —digo.

Me miras con cara de sueño. Nunca te he visto sobrio de cerca. Tampoco te he visto borracho de cerca; estabas entre un estado y el otro cuando nos topamos la otra mañana, de ahí que no sepa con seguridad en qué estado estás ahora exactamente, pero estás sentado fuera comiendo un McDonald's a las once de la noche con una temperatura de tres grados. El olor a alcohol flota denso en el aire, de modo que no puedes hallarte plenamente *compos mentis*.

—Hola —dices.

Es un buen principio.

—El doctor Jameson me pidió que te diera esto.

Te entrego el sobre.

Lo coges, lo miras y lo dejas encima de la mesa.

—¿Está fuera el doctor Jota?

—Dijo que su sobrino lo había invitado a España.

—¿En serio? —Se te ilumina el semblante—. Ya era hora.

Esto me sorprende. No sabía que tú y el doctor Jameson estuvierais tan unidos. Tampoco es que tu reacción dé a entender que seáis íntimos, pero sí que tenéis alguna clase de relación.

—Verás, la esposa del doctor Jota murió hace quince años, no tenían hijos, su hermano y su cuñada fallecieron, el único pariente que le queda es ese sobrino que nunca lo visita ni lo invita a nada —dice, claramente molesto. Después eructas—. Perdón.

—Oh —es todo cuanto acierto a decir.

Me miras.

—¿Vives enfrente?

La pregunta hace que me sienta confusa. No sé si estás fingiendo que nunca nos hemos visto o si de verdad no te acuerdas. Intento discernirlo.

—Claro que sí —añades—. En el número tres, ¿verdad?

—Sí —contesto.

—Soy Matt. —Me tiendes la mano.

No estoy segura de que esto sea un nuevo principio; podría ser un montaje, en cuyo caso, en cuanto alargue el brazo retirarás la mano y sacarás la lengua. Sean cuales sean tus motivos, si has olvidado mi grosería de hace unos días, esta es una buena oportunidad para que haga lo que debería haber hecho entonces.

—Jasmine —digo, y tiendo la mano hacia ti.

Contrariamente a lo que pensaba, no es un apretón de manos con el diablo. Tienes la mano helada, la piel áspera como si la hubiera agrietado el frío del invierno.

—También me dio una copia de la llave de tu casa. Tu esposa hizo copias para él y para mí. —Te la entrego.

La miras con desgana.

—No tengo por qué quedarme la llave si no quieres que la tenga —añado.

—¿Por qué no iba a querer?

—No lo sé —respondo—. No me conoces. En fin, toma. Ahora puedes entrar y quedarte la llave, si quieres.

Miras la llave.

—Seguramente será mejor que la guardes tú.

Sigues mirándome y empiezo a incomodarme. No sé qué hacer. Está claro que no tienes intención de moverte, de modo que voy hasta la puerta y la abro.

—¿Estás dando una fiesta? —preguntas, mirando los coches aparcados delante de mi casa.

—Solo es una cena.

Entonces me siento mal. Estás comiendo de una bolsa de McDonald's. ¿Se supone que debo invitarte? No, no nos conocemos, y tú has sido el enemigo desde mi adolescencia, no puedo invitarte.

—¿Qué le estás haciendo a tu jardín?

—Ponerle césped.

—¿Por qué?

Me echo a reír.

—Buena pregunta.

Coges el sobre.

—¿Me leerías esto?

—No.

—¿Por qué?

—¿Por qué no lo lees tú?

—Me cuesta ver con claridad.

Sin embargo, no parece estar tan borracho para eso y hasta hablas con normalidad.

—Y me he dejado las gafas dentro —agregas.

—No. —Cruzo los brazos y doy un paso atrás—. Es una carta personal.

—¿Cómo sabes que es personal?

—Es para ti.

—Podría ser algo relacionado con el vecindario. El doctor Jota siempre anda organizando cosas. Una barbacoa, por ejemplo.

—¿En enero?

—Pues una reunión para hablar sobre el reciclaje.

Te gusta lo que acabas de decir y ríes por lo bajo. Oigo tu pecho cargado a causa de tantos cigarrillos; es una risa sucia y sibilante.

—Dijo que era de tu esposa.

Silencio.

De pronto descubro la razón de tu atractivo. Es por la manera en que ladeas la cabeza cuando piensas, o quizá se deba a la luz de la luna, pero sea lo que sea hay momentos en los que te transformas. Ojos azules, cabello cobrizo, nariz chata. O quizá siempre tienes este aspecto y mi desagrado lo corrompe.

Dejas el sobre sobre la mesa y lo empujas con un dedo hacia mí.

—Léela.

Cojo el sobre y lo miro. Le doy la vuelta varias veces.

—No puedo. Lo siento. —Vuelvo a dejarlo sobre la mesa. Lo miras fijamente sin pronunciar palabra—. Buenas noches.

Vuelvo a mi casa, a las risas de mis amigos. Me quito el abrigo. Tristan sigue durmiendo en el sillón. Creo que nadie se ha percatado de mi ausencia. Regreso a la mesa con otra botella de vino y me siento un momento, antes de levantarme de nuevo para descorrer un poco las cortinas. Sigues sentado a la mesa. Levantas la vista y me ves, entonces te pones de pie y entras en tu casa, cierras la puerta a tus espaldas. Todavía veo el sobre blanco encima de la mesa, resplandeciendo a la luz de la luna.

Comienza a lloviznar.

Observo el sobre mientras la lluvia arrecia. No me puedo concentrar. Ahora Rachel está hablando de algo, todos la escuchan, tiene los ojos arrasados en lágrimas, me consta que es algo importante, es acerca de su padre enfermo, acaban de enterarse de que tiene cáncer, pero no consigo concentrarme. Sigo mirando por la ventana el sobre bajo la lluvia. El marido de Rachel la toma de la mano para ayudarla a

continuar. Susurro algo a propósito de traerle un pañuelo y acto seguido salgo fuera sin abrigo, cruzo la calle corriendo y recupero el sobre.

No te conozco, no estoy en deuda contigo, pero sé que todos tenemos un botón de autodestrucción y no puedo permitir que lo pulses. No en mi turno de guardia.

Una semana más tarde de lo prometido Johnny y Eddie por fin terminan de levantar el enlosado. Ponen tantas excusas y motivos técnicos que no sé por dónde comenzar a discutir con ellos, pero al menos cien metros cuadrados han quedado despejados para plantar césped, mientras que el resto del jardín sigue siendo de mi amado pavimento. Mi padre me dice que me quede con las losas que han arrancado del suelo porque cree que tienen valor, de modo que las guardo en un pequeño contenedor para escombros en el acceso al garaje. Sus creencias las confirma el repentino afán de Johnny por ayudarme a deshacerme de ellas. Intento pensar para qué podría utilizarlas, pero en realidad no tengo ni idea y sospecho que acabaré tirándolas.

El jueves papá y Leilah nos invitan a almorzar a Heather y a mí. Los lunes Heather trabaja en un restaurante, limpiando mesas y llenando el lavavajillas; los miércoles trabaja en el cine, acompañando a los espectadores a sus asientos y limpiando los restos de palomitas y demás porquería después de cada sesión, y los viernes trabaja en el bufete de un abogado, donde se encarga de echar el correo, destruir documentos y hacer fotocopias. Le encantan sus tres empleos. Los sábados por la mañana asiste a su clase de música y arte dramático y los jueves acude a un centro de día donde pasa el rato con sus amigos. Solo tiene libres los jueves y los domingos, y, habida cuenta de mi horario de trabajo, el domingo era nuestro día. Así ha sido durante los últimos diez años. Iría hasta el fin del mundo con tal de no perderme ese día con ella. Nuestras actividades varían; a veces tiene en mente propósitos muy concretos, otras veces está muy callada y deja que decida yo. Vamos mucho al cine, le gustan mucho las películas de animación y sabe de memoria todas las frases de *La sirenita*. A veces lo único que quiere hacer es sentarse ante el televisor y verla una vez tras otra. Mi regalo de Navidad fue ir a ver Disney on Ice. El primer acto estaba dedicado por entero a *La sirenita* y nunca he visto a Heather tan callada, tan absorta en algo. Fue estupendo; estar con ella siempre es estupendo. Cuando Úrsula, la Bruja del Mar, salió al escenario, un enorme pulpo hinchable se deslizó por el hielo y sonaron música maligna y risas socarronas. Mucho niños rompieron a llorar y me preocupó que Heather se asustara, pero me estrechó la mano y me susurró «Todo acaba bien, Jasmine», y así supe que estaba cuidando de mí, que le preocupaba que yo tuviera miedo. Es mi hermana mayor y me protege constantemente aunque yo crea que soy quien la protege a ella. Cuando terminó el espectáculo y se encendieron las luces y se vio el revoltijo de palomitas y granizados Slush Puppie que cubría el suelo y se acabó la magia, me miró, con las manos en el pecho, encima del corazón, los ojos arrasados en lágrimas, enormes detrás de sus gruesas gafas, y me dijo: «Estoy emocionada, Jasmine. Estoy muy emocionada».

La adoro, me encanta todo lo que tiene que ver con ella. Lo único que cambiaría de ella es el desasosiego que siente a menudo debido a su hipertiroidismo, que a veces se le manifiesta en forma de fatiga, pereza e irritabilidad. No le quitaría los ojos

de encima, pero no me lo permite. Tras años de intentar enseñarle cosas de manera que pudiera entenderlas, lo que finalmente he aprendido acerca de mi hermana es que ella siempre ha sido y siempre será la maestra y que yo soy su discípula. A menudo se expresa con poca claridad, aunque por lo general la entiendo, y tiene problemas de audición y dificultades con las habilidades motoras, es capaz de decir el nombre de cada uno de los personajes de cada una de las películas de Disney, así como de los autores y cantantes de cada canción. Le encanta la música. Tiene una buena colección de vinilos; pese a que sabe lo que es un iPod y un iPad, sigue siendo una chica de la vieja escuela y prefiere sus discos. Es capaz de decirte los músicos que tocan los instrumentos, quién ha producido y quién ha hecho los arreglos de cada canción. Lee la letra pequeña de todos los álbumes y ofrece esa información a la primera de cambio. En cuanto advertí que tenía esta afición, se la fomenté, y sigo fomentándosela comprándole música y llevándola a conciertos. Cuando yo tenía catorce años le presenté a Eddie, un niño con síndrome de Down. A Eddie también le encantaba la música, sobre todo la canción *Blue Suede Shoes*, de Elvis. Mientras hablaba con su hermana me enteré de que, como le gustaba tanto esa canción, le dejaban ponerla una y otra vez, lo cual molestaba al resto de la familia. Pero ninguno de ellos podía estar tan molesto como yo; me enfureció que fueran incapaces de entender que a aquel niño le gustaba la música, no solo esa canción. No estaban ayudándolo a sacar lo mejor de sí mismo. Cuando Heather comparte las cosas que sabe, la gente siempre se queda sorprendida e impresionada. ¿Y qué sucede cuando ve que los demás están impresionados con ella? Como todos nosotros, florece.

Lo más admirable, casi mágico de Heather, es su percepción de la gente, más concretamente su percepción del modo en que los demás la perciben. Por el modo en que Heather se comporta sé lo que piensan de ella. Puede leer el pensamiento de los desconocidos como ninguna otra persona que yo haya conocido en mi vida. Cuando habla con alguien que le tiene lástima o que quiere eludirla, se encoge, casi desaparece, se convierte en una persona con síndrome de Down porque sabe que es lo único que ven en ella. Cuando está en compañía de alguien a quien le tiene sin cuidado el síndrome de Down, como los niños antes de que aprendan a burlarse, o de alguien que tiene experiencia con la enfermedad, resplandece totalmente, alcanza su plenitud, se convierte en Heather, la persona. A menudo se percata de estas cosas antes que yo, y he aprendido a entender a los desconocidos, o al menos sus opiniones, a través de Heather. Tiene la habilidad de ir directa a la verdad. Muchos niños poseen esta virtud, pero tal vez la perdemos a medida que crecemos. Heather, en cambio, la ha ido puliendo con la edad y, como resultado, tiene un sentido del bien y el mal muy afinado.

Llevo a Heather en coche a casa de papá, Leilah y Zara, un apartamento de tres habitaciones en Sutton Castle. Construido en 1880 por la familia Jameson —ningún parentesco con el doctor Jameson, que yo sepa—, el castillo se encuentra entre tres hectáreas y media de jardines con vistas a la bahía de Dublín. Antes era un hotel al

que solíamos ir a almorzar en familia los domingos. Lo reformaron en la época del *boom* inmobiliario y el edificio principal se dividió en siete apartamentos. Es una casa impresionante que Leilah, con su estilo bohemio, cuida a las mil maravillas. Con treinta y cinco años, Leilah es poco más o menos de la misma edad que Heather y yo. Sin embargo, dista mucho de ser amiga mía. Es una mujer joven que se casó con mi padre y por eso siempre me preguntaré qué le pasa. No tengo problemas con Leilah, pero la distancia es mi amiga y ahí es donde la mantengo. A Heather, en cambio, le resultó simpática de inmediato, y la cogió de la mano en su primer encuentro, lo cual provocó que Leilah se ruborizara. Ni Leilah ni papá sabían que ese gesto era el mayor cumplido que habría podido hacerle. Heather ha percibido mis sentimientos hacia Leilah a la perfección y, aunque nunca lo hemos hablado, intenta buscar cosas que esta y yo tengamos en común, como una madre que intentara que dos niñas se hicieran amigas en una fiesta. Resulta adorable y enternecedor, y es un rasgo suyo que me encanta. A pesar de que nosotras dos lo aceptamos por Heather, curiosamente nos ayuda bastante a comunicarnos.

Zara abre la puerta disfrazada de pirata. Agita un puño en alto con un garfio en una mano y grita:

—¡Qué tal, colegas!

Advierto que Heather saca pecho a mi lado. Heather le tiene cariño a Zara, aunque le provoca cierta inseguridad. Zara, a sus tres años, tiende a ser temperamental. Sus ruidosas protestas, sus llantos repentinos o incluso su entusiasmo pueden perturbar mucho a mi hermana.

—¡Bien! ¿Qué tal tú?

Me arrodillo para abrazarla, a pesar de sus reproches de pirata y sus amenazas de obligarme a saltar por la borda, y termino tendida en el suelo con ella a horcajadas sobre mí y la punta del garfio en el cuello. Heather nos esquivo con rapidez y se dirige por el pasillo hacia la sala de estar.

Zara aprieta el garfio de plástico contra mi piel y arrima su cara a la mía.

—Dile a Peter Pan que lo busco, y también al hada pequeñita que va con él.

Me fulmina con una mirada aviesa, se levanta de un salto y echa a correr por el pasillo.

Me quedo sola, tendida en el suelo, riendo.

En esta ocasión he traído un kit de hacer pulseras para Heather, que se sienta a la mesa y se concentra en ensartar las cuentas. Zara tiene ganas de jugar a lo mismo, y aunque le explicamos con calma que no es un juguete, que es de Heather, que ella ya tiene sus juguetes —y el nuevo equipo de veterinaria que le regalé—, le da un berrinche, lo que pone a Heather sumamente tensa. Veo que encoge los hombros mientras continúa ensartando cuentas, y las mejillas se le encienden a medida que los gemidos de Zara aumentan de volumen. La voz de Leilah es serena y firme, y se lleva a la pequeña de la habitación. Me quedo junto a Heather, con un codo en la mesa, y la miro fijamente.

—¿Qué estás haciendo, Jasmine? —pregunta.

—Mirarte.

Sonríe.

—¿Por qué me miras?

—Porque eres guapa —contesto.

Sonríe con timidez, negando con la cabeza.

—¡Jasmine!

Me río y sigo mirándola. Suelta una risita nerviosa, pero finalmente vuelve a concentrarse en la pulsera que está haciendo. Zara regresa sin hacer ruido; se ha quitado el parche y veo una expresión de tristeza en sus ojos enrojecidos. Con una piruleta en la mano, se sienta en su rincón de la habitación y juega con el equipo de veterinaria que le regalé, hablando consigo misma en frases mal construidas en las que emplea al azar palabras que nos ha oído decir. Heather le echa un vistazo rápido y se concentra en sus cuentas. Hacerles compañía es grato durante veinte minutos mientras las dos están concentradas, mientras Leilah prepara el almuerzo. No estoy siendo perezosa, ambas sabemos que lo mejor es que me quede en la sala con Zara y Heather por si surge un nuevo conflicto.

Llega olor a ajo desde la cocina, donde Leilah está condimentando el cordero. Corta unas ramitas de romero de las macetas de hierbas de la terraza, hace agujeritos en la carne y le clava el romero. Mi padre no se encuentra en casa; está jugando a golf y regresará a la hora de almorzar, de modo que pongo *Enredados*, la única película que Zara consentirá ver, y me acomodo en el sofá para pasar una hora sin hacer nada. Me despierto al notar que alguien me da besitos en la cara. Heather me está sonriendo, y verla es la manera más bonita de despertar.

—Ha llegado papá, Jasmine —anuncia.

Estoy grogui, descalza y con el vestido subido hasta la cintura, ¿y quién entra detrás de papá en la sala de estar sino el mismísimo Ted Clifford? Ted mide más de un metro noventa y es ancho de espaldas. Llena el vano de la puerta y noto que Heather, a mi lado, se pone tensa. En realidad, todo el mundo se pone tenso, incluso Leilah, que pierde la compostura por un instante para demostrar que no sabía que Ted nos visitaría.

—Ted —dice, sin disimular su sorpresa—. Bienvenido.

—Hola, Leilah —contesta él, y acto seguido le da un beso húmedo y un abrazo demasiado familiar—. Espero que no te importe que me sume a vuestro almuerzo. ¡Peter ha perdido y eso significaba que tenía que invitarme! —Suelta una carcajada.

Leilah sonríe, pero me perco de lo que oculta su sonrisa por la tirantez de los labios, las señales de advertencia en sus ojos. Papá se enoja un poco.

—Esta debe de ser Zara —añade Ted, bajando la vista hacia la pequeña. Desde su posición en el suelo, esta lo observa como si estuviese ante el gigante de *Las habichuelas mágicas*. Luego mira a Leilah con una expresión de inseguridad a medio camino del llanto y la risa, pero Ted hace caso omiso y la coge en brazos para

plantarle un beso en la cara. Leilah se la quita de los brazos diplomáticamente y Zara envuelve con fuerza la cintura de Leilah con sus piernas y entierra el rostro en el cuello de su madre para esconderse del gigante. Entretanto, papá luce una sonrisa radiante y yo estoy furiosa porque esto no ha sido una coincidencia: Ted y yo en la misma habitación apenas dos semanas después de que papá planteara la cuestión de pedirle que me buscara un empleo. Leilah trabaja dos medias jornadas cada semana para poder pasar esas tardes con Zara, papá está jubilado, yo estoy desempleada, Heather tiene un día libre: es lógico que nosotros almorcemos juntos un jueves, pero no tiene sentido que Ted esté aquí. Debería estar trabajando. En cambio, ha hecho acto de presencia para hablar conmigo. Noto que estoy montando en cólera y a duras penas soy capaz de mirar a papá a los ojos.

—Ya conoces a mi hija, Jasmine —dice, haciendo un ademán para señalarme.

Ted me da un repaso y comenta lo mucho que he crecido desde la última vez que nos vimos. Ted tiene sesenta y cinco años, no tiene excusa para tratar a una mujer a la que dobla la edad como si acabara de llegar a la pubertad y, encima, para su propio regocijo. Es evidente que no lo sorprende que esté aquí. En cuanto a esto, o estoy paranoica o tengo razón. Nos damos la mano y procuro no pasar de ahí, pero él tira de mí para darme un beso húmedo y acto seguido me encuentro secándome la mejilla. Leilah me mira, comprensiva.

—Y esta es Heather —dice papá.

Como en un aparte. No dice esta es mi hija Heather, nada de señalarla extendiendo el brazo, ningún gesto grandilocuente. Soy muy susceptible en lo que atañe a Heather, mucho. Creo que está claro por la manera en que te trato a ti. De modo que no siempre sé si lo que siento sobre el trato que le dispensan otras personas es real o está agudizado, o si simplemente estoy proyectando mis temores. Es probable que en mi opinión todo el mundo cometa errores al tratar con ella. No obstante, considero que en treinta y cuatro años papá ha hecho muy poco por superar el embarazo que siente al presentar a Heather a desconocidos, sobre todo a los que admira y respeta, personas como Ted, por el que siempre ha tenido una vergonzante devoción de colegial, constantemente tratando de complacerlo, de venderle su empresa para terminar malvendiéndosela porque se trata de Ted y no querría que Ted pensara que no está en onda. No significa forzosamente que se avergüence de Heather porque no es tan insensible, pero es consciente del hecho de que hay quien se incomoda en presencia de Heather. Lo resuelve prestándole la menor atención posible, restándole toda importancia, como si así todo el mundo fuera a estar más cómodo. Por descontado, su aparente falta de cariño por su hija surte el efecto contrario. Se lo he planteado en un sinnúmero de ocasiones, pero piensa que soy demasiado emotiva e irracional.

—Ah —dice Ted, impostando la voz—. Bueno, no voy a dejarte al margen, ¿verdad? —añade, y alarga el brazo para darle la mano.

Es un gesto arriesgado.

Estudiando a Heather he aprendido que todos los individuos, aun teniendo alguna discapacidad, son seres sexuales. Asegurarme de que Heather, cuyo desarrollo físico sobrepasa con creces su desarrollo emocional, entienda los aspectos físicos y, más todavía, los psicológicos de la sexualidad siempre me ha preocupado. Es un aprendizaje continuo, ahora más que nunca, puesto que desea tener novio. Lo último que quiero es que la rechacen o se burlen de ella, por no mencionar cualquier clase de maltrato.

Para ocuparnos de esto, desde pequeñas aprendimos el concepto de los Círculos, un sistema que permite categorizar los distintos niveles de relación personal e intimidad física. El motivo por el que alguien como Ted me preocupa es que tiene una idea equivocada de la intimidad, visto cómo ha cogido a una niña de tres años, ha estrujado a la esposa de su amigo y me ha dado un repaso, y ahora no quiere que Heather se sienta marginada. Me parece que en esta ocasión mi querida hermana estaría encantada de quedar al margen.

El Círculo Púrpura Privado representa al individuo; en este caso, Heather. El Círculo Azul de los Abrazos es el siguiente. Representa a la gente más próxima a la persona del Círculo Púrpura, tanto física como emocionalmente, y es donde los abrazos son la norma; este círculo nos incluye a mí, a papá, a Zara y a Leilah. A continuación viene el Círculo Verde del Abrazo Distante, al que pertenecen los amigos íntimos y los parientes en general. A veces los amigos querrán estar más cerca, pero Heather debe indicarles, con toda exactitud, el lugar que ocupan. Después viene el Círculo Amarillo del Apretón de Manos, para amigos y conocidos cuyo nombre sabemos, seguido del Círculo Naranja del Saludo con la Mano, que corresponde a conocidos más distantes, como los niños que quieran abrazar y besar a Heather, que sabe que no debe permitirlo y a los que, en cambio, debe saludar con la mano. En este nivel de intimidad no existe ningún contacto físico ni emocional. Finalmente está el Círculo Rojo de los Desconocidos. No se intercambia ningún contacto físico o conversación con las personas de esta categoría, excepto si se identifican mediante una insignia o un uniforme reconocibles. Si alguien intenta tocarla cuando no quiere que la toquen, Heather debe decir «basta». Hay personas que siempre serán desconocidas.

Heather y yo somos muy estrictas en este aspecto, por muy incómoda que pueda sentirse la gente. Aunque papá sabe que el código de círculos existe, fue mamá quien nos lo enseñó. Papá nunca se implicaba en esta clase de cosas.

Observo el modo en que Heather contempla la mano que le tiende Ted. Parece un tanto confusa. Me consta que sabe lo que debe hacer, pero me mira en busca de apoyo.

—Naranja, Heather.

Aunque personalmente preferiría mantenerlo en la zona roja.

Heather asiente, se vuelve hacia él y lo saluda con la mano.

—¿Solo un saludo con la mano? —dice Ted, como si hablara con una niña y no

con una mujer de treinta y cuatro años.

Ted se aproxima y estoy a punto de interponerme entre ellos cuando Heather levanta la mano.

—Párate. No estás en mi Círculo Azul de los Abrazos.

Ted, sin embargo, no se lo toma en serio. Se ríe entre dientes sin tener en cuenta lo que ha dicho Heather y la envuelve en un abrazo de oso. Heather se pone a gritar en el acto y a intentar apartarlo de sí.

—¡Jasmine! —exclama papá mientras intento liberarla de los brazos de Ted. Leilah reprende a papá. Zara rompe a llorar y Heather sigue gritando como una loca.

Ted retrocede con las manos en alto como si fuese la víctima de un atraco, diciendo por encima del alboroto:

—Vale, vale, solo quería ser simpático.

Papá se deshace en disculpas con Ted, procurando que se siente a la mesa, ladrando a Leilah que le sirva algo de beber y lo ponga cómodo, pero Leilah no le hace caso.

—¿Está bien Heather? —pregunta Leilah a mi lado.

Heather sigue gritando, acurrucada entre mis brazos, y sé que lo mejor que podemos hacer es marcharnos. No querrá sentarse a la mesa estando él aquí, después de que haya roto una regla tan importante.

—Tampoco hay que exagerar —dice papá, siguiéndonos al recibidor.

Heather esconde la cabeza en mi pecho, abrazada a mí, y me digo que ojalá papá se callara. Me está hablando a mí, pero quizá piense que es a ella a quien se lo dice.

—Papá, Heather le ha dicho que no.

—Solo ha sido un abrazo, caray.

Me muerdo la lengua. No sé ni por dónde empezar a regañarlo y, antes de que se me ocurra qué decir, estalla.

—¡Es la última vez que organizo algo! No voy a hacerlo nunca más. Estoy harto —dice, montando en cólera de una manera que no había visto en años—. ¡Se acabó!

Nos señala a Heather y a mí y después la mesa del comedor, como si todo este episodio hubiese ocurrido otras veces y fuese culpa nuestra.

—Bonita excusa —replico, y salgo.

Le propongo a Heather que venga a pasar la noche en mi casa, pero rehúsa la invitación, dándome una maternal palmadita en la cara antes de bajar del coche, como si lamentara que el incidente haya sido demasiado para mí. Es más feliz en su propia casa, rodeada de sus cosas.

Yo, por mi parte, regreso a casa sola.

El que Heather no se quede a pasar la noche conmigo me decepciona por varias razones: en primer lugar, porque me gusta su compañía; en segundo, porque quiero asegurarme de que esté bien después de lo ocurrido en casa de papá, y tercero, porque habría sido un motivo fantástico para librarme del espantoso encuentro con mi primo Kevin, que tendrá lugar mañana. Incluso podría haberla llevado a ver a Kevin conmigo, aunque Heather estará ocupada con su empleo de los viernes en el bufete del abogado.

Nos hemos citado a mediodía en el Starbucks de Dame Street, al lado del Museo de Cera. Montones de turistas, ninguna intimididad. Podré marcharme cuando quiera.

En el fondo sé que iré bien. Se disculpará por cómo era a los veintidós años, me contará que siempre se sentía perdido y solo, un marginado que empleaba la fuerza y la violencia como medios para retener el control sobre una vida que se le antojaba descontrolada. Me dirá que ha hecho bastante introspección en sus viajes —llevó un diario, comenzó una novela, o tal vez calzó sus pies peludos con unas sandalias y se convirtió en poeta—. Aunque a lo mejor terminó trabajando en un banco. Seguramente conoció a una mujer —o a un hombre, quién sabe— y ahora que está contento consigo mismo es capaz de enfrentarse a cómo era y de disculparse por el incidente ocurrido tantos años atrás. Seguro que el hielo se derretirá enseguida y que podremos avanzar paso a paso, riendo al recordar la vez en que atamos a su hermano Michael a un árbol y bailamos a su alrededor disfrazados de indios hasta que sin querer le clavamos una flecha en la pierna; o cuando robamos la ropa a Fiona mientras se estaba bañando desnuda y luego tuvo que subir el ribazo descalza y con el culo al aire. Tal vez le mencione la conversación del «Vas a morir, Jasmine» que cambió el curso de mi pensamiento para siempre, y quizá llegue tan lejos como para sacar a colación a Santa Claus.

Cuando lo veo, me sorprende su aspecto. No sé qué esperaba, pero no es lo que veo. Tiene treinta y ocho años y debería haberme preparado para este momento. Verlo hace que me sienta vieja; ahora somos mayores. De repente todo desaparece y solo siento cariño hacia él. Mi primo. Son tantos los recuerdos que acuden a mi mente, muchos incluyen a mi madre; vuelve a faltarme el aire, me siento perdida y pueril otra vez, como si quisiera agarrar algo que está fuera de mi alcance. Durante un tiempo el olor de mi madre permaneció en casa, y me acurrucaba en su cama como si así estuviera más cerca de ella; otras veces olía su perfume en otra mujer y me paraba en seco, casi hipnotizada al verme transportada y encerrada en el vívido recuerdo de ella. Pero con el paso de los años fue siendo menos frecuente. Todo lo que solía recordarme a ella, todo lo que oía y veía —restaurantes, tiendas, calles por las que habíamos pasado, autobuses en los que nos habíamos sentado, aparcamientos, canciones en la radio, frases de conversaciones ajenas oídas al vuelo— estaba ligado a ella de un modo u otro. Aunque resultaba normal que así fuese, pues murió cuando

yo era muy joven y ella el centro de mi mundo, antes de que hubiese tenido ocasión de empezar a construir mi propia vida. Y puesto que seguía viviendo en la misma ciudad donde se habían forjado todos esos recuerdos, creía que nunca los perdería. Cada vez que la necesitaba regresaba a esos lugares con la esperanza de traerla de vuelta, de invocar su energía. Sin embargo, el acto de recordar forjaba nuevos recuerdos, y cada vez que lo hacía añadía otros, y otros, hasta que con el tiempo los hube enterrado por completo y todos esos lugares dejaron de pertenecer a mi pasado con ella y se convirtieron en mi presente. Es raro que doce años después esté tan afectada, y sé que se debe a Kevin, a no haberlo visto desde el fallecimiento de mi madre, de modo que todo lo que relaciono con él está vinculado a ella. Levanta la cabeza y me ve; sonrío. Estoy bien. Esto va a ser agradable, nostálgico. De inmediato me siento culpable por haber escogido este Starbucks y me pregunto si debería trasladar nuestro encuentro a un restaurante cercano.

Kevin ha encontrado una mesa pequeña con dos sillas en las que tenemos que sentarnos en diagonal para que nuestras rodillas no se toquen. Había confiado en llegar primero y ocupar dos sillones mullidos y bien separados entre sí. Me da un gran abrazo prolongado y afectuoso. El pelo le ralea, tiene arrugas en torno a los ojos, creo que es la única persona que no he visto en tanto tiempo. Supone un gran salto para el cerebro y resulta curiosamente desconcertante.

—¡Vaya! —exclamo, cuando me siento y miro fijamente el rostro familiar que me está escrutando desde detrás de una inusitada máscara de tiempo. No sé por dónde comenzar.

—No has cambiado. —Sonríe abiertamente—. Todavía tienes el pelo rojo.

—Pues sí —contesto entre risas.

—Y esos ojos. —Sacude la cabeza y se echa a reír.

—Pues sí, decidí conservar los ojos. —Suelto una risita nerviosa—. Bueno...

El silencio se prolonga mientras nos miramos fijamente. Kevin sigue sonriendo y negando con la cabeza como si no diera crédito a sus ojos. Lo entiendo, pero ya está bien, pasemos a otra cosa. Vuelvo a alegrarme de no haber fijado una cita para almorzar.

—¿Café? —digo, y da un respingo.

Lo miro detenidamente mientras pide en el mostrador. Pantalones marrones de pana, jersey de cuello de pico, camisa, bastante conservador, no exactamente a la última moda pero respetable, responsable, nada que ver con el alborotador de vaqueros raídos y pelo largo.

Cuando se sienta comienzan las preguntas de rigor. Trabajos, vida, cuánto hace que estás aquí, sigues en contacto con Sandy, todavía ves a Liam, te acuerdas de Elizabeth... Quién se casó con quién, quién está teniendo hijos con quién, quién ha abandonado a quién. Lo contenta que está tía Jennifer de que haya regresado. Me doy cuenta de que la he pifiado en cuanto lo digo. Ha sido bastante normal decirlo, pero tendría que haberlo hecho más a la ligera, de forma menos explícita, desprovista de

connotaciones relativas a los problemas del pasado. Mencionar a su madre adoptiva a quien no ha venido a ver desde hace más de diez años —aunque ella sí lo visitó en el extranjero— ha sido adentrarse en territorio hostil. Me daría de cabezazos contra la pared. Kevin cambia de postura.

—Está contenta de tenerme de nuevo aquí, por supuesto, pero las circunstancias le están resultando difíciles de sobrellevar. He regresado porque quiero encontrar a mis padres biológicos —dice, calentándose las manos con el enorme tazón de café. Mira la mesa, solo puedo verle las largas pestañas negras, y cuando levanta la vista reconozco esos ojos atormentados, de cachorro perdido. Kevin sigue buscando algo, aunque parece menos enojado con el mundo; la mirada de rencor ha desaparecido. Hablamos sobre la búsqueda de su madre biológica, sobre su identidad perdida hace mucho tiempo, sobre su incapacidad de establecerse y tener hijos sin entender su propio linaje, sobre la imposibilidad de mantener relaciones duraderas, sentirse vinculado a otra persona, en otro lugar, todo este tiempo. Espero estar tranquilizándolo. Y entonces llega el momento embarazoso.

—Lo que dije en el columpio... —comienza, como si hiciera cinco minutos y no dieciséis años—. Estuvo mal lo que hice. Era joven, estaba muy confundido, te asusté, me consta, y lo siento. Me marché e intenté entenderlo, realmente intenté entenderlo todo, me dije que sin duda había interpretado mal nuestra amistad. Siempre tuvimos mucho en común, siempre tuve la sensación de que me comprendías. Todo el lío entre tú y tu padre... —añade, y me sorprende de nuevo, porque no había nada entre yo y mi padre, pero no importa—. Me marché e intenté olvidarte, pero, aun estando lejos, todas las demás mujeres... —El ambiente se enrarece mientras me pone al corriente de su larga lista de conquistas con las que no se siente en paz. Y entonces, ¡pum!—. No podía dejar de pensar en ti. Mi mente no paraba de conducirme a ti todo el tiempo. Por eso no podía regresar. Pero ahora... Jasmine, no he cambiado de parecer ni un ápice desde aquel día en el columpio. Estoy perdidamente enamorado de ti.

Por lo general soy una persona emocionalmente equilibrada. Creo que me enfrento a las cosas como es debido. No soy amante del drama, soy racional, razono relativamente bien. Pero esto... No puedo. Ahora no, con todo lo que estoy pasando. Me disculpo, me levanto y me marcho.

Cuando llego a casa me encuentro con el jardinero cargando su furgoneta. Aunque los días empiezan a alargarse poco a poco, el cielo vuelve a ser negro. Los rollos de césped nuevo siguen apilados en la rampa del garaje, a la luz de las farolas.

—¿Qué está haciendo? —le pregunto.

Se percata del tono de enfado de mi voz; parece un tanto desconcertado.

—Dijo que el césped estaría listo hoy —agrego.

—He tardado más de lo que esperaba en preparar el suelo. Tendré que regresar el lunes.

—¿El lunes? Me dijo que trabaja los fines de semana. ¿Por qué no puede venir

mañana?

—Otro trabajo, lo siento.

—Otro trabajo —digo con un inquietante siseo—. ¿Por qué la gente no termina un trabajo antes de comenzar otro?

No responde. Suspiro y añado:

—Tenía entendido que los tepes debían plantarse como muy tarde un día después de la entrega.

—Están guardados en una zona de sombra, este fin de semana no hay previsión de heladas. Está en perfectas condiciones. —Mira el césped en silencio un buen rato como si aguardara a que hablase por sí mismo. Luego se encoge de hombros—. Si realmente lo ve necesario, abra los rollos y riéguelos.

—¿Que los riegue? Ha estado lloviendo toda la semana.

—Mucho mejor. —Vuelve a encogerse de hombros—. Aguantará bien.

—Y si no, lo pagará usted.

Sube a la furgoneta y se marcha. Me quedo plantada en mi jardín, con los brazos en jarras, observando cómo se aleja como si mi mirada fuese a bastar para detener la furgoneta y terminar el trabajo. No basta. Examino el montón de césped que tengo a mi lado. Mañana es 1 de febrero. Casi tres semanas esperando este jardín cuando podría haber empleado el dinero en irme de vacaciones y tumbarme en el césped de otro lugar.

Sales de tu casa, me saludas con la mano. No te hago caso porque vuelvo a estar enfadada contigo, estoy enfadada con todo el mundo y tú eres, invariablemente, el primero de mi lista, siempre sentirás mi ira. Subes a tu jeep y te vas. El doctor Jameson está fuera, la señora Malone sigue en el hospital, lo mismo que el señor Malone, que le hace compañía todas las noches. Ya solo tengo que dar de comer a la gata cuando me lo pide el señor Malone, lo cual ya no me molesta en absoluto dado que *Marjorie* ha resultado ser muy buena conversadora. Miro alrededor. No sé si los demás vecinos están en casa, pero diríase que la calle está desierta. Nada puedo hacer respecto al jardín, solo rezar para que una copiosa escarcha no se pose sobre mi césped nuevo.

Esa noche no puedo dormir. Doy vueltas en la cama, furiosa con mi padre: por su manera de tratar a Heather, por su intento de conseguirme un empleo en su antigua empresa, pues estoy casi convencida de que eso es lo que está haciendo. Además, estoy acongojada por la declaración de amor de Kevin y lo de mi jardín me fastidia. Todo parece inacabado; peor que inacabado, hecho trizas, como si todo se hubiese desgarrado, dejando los bordes irregulares. Es una manera peculiar de explicarlo, pero así es como me siento. No logro calmarme con tantos pensamientos cargados de ira que no pueden guardarse o archivarse en algún sitio mientras duermo. No hay nada que me ayude a distraerme. Normalmente tendría una reunión que planificar, un propósito, un objetivo, una idea nueva, una presentación, algo, cualquier cosa para apartar de mi mente tanto pensamiento inútil. Me levanto, voy a la planta baja y

enciendo las luces de seguridad del jardín delantero. Son tan brillantes que parecen focos. Lo que veo hace que me enfade de nuevo. ¿Cómo se puede ser tan ineficiente? Me hierve la sangre.

Me pongo el abrigo encima del pijama y salgo. Miro los rollos de césped apilados y después el trozo de suelo despejado que tengo a mi derecha. Si quieres que algo se haga como es debido, hazlo tú misma: siempre ha sido mi filosofía. No debería ser demasiado difícil.

Cojo el primer rollo de césped y advierto que pesa más de lo que me figuraba. Lo dejo caer, maldigo y espero no haberlo roto. Me devano los sesos intentando resolver cómo hacerlo. Me pongo manos a la obra. Dos horas después estoy sucia y sudorosa. Me he quitado el abrigo porque dificultaba mis movimientos y lo he cambiado por un forro polar viejo. Estoy cubierta de mantillo, hierba y sudor, y en un momento dado apenas si logro contener unas lágrimas de frustración: por el césped, por el trabajo, por Kevin y por Heather y mi madre y la uña que me he roto al chocar contra el contenedor para escombros. Estoy tan absorta en mí misma, en mi tarea, que me llevo un susto de muerte cuando oigo que una tos rompe el silencio.

—Perdón —te oigo decir de repente.

Son las tres de la mañana. Miro tu jardín al otro lado de la calle y no veo nada. Vislumbro el bulto de los muebles, pero el resto es negrura, todas las luces de la casa están apagadas. Entonces veo la brasa de un cigarrillo. Eres tú. ¿Cuánto rato llevas ahí? No he visto ni oído llegar tu jeep y ahora sigo sin verlo, lo cual significa que has estado ahí todo el rato. Tengo ganas de llorar. O sea, he estado llorando a moco tendido, creyendo que nadie me oía.

—Me he quedado fuera sin llaves —dices, rompiendo el silencio.

—¿Cuánto rato llevas ahí? —te pregunto. Comienzo a distinguir tu perfil, sentado en la silla de costumbre, a la cabecera de la mesa.

—Unas horas.

—Tendrías que haber dicho algo.

Entro en casa para coger la llave de repuesto y cuando salgo de nuevo estás en tu puerta.

—¿Por qué está tan oscuro aquí?

—La farola se ha roto.

Levanto la vista y comprendo que es por eso por lo que no te veía. El doctor Jameson se molestará cuando regrese. En el suelo hay cristales rotos que han caído y uno de los ladrillos de mi contenedor para escombros está en medio de la calle. Me pregunto por qué no lo he oído, estaba segura de no haber dormido. Te dirijo una mirada acusadora.

—Demasiada luz. No había forma de dormir —dices en voz baja. No das la impresión de estar tan borracho, pareces sereno, has tenido tiempo para recobrar la sobriedad (en mi compañía, cuando ni siquiera sabía que estabas ahí), pero todavía hueles a alcohol.

—¿Dónde está tu jeep?

—En el centro; le han puesto un cepo.

Te entrego la llave. Abres la puerta principal y me la devuelves.

—Tendrías que haber dicho algo. —Por fin te miro a los ojos. Enseguida aparto la vista porque me siento muy vulnerable.

—No quería molestarte. Parecías muy atareada. Y triste.

—No estoy triste —replico.

—Por supuesto. Las cuatro de la mañana. Tú trabajando en el jardín, yo destrozando farolas, los dos estamos la mar de bien. —Sueltas esa risita que tanto detesto—. Además, para variar, era agradable no estar solo aquí fuera.

Esbozas una sonrisa antes de cerrar la puerta con cuidado.

Cuando regreso a mi casa advierto que me tiemblan las manos, tengo la garganta seca y siento una opresión en el pecho. No me doy cuenta de lo frenética que estoy hasta que veo que he ido dejando huellas de barro que forman confusos círculos en el suelo, el rastro indeciso de una loca.

Son las tantas de la madrugada, pero no puedo evitarlo: cojo el teléfono.

Larry contesta medio dormido; siempre contesta. Deja el teléfono encendido toda la noche, constantemente pendiente de recibir las peores noticias sobre su hija cada vez que ella sale para ir a una discoteca o a pasar la noche en casa de una amiga con una falda demasiado corta, tambaleándose con sus piernas de Bambi sobre unos tacones que le impiden mantener el equilibrio. Tanto estrés lo matará.

—Larry, soy yo.

—Jasmine —contesta, amodorrado—. ¡Por Dios! ¿Qué hora es? —Le oigo buscar algo a tientas—. ¿Estás bien?

—La verdad es que no, me despediste.

Suspira. Tiene la decencia de parecer avergonzado al darme una respuesta balbuciente, adormilada y respetuosa, pero lo interrumpo.

—Sí, sí, eso ya me lo dijiste en su momento, pero escucha, tengo que hablarte de otra cosa. Esta baja por jardinería no me está dando resultado. Tenemos que cancelarla. Hay que ponerle fin.

Titubea un momento.

—Jasmine, era parte del contrato. Estuvimos de acuerdo...

—Sí, estuvimos de acuerdo hace cuatro años, cuando no pensaba que alguna vez fueras a despedirme y a obligarme a no hacer nada durante un año entero. Necesito que pongas fin a esto. —Parezco agitada, muy nerviosa, como si necesitara una dosis. Y es así. Necesito trabajar. Necesito trabajar como un drogadicto necesita una dosis. Estoy desesperada—. Esto me está matando, te lo juro, Larry. No sabes lo que esta mierda te hace en la cabeza.

—Jasmine. —Ahora su voz suena firme, alerta—. ¿Estás bien? ¿Estás con...?

—Nunca he estado mejor, Larry, ¿vale? Escúchame... —Me muerdo la uña rota y me doy cuenta de que he arrancado demasiada; al entrar en contacto con el aire, me

escuece—. No te estoy pidiendo que me devuelvas el empleo, solo te pido que recapacites, que pongamos fin a esta baja por jardinería. Es innecesaria. Es...

—No es innecesaria.

—Sí que lo es. O como mínimo es demasiado larga. Acórtala, por favor. Ya han pasado más de dos meses. Hasta aquí, vale. Dos meses está bien. Muchas empresas lo dejan en dos meses. Necesito estar ocupada, ya me conoces. No quiero volverme como el tipo de enfrente, un loco de costumbres nocturnas como los búhos que...

—¿Quién vive enfrente?

—Da igual. Lo que estoy diciendo es que necesito trabajar, Larry. Necesito...

—Nadie espera que te pases el día de brazos cruzados, Jasmine. Puedes embarcarte en otros proyectos.

—¡Déjate de proyectos! ¿Como qué? ¿Construir un volcán con alubias cocidas? Esto no es un colegio, Larry, tengo treinta y tres putos tacos. No puedo estar mano sobre mano tanto tiempo. ¿Sabes cuánto me costará volver a trabajar, después de un año entero? ¿Quién quiere a alguien que no ha trabajado en un año?

—Muy bien. ¿Y dónde trabajarás? —Se está poniendo más batallador, ya ha despertado por completo—. ¿En qué ramo estás pensando, exactamente? Si mañana pudieras salir a la calle a buscar empleo, dime, ¿dónde irías? ¿O quieres que te ayude con esta respuesta?

—Pues... —Titubeo porque me está insinuando algo, lo cual me confunde—. No sé qué quieres dar a entender...

—En tal caso, deja que te lo diga. Irías a ver a Simon...

Me quedo helada.

—No iría a ver a Simon...

—Sí que lo harías, Jasmine; lo harías. Porque sé que te reuniste con él. Sé que tomasteis un café juntos. Nada más salir de aquí, entraste con él en un restaurante. El Grafton Tea Rooms, ¿verdad? —Ahora está enojado y percibo en su voz que se siente traicionado—. El mismo lugar donde os reuníais cuando intentabas venderle una empresa que no debías estar vendiéndole, ¿me equivoco?

No me esperaba que dejara de hablar tan de súbito y mi silencio es como una admisión. Para cuando estoy lista para salir en mi defensa otra vez, ya está continuando:

—Mira, Jasmine, tienes que ser cuidadosa, ¿entiendes? Nunca se sabe quién te está vigilando. ¿Creías que no iba a enterarme? Pues me enteré y, si quieres que te sea sincero, me tocó las narices. También sé que te ofreció un empleo y que aceptaste, pero no estuvo dispuesto a trabajar contigo bajo las condiciones de la baja por jardinería. Lo sé porque su departamento legal se puso en contacto con el nuestro para informarse con todo lujo de detalle. Según parece, un año es demasiado tiempo para él. No mereces una espera tan larga. Así que ahora no me vengas con que sea indulgente contigo, cuando ibas a traicionarme...

—Un momento, ¿quién eres tú para hablar de traición? Montamos esa empresa

juntos, Larry, juntos...

Seguimos discutiendo, interrumpiéndonos mutuamente. Es la misma conversación que mantuvimos hace once semanas, cuando me despidió. En realidad, la misma conversación que mantuvimos antes de que me despidiera, cuando se enteró de que estaba preparando el terreno con Simon a fin de ponernos en una buena posición para vender.

Es inútil, y ni él ni yo estamos dispuestos a echarnos atrás hasta que oigo, al fondo, la voz de su esposa, enojada y soñolienta. Larry se disculpa en un susurro y vuelve a hablar por teléfono en voz alta, clara e irritada.

—Esta conversación es una pérdida de tiempo. Pero escúchame bien, Jasmine: no voy a cambiar las cláusulas de la baja por jardinería. Ahora mismo, si pudiera alargarla a dos años, lo haría. Me trae sin cuidado lo que hagas durante este año; tómate unas vacaciones, vete a un puto retiro espiritual, intenta por una vez en tu vida acabar algo que hayas comenzado; me da igual, con tal de que no vuelvas a llamarme, y menos a estas horas. Es solo un año. Un puto año y después podrás volver a montar cosas, venderlas y nunca acabarlas, tal como has hecho siempre, ¿entendido?

Cuelga y me quedo temblando, hecha un furia.

Camino de un lado a otro de la cocina, mascullando a propósito de acabar cosas que he comenzado mientras, muy enojada, voy haciendo una lista de todas las cosas que se me ocurren. Larry ha metido el dedo en la llaga. Ha sido repentino y sorpresivo y me ha dolido más que cualquier otra cosa de las que me ha dicho, más que el propio hecho de que me despidiese. En realidad, es lo más doloroso que alguien me haya dicho jamás, y estoy muy afectada. Sigo debatiendo el asunto con él mentalmente, pero es en vano, puesto que yo hago de yo y de él, y el yo que hace de yo siempre gana. Miro el caos que reina en el jardín y monto en cólera. Salgo y doy una patada a un rollo de césped y lo perforo, y luego le doy un manotazo que lo hace caer del montón al suelo y desenrollarse. El césped se rompe por el agujero que ha hecho mi patada. Avergonzada y sorprendida de mis actos, levanto la mirada y veo que tus cortinas se mueven. Vuelvo a entrar y cierro dando un portazo.

Paso un largo rato en la ducha, llorando de frustración, el agua caliente me quema la piel y la deja enrojecida. Termino haciéndome una firme promesa. No me rebajaré a hacerte compañía, y menos de noche. Considero que este ha sido el punto más bajo al que he caído y no volveré a hacerlo. Me sobrepondré a lo de esta noche, me sobrepondré a ti. No es solo la conversación con Larry lo que me ha disgustado. Ante todo, lo que me ha conducido hasta este punto has sido tú. Has sido tú quien ha hecho que lo llamara. Porque han sido tus palabras las que han hecho que me mirara a mí misma, que viera mi situación y quisiera librarme de ella.

Oigo tu voz una y otra vez diciendo que, para variar, era agradable no estar solo ahí fuera. Me has arrastrado a tu mundo sin que te diera permiso, sin mi visto bueno, me has incluido en tu crisis, en tu estado de ánimo, has hecho que me asemeje a ti. Y, al hacerlo, me has avergonzado, porque siempre he creído que tus palabras son puro

veneno, lo peor que hay en ti, que son peligrosas.

Sin embargo, en cuanto he bajado la guardia, tus palabras me han servido de consuelo. «Para variar, era agradable no estar solo aquí fuera». Cuando has pronunciado estas palabras, me han reconfortado. He dejado de sentirme sola.

No permitiré que vuelvas a hacerme esto.

Por primera vez en mucho tiempo, cuando despierto, la luz amarilla que entra a raudales en mi dormitorio me transmite una sensación de calma. Es algo inusual, diferente de la luz gris azulada que apenas iluminaba la estancia durante los últimos meses. Estamos a 1 de febrero y aunque la primavera todavía no ha llegado, da pie a creer que quizá ganará la batalla. Se presiente en el aire, aunque quizá se deba a que por primera vez en mucho tiempo he despertado tarde. No me gusta levantarme tarde, hace que me sienta perezosa; incluso después de trasnochar encuentro que un largo paseo por la bahía es mi única cura, pero estoy agotada tras el esfuerzo físico de mi sesión de jardinería nocturna. En cuanto me muevo, noto los miembros entumecidos.

La radio me informa de que he dormido ocho horas y que una vez más las tormentas han azotado el país, siendo «fábrica de tormentas» el nuevo término que nos estamos acostumbrando a oír, junto con «vórtice polar»; sin duda nombres nuevos para los bebés nacidos en 2015. Advierten que se avecina otra quincena de caos gracias a la inestabilidad atmosférica en el Atlántico. La calma que reina fuera es engañosa. Hay tres ciudades inundadas, se prevén olas de cinco metros y en la mayoría de emisoras los debates giran en torno al calentamiento global y al deshielo de los polos como factores que alimentan las tormentas. Las precipitaciones de enero estuvieron un setenta por ciento por encima de lo normal y la previsión para febrero es más de lo mismo. Pero hoy no. Miro por la ventana y el cielo azul salpicado de tenues nubecillas blancas me reanima. Aunque todavía estoy dolorida por mi sesión de gimnasia nocturna en el jardín, y avergonzada de que la presenciara, entierro todo eso en un rincón de mi mente.

Inspecciono el fruto de mi duro trabajo y lo que veo me deja desilusionada; no, desolada. Al principio pienso que alguien ha venido a vandalizar deliberadamente mi césped recién puesto, pero cuando lo examino más de cerca me doy cuenta de que en realidad la culpable soy yo. Gracias a la vista a vuelo de pájaro desde mi dormitorio puedo ver que compendia a la perfección el estado de ánimo que tenía anoche mientras lo hacía. Parece un edredón de *patchwork* mal cosido y sin terminar, y su mera visión me horroriza. Es como si mi diario estuviera abierto para que todo el mundo lea mis pensamientos más profundos y sombríos, y ahora tengo que cerrarlo de golpe antes de quedar en evidencia delante del mundo. No puedo aguardar hasta el lunes a que el jardinero regrese y arregle el estropicio. Es imposible que resista dos días con mi frágil estado mental expuesto en el jardín delantero a la vista de todos.

Un poco de investigación *on-line*, cosa a la que debería haber dedicado un rato anoche en lugar de dejar que la adrenalina y la ira me gobernaran, me da la respuesta. Me enseña cómo proceder exactamente para resolver el problema. Una hora después he regresado al jardín convenientemente armada y dispuesta. Nunca hagas nada que no pueda deshacerse, eso es lo que siempre me digo, y ahora me lo repito mientras evalúo la tarea que me aguarda. Dificultosa, laboriosa, exigente y frustrante pero

posible. El jardinero ha preparado el suelo a la perfección; ha tardado más de lo que había dicho pero lo ha hecho. Aunque anoche estuve pisoteando la hierba como una tonta y hoy me doy cuenta de que no debería haberlo hecho, vuelvo a enrollar cuidadosamente cada trozo de césped antes de ponerlo en su sitio. Extiendo la primera fila, desenrollándolos despacio para minimizar los daños, a lo largo del borde que forman la hierba y el enlosado. El que ayer perforé de una patada sigue tirado en la entrada para el coche como un cadáver en la escena del crimen. Coloco el rollo siguiente todo lo cerca del anterior que puedo y me aseguro un buen contacto con el suelo golpeándolo con firmeza con el reverso del rastrillo. Ahora sé que esto es lo que debería haber hecho anoche, pero también sé que no habría tenido paciencia para hacerlo. Anoche necesitaba moverme, sentirme atareada, hacer algo aunque no lo hiciese bien.

Mientras rectifico mis errores en este día curiosamente sereno, noto que me voy calmando. Me olvido de todo lo que tanto me ha exasperado los últimos días y semanas, y dedico toda mi atención a la labor que me ocupa. Distracción. Me voy tranquilizando mientras continúo trabajando durante unas horas, cubriendo el área con un dibujo como de enladrillado. Me dispongo a volver mi atención hacia los lados, recortando los bordes con una tabla recta y una afilada medialuna, herramientas que he comprado con este propósito, cuando un coche pasa por delante de la casa. No reconozco al conductor como uno de mis vecinos, pero esto es muy frecuente los fines de semana, cuando la gente sale a pasear en coche por la costa y luego explora las calles residenciales de los alrededores. Estoy acostumbrada a ver pasar coches con el asiento trasero lleno a rebosar de niños con la cara pegada a las ventanillas, mirando embobados, y parejas mayores echando un vistazo en sus lentos paseos dominicales. Tenemos una calle sin salida perfecta para curiosear: es bonita, acogedora, la clase de lugar donde a la gente le gusta imaginarse viviendo.

El conductor tiene que maniobrar para dar media vuelta puesto que se trata de una calle estrecha. Le veo buscar los números de las casas, tarea un tanto complicada dado que cada vecino ha decidido ponerlos distintos y en distintos sitios. Tú tienes una placa negra con florecitas rosas para mostrar tu número, el doctor Jameson tiene un ganso volando, y la puerta siguiente tiene un enanito que sostiene en alto un 2 con una mano mientras con la otra se sujeta los pantalones caídos, revelando unos enormes calzoncillos con corazones rojos sobre fondo blanco. El mío es el menos excitante de todos: un 3 en un buzón negro pegado a la pared.

Aparca delante de mi casa y se apea. Como estoy segura de que no me busca a mí, sigo trabajando en el jardín, pero soy incapaz de concentrarme sabiendo que está fisgando. De pronto, soy consciente de que me mira. Oigo pasos a medida que se acerca.

—Perdón, estoy buscando a Jasmine Butler.

Levanto la vista, me seco el sudor de la frente sucia. Es alto, de piel morena, con los pómulos bien cincelados. Sus ojos son de un verde llamativo que desentona con

su color de piel, y el pelo afro le cae sobre los ojos en prietos tirabuzones. Lleva un traje negro, camisa blanca, corbata verde, zapatos negros lustrosos. Hace que me acuerde de respirar. Como lo miro incapaz de articular palabra, piensa que no lo he oído.

—¿Eres Jasmine Butler?

Me suena mucho, pero no lo he visto antes, pues me acordaría. Y entonces caigo en la cuenta de que lo que reconozco es su voz. El vendedor del teléfono.

—O quizá seas Penelope Paddington —agrega, y cuando aprieta los labios para disimular su sonrisa, aparecen dos enormes hoyuelos en sus mejillas.

Sonrío, consciente de que me ha pillado.

—Soy Jasmine —digo con voz ronca. Carraspeo.

—Me llamo Monday O'Hara —se presenta—. He llamado varias veces por teléfono estas dos últimas semanas.

—No dejaste tu nombre ni un número de contacto —respondo, preguntándome si he oído bien su nombre.

—Cierto. Se trata de un asunto privado. Quería hablar contigo en persona, no con... tu asistente.

Sigo mirándolo. Por el momento no me ha dicho lo suficiente para apartarme de la hierba, ni siquiera para darle la bienvenida a mi casa.

—Trabajo para Diversified Search International. Me ha contratado David Gordon White para que busque candidatos apropiados para un puesto nuevo, y creo que tú reúnes con creces los requisitos que tienen en mente.

De pronto, me siento como si estuviese flotando.

—Llamé a tu oficina unas cuantas veces, pero no logré localizarte —prosigue—. No dejé ningún mensaje, descuida. No quería meter la pata, de modo que les dije que se trataba de una llamada personal. Aunque resultaron unos guardianes más celosos de lo que había esperado; no sé si te alegrará o no saberlo.

No sé cómo responder a eso. Cuando hablamos por teléfono quedó claro que no sabía que me habían despedido. No estoy segura de por qué nadie se lo ha dicho, tal vez porque técnicamente no estoy despedida; aun cuando no me dejen franquear la puerta de la oficina, todavía tenemos un acuerdo vinculante por contrato.

—Eres una mujer difícil de encontrar —añade con una sonrisa, y me tomo el comentario como un cumplido. Dos hoyuelos bien marcados y una diminuta muesca en un diente: incluso su imperfección es perfectamente perfecta. En mi humilde opinión.

Mi casa está hecha un desastre. Todavía no he encontrado el momento de limpiar las manchas de barro que produjeron mis desmanes de anoche y mis bragas sucias están sobre una pila de ropa en la cocina, delante de la lavadora, aguardando a que mis toallas terminen su ciclo. No puedo invitarlo a entrar en casa.

—Lamento molestarte en domingo —dice—, pero creo que el mejor momento para tratar con la gente es fuera del trabajo. Soy muy consciente de la necesidad de

evitar que en tu oficina se enteren de que estamos en contacto.

Sigo pensando en el caos que es la casa. Él toma mi silencio por desconfianza, de modo que se disculpa y saca una tarjeta de visita de un bolsillo. Me la entrega alargando el brazo por encima de la hierba, poniendo mucho cuidado en no pisarla, y eso me gusta. Examino la tarjeta. «Monday O'Hara. Cazatalentos. Diversified Search International». Visto así, todo junto, me hace sonreír.

—No es necesario que hablemos ahora mismo, solo quería establecer un primer contacto y...

—No, no, ahora me va muy bien. Bueno, ahora mismo no... —Me paso la mano por el pelo sucio y encuentro una hoja seca—. ¿Te importaría aguardar veinte minutos a que me cambie? ¿Podríamos encontrarnos en el Marine Hotel, a la vuelta de la esquina?

—Perfecto.

Percibo un destello de esa maravillosa sonrisa, que se desvanece al instante. Asiente, muy formal, y regresa a su coche. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no ir bailando hasta la puerta de casa.

Me acomodo en un sillón exageradamente grande en el vestíbulo del Marine Hotel, sintiendo que tengo un aspecto más humano, mientras Monday va en busca de un camarero. Estoy nerviosa y excitada por lo que se avecina. Por fin algo que parece un paso adelante. No tiene ni idea de que me han despedido, y todavía no se lo he dicho, ni siquiera le he dicho que ya no trabajo allí, y si sale a colación, no tiene por qué saber que no fue decisión mía marcharme. Sé perfectamente por qué me lo guardo para mí: porque tengo ganas de jugar. Quiero seguirle la corriente, sentirme como una mujer deseada por la que compiten dos empresas en lugar de como la fracasada a quien han despedido de su trabajo y no tiene nada en el horizonte. O quizá, solo quizás, en un vergonzoso arrebató de ego y debilidad, no quiero que este hombre tan guapo me vea como la perdedora que ahora tengo la sensación de ser.

Una mujer y una niña, su hija, de unos cuatro años, ocupan la mesa de delante de la mía. La niña coge su cuchara y da unos golpecitos al vaso.

—Quiero hacer un brindis —dice, y su madre se parte de risa.

—Un brindis, Lily.

—Oh. —La niña suelta una risita—. Quiero hacer un brindis. —Hace tintinear el vaso otra vez, alarga el cuello y adopta una expresión seria y remilgada.

Su madre vuelve a partirse de risa.

La niña es divertida, pero es la reacción de la madre lo que me lleva a unirme a las risas. Ríe con tantas ganas que se le saltan las lágrimas.

—¿Y por qué quieres brindar?

—Para dar las gracias —responde Lily con tono grave y afectada— a la mantequilla y la mermelada.

Su madre se desternilla.

—Y al huevo, por haberme dejado mojar el pan —añade Lily.

De pronto advierte que estoy escuchando y se calla, avergonzada.

—No dejes que yo te interrumpa —le digo—. Lo estás haciendo muy bien.

—Oh —dice su madre. Se incorpora y se enjuga las lágrimas, procurando recobrar el aliento—. Me matas de risa, Lily.

Lily suelta unos cuantos discursos más que me hacen reír para mis adentros. Guardo la compostura tanto como puedo mientras ellas siguen con lo suyo, pero no estaré sola por mucho rato. Mi cazatalentos regresa. Este hombre me ha dado caza; suena animalesco. Noto que me sonrojo e intento poner freno a los ridículos disparates que me pasan por la cabeza. Fijo toda mi atención en Monday y dejo de pensar en la niña.

—Te he pedido un té verde —dice, atento a mi reacción.

—Perfecto. Gracias. O sea, que te llamas Monday, lunes. Es la primera vez que oigo este nombre.

Se inclina, apoyando los codos en las rodillas. Este gesto hace que se acerque, pero echarme hacia atrás sería una grosería o poco menos, de modo que me pierdo en su rostro y entonces intento recordar que no debería hacerlo, que debería concentrarme en las palabras que salen a través de su diente roto y de su hermosa boca, sin olvidar por qué estoy aquí. Porque él me ha buscado, me ha encontrado y piensa que soy una persona maravillosa y altamente cualificada. O algo por el estilo.

Reparo en que mi pregunta no le incomoda en absoluto, seguro que se la han hecho mil veces.

—Mi madre está chiflada —responde con un aire de familiaridad.

Me hecho a reír.

—Esperaba algo más que eso —digo.

—Yo también —contesta, y ambos sonreímos—. Era violoncelista de la Orquesta Sinfónica Nacional. Ahora da clases en una caravana en Connemara, en el jardín de una casa en la que se niega a vivir porque está convencida de haber visto el fantasma de su padre. Me puso Monday porque nací un lunes. Mi segundo nombre es Leo porque nací a finales de julio. O'Hara es su apellido, no el de mi padre. —Sonríe y desplaza la mirada de mis ojos a mi cabello—. Tiene el pelo tan rojo como tú, aunque yo no lo heredé. Solo sus pecas.

Es verdad, tiene unas cuantas pecas muy simpáticas que le cruzan la nariz hasta lo alto de las mejillas. Me imagino a una mujer pelirroja, pecosa y de tez pálida en un campo de Galway con un violoncelo entre los muslos. Resulta un poco subido de tono.

Mi turno.

—Mi abuelo le llevó a mi madre un ramo de jazmines de invierno de su jardín cuando estaba en el hospital después de que yo naciera. Por eso me llamo Jasmine.

Parece sorprendido.

—La gente rara vez corresponde a la historia de mi nombre —dice.

—Si tu nombre tiene una historia, tienes que contarla —apunto.

—Normalmente no tengo elección —dice—. Una mera presentación requiere una explicación. Lo mismo le ocurre a mi hermana Thursday^[6].

—¡No es posible que tengas una hermana que se llame Thursday!

—No —contesta. Se ríe, divertido con mi reacción.

—Bueno, yo sí tengo una hermana —digo—. Cuando nació, mi abuelo le llevó un ramo de brezo a mi madre. De modo que le puso Heather.

—Un tanto predecible —bromea, haciendo una mueca.

—Supongo que sí. Mi hermano Weed tuvo menos suerte^[7].

Entorna los ojos con expresión de recelo y se echa a reír.

—¿De dónde es tu padre? —pregunto.

—Marino español.

—No pareces español.

—Era broma. ¿Recuerdas la película *Café irlandés*? Bien. Pues es el equivalente de mi madre; un viajante, al parecer. No lo conozco, no tengo ni idea de quién es, nunca se lo ha dicho a nadie. Aunque, de niños, mis amigos y yo suponíamos que era cada uno de los hombres negros que veíamos, que obviamente no eran muchos en Galway. Era un juego. Adivina quién es el papá de Monday. En Quay Street había un músico callejero que tocaba el saxofón; mis amigos solían bromear diciendo que era él. Cuando cumplí doce años se lo pregunté. —Se ríe—. No era él, pero dijo que si yo quería estaría encantado de conocer a mi madre.

Aunque es una historia triste, ambos reímos y entonces, de súbito, recobra una actitud seria y eficiente.

—Bien. El empleo. —Pone un portafolios de cuero encima de la mesa y abre la cremallera—. Me ha contratado David Gordon White. ¿Los conoces? Por si acaso, aquí tienes.

Deja un folleto delante de mí. Muy corporativo, muy serio, de aspecto muy caro: una foto de un hombre y una mujer vestidos con trajes de raya diplomática delante de un edificio de cristal, ambos mirando al cielo por encima de la cámara como si un meteorito se dirigiera directamente hacia ellos sin que les importara lo más mínimo. El corazón me brinca. Me quieren. Me necesitan. Piensan que estoy altamente cualificada y que soy maravillosa. Piensan que soy necesaria, que soy valiosa. Quieren pagarme para distraerme del mundo y de los asuntos mundanos. Estoy sonriendo de oreja a oreja sin poder evitarlo.

—Son una firma de asesoría fiscal —digo.

—Entre las diez mejores del mundo. Correcto. ¿Sabes que las corporaciones como esta tienen programas corporativos de responsabilidad social?

—Operaciones de relaciones públicas —digo.

—Quizá prefieras no definirlo así en la entrevista. —Sonríe, y acto seguido adopta de nuevo su expresión profesional—. Si solo fuese una operación de relaciones públicas no cumpliría los requisitos para considerarse obra benéfica, que es lo que tienen en mente: la Fundación David Gordon White, una organización que

abogue por la lucha contra el cambio climático y por los derechos humanos. Quieren que trabajes para ellos... —Se calla, obviamente a la espera de ver si voy a hacer una pregunta o si debe proseguir. Estoy tan decepcionada que no sé qué decir. No es un empleo en toda regla, quieren que trabaje para una organización de beneficencia—. Seguiré contándotelo todo; si quieres preguntar algo, me interrumpes, ¿de acuerdo?

Asiento. Estoy enfadada. Con David Gordon White. Con Monday por engañarme con su apostura y sus halagos, haciéndome creer que me estaban ofreciendo un empleo como Dios manda. Noto que las mejillas se me ponen rojas. Habla y habla sin cesar sobre el empleo. Nada de lo que dice despierta mi interés.

Finalmente deja de hablar y me mira.

—¿Continúo?

Quiero contestar que no. Quiero decir más que eso, estoy exaltada, pero no debo descargar mis frustraciones en este hombre, con lo guapo que es.

—No acabo de entender por qué soy candidata para esto —digo—. Nunca he trabajado con ni para una obra benéfica. Monto *start-ups*, las convierto en brillantes éxitos y después las vendo por la mayor suma de dinero posible.

Incluso yo sé que es una manera espantosa de describir lo que hago. De hecho, suena como las cosas que Larry me ha espetado en el pasado, cuando en realidad soy increíblemente apasionada en lo que hago. Conlleva mucho más de lo que he dicho, pero quiero que parezca tan alejado como sea posible de cualquier cosa que tenga que ver con la beneficencia. Se ha equivocado. ¿Cómo es posible que mi nombre apareciese en su ordenador cuando tecleó «obra benéfica», dejando a un lado que estoy empezando a sentirme como un caso digno de caridad?

Parece un tanto sorprendido por mi reacción, pero se toma un momento para madurar sus próximas palabras, con una expresión comprensiva en sus ojos verdes, dando a entender que conoce mis antecedentes.

—Serías responsable de la dirección general y de la gestión administrativa de la obra. Es una empresa como cualquier otra y, además, comienza desde cero.

Ha reparado en la incertidumbre que refleja mi semblante y está intentando dorarme la píldora.

Sigue hablando sobre lo que he hecho en todas mis empresas, como si yo no lo supiera, pero es una estrategia inteligente, alimenta el ego y demuestra que me ha investigado a fondo. Me admira abiertamente, elogia mis decisiones y mi capacidad profesional, y me estoy sintiendo inmensamente halagada y como si en el mundo no existiera nadie más listo que yo. Intenta seducirme, quiere que pique el anzuelo. Me cuenta que mientras preguntaba por ahí por el mejor candidato mi nombre se mencionó en varias ocasiones. Su apostura ayuda, pues quiero complacerlo, quiero que piense que tengo talento, que soy inteligente y todas esas cosas; tiene la personalidad perfecta para ser cazatalentos, es capaz de insuflarte autoestima, convencerte de que ahí fuera te aguarda algo mejor que lo que estás haciendo actualmente. Casi me ha pescado. O sea, me ha pescado, pero el trabajo... no tanto.

No tengo retortijones como cuando se me ocurre una idea para un proyecto nuevo o topo con una idea de otra persona que sé que puedo mejorar.

Me mira, esperanzado.

Llega mi té verde. Mientras el camarero lo deja delante de mí, tengo tiempo de pensar. Este empleo no es para mí, pero nadie me ofrece otro. Me debato entre manifestar interés o ser sincera. Y él me gusta, lo cual debería ser un tema aparte, y realmente lo es, pero al mismo tiempo es ineludible. El que me despidieran me ha arrebatado la confianza en mí misma, ha hecho que me cuestione el cómo, el qué y el porqué de cada decisión que tomo. ¿Aguardo lo más apropiado o agarro lo primero que se presente, por si acaso?

Monday me estudia, intensamente, esos ojos verdes penetran en los míos, y tengo la sensación de estar cayendo dentro de ellos, de estar siendo absorbida. Entonces me siento como una idiota, porque lo único que hace él es mirarme y soy yo la que reacciona. Dejo de sostenerle la mirada, y aun así él sigue observándome. Estoy convencida de que lo sabe, que está viendo lo más hondo de mi alma. No puedo hacerlo, no puedo mentirle, no puedo mentir a la única persona que me ha ofrecido un rayo de sol en medio del más largo de mis inviernos.

—En realidad, Monday, lo siento... —Me frote la cara, avergonzada—. Al parecer hay un malentendido. Ya no trabajo en Idea Factory. Perdí mi empleo hace más de dos meses. Un desacuerdo entre el cofundador y yo. —Noto que los ojos me chispean mientras hablo—. Así pues, en este momento estoy sin trabajo.

No sé qué más decir. Noto que tengo las mejillas coloradas y bebo un sorbo de té solo por hacer algo. Me quema la lengua y la garganta y tengo que esforzarme para no reaccionar, pero al menos he contenido las lágrimas que estaban a punto de asomar.

—De acuerdo —dice Monday en voz baja, relajando su postura y adoptando otra actitud—. Eso es bueno, ¿verdad? No tendrán que robarte a otra empresa. Estarás buscando trabajo activamente, me figuro.

Intento mostrarme llena de vida y energía y me pregunto si contarle lo de la baja por jardinería. No puedo hacerlo. No quiero ver cómo se queda a mitad de camino la única oportunidad de conseguir un nuevo empleo por admitir mi pequeño y sucio secreto: que estaré en la nómina de Larry durante otros diez meses, y que eso impide que trabaje. Como tampoco puedo no decírselo a él, un cazatalentos. Monday lo decide por mí, rompiendo el silencio.

—Voy a dejarte esto... —Desliza el folleto por la mesa—. Es información sobre el puesto. Si te apetece, estúdiala y luego llámame. Podemos vernos otra vez, hablar de cualquier duda que te surja.

Miro el folleto, súbitamente desolada, triste. Lo que había comenzado como un subidón de ego a la más alta de todas las alturas me ha dejado la moral por los suelos. No es un empleo que quiera, pero me consta que necesito uno. Cojo el folleto y lo aprieto contra mi pecho. Monday se bebe su café de un trago y yo intento terminarme

el té para que podamos irnos.

—Podríamos reunirnos de nuevo antes de la entrevista —dice, acompañándome a la puerta y sosteniéndomela abierta.

Sonrío.

—¿Quién dice que habrá una entrevista?

—Estoy seguro de que la habrá —responde con confianza y simpatía—. Mi trabajo consiste en saber que eres apropiada para el puesto, y resulta que soy muy bueno en mi trabajo. —Me dedica una gran sonrisa para compensar el tono de vendedor, hacer que parezca menos falso. Tendría que haber sonado como un tono de vendedor pretencioso, pero no ha sido así. Algo me dice que es fenomenal en su trabajo. Su voz transmite una nota amable cuando agrega—: Y te vendría bien, Jasmine.

Estamos fuera. El tiempo ha cambiado, el viento arrecia otra vez; en el lapso de una hora los árboles han comenzado a sacudirse de un lado a otro violentamente, como si estuviéramos en una isla tropical, solo que no lo estamos, esto es Irlanda y estamos en febrero. Todo es esquelético y gris, la gente pasa por la acera torciendo el gesto, con los labios morados, las manos enrojecidas a la luz mortecina del cielo encapotado o metidas en los bolsillos.

Me quedo mirando a Monday mientras se dirige hacia su coche.

No me he molestado cuando ha fingido conocerme y me ha adulado, pero me molesta que finja conocerme y me diga la verdad. Porque aunque solo hace una hora que nos conocemos, seguramente tiene razón. Tal como están las cosas, un empleo, cualquier empleo, me vendría bien. Quizá sea lo único capaz de impedirme caer hacia donde sea que esté cayendo.

La tormenta que se desencadenó aquella noche alcanzó niveles de huracán, con vientos rayanos en los ciento setenta kilómetros por hora en algunas zonas del país. Según las noticias, hay doscientas sesenta mil personas sin electricidad. Se informa de accidentes en la autopista, camiones que vuelcan, árboles que caen aplastando coches, casas destruidas, tejados arrancados de cuajo, ventanas hechas añicos por escombros voladores. La costa este no ha resultado tan afectada. Veo ramas desparramadas por la calle, hojas, contenedores de basura volcados y juguetes donde no debería haberlos, pero en comparación con aquellos cuyos hogares están bajo las aguas, somos increíblemente afortunados. No obstante, nuestra calle ha vivido una noche de locos, y por muchas razones.

Mientras intento leer mi folleto para dilucidar qué relación guardan los derechos humanos y el cambio climático, me interrumpes. Es una interrupción diferente de las habituales. No llegas a casa en coche con la música a todo volumen, sino que ya estás en casa, y completamente sobrio. Esto no es del todo insólito, no armas un escándalo cada noche y, cuando lo haces, no siempre es del mismo nivel. Desde que tu esposa te abandonó has estado más tranquilo; no ha habido a quien gritarle y, aunque algunas noches lo has olvidado y has gritado como si ella estuviera en casa, enseguida has recordado que nadie te oye y te has puesto a dormir en el coche o en la mesa del jardín. Mientras todos los demás muebles de jardín del barrio han estado volando a merced de las tormentas —los Malone perdieron a su enanito preferido cuando se cayó y se destrozó la cara—, los tuyos han permanecido arraigados en el barrizal de tu jardín delantero. Están inclinados hacia un mismo lado, con las patas de la derecha más hundidas en la hierba que las de la izquierda, y de noche te he observado hacer lo único que parece ayudarte a concentrarte en lo que sea que cavilas: una y otra vez pones tu mechero en el borde más alto de la mesa inclinada y miras cómo baja rodando hasta tu palma de la mano abierta junto al borde inferior. No sé si siquiera eres consciente de que lo haces; la expresión de tu rostro sugiere que estás enteramente en la luna.

La mayoría de noches recuerdas que tienes tu propia llave o te vas a otro sitio cuando no la encuentras, pero he tenido que abrir la puerta de tu casa con la llave de repuesto tres veces en total. Cada vez has entrado a trompicones en la casa y me has cerrado la puerta en las narices, y me consta que al día siguiente no lo recordarás. Es irónico, al menos para mí, que precisamente aquello por lo que te odio sea algo de lo que probablemente no guardes recuerdo alguno, y que las mismas cosas que alimentan ese odio las olvides cada vez que te despiertas.

A las tres de esta madrugada no es tu coche lo que me distrae de la lectura, es tu hijo Fionn. El viento hace tanto ruido que no entiendo lo que dice, pero el aire fustiga sus gritos y de vez en cuando los lanza en dirección a mí: palabras sueltas que no bastan para revelar el motivo de la pelea. Miro por la ventana de mi dormitorio y os

veo a Fionn y a ti en el jardín, ambos gritando y agitando los brazos. Veo tu rostro, pero no el de Fionn. Ni tú ni él lleváis abrigo, cosa que me indica que no habíais planeado esta discusión bajo las estrellas. Fionn es como un galgo inglés, un quinceañero alto y delgado que se zarandea cada vez que sopla una racha de viento; o eso parece hasta que me doy cuenta de que no tiene nada que ver con el viento: no se tiene de pie de borracho que está. Tú eres fuerte, eres alto, eres ancho de espaldas, tienes las zapatillas de deporte bien plantadas en el suelo; tu cuerpo es grande y parece que no hace mucho estabas en forma aunque se te haya ablandado un poco la silueta. Veo un indicio de lorzos y la barriga te ha crecido un poco desde que tu esposa se marchó, o quizá solo sea que el viento te pega la camisa a la cintura, revelando un cuerpo que normalmente no vería. Tratas de sujetar los brazos de Fionn cuando los agita cerca de ti, pero cada vez que alargas la mano hacia él, los mueve como aspas de molino, con los puños cerrados, intentando golpearte.

Consigues agarrarlo de la cintura y tiras de él hacia la casa, pero se inclina y se retuerce para liberarse de ti. Te da un puñetazo en alguna parte del cuerpo y retrocedes como si te hubiese hecho daño, pero no es eso lo que me lleva a intervenir, son los dos niños que están en el umbral de la puerta abierta, en pijama y aterrorizados, uno estrujando un oso de peluche contra el pecho, los que me hacen saltar de la cama y ponerme un chándal sin detenerme a pensarlo dos veces. Cuando giro el pomo de la puerta de entrada casi me derriba la fuerza con la que se abre de golpe, tan fuerte es el viento. Todo lo que hay en el recibidor —el bloc de notas en la mesa del teléfono, sombreros, abrigos— emprende el vuelo y sale disparado hacia los rincones más lejanos de la casa como ratones correteando cuando se enciende la luz. Tengo que batallar para cerrar la puerta a mis espaldas; sirviéndome de las dos manos, tiro con todas mis fuerzas. El viento es glacial, furioso, indómito. Ruge, y al otro lado de la calle vosotros dos os increpáis como posesos, como azuzando el enojo de la Madre Naturaleza.

Veó cómo sucede lo que nunca te perdonarás y aunque no soy tu mayor fan, sé que no ha sido intencionado. No quieres pegar a tu hijo, pero eso es lo que haces. Mientras intentas alcanzarlo y protegerte de sus puños, de un modo u otro le tocas la cara. Resulta que en ese momento estoy mirando tu rostro y, antes de saber qué has hecho, tu expresión me lo dice. Alguien que no hubiese visto tu rostro quizá no habría entendido que haya sido accidental, pero yo lo he visto. De pronto tus ojos están angustiados, asustados, consternados. La repugnancia es tan grande que parece que estés a punto de vomitar. Tratas de alcanzar a Fionn a la desesperada para protegerlo, pero él chillaba y te aparta, tapándose la nariz ensangrentada, acusándote, gritándote unos insultos que un padre nunca querría oír en boca de su hijo. Los niños de la puerta se han echado a llorar y procuras calmarlos, y mientras tanto la tormenta sigue rugiendo; las pesadas sillas de jardín, que hasta ahora parecían estar incrustadas en el suelo, de repente salen volando como si quisieran sumarse al drama familiar. Una silla se vuelca hacia atrás, otra la levanta el viento y se desliza por el suelo como si no

pesara, aterrizando peligrosamente cerca de la ventana. Mi intención es proteger a los pequeños, hacerlos entrar en casa y distraerlos. No tengo planes de interferir en la pelea a puñetazos entre padre e hijo, sé que saldré mal parada, pero mientras me dirijo hacia vosotros dos, tu hijo anuncia que no quiere volver a poner un pie en tu casa y enfila calle abajo solo, sin abrigo, borracho, contra un viento de ciento y pico kilómetros, con el rostro ensangrentado. Y eso cambia las cosas.

Y así es como tu hijo termina durmiendo en la habitación de invitados de mi casa la noche más tormentosa que haya conocido este país. No quiere hablar y me parece bien, yo tampoco estoy de humor. Le limpio la cara, agradeciendo que tu mamporro no le haya roto la nariz. Le doy toallas limpias, una jarra de agua y una pastilla para el dolor de cabeza, una camiseta XL del Departamento de Policía de Nueva York que alguien me regaló hace años y lo dejo solo. Después paso la noche en vela, bebiendo té verde y oyéndole hacer viajes del dormitorio al cuarto de baño, donde vomita implacablemente.

Poco antes de las cuatro de la madrugada me despierta el canto de un pájaro. Me quedo confundida; estoy segura de que el pájaro pasa alguna clase de apuro y se ha escabullido de su nido. Pero no; al escuchar me doy cuenta de que simplemente está cantando. Parece cosa de otra vida oír el canto de los pájaros a las cuatro de la madrugada. A las siete es de día, el aire está quieto, no hace viento, no llueve, es agradable, la Madre Naturaleza pone cara de no haber roto un plato mientras por todo el país mis paisanos se enfrentan a la devastación y la destrucción que les ha echado encima durante la noche.

Con una taza de café en la mano inspecciono mi jardín delantero, contenta de haber puesto casi todo el césped cuando lo hice. Los rollos que quedan están destrozados, rotos y desgarrados, atrapados bajo las ruedas de mi coche.

En cuanto me ves, tu puerta se abre y cruzas la calle como si hubieras estado aguardándome toda la noche para abrirla.

—¿Está bien? —preguntas, con el rostro transido de preocupación. Lo lamento sinceramente por ti.

—Está durmiendo. Ha pasado la noche en vela, con náuseas.

Asientes mientras lo asimilas, con la mirada perdida.

—Bien. Bien.

—¿Bien?

—Significa que tendrá menos ganas de hacerlo otra vez.

Examino el césped roto esparcido por el suelo.

—Con lo mucho que has trabajado —dices.

Me encojo de hombros como si no tuviera importancia, todavía avergonzada de que hayas presenciado mi duro trabajo, que también podría haberse descrito como una absoluta rabieta. Mi jardín es liso pero desciende hacia un nivel inferior que se extiende por el lado y la parte trasera de la casa. El segundo nivel está pavimentado con las mismas losas que la rampa para el coche, pero la pendiente presenta un

aspecto lamentable, desprovista de hierba. No llegué a hacer esa parte. Otro trabajo inacabado. Pienso en Larry y me sulfuro para mis adentros.

—Podrías hacer una rocalla con eso —dices, señalando las losas rotas del contenedor—. Mis abuelos tenían un montículo en su jardín. Lo convirtieron en una rocalla, con plantas entre las piedras. Podría hacer que Fionn te ayudara. Seguramente pesan.

Me pasan por la cabeza montones de cosas ingratas que decir ante esa idea francamente absurda, pero me muerdo la lengua.

Sigues mirando hacia mi casa, esperando que te invite a entrar.

—Deberías dejar que duerma la mona —digo.

—Ya lo sé. Lo haría, pero su madre no tardará en venir.

—Oh. ¿Cuándo?

Consultas tu reloj.

—En un cuarto de hora. Tiene un partido de rugby.

—Un mal día para tener resaca. —Una cosa más que no gustará en el Belvedere—. ¿Qué ocurrió?

No quiero saberlo pero al mismo tiempo sí quiero.

—Tenía que recogerlo después del partido de rugby. Cuando llegué, no estaba allí. Había salido con sus amigos. Llegó a casa por la noche, más ciego que una rata camboyana. Bueno, ciego no, borracho. O eso creo. —Vuelves a fruncir el ceño, mirando hacia mi casa—. Empezó a meterse conmigo.

—Oye, todos hemos pasado por eso —digo, recordando las veces que me pasé de la raya siendo adolescente. Que te ofrezca consuelo me resulta incomprensible. Precisamente a ti, el hombre que ha llegado tambaleándose a casa después de haber bebido demasiado más veces de las que se ha preparado el desayuno, pero al parecer aprecias el gesto—. Oye —carraspeo—, todavía tengo la carta...

De repente el coche de Amy frena delante de tu casa. Te pones tenso.

—Está en la habitación de invitados, arriba a la izquierda.

—Gracias.

Entras en mi casa. La veo entrar en la vuestra, la puerta se cierra y todo es silencio. Momentos después, bajas la escalera seguido de cerca por Fionn, que tiene un aspecto impresionante. Un cardenal negro y marrón en la nariz, sangre seca alrededor. Pese a mis esfuerzos por limpiarlo, debe de haber sangrado durante la noche. Se le ve pálido y demacrado, agotado y resacoso. En cuanto la luz de la puerta abierta lo alcanza, hace una mueca. Lleva la ropa arrugada y estoy segura de que encontraré la camiseta del Departamento de Policía de Nueva York sin usar. Arrastra los pies detrás de ti. Tu esposa aparece en la puerta principal de vuestra casa con los brazos en jarras.

No quiero ver más. No quiero verme obligada a dar mi versión de los hechos, quiero quedarme al margen de tu vida, pero de un modo u otro no dejo de sentirme atraída. Una vez dentro de mi casa, aguardo nerviosa a que suene el timbre, temiendo

que vengas para continuar la batalla aquí, pero entonces veo una imagen en la tele que me deja helada.

Es la niña. La del hotel de ayer. La rubita de cuatro años con su rostro de duendecillo, los ojos azules y la nariz chata que quería hacer un brindis. El televisor está en silencio para poder escuchar a Fionn, de modo que no sé lo que dicen, pero no puede ser bueno. A su foto sigue una imagen de su madre. Radiantes sonrisas de ambas, la niña —Lily, recuerdo— está sentada en el regazo de su madre, que la rodea con sus brazos; miran a la cámara como si alguien hubiese dicho algo divertido. Detrás de ellas un árbol de Navidad de unas pocas semanas antes. Y luego aparecen imágenes de un coche y un camión en la autopista, el coche aplastado, el camión volcado, y tengo que sentarme. Subo el volumen y escucho los hechos —ambas muertas, el conductor del camión en estado crítico— y se me parte el corazón.

Cuando el timbre suena no le hago caso y sigo escuchando las noticias. Suena otra vez. Y otra. Todavía llorando, y enojada por la intromisión, me abalanzo al recibidor y abro la puerta de golpe. Me veo enfrentada a tres rostros sobresaltados.

—Perdón —dice Amy, tu esposa—. Creo que he venido en mal momento.

El enojo que percibo en ella se disipa de inmediato.

—No... solo es... acabo de ver una mala noticia.

Miran por encima de mi hombro. He dejado abierta la puerta de la sala de estar y en el televisor todavía están dando las noticias.

—Ay, sí, ya lo sé. ¿No es espantoso? Viven justo a la vuelta de la esquina; es la esposa de Steven Warren. —Te mira—. ¿Te has enterado? Rebecca ha muerto. Y la niña...

—No lo sabía —dices.

Todos nos quedamos un momento absortos en nuestros silenciosos pensamientos. Fionn, creyendo que significa que le toca hablar, suelta con voz ronca:

—Esto... gracias por anoche.

—No hay de qué —le contesto, ignorando lo que Amy cree que ocurrió exactamente.

Aliviado de no estar en la línea de fuego, Fionn cruza la calle de regreso a vuestra casa arrastrando los pies, con los vaqueros arrugados caídos por debajo de los calzoncillos. Tú y tu esposa seguís mirando la televisión. Amy le presta verdadera atención, tú estás intentando entender algo completamente distinto.

—Las vi ayer por la tarde; Rebecca y Lily.

Digo sus nombres como si las conociera, cosa que suena a mentira aunque es la pura verdad.

—Ocurrió ayer por la tarde. Debiste ser una de las últimas personas que las vio con vida —dice Amy, y esa afirmación me afecta. No es una acusación, eso está claro, en realidad no es nada, simplemente está pensando en voz alta, pero me infunde una sensación de responsabilidad. No sé muy bien qué hacer al respecto. Es como si tuviera algún derecho de propiedad sobre ellas, sobre el último momento de

sus vidas. ¿Debería contarle para que las personas interesadas vivieran el momento que yo pasé con ellas? ¿Devolverlo al curso que deberían haber tomado los acontecimientos? Estoy analizando esto en demasía, lo sé, mientras tú estás ahí de pie, mirándome, pero supongo que es fruto de la impresión. Y estoy cansada puesto que he dormido poco por miedo a que Fionn sufriera un colapso, se diera un golpe en la cabeza, se asfixiara en su propio vómito o se levantara y se marchara en plena noche, cosa que me habría causado problemas por haber perdido a un menor.

—Matt, tú también los conoces —dice Amy, y se vuelve hacia ti.

—En realidad no...

—Claro que sí, solías jugar a bádminton con él.

—De eso hace mucho tiempo.

—Siempre pregunta por ti. —Se vuelve hacia mí—. Matt irá a verlo contigo — propone.

—¿Cómo?

—Irá contigo. A presentarle sus respetos. ¿Tú no? Te hará bien —dice, y no con mucha amabilidad—. En fin, siento haberte molestado, solo quería darte las gracias por ocuparte de Fionn.

Se retira. Tú te quedas en la puerta, mirándome como si aguardaras instrucciones, haciendo lo que te ha dicho que hicieras la esposa que acaba de abandonarte, como si esperaras que obedeciéndola fueras a complacerla. Entonces se me ocurre que estás intentado decirme algo. Me estás transmitiendo un mensaje. Te miro a los ojos con más detenimiento. Intento averiguar qué piensas. Quieres que te defienda. Que le diga lo que vi. La llamo.

—Amy, en cuanto a lo de anoche. El golpe fue un accidente. Matt no quería...

Me callo porque al ver cómo te fulmina con la mirada, con cuánto odio y repugnancia te mira, me doy cuenta de que he metido la pata. Amy no sabía que tú habías golpeado a Fionn.

Amy comienza a meter a los niños en el coche y tú corres a despedirte. El motor está en marcha, está lista para marcharse, los cinturones de seguridad abrochados, las puertas cerradas. Tienes que tirar del picaporte, obligándola a quitar el seguro para que puedas abrirla y meter la cabeza en el coche para besar a los niños en el asiento trasero. A Fionn le das una desmañada palmada en la espalda, pero él no te mira. Cierras la puerta, das dos golpes al techo del coche y dices adiós con la mano. Nadie corresponde a tu gesto de despedida; de hecho, nadie se vuelve siquiera para mirarte. Te compadezco y no sé por qué lo hago puesto que he sido testigo de todo lo que tu esposa ha soportado, al menos desde fuera: las madrugadas, tu conducta de borracho... No entiendo por qué no te ha abandonado antes y, sin embargo, te veo delante de tu casa, con las manos en los bolsillos, observando cómo se aleja tu familia, dejándote solo en la gran casa donde seguramente deberían quedarse ellos y no tú, y mi corazón se entristece por tí.

—Vamos —digo, levantando la voz.

Me miras.

—Vayamos a casa de Steven.

Sospecho que es lo último que tienes ganas de hacer, pero necesitas distraerte. Yo tengo claro que es lo último que tengo ganas de hacer, pero un poco de distracción también me vendrá bien.

Vas a buscar tu abrigo, yo cojo el mío y nos encontramos en medio de la calle.

—Lamento lo que he dicho antes —digo—. No tendría que haberlo hecho. Solo quería...

—No te apures, Amy lo habría averiguado de todas formas. Mejor que se haya enterado por mí.

En realidad no ha sido así, pero creo que lo que quieres decir es que se lo han dicho desde tu bando y no estoy segura de por qué me he puesto de tu parte cuando cada noche que te veía aporrear las puertas, sin llaves, deseaba con toda mi alma que no te dejara entrar.

—¿Dónde se han instalado Amy y los niños? —pregunto, mientras caminamos calle abajo.

—En casa de sus padres.

—¿Regresará?

—No lo sé. No me habla. Las frases que has oído es lo único que me ha dicho en días.

—Te escribió la carta.

—Ya lo sé.

—Deberías leerla.

—Eso es lo que ella dice.

—¿Por qué no la lees?

No contestas.

—Toma.

Te entrego la carta. La miras sorprendido un momento, luego la coges y la metes en un bolsillo. Dudo mucho que vayas a leerla, pero al menos te la he dado. He cumplido con mi parte. Ni siquiera la has abierto.

—¿Vas a leerla?

—¡Por Dios! ¿Qué tiene que ver contigo esta carta?

—Si me dieran una carta de mi esposa cuando acaba de abandonarme, querría saber lo que dice.

—¿Eres lesbiana?

Pongo los ojos en blanco.

—No.

Te ríes por lo bajo.

—Me he fijado en que no estás trabajando —dices—. ¿Vacaciones o...?

—Estoy de baja por jardinería —te interrumpo, antes de oír cualquier término ofensivo que estés a punto de utilizar.

—Ajá. —Sonríes—. Sabrás que en realidad no significa que tengas que dedicarte al jardín.

—Claro que lo sé. ¿Y tú qué tal? Leí que habías perdido tu empleo.

Lo digo sin rodeos, con dureza, y me miras y me estudias de esa manera confundida, intrigada, ofendida que adoptas cuando te hablo bruscamente, que a menudo es cuando recuerdo que no me caes bien.

—No perdí el empleo —dices—. Estoy de baja; también de baja por jardinería, en realidad. Solo que, a diferencia de ti, he decidido sentarme en el mío.

—A tomar la luna —digo.

Te ríes.

—Pues sí.

Heather y yo siempre lo decíamos así cuando éramos más jóvenes y nos tendíamos bajo la luna. Pensar en Heather hace que recuerde lo que opino de ti y me cierro como una almeja.

—Aunque solo es temporal, la baja. A la espera de una investigación sobre mi conducta —explicas, en un tono formal.

Leo entre líneas.

—Te han suspendido.

—Oficialmente lo llaman baja por jardinería.

—¿Por cuánto tiempo?

—Un mes. ¿Y tú?

—Un año.

Tomas aire.

—¿Qué hiciste para merecerlo?

—No es una sentencia de cárcel. No hice nada. Es para impedir que trabaje para la competencia.

Me estudias durante el largo silencio que necesito para recobrar la compostura.

—¿Y qué piensas hacer?

—Tengo unas cuantas ideas —digo—. Es bueno disponer de un año para madurarlas. —No me creo una palabra de lo que acabo de decir—. ¿Y tú?

—Regresaré cuando me den luz verde. Tengo un programa de radio.

Te miro para ver si me estás vacilando, pero constato que no. Hubiese dicho que dabas por sentado que todo el mundo sabe quién eres, que llevas tu nombre en el pecho como una distinción honorífica —aunque no sé muy bien dónde residiría el honor—, pero no estás bromeando. No has dado por sentado que sé quién eres. Eso me gusta, y hace que te deteste todavía más. No permitiré que ganes.

—Conozco tu programa.

Lo digo con una voz tan desaprobadora que te ríes por lo bajo con tu risa sibilante de fumador.

—¡Lo sabía!

—¿Qué sabías?

—Que por eso eres como eres conmigo. Envarada. Picajosa. Siempre a la defensiva.

Si mis amigos tuvieran que describirme, no son estas las palabras que usarían. Me desconcierta oír que se me describa así. No me gusta que alguien pueda pensar eso de mí y, por alguna razón, no quiero que tú pienses eso de mí aunque sea exactamente la imagen que he dado de mí. Había olvidado que tú no puedes saber que no siempre soy así; no entenderías el esfuerzo que tengo que hacer para apartarme de mi verdadero yo a fin de ser verdaderamente grosera contigo. Mis amigos dirían que soy un espíritu libre; siempre hago las cosas a mi manera, nunca bailo al son de los demás, nunca lo he hecho. Quizá dirían que soy obstinada o terca, en el peor de los casos, pero también conocerían mi faceta tolerante y desenfadada, mientras que tú me haces sacar lo peor de mí misma.

—No eres fan del programa.

—Haces bien en pensarlo —digo, impulsiva otra vez.

—¿Cuál te ofendió?

Te metes un chicle de nicotina en la boca.

—¿Qué quieres decir?

El corazón me palpita. Después de todos estos años, realmente estamos aquí, en el punto en el que puedo explicarme. Ha llegado la hora. Mi mente trabaja a toda máquina buscando las palabras apropiadas para explicar cómo me has lastimado.

—¿Qué emisión? ¿Qué tema? ¿Qué dije con lo que no estuvieras de acuerdo? Verás, tengo instinto para detectar a los oyentes que odian el programa. En cuanto entro en una habitación, sé si alguien es fan del programa o no. Tengo un sexto sentido. Lo sé por cómo me miran.

Tu arrogancia me molesta. Desde luego sabes cómo convertir algo negativo — que la gente te odie— en algo positivo.

—Quizás el problema seas tú, no el programa —digo.

—¿Ves?, eso es a lo que me refiero. —Sonríes y chasqueas los dedos—. Ese tipo de comentario solapado. No soy yo, Jasmine. Es el programa. Dirijo la discusión. Lo que hago no representa mi opinión personal. Invito a los oyentes a participar en el debate.

—Lo enciendes.

—Tengo que hacerlo. Es lo que hace que sigan llamando. Eso mantiene vivo el debate.

—¿Y crees que esos debates son necesarios? —pregunto. He dejado de caminar y estamos cara a cara delante de la casa de Steven, donde el césped ha desaparecido bajo un montón de flores y regalos, osos de peluche, velas y tarjetas manuscritas—. No puede decirse que tu programa contribuya a concienciar a la gente sobre la realidad. Lo único que haces es invitar a un puñado de lunáticos para que den rienda suelta a sus opiniones incultas, opresivas y racistas.

Me miras muy serio.

—Cada persona, cada voz que se oye, es real. Representan lo que piensa la gente real de este país. Creo que la gente tiene que oírlo. No es bueno que pases todo tu tiempo con tus amigos políticamente correctos, pensando que el mundo es un lugar maravilloso, abierto y tolerante, para luego ir a votar y de repente descubrir que no lo es. Nuestro programa da voz a todo el mundo. Gracias a nuestro programa, algunos de estos asuntos se han debatido en el Dáil: acoso escolar, matrimonio homosexual, hemos cerrado residencias de ancianos y guarderías peligrosas...

Vas pasando lista, contando con los dedos.

—¿De verdad piensas que prestas un servicio al país? —pregunto, estupefacta—. Sin duda solo es así si se trata de un debate digno. No cuando consiste en un hatajo de idiotas medio borrachos, o colocados, o que han escapado de un manicomio. ¿Es bueno dejar que esas personas aireen sus opiniones? Habría que hacerlas callar, en todo caso.

—Buena idea, Kim Jong-un. La libertad de expresión es nociva —dices, a todas luces irritado.

—A lo mejor tendrías que invitarlo a tu programa; darle una oportunidad de compartir sus opiniones. De todos modos, según dicen los periódicos, parece ser que tu programa no volverá a emitirse —digo, levantando la barbilla y enfilando el sendero hacia la puerta de la casa, esperando que esto te haga callar, que sea yo quien diga la última palabra. Mi malicioso, defensivo, atrevido y repelente comentario final.

—Claro que se emitirá. Bob y yo estamos así de unidos. —Levantas dos dedos cruzados—. Bob es productor de radio, ha estado conmigo desde el principio. Solo hace esto por pura fórmula. Quedaría feo que no lo hiciera. Cuando un programa recibe tantas quejas como ha recibido el nuestro, hay que seguir el procedimiento.

—Estarás orgulloso —digo, pulsando el timbre.

—Sin duda debo haberte cabreado de mala manera —dices, tu aliento cerca de mi oreja. Cuando te miro, tus ojos chispean con picardía. Se me ocurre que te gusta caerme mal y, de una forma enfermiza, a mí también me gusta. Tenerte aversión me ha dado algo en lo que centrarme. Tenerte aversión se ha convertido en mi trabajo a jornada completa.

De repente abre la puerta una mujer con la nariz y los ojos enrojecidos y pañuelos de papel arrugados en la mano. Te reconoce en el acto, parece encantada y honrada de encontrarte en su puerta y enseguida te hace pasar. Me quedo perpleja. ¿Acaso la gente no oye lo mismo que yo? Eres lo bastante caballeroso para dejarme entrar primera.

Dentro, la cocina está llena de gente de pie que guarda prolongados silencios que de vez en cuando rompen breves charlas triviales, reminiscencias y risas nerviosas. La mesa rebosa de comida: lasaña, tartas y emparedados que han traído los vecinos. Nos conducen a través de la sala de estar, donde un hombre está sentado a solas en un sillón, mirando por la ventana. Las paredes están llenas de fotografías de la joven familia, realizadas en un estudio profesional: retratos en blanco y negro de Steven,

Rebecca y Lily. Mamá y papá con polos negros sobre un fondo blanco, la pequeña Lily con un lindo vestido blanco, resplandeciendo bajo los focos como un ángel, mostrando unos dientes diminutos al sonreír. Una de Lily con una piruleta, una de Lily haciendo una pirueta, una de Lily riendo, una de Lily sacando la lengua mientras mamá y papá la miran sonriendo de oreja a oreja.

Gracias a las fotos reconozco a Steven como alguien a quien veo regularmente por el barrio, en el supermercado, en la carnicería, corriendo a lo largo de la bahía...

—Matt —dice, levantándose y haciendo ademán de abrazarte.

—Lo siento mucho, Steven —dices tú, y os quedáis abrazados un buen rato. Buenos compañeros de bádminton. Miro a mi alrededor y luego bajo la vista al suelo, incómoda mientras aguardo.

—Te presento a mi vecina Jasmine. Vive en mi calle, a la vuelta de la esquina.

—Lamento mucho tu pérdida —digo, tendiéndole la mano, y me la estrecha.

—Gracias —dice con solemnidad—. ¿Eres amiga de Rebecca?

—Bueno... No... En realidad... —No sé por dónde empezar. Tal vez esto haya sido una equivocación. No estoy segura. La responsabilidad que sentía antes ha disminuido y ahora me siento una intrusa. La mujer que ha abierto la puerta también está en la sala y todos los ojos están puestos en mí—. Ayer las vi a las dos a la tres de la tarde. En el Marine Hotel.

Steven parece confundido. Se vuelve hacia la mujer. Ella también parece confundida.

Ambos me miran. No me creen.

—Dudo que estuvieran allí... —dice Steven, frunciendo el ceño.

—Lily estaba tomando chocolate a la taza. Lo llamó choco deshecho.

Steven sonríe, se tapa la boca y el mentón con la mano y se sienta en el brazo del sillón.

—Estaba de muy buen humor. Rebecca no podía parar de reír. La oí en cuanto entré en el vestíbulo. Lily intentaba hacer un brindis.

Mira a la mujer, y ahora comprendo que es su hermana; reparo en su parecido.

—Por la fiesta de la semana pasada, Beth —dice Steven, y ella asiente contenta, con los ojos llenos de lágrimas. Steven me mira de nuevo a mí, su rostro abierto y amable, anhelando que diga más cosas. Tú también me observas, y resulta ligeramente molesto, no sé por qué me pones tan nerviosa, pero intento ignorar tu presencia y hablarle solo a Steven. Cuanto más lo miro, más veo el parecido con Lily en sus pestañas rubias y su rostro de facciones delicadas. De modo que aquí estoy yo, una perfecta desconocida en su casa, y le hablo del brindis, de los múltiples brindis, de la conversación que ella y su madre estaban manteniendo, de la conversación que mantuve con Rebecca. Le cuento todos los detalles que recuerdo. Hago hincapié en la risa, la alegría, la pura dicha de su última hora juntas antes de que subieran al coche y comenzaran el viaje para visitar a los padres de Rebecca aquel día tan tormentoso. Se lo cuento porque a mí me habría gustado saberlo. Steven lo asimila todo, casi como si

estuviera en trance pero sin perder una sola palabra de lo que digo, estudiándome mientras le hablo, seguramente tratando de discernir si soy sincera, esperando que lo sea y, finalmente, aceptando que lo soy. Observa mis ojos, mis labios y, cuando cree que no lo veo, me echa un repaso de la cabeza a los pies. Cuando termino se hace el silencio y Steven seguramente tiene la sensación de que ellas vuelven a morir mientras pasan del presente a desaparecer de repente. Tuerce el gesto y pierde la compostura. Me quedo paralizada, sin saber qué hacer, deseosa de consolarlo pero sabedora de que no me corresponde a mí hacerlo. Su hermana se acerca. Tú le das una palmada en el hombro y sales de la sala. Te sigo, sintiéndome como una pieza de repuesto, sintiéndome torpe; todos mis movimientos son mecánicos, estoy convencida de que he cometido un error al venir aquí y decir lo que he dicho, pero no estoy segura. Quiero que me tranquilices, pero al mismo tiempo no quiero que mi consuelo venga de ti.

Una vez fuera, te deshaces del chicle de nicotina y enciendes un cigarrillo. Estoy roja como un tomate y tú no dices palabra en todo el camino de regreso. Cuando nos detenemos delante de mi casa, me miras y quizá percibes mi confusión, o quizá ves mi incomodidad, o quizá mi cara es la viva imagen de la desesperación que padezco, porque tus ojos se demoran un momento, tu atractivo rostro estudia el mío con dulzura, comprensivo, tan curioso y estudioso como siempre, tratando de entender las cosas, como si yo fuese un rompecabezas, aunque un rompecabezas gracioso.

Apagas el cigarrillo.

—A mí me habría gustado saberlo —dices—. Ha sido bonito.

Alargas la mano y me aprietas el hombro.

Me doy cuenta de que he estado conteniendo el aliento todo el camino y finalmente suelto el aire. El alivio que siento me sorprende; tú has sido el artífice de esto, tú cuentas para mí, pero esto no se ajusta a lo que siempre he sentido por ti.

—¡Jasmine!

Una voz que conozco interrumpe mis pensamientos y al dar media vuelta veo a Heather sentada en el porche. Se levanta y viene hacia nosotros.

La cabeza me da vueltas cuando me doy cuenta de que estás a punto de ver cara a cara a la persona que he intentado proteger de ti durante toda mi vida.

Un domingo al mes el grupo de apoyo de Heather se reúne. Hemos mantenido estas reuniones desde que Heather era adolescente; en realidad, mamá fue quien organizó todo esto, e incluso cuando estaba sometida a tratamiento seguía asistiendo, por más enferma que estuviera. Incluso cuando yo era adolescente y tenía cosas mejores que hacer con mi tiempo, insistía en que fuera con ella. Aunque en su momento no supe apreciarlo, ahora me alegra haberlo hecho porque cuando mamá falleció supe con toda exactitud cómo organizar las cosas y en qué dirección era preciso que fueran. La planificación personal consiste en un grupo de personas que se reúne regularmente para ayudar a alguien a lograr lo que le gustaría hacer en la vida. Heather se encarga de decidir a quién quiere invitar y de qué quiere que hablemos. Hablamos sobre la PAME de Heather —Planificación de Alternativas para un Mañana Esperanzador—, hablamos sobre sus sueños, sobre cómo podría alcanzar esos sueños, qué está ocurriendo en su vida y cuáles son los pasos siguientes que debe dar. Hablamos sobre hacer realidad sus sueños.

La reunión solía ser semanal cuando Heather hacía planes para el colegio, la escuela de secundaria y lo que quería estudiar en el instituto (que terminó siendo un internado donde aprendió a vivir independientemente, a tomar el transporte público, a comprar comida y demás cosas imprescindibles, nociones de cocina y preparación para el trabajo). Era importante que las reuniones se celebraran regularmente mientras planificaba la dirección que quería que siguiera su vida, pero llegó un momento en que la propia Heather decidió que fueran mensuales.

Las personas que han acudido en el pasado han sido maestros, su asistente de apoyo —a la que entrevistó ella misma—, un profesor del instituto, su orientador profesional, sus patronos y siempre yo. Mi padre ha asistido unas cuantas veces, pero no se maneja bien en estas situaciones. Malinterpreta el objetivo. Se trata de planificar, sí, y se trata de hacer. Pero también se trata de escuchar a Heather para ver qué siente sobre su lugar en el mundo y dónde quiere llegar. Mi padre no tiene la paciencia necesaria para escuchar tales cosas. Si lo que Heather quiere es un empleo, él se lo conseguirá; si es una actividad, la organizará. Pero lo que he aprendido en este proceso es que me ayuda a entrar en la cabeza de Heather. Quiero oír las explicaciones relativas al cómo, por qué y cuándo. Como la vez que anunció que quería dejar su trabajo de llenar bolsas en el supermercado del barrio a pesar de ser un trabajo que había estado planificando durante mucho tiempo. Mi padre estaba presente en aquella reunión y quiso acelerarlo todo, impaciente por sacarla de allí porque era un trabajo que detestaba que hiciera su hija. No captó en absoluto que el motivo por el que Heather quería dejar el trabajo era que otra empleada la estaba tratando mal. La cajera en cuestión iba demasiado deprisa, pisándole los talones, ocupándose de llenar las bolsas ella misma para acelerar el proceso cuando consideraba que Heather no era lo bastante rápida. Estas son exactamente la clase de

cosas que necesitamos que Heather nos cuente en las reuniones.

La reunión estaba prevista para las dos de la tarde y, sin embargo, aquí está Heather, a la una en punto, viniendo hacia nosotros, cara a cara con el hombre que encarna todo aquello de lo que tanto he intentado protegerla desde que era niña. No hay palabras para describir cómo me siento en este momento, pero lo intentaré. He vuelto a pasar de sentirme a gusto y reconfortada por tus palabras, consuelo que he buscado deliberadamente en ti —y eso en sí mismo me provoca un conflicto—, a querer proteger a mi hermana de ti. No es de extrañar que no acabes de entenderme.

Centro toda mi atención en Heather, camino hacia ella para que no se aproxime más a ti, situándome de manera que seamos dos contra uno, con mi brazo en torno a sus hombros, en actitud protectora. No puedo mirarte a la cara; no quiero ver cómo te mofas, juzgas o analizas, o cómo intentas descifrar otra faceta de mí a través de mi hermana. Solo la miro a ella, le sonrío con orgullo, rezumando amor por todos los poros, esperando que te fijes bien, que recuerdes tu programa, que te sientas fatal al respecto, que te replantees a ti mismo, tu trabajo y tu vida entera. Pongo todas mis energías en ello. Estoy segura de que Heather notará lo desagradable que eres, lo lamentable, injusto, asqueroso y sentencioso que eres. Por más que digas que solo lo haces para mantener vivo el debate, esas palabras siguen pasando entre tus labios, eres la fuente, la raíz, el creador. Heather posee un talento especial para calar a las personas y nunca habrá mejor momento que este para ver esa habilidad en acción. Quiero que le tiendas la mano y que ella la rechace tal como hizo con Ted Clifford. Quiero verte pasar vergüenza con esa cara de sorpresa que pones cuando te hablo bruscamente, cuando te trato con inopinada frialdad.

—Hola —te oigo decir.

—Hola —responde Heather.

Me mira y me da un codazo, dando a entender que quiere que os presente.

—Mi hermana Heather —digo—. La persona más increíble del mundo.

Heather se ríe por lo bajo.

—Heather, te presento a Matt. Un vecino —digo sin más.

Me lanzas de nuevo esa mirada tuya intrigada, curiosa, analizadora. Conoces mi calor y mi frío, mi término medio.

La saludas con un gesto de la mano. Me molesta porque es la conducta correcta para alguien del Círculo Naranja de Saludo con la Mano. Entonces Heather te tiende la mano. Me vuelvo sorprendida hacia ella, pero te está mirando con una sonrisa cortés. Quiero interrumpir esto, este apretón de manos con el demonio, pero no estoy segura de poder explicar a Heather por qué lo hago, sobre todo después del follón en casa de mi padre (de quien todavía no he vuelto a saber nada).

—Encantado de conocerte, Heather —dices, estrechándole la mano—. Llevas una bolsa muy guay.

Lleva la bandolera que le regalé por su cumpleaños hace cinco años. La lleva a diario y sigue pareciendo nueva, asegurándose de limpiarla, sin que quede rastro de

una sola lágrima. Es una bolsa retro de *disc jockey*, sirve para llevar discos de vinilo y un tocadiscos portátil. Puesto que prefiere escuchar sus discos de vinilo, pensé que sería un bonito regalo para que pudiera llevar su música de un sitio a otro. Y lo hace, casi a todas partes. Tiene estampada la imagen de un disco de vinilo, e incluso los días en que no transporta su colección, la usa para llevar el monedero, el almuerzo y el paraguas al trabajo. Siempre esas tres cosas; suplico en balde que también lleve el móvil.

—Gracias. Me la regaló Jasmine. Caben cincuenta discos y mi tocadiscos portátil.

—¿Tienes un tocadiscos portátil?

—Un tocadiscos Audio Technica AT-LP60 negro completamente automático, accionado por correas —dice, abriendo la cremallera de la bolsa para enseñártelo.

—Oye, eso está muy bien —dices, dando un paso adelante pero sin acercarte demasiado—. Veo que también llevas unos cuantos discos de vinilo.

Estás sinceramente sorprendido, sinceramente interesado en ella, sinceramente deseas ver qué lleva en su bolsa de *disc jockey*.

—Pues sí. Stevie Wonder, Michael Jackson...

Te va mostrando su colección mientras yo observo tu cara.

—¡Grandmaster Flash! —Te ríes—. ¿Puedo...?

Alargas la mano hacia la bolsa y me preparo para que te rechace.

—Sí —contesta Heather alegremente.

Sacas el disco de su compartimento y lo estudias.

—Es increíble que tengas a Grandmaster Flash.

—And the Furious Five —te corrige Heather—. *The Message* con Melle Mel y Duke Bootee, grabado en Sweet Mountain Studios, producido por Sylvia Robinson, Jiggs Chase y Ed Fletcher. Siete minutos once segundos de duración —agrega.

Me miras estupefacto y luego vuelves a mirarla a ella. No puedo por menos que henchirme de orgullo.

—¡Es asombroso, Heather! ¿Lo sabes todo sobre estos discos?

Y Heather pasa a hablarte de su disco de Stevie Wonder: cuándo se grabó, cada canción del álbum, incluso sabe los nombres de los cantantes y los músicos de estudio. Estás absolutamente impresionado, divertido, entusiasmado, y así se lo haces saber. Luego le dices que eres *disc jockey*. Que trabajas en la radio. Heather al principio muestra interés, hasta que oye que lo que haces es principalmente hablar. Te dice que no le gusta oír hablar, a ella le gusta la música. Le preguntas si alguna vez ha ido a un estudio de grabación para ver cómo graban sus canciones los músicos y te contesta que no, entonces le dices que podrías llevarla si le apetece. Heather está sumamente excitada, pero yo no puedo hablar, vuestra conversación me ha dejado demasiado aturdida. Esto no es lo que esperaba que ocurriera. Jamás. Comienzo a retroceder, llevándome a Heather hacia casa, me despido con cierta vaguedad mientras vosotros dos, que ya sois amigos íntimos, prometéis manteneros en contacto a través de mí. ¡A través de mí! Una vez dentro de casa, Heather se pone a contar lo

que le has prometido y empiezo a enojarme, intentando imaginar maneras de hacerte daño si faltas a tu promesa. Y cuando eso se vuelve demasiado violento, procuro que se me ocurran maneras de conseguir que Heather olvide lo que le has dicho, preparándola para la muy alta probabilidad de que no ocurra, debido a la muy alta probabilidad de que yo no permita que ocurra.

En la reunión de ese día están presentes, aparte de Heather y yo, su asistente de apoyo Jamie, cuya única concesión al guardarropa de invierno son unos gruesos calcetines de deporte que lleva con sus sandalias; Julie, su jefa del restaurante, y Leilah, que acude por primera vez. Lo que me gusta de Leilah es que ni siquiera intenta disculparse en nombre de mi padre; de hecho, ni siquiera lo menciona, cosa que respeto. Lo bueno de Leilah es que nunca se ha metido en nuestros asuntos. En gran medida se debe a que nunca ha habido en qué meterse, pero su presencia es un gesto encantador y me figuro que, para comprender lo que ocurrió la semana pasada en su casa, necesita entender mejor a Heather.

Mientras las demás aguardan en la sala de estar, preparo una tetera y tazones de café. Heather está conmigo.

—Heather... —comienzo, procurando mantener un tono distendido—. ¿Por qué le has dado la mano a ese hombre?

—¿A Matt? —pregunta.

—Sí. No pasa nada, no pongas esa cara de preocupación, pero no lo conoces y tan solo me pregunto... Anda, cuéntamelo.

Reflexiona un momento.

—Porque te he visto hablar con él. Y parecías muy contenta. Y he pensado, es un buen hombre que hace feliz a mi hermana.

Heather nunca deja de sorprenderme.

Me concentro en organizar la bandeja mientras asimilo la conversación entre tú y Heather. Lo que necesito ahora mismo es librarme de ti. Estas reuniones son importantes para Heather y son igualmente importantes para mí.

—Bien, llévate esto, señorita Mayordoma —digo como una cursi presentadora de televisión. Heather se ríe.

—Jasmine —dice, avergonzada, y acto seguido recobra la compostura—. Me gustaría hacer una actividad nueva.

Me mira de un modo determinado y sé que esto tendrá que ver con Jonathan, un nombre que no paro de oír. El corazón me late frenéticamente. Hace ya algún tiempo que Jonathan es amigo de Heather. También tiene síndrome de Down y me consta que Heather está loca por él, cosa que me asusta porque sé que él siente lo mismo por ella. Lo veo cuando la mira. Lo noto cuando están juntos en la misma habitación. Es bonito y me aterroriza.

—Jonathan tiene un empleo como profesor adjunto en una clase de taekwondo —explica Heather a las demás. Yo ya lo sé porque fui con ella una vez a verle enseñar a niños de siete años y Heather no me permitió susurrarle una sola palabra por miedo a

perderse uno de sus movimientos—. Me gustaría aprender taekwondo.

Jamie y Leilah se portan de maravilla al mostrar sincero interés y le hacen un montón de preguntas. Mientras lo hacen, mi preocupación va en aumento. Heather tiene treinta y cuatro años y desde luego no es ágil, del mismo modo en que yo ya no soy tan ágil como una vez lo fui, y por eso me preocupa esa clase. No obstante, al parecer soy la única que recela, de ahí que termine estando de acuerdo en que pruebe una clase el próximo sábado por la mañana en lugar de asistir a la clase de cerámica y pintura, de la que ya se ha cansado después de dos años.

—Tengo una idea —dice Leilah—. Por si no te gusta el taekwondo, o si no te va bien por el motivo que sea, podrías asistir a una de mis clases de yoga. ¿Quizá podría enseñaros a Jonathan y a ti a la vez?

Heather sonrío radiante ante esta propuesta y yo también. Me gusta la idea: si pasa tiempo a solas con Jonathan en compañía de Leilah me quedo tranquila, y Heather comienza a planificar las clases de yoga y taekwondo en su apretado calendario semanal. Tomo notas en mi agenda y reparo en que sus actividades llenan mis páginas en blanco.

—Siguiente —digo, y Heather se echa a reír otra vez.

—A Jonathan y a mí nos gustaría ir juntos de vacaciones —dice de sopetón, y se produce un silencio de asombro que ni siquiera Jamie sabe muy bien cómo romper. Todas me miran. Quiero decir que no. No, no, no y no; pero no puedo.

—Vaya. Bien. Eso es... Entendido. Bien. —Bebo un sorbo de té—. ¿Adónde os gustaría ir?

—Al apartamento que tiene papá en España.

Leilah me mira abriendo mucho los ojos.

—¿Papá te ha dicho que podíais ir?

—No se lo he preguntado. Hoy no podía venir —dice Heather.

—Bueno, o sea, no estoy segura de que esté libre. ¿Está libre, Leilah?

—No lo sé —contesta Leilah despacio, sin gustarle que la haya puesto en un aprieto con un asunto tan importante, y sin darse cuenta de que quiero que diga que no, o dándose perfecta cuenta y no queriendo mentir.

—Ni siquiera os ha dicho las fechas —dice Jamie, sin disimular lo poco que le gusta cómo está yendo esto.

—En primavera —dice Heather—. Jonathan dice que en verano hace demasiado calor.

—Jonathan tiene mucha razón —digo, mientras las ideas se agolpan en mi mente. Ahora sé cómo se sintió papá cuando le dije que iba a irme de vacaciones con mi novio por primera vez. También recuerdo cómo me sentí al plantearle el asunto, y miro a Heather y por fin me relajo—. Heather, tú y Jonathan nunca os habéis ido juntos, y España queda bastante lejos para un primer viaje. —Pongo énfasis en las últimas palabras para que no piense que me estoy cerrando en banda—. ¿Por qué no os vais primero una o dos noches a algún bonito paraje de Irlanda que no conozcáis?

Podéis tomar un tren o un autobús y estar lejos de casa pero no demasiado.

Parece dubitativa. Ella y Jonathan ya han ahorrado para el billete de avión y Heather tiene su ilusión puesta en España. Hacerla desistir de tan gran decisión requiere mucho tacto y persuasión, pero Heather escucha, nos escucha a todas, siempre lo hace, es una mujer inteligente y le interesa conocer la opinión de todo el mundo.

Durante las últimas semanas se me había ocurrido llevar a Heather a Fota Island, que está en la bahía de Cork y alberga la única reserva natural de Irlanda. Le propongo ese destino porque no se me ocurre ningún otro ahora mismo. Se convence de inmediato. España queda olvidada. A Jonathan le encantan los animales. Le encantan los trenes, es un plan perfecto. No puedo evitar entristecerme porque el lugar al que tantas ganas tenía de llevarla lo compartiré con otra persona.

—Bien —digo, y respiro profundamente—. Las habitaciones.

Me doy cuenta de que a Heather le incomoda esta cuestión, de modo que tomo las riendas.

—Las opciones son: dos dormitorios o un dormitorio con dos camas individuales. O... —No soy capaz de decirlo. Jonathan y Heather son dos personas con deseos y pasiones como los de todos los demás, pero me siento como una madre sobreprotectora cuya hija le ha anunciado que le gustan los chicos. Tomo aire y me obligo a decirlo—: O una cama doble en una habitación, aunque Jonathan a lo mejor duerme en diagonal, ¿quién sabe? —agrego en broma—. Quizás ocupe toda la cama y podrías caerte al suelo en plena noche.

Heather se ríe.

—O quizá ronca —dice Jamie—. Así.

Imita los ronquidos de un cerdo y todas nos echamos a reír.

—O quizá le huelen muy mal los pies —dice Leilah, pellizcándose la nariz.

—Jonathan no huele —dice Heather, haciendo un mohín con los brazos en jarras.

—Oooh, Jonathan es tan perfecto —bromeo.

—¡Jasmine! —chilla Heather, y todas reímos.

La risa decae y la sala se sume en el silencio, a la espera de su decisión.

—Habitaciones separadas —dice en voz baja, y enseguida pasamos al punto siguiente. Mientras Jamie habla sobre la logística para llegar allí, le guiño el ojo a Heather, que sonrío con timidez.

No es la primera vez que Heather se marchará fuera: ya ha viajado con grupos de amigos, pero siempre con su asistente de apoyo u otro adulto que yo conociera. Esta es su primera vez sola, con un hombre, y tengo que combatir la tensión en la boca del estómago, el nudo en la garganta y las lágrimas que me asoman a los ojos.

Pasamos a tratar el asunto siguiente, que es que, si bien está muy agradecida por los tres empleos que tiene durante la semana, su principal afición es la música y ninguno de los tres cubre ese aspecto. Le encantaría trabajar en una emisora de radio o en un estudio de grabación, y cuenta a todo el grupo la conversación que ha

mantenido con Matt Marshall. Todas comentan la maravillosa coincidencia de que lo haya conocido precisamente el día que quería hablar de esto.

—Jasmine, ¿qué te parece si invitamos a Matt Marshall a la próxima reunión para valorar las posibilidades? —sugiere Jamie.

Heather está que no cabe de gozo ante tal perspectiva.

Me gusta que estas reuniones siempre sean positivas, de modo que hago acopio de todo el ánimo que puedo.

—Tal vez podríamos planearlo para la próxima vez. Quizás. A lo mejor. Después de que haya hablado con él y vea si puede hacer algo. Si tiene tiempo, aunque en este momento está sin trabajar por motivos personales. De modo que... sí. A lo mejor —digo finalmente.

Leilah me mira con recelo. Doy las gracias al cielo cuando pasamos al tema siguiente.

Cuando termina la reunión cierro la puerta con pesadumbre y subo a mi dormitorio. No estoy celosa de mi hermana, nunca lo he estado. Siempre he querido que tuviera una vida mejor, aun sabiendo que está contenta con la que tiene. Hoy, sin embargo, se me ha ocurrido por primera vez que siempre ha sabido qué dirección quería que siguiera su vida, siempre ha contado con un equipo para ayudarla, aconsejarla, orientarla. Siempre le han allanado el camino. Y a mí no. Yo soy la que de pronto no tiene ni la más remota idea de lo que está haciendo, soy yo quien no tiene ninguna PAME que seguir. Cuando me doy cuenta es como si me cayera encima una tonelada de ladrillos y me falta el aire. No podría contar a nadie mis sueños si me preguntaran ahora mismo, como tampoco mis esperanzas y deseos. Si me pidieran que pusiera un plan en acción, no sabría por dónde empezar.

Me siento absolutamente perdida.

PRIMAVERA

*La estación intermedia entre el invierno y el verano, que en el hemisferio norte comprende los meses de marzo, abril y mayo.
Temporada de florecimiento y desarrollo.*

Toda mi vida he obedecido y respetado las señales. Cuando conduzco por una urbanización donde hay señales que advierten de la presencia de niños jugando, las respeto y aminoro la marcha. Cuando veo una señal que advierte de la presencia de renos mientras conduzco a través de Phoenix Park, sé que debo estar alerta por si aparece uno detrás de un árbol y cruza disparado la carretera. Siempre me detengo en las señales de stop, cedo el paso cuando tengo que cederlo. Confío en las señales. Considero que son exactas, salvo cuando es obvio que un vándalo ha girado una señal para que apunte hacia una dirección equivocada. Creo que las señales están de mi parte. Por eso me confunde la gente que dice que cree en las señales, como si fuese algo esclarecedor y extraordinario, pues ¿qué significa creer en algo que te encamina hacia algún sitio o que te ordena hacer algo? ¿Qué significa no creer en algo físico? Es como decir creo en la leche. Claro que crees en la leche, es leche. Me parece que casi todas las personas que dicen creer en las señales en realidad quieren decir que creen en los símbolos.

Los símbolos son algo visible que representa algo invisible. Un símbolo se emplea de manera abstracta. Una paloma es un pájaro, pero también es un símbolo de paz. Un apretón de manos es un acto, pero también es un símbolo de cordialidad. Los símbolos representan cosas por asociación. Los símbolos a menudo nos obligan a descifrar qué es la cosa invisible puesto que no siempre es evidente. Mientras corro por la bahía de Dublín hacia mi casa el 1 de marzo, veo un arcoíris precioso que desde lejos parece caer directamente encima de mi casa, atravesando el tejado hasta mi hogar, o aterrizando en el jardín trasero. Esto no es una señal. No me está ordenando que haga algo. Es un símbolo. Como lo eran las campanillas de invierno que luchaban por crecer y alejarse del suelo en enero y febrero, codo con codo, bonitas y tímidas, como si tal cosa, como si hacer lo que habían hecho, conseguir lo que habían conseguido contra los elementos no fuese una proeza. Hacían que pareciera fácil.

Monday O'Hara es otro ejemplo. Que apareciera en mi vida, que me ofreciera un puesto de trabajo, que me buscara porque piensa que valgo también representa algo invisible. Pienso en él a menudo, no solo por lo guapo que es, sino por lo que representa. Hemos hablado dos veces por teléfono desde que nos conocimos y nunca tengo ganas de colgar. O está muy entregado a su trabajo y por eso me dedica tanto tiempo, o tampoco tiene ganas de colgar. El mes que me concedió para pensar en el empleo ya ha transcurrido. Tengo muchas ganas de verlo otra vez.

El arcoíris encima de mi casa, las campanillas de invierno, la alfombra de azafranes en el jardín lateral de los Malone y Monday O'Hara son símbolos para mí. Son cosas visibles que representan algo invisible: esperanza.

Comienzo la jornada poniendo orden. La casa no tarda en estar tan desordenada que me doy cuenta de que necesito un contenedor, cosa que tengo pero que ahora

mismo está en la rampa de acceso, llena de carísimas losas que atraen a una sucesión de tipos poco de fiar que no paran de llamar a la puerta para preguntar si quiero que me ayuden a deshacerme de ellas. De modo que para llenarlo de los cachivaches de dentro de casa antes tengo que vaciarlo de losas, pero una vez que haya sacado las losas tendré que dejarlas en alguna parte. Es entonces cuando recuerdo la rocalla que me sugeriste. Aunque me molesta seguir tu consejo (y, peor aún, que me veas seguir tu consejo, habida cuenta de que el contenedor está delante de mi casa, directamente a la vista desde tu casa), entiendo que debe hacerse. Es demasiado tarde para pedir al jardinero que me ayude. Cuando se presentó después de la tormenta, esperando encontrar el montón de tepes destruido por la lluvia y el viento y, en cambio, descubrió mi no muy bien colocado césped en el jardín delantero, le dije que haría el resto del jardín por mi cuenta. Terminar lo que empecé, por así decir. Tampoco es que vaya a dar a Larry la satisfacción de saber que su comentario me ha incitado a hacer algo por mi cuenta.

Olvido la casa que he dejado más revuelta y desordenada en mi empeño por poner orden y me centro en el jardín. Voy a arreglar este jardín como es debido y esto requiere toda mi atención. Hago una lista y me voy al centro de jardinería para comprar lo que necesito. Estoy centrada. Estoy enfrascada en el jardín. Recibo dos mensajes de texto de sendas amigas que me proponen ir a tomar un café, pero cuando estoy a punto de decir que sí al primero —algo que me he acostumbrado a hacer automáticamente por no perder la oportunidad de tener compañía antes del mediodía de un día entre semana—, me doy cuenta de que en realidad estoy ocupada. Tengo mucho trabajo que hacer antes de que llegue la tormenta que se avecina. El segundo mensaje es fácil de enviar: estoy ocupada. Muy ocupada. Y me hace sentir bien.

Hoy es un día ideal para trabajar en el jardín porque la tierra está seca. Tras darme cuenta de que mis losas «Arenisca India Natural» no darán el aspecto áspero que imagino para mi rocalla, he dispuesto que me llevaran a casa la piedra natural más idónea. Puntual como un reloj, el servicial muchacho del centro de jardinería que me ha ido ilustrando en cada una de mis visitas aparca su coche y el remolque que arrastra con las rocas. Se fija en mis losas de arenisca.

—Es una lástima desperdiciarlas —dice.

Nos quedamos mirando las losas con los brazos en jarras.

—Podría hacer un camino de piedras —agrega finalmente—. Como el de su vecino.

Ambos nos volvemos hacia el jardín impecable de los Malone y vemos las losas en forma de corazón que conducen a una casita de cuento de hadas. Eddie no fue exactamente cuidadoso con el martillo neumático, de modo que mis losas tienen formas irregulares. Así parecen más naturales y me gustan bastante más. El joven del centro de jardinería se marcha, dejando que me entretenga colocando las losas de arenisca sobre mi césped nuevo. Improvisado, usando el mango del rastrillo para decidir a qué profundidad colocar las losas. Después mido mi zancada y sitúo las losas de

manera que pise una a cada paso. Pongo la media luna junto al borde y la piso para cortar completamente las raíces del césped. Hago una silueta de la losa y después arranco el tepe resultante. Cavo hasta una profundidad igual al grosor de la losa y después repito la misma operación para las diez losas que conducen desde mi casa hacia el lugar donde estará la rocalla. Mezclo polvo de piedra con agua en mi carretilla nueva hasta que adquiere la consistencia de la masa para bizcocho. Echo cinco centímetros de mezcla en cada agujero para impedir que las losas se muevan o se hundan y después pongo cada losa en su sitio y la golpeo con un mazo de goma. Uso un nivel para nivelar cada losa. Todo esto me lleva cierto tiempo.

Hacia las seis de la tarde ha oscurecido y estoy sudorosa, hambrienta, dolorida, cansada... y más satisfecha de cuanto recuerdo haberlo estado alguna vez. He perdido la noción del tiempo por completo, aunque en algunas fases era consciente de que el señor Malone estaba podando sus rosales y recortando sus setos mientras me decía con su acostumbrada jovialidad que tendría que haber podado en enero o febrero pero que no pudo, estando Elsa tan enferma.

Cuando por la noche me desplomo en la cama, relajándome entre sábanas limpias que huelen a suavizante «brisa veraniega», me doy cuenta de que ha transcurrido un día entero sin que me detuviera a pensar un solo momento en mis problemas actuales. He tenido la mente puesta en la tarea que me ocupaba. Quizá sean genes que he heredado de mi abuelo, o quizá sea porque soy irlandesa, hija de esta tierra, por lo que esta compulsión de cavar y el cavar en sí mismo me insuflan vida. Quizás haya entrado en mi jardín sumamente tensa, pero en cuanto he comenzado a trabajar, la tensión ha desaparecido por completo.

Cuando tenía siete años mi madre me compró mi primera bicicleta, una Purple Heather, con una canasta blanca y violeta en el manillar y un timbre que me encantaba tocar incluso cuando estaba sentada en la hierba con la bicicleta en el suelo. Me encantaba su sonido, era como si fuese la voz de mi bicicleta. Le hacía una pregunta y me contestaba con un *riiing*. Me pasaba el día entero yendo en bici por la calle, dando vueltas, subiendo y bajando de las aceras, deprisa, despacio, derrapando, casi como si fuese una patinadora sobre hielo haciendo piruetas ante el público, con los jueces levantando números en alto y todo el mundo me vitorease. Apuraba la tarde, cenaba tan deprisa que la comida se me atoraba dolorosamente en el pecho antes de salir corriendo otra vez en busca de la bici. Por la noche lloraba al tener que dejarla. La aparcaba en el jardín delantero y la observaba, sola allí fuera, mientras me aguardaba para correr nuevas aventuras. Ahora me siento de nuevo como aquella niña, mirando por la ventana mi jardín en sombras, sabiendo exactamente qué irá dónde, imaginando cada elemento, cómo puedo moldearlo y cuidarlo, todas las posibilidades.

Estoy teniendo un sueño delicioso sobre Monday O'Hara. Escucha, sin salir de su asombro, todas las cosas que he hecho en mi jardín, que ya no es mi jardín, sino los jardines de Powerscourt en Wicklow. No hago caso a sus cumplidos y le digo que soy

una campanilla de invierno y que eso es lo que hacen las campanillas de invierno, nada del otro mundo, somos duras, nos abrimos paso a través del suelo, como puños que se alzan en señal de victoria. Las cosas comienzan a ponerse sabrosas cuando el sonido de *Paradise City* se entromete en mi sueño, sonando a todo volumen desde un equipo Tannoy fijado en el techo de la camioneta del encargado mientras intenta desalojar los jardines para cerrarlos, cosa que lleva a Monday a darse cuenta de que soy una farsante, que los jardines que le he mostrado no son míos para nada, que soy una mentirosa. Entonces el encargado baja la ventanilla ahumada de la furgoneta y resulta que eres tú. Me estás mirando y sonriendo, una sonrisa que crece y se convierte en una risa que suena cada vez más alto mientras la música retumba. De repente me despierto y oigo que todavía suena *Paradise City*. Cierro los ojos apretándolos, con la esperanza de regresar a mi sueño con Monday, retomarlo donde lo hemos dejado antes de que el encargado lo arruinara, pero cuando me duermo me encuentro en un sueño diferente, con Kevin sentado en la hierba, haciendo cadenas de margaritas. Todos los que nos rodean van vestidos de negro y él habla y se comporta como si volviera a tener diez años pese a que tiene el aspecto del hombre al que vi en Starbucks, y cuando va a ponerme la cadena de margaritas en la muñeca, descubro que en realidad está hecha de rosas y las espinas me cortan la piel.

Me despierto y oigo voces en la calle. Me levanto de la cama trabajosamente, desorientada, y miro por la ventana. Estás sentado a la mesa de tu jardín delantero con el doctor Jameson. Ahora la mesa está tan desgastada que la madera se astilla y desconcha. Necesita tratamiento; por qué tendría que ocurrírseme esto es más importante que la confusión de ver al doctor Jameson sentado contigo a la intemperie a las tres y diez de la madrugada. El doctor Jameson está sentado de cara a mi casa. Tú ocupas la cabecera de la mesa como siempre. Hay una colección de latas encima de la mesa y te bebes una, con la cara paralela al cielo mientras la apuras hasta la última gota. Cuando terminas, estrujas la lata y la tiras contra un árbol. Fallas, y acto seguido coges una lata llena y la arrojas enojado contra el árbol. Das en el blanco y mana espuma de cerveza de la lata reventada.

El doctor Jameson hace una pausa para ver dónde ha aterrizado y después sigue hablando. Estoy confundida. Tal vez ha perdido la llave de tu casa y ambos sois demasiado educados para molestarme pidiendo mi juego. Aunque me parece hartamente improbable. Eructas tan fuerte que parece que el ruido rebote en la pared del fondo de la calle haciendo eco. Por más que lo intento, no entiendo qué dice el doctor Jameson, y me quedo dormida escuchando el tranquilizante soniquete de su amable tono de voz.

Esta vez sueño con una conversación con mi abuelo Adalbert. Aunque soy adulta, vuelvo a sentirme como una niña. Estamos en su jardín trasero y me enseña a sembrar semillas. Bajo su atenta mirada, esparzo semillas de girasol, las cubro de tierra y las riego. Me habla como si todavía fuese una chiquilla. Me muestra cómo poda su jazmín de invierno, diciéndome que puede podarse cuando las flores se han

marchitado por completo. Me muestra cómo poda cualquier rama muerta o lastimada para alargar las guías de la planta, y luego recorta todos los brotes laterales hasta pocos centímetros de los tallos principales. Esto dará vigor a los nuevos retoños que florecerán el invierno que viene.

—Habrá un montón de brotes nuevos, Jasmine —dice, abonando y cubriendo el suelo con mantillo.

—Esto no es una señal, abuelo —le digo con la voz infantil que finjo tener porque no quiero herir sus sentimientos recordándole que ahora soy adulta. Podría hacer que se diera cuenta de que lleva mucho tiempo muerto, y eso lo entristecería—. Esto no me dice qué dirección tomar —agrego, pero está de espaldas a mí mientras sigue trabajando.

—¿De veras? —pregunta, hablando como si yo balbuciera y no me entendiera bien.

—Sí, abuelo. El jazmín está podado y ahora está listo, listo para crecer, pero esto no es una señal, es un símbolo.

Entonces da media vuelta y aunque sé que estoy soñando, estoy segura de que es él, de que es verdaderamente él. Sonríe, se le arruga el rostro, sus ojos casi se cierran cuando sube las mejillas al sonreír tan campechano como siempre.

—Esta es mi Jasmine —dice.

Me despierto con una lágrima resbalándome por la mejilla.

Es sábado y tan pronto como abro los ojos a la luz dorada que inunda mi habitación salto de la cama, me pongo un chándal y salgo corriendo al jardín, como el chico de *The Snowman* que apenas puede contenerse de tantas ganas que tiene de ver a su nuevo amigo. Por supuesto, en mi caso no se trata de un muñeco de nieve, sino de un montón de piedras que tengo que colocar en la pendiente de mi jardín.

Mientras estoy fuera mirando las piedras, llega Amy con los niños. Bajan del coche y, lentos y tristes, se separan de ella cansinamente. Abres la puerta principal, pero se larga antes de que llegues a la acera para saludarla. Te quedas mirando cómo se aleja. No es una buena señal. Los niños te abrazan, excepto Fionn, que sigue arrastrando los pies por la rampa hasta que entra en la casa.

Finalmente hay silencio y eso me gusta, solo que no dura mucho rato. El señor Malone vuelve a estar en su jardín y oigo cómo friega sus losas.

—No hay que limpiarlas con agua a presión —dice al reparar en que lo estoy observando. Está de rodillas, fregando las losas a mano—. Destroza el aspecto de la piedra. Tengo que mantener esto bien cuidado para cuando venga Elsa. Regresa mañana.

—Me alegra oírlo, Jimmy.

—No será lo mismo —dice, poniéndose trabajosamente de pie y caminando para reunirse conmigo en el linde de nuestros jardines, donde terminan su césped y sus arbustos y empieza el enlosado donde aparco el coche.

—¿Sin ella?

—Con ella, sin ella. No es la misma. El derrame... —Asiente para sí mismo, como si terminara la frase mentalmente y estuviera de acuerdo con ella—. No es la misma. Aun así, *Marjorie* se alegrará de verla. También limpiaré dentro, aunque no sé si se dará mucha cuenta.

Mi compromiso de dar de comer a *Marjorie* terminó en cuanto el doctor Jameson regresó de sus vacaciones, pero tuve ocasión de reparar en que Jimmy no se ha estado apañando muy bien sin su esposa. En el fregadero de la cocina había un montón de platos sucios y el frigorífico emanaba un olor nauseabundo. No era muy fuerte ni ofensivo, pero fregué los platos y tiré a la basura las verduras mohosas y la leche que se había agriado en el frigorífico, por lo demás vacío. Está tan acostumbrado a que lo cuiden en casa que no se fijó, o al menos no lo comentó. Aun así, una vez que el doctor Jameson retomó su práctico papel de buen vecino, dudé que sus deberes incluyeran el fregar los platos. Aunque anoche sus deberes para contigo, si eso es lo que eran, se prolongaron hasta las tres y media. De qué estuvisteis hablando hasta entonces —tú borracho como una cuba, cantando y gritando, y el doctor Jameson con su chaqueta North Face y su bronceado— sigue siendo un misterio para mí.

Guardo un respetuoso silencio, aunque me consta que no está esperando una respuesta. Después pregunto:

—Jimmy, ¿cuál es la mejor época para plantar un árbol?

De pronto, sale de su ensimismamiento sensiblero, espabilándose al oír la pregunta.

—La mejor época para plantar un árbol, ¿eh?

Asiento, y de inmediato me arrepiento de haberlo preguntado. Probablemente me aguarda una respuesta interminable.

—Ayer —dice, y entonces se ríe por lo bajo, con la mirada todavía triste—. Como todo lo demás. Como eso no es posible, ahora.

Dicho esto, vuelve a irse para seguir limpiando sus losas.

Tu puerta se abre y sale Fionn, vestido de negro de la cabeza a los pies, con la capucha tapándole casi toda la cara, pero los granos de adolescente y las pecas contradicen su elección de atuendo. Viene derecho hacia mí.

—Papá me ha dicho que te ayude —dice.

—Oh. —No sé bien cómo reaccionar—. Yo, esto, no necesito ayuda. Ya me las arreglo, de verdad. Pero gracias de todos modos.

Me gusta la paz que conlleva trabajar a solas. No quiero tener que charlar de trivialidades ni explicar qué es lo que quiero hacer. Preferiría seguir haciéndolo a mi manera.

Mira fijamente las piedras con anhelo.

—Parecen pesadas.

Desde luego, parecen pesadas. Me recuerdo a mí misma que no necesito ayuda, nunca pido ayuda. Prefiero hacer las cosas yo misma.

—No quiero volver a casa —dice en voz tan baja que cuando lo miro observando las piedras es como si no hubiese hablado y me cuestiono si realmente lo he oído. ¿Cómo puedo decirle que no, después de esto? Y me pregunto de quién ha sido la idea de venir a ayudarme. Dudo que fuese tuya.

—Empecemos por esta —digo—. Quiero ponerla allí.

Tener a Fionn conmigo me hace ir más deprisa, me hace tomar decisiones menos meditadas de lo que habrían sido de haber estado sola. Al principio me esfuerzo en encontrar cosas que decirle —cosas guais, cosas ingeniosas, cosas de jóvenes—, pero al cabo de un rato, viendo que insiste en sus respuestas monosilábicas, me doy cuenta de que tiene tan pocas ganas de charlar como yo. De modo que trabajamos en silencio, comenzando por la parte baja de la pendiente, y la única comunicación son palabras ocasionales para mover una piedra hacia la derecha o hacia la izquierda, ese tipo de cosas. A medida que pasan las horas comienza a hacer sugerencias sobre dónde situar algunas cosas.

Finalmente nos apartamos, sudorosos y jadeantes, y examinamos las piedras. Contentos con su ubicación, nos ponemos a incrustar a conciencia cada piedra para que quede bien sujeta en su sitio, dejando al menos la mitad de la piedra enterrada. Mezclamos tierra abonada y arena para asegurarnos de que las piedras no se muevan. En el siguiente nivel colocamos las piedras más pequeñas, dejando muchos huecos

para las plantas. Tras terminar cada hilera nos apartamos y echamos un vistazo al resultado desde distintos puntos.

Fionn está callado.

—Tendrá mejor aspecto con las plantas y las flores —digo un poco cohibida, protectora de mi obra.

—Claro —dice en un tono que no logro interpretar. Su voz es monótona, inexpresiva, parece que le importe y que no le importe al mismo tiempo.

—Estoy pensando en instalar una fuente —digo. Lo he investigado y estoy entusiasmada porque he encontrado un vídeo que muestra cómo construir una fuente en ocho horas. Todavía me entusiasma más ver que puedo usar mis losas de arenisca india para construirla.

Ambos guardamos silencio mientras inspeccionamos el jardín en busca de un buen emplazamiento.

—Podrías ponerla aquí —dice Fionn.

—Tenía pensado ponerla más hacia allá.

Se queda un momento callado y después pregunta:

—¿Dónde está el enchufe más cercano?

Encojo los hombros.

—Lo vas a necesitar para la bomba. Mira, tienes luces. —Se pone a deambular por el jardín, buscando la fuente de electricidad de mis luces de jardín—. Aquí. Sería mejor ponerla cerca de aquí.

—Ya —digo, con una voz tan flemática como la suya; no lo hago adrede, pero es adictivo. Es mucho más fácil no esforzarse, puedo entender por qué habla así—. Voy a poner un caño en medio de las piedras; así, mira. —Apilo las piedras para mostrárselo—. El agua saldrá por el medio.

—¿Como explotando?

—No, como... borboteando.

Asiente una vez, poco convencido.

—¿Vas a hacerlo ahora?

—Mañana.

Parece decepcionado, aunque es difícil estar segura habida cuenta de su constante deriva entre la despreocupación y la amargura. No lo invito a regresar mañana. No me ha importunado su compañía, pero prefiero hacer esto yo sola, sobre todo porque no sé lo que estoy haciendo. Quiero encontrar mi camino por mi cuenta sin tener que discutirlo ni explicarlo. Aunque tampoco es que Fionn dé mucho pie a discutir.

—¿Vas a usarlas todas?

—La mitad.

—¿Puedo quedarme la otra mitad?

—¿Para qué?

Se encoge de hombros, pero está claro que tiene algo en mente.

—Para romperlas.

—Vaya.

—¿Me prestas esto? —pregunta, señalando mi mazo de goma.

Es la primera vez que lo veo tan esperanzado.

—De acuerdo —digo, un tanto vacilante.

Carga las losas en la carretilla y cruza la calle con ella hacia tu mesa. Luego regresa a por más. Mientras está haciendo esto sales a ver qué hace. De hecho, le preguntas qué está haciendo, pero te ignora y regresa a mi jardín para cargar más losas. Te quedas observándolo un momento y después lo sigues.

—Hola —dices, subiendo por la rampa hacia mí con las manos metidas en los bolsillos. Miras la rocalla—. Ha quedado muy bien.

—Gracias. Maldita sea —espeto de pronto, al ver que mi primo Kevin dobla la esquina de la calle, caminando tan pancho, mirando a izquierda y derecha en busca de mi casa—. No estoy aquí —digo, lo suelto todo y salgo disparada hacia mi casa.

—¿Cómo dices?

—No estoy aquí —repito, señalando a Kevin mientras cierro la puerta. Dejo una rendija abierta, quiero oír lo que dirá.

Kevin sube tan tranquilo por la rampa.

—Hola —os dice a ti y a Fionn, que está cargando losas en la carretilla con mucho cuidado pese a que aparentemente tiene intención de romperlas.

—Hola, ¿qué hay? —contestas. Suenas más como un *disc jockey* cuando no puedo verte, como si tuvieras una voz telefónica reservada para los desconocidos. Voy hasta la ventana y me asomo por encima del alféizar. Kevin tiene una pinta sacerdotal, tieso como un palo de escoba, pantalones de pana marrón, gabardina. Todo es preciso, pulcro, en tonos tierra. Me lo imagino calzando sandalias en verano.

—Jasmine no está en casa —dices.

—Vaya. —Kevin mira hacia la casa y me agacho—. Es una lástima. ¿Está seguro? Parece que... Bueno, la puerta está abierta.

Por un momento temo que vaya a venir en mi busca, como cuando éramos niños y no quería que Kevin me encontrara de ninguna de las maneras. Aquel juego en el que quien te encuentra tiene que esconderse contigo y los dos aguardáis a que los demás os encuentren. Kevin siempre se las arreglaba para encontrarme el primero y arribaba su cuerpo al mío, apretujándose en el pequeño escondite de tal manera que notaba su aliento en el cogote y su corazón latiendo en mi piel. Incluso de niños me violentaba.

Te has quedado callado. Me sorprende que no se te ocurra una mentira. No es que tenga prueba alguna de que seas mentiroso, pero a veces tengo tan pobre opinión de ti que he supuesto que te sería innato. Es Fionn quien acude en mi auxilio.

—La ha dejado abierta para nosotros. Somos sus jardineros —dice, y la impasibilidad y la despreocupación hacen que resulte enteramente creíble. Lo miras con lo que parece ser admiración.

—Qué mala suerte. De acuerdo, probaré a encontrarla en su móvil —dice Kevin,

comenzando a marcharse—. Por si no la encontrara, ¿pueden decirle que ha venido Kevin? Kevin —repite.

—Kevin, muy bien —dices, claramente incómodo de verte en esta situación.

—Claro, Kieran —dice Fionn, enfilando el sendero con la carretilla.

—No, Kevin —insiste, con cordialidad pero un tanto preocupado.

—Entendido —contestas, y Kevin se marcha sin prisas por donde ha venido, volviendo la mirada hacia la casa cada dos por tres para asegurarse de que no salgo de repente. Ni siquiera cuando se pierde de vista me siento segura.

—Se ha ido —dices, y llamas a la puerta con los nudillos.

Abro la puerta despacio y me deslizo a tu lado, confiando en que me tapes en caso de que regrese.

—Gracias.

—¿Novio?

—Dios, no. Quiere serlo.

—Y tú no.

—No.

—Parece buen tío.

Tengo que darle una colleja a esta charla tan franca de inmediato. No quiero hablar de mi vida amorosa contigo.

—Es mi primo —espeto, confiando en poner fin a la conversación sobre Kevin.

Abres los ojos como platos.

—¡Jesús!

—Lo adoptaron.

—Ah.

—Aun así —digo en mi defensa. Siempre me ha repugnado y me repugnaré.

Silencio.

—Tengo una prima: Eileen —dices de pronto—. Tenía un par de tetas inmensas, incluso cuando éramos niños. Lo único que recuerdo cuando pienso en ella son... —Pones las manos abiertas encima de tus pectorales y agarras dos grandes jarras de aire—. Siempre estuve chiflado por ella. La llamábamos Tetas Migas porque todo le caía justo ahí, ¿sabes? ¿Como un estante?

Ambos miramos a Fionn mientras hablas, no nos miramos el uno al otro. Estamos de espaldas a la pared de mi casa, de cara a la calle.

—Ahora tiene varios hijos. Las tiene más bien por aquí, actualmente... —Bajas las manos de modo que los pechos imaginarios queden a la altura de tu cintura—. Pero si mañana me dijera que es adoptada... Lo haría, ¿sabes?

—Matt —suspiro.

Te miro y veo esa mirada pícara en tu semblante. Niego con la cabeza. Tanto si tu relato es verdad como si no, me estás toreando adrede. No pico el anzuelo.

—Tu hermana...

—Tiene síndrome de Down —me adelanto, y cruzo los brazos, lista para pelear.

Siempre lista: ¿qué has dicho sobre mi hermana? La causa de casi todas mis peleas en la adolescencia. Hay cosas que nunca cambian.

Pareces desconcertado y relajo un poco mi postura.

—Iba a decir que tu hermana es una gran fan de la música.

Entorno los ojos con recelo y saco la conclusión de que eres sincero.

—Oh. —Pausa—. Sí. Lo es.

—Seguramente sabe más que yo.

—Eso es pan comido.

Sonríes.

—He organizado algo para la semana que viene. Una visita a la emisora. ¿Crees que le interesará? Pensé que a lo mejor sí; lo he hecho para otras personas, pero nunca para alguien como ella, que me parece que realmente lo apreciará, que le sacará el máximo provecho. ¿Qué opinas?

Te miro, impresionada, y me las arreglo para asentir.

—Bien. Espero que sea correcto preguntarlo, pero es que quiero saber cuál es la manera apropiada de proceder. ¿La llevo yo a la emisora o prefieres acompañarla tú? ¿O irá por su cuenta?

Sigo mirándote sin salir de mi asombro. No te reconozco. No alcanzo a comprender que hayas organizado una visita para mi hermana y que seas tan considerado de preocuparte por la logística.

—¿Has organizado una visita para Heather?

Te quedas perplejo.

—Dije que lo haría. ¿Algún problema? ¿Debería cancelarla?

—No, no —digo enseguida—. Se pondrá muy contenta. —Elijo con cuidado las palabras siguientes—. Toma el autobús por su cuenta —digo, de nuevo a la defensiva—. Es perfectamente capaz de hacerlo, ¿sabes?

—Bien.

Tus ojos me examinan, y eso me saca de quicio.

—Pero podría llevarla yo —digo—. Si no hay inconveniente.

—Por supuesto. —Sonríes—. Eres una hermana mayor muy protectora.

—Pequeña —respondo. Frunces el ceño—. Es mayor que yo.

Caes en la cuenta, pones esa cara tan tuya de comprender. Pero es sarcástica.

—Tiene todo el sentido. Es más madura.

Una sonrisa me hace cosquillas en la comisura de los labios, pero me niego a sonreír. Aparto la vista hacia Fionn. Tú sigues mi mirada. Vemos que Fionn coge el mazo.

—¿Seguro que no te importa que haga eso? —preguntas.

—¿Te importa a ti?

—No son mis losas.

—Una esquirra podría darle en el ojo —digo.

Silencio.

—Podría cortarle el brazo. Alcanzar una arteria.

Sales disparado hacia él, cruzando la calle.

No sé qué le dices a tu hijo, pero no has manejado bien la situación. Antes de que termines tu frase, Fionn está haciendo añicos mis carísimas losas de arenisca encima de tu mesa de jardín. Das un salto para atrás para que los fragmentos no te alcancen. Es como si para él no estuvieras presente.

Durante veinte minutos lo hace todo añicos, con las mejillas coloradas por el esfuerzo, torciendo el gesto con enojo. Tu hija, la rubita que va a todas partes bailando en lugar de caminar, lo observa desde el interior del jeep, que es lo más cerca que la dejas ir, y tú te quedas plantado en la puerta de la casa, con los brazos cruzados, observando con menos vergüenza que preocupación cómo aporrea mis losas. Cuando termina, inspecciona su trabajo con los brazos caídos y desgarrados y libres de toda tensión. Entonces levanta la vista y mira en derredor, súbitamente consciente de dónde está y de que hay personas mirándolo, como si saliera de un coma. Vuelve a ponerse tenso, se cubre de nuevo con la capucha, la tortuga desaparece en su caparazón. Suelta el mazo en la carretilla y la empuja a través de la calle hacia mí.

—Gracias —masculla, antes de marcharse otra vez arrastrando los pies, con la cabeza gacha cuando pasa junto a su familia y te aparta de un empujón para entrar en la casa. Desde el otro lado de la calle oigo un portazo en el piso de arriba.

Me hace pensar que debería llamar a mi padre.

Debería, pero no lo hago. Unos pocos meses de baja por jardinería me han llevado a comprender que di un portazo hace mucho tiempo. No sé cuándo ocurrió —cuándo di el portazo y en qué momento me di cuenta—, pero ahora me resulta evidente y todavía no estoy dispuesta a salir de mi habitación.

Me despierto en mitad de la noche y oigo las mismas voces que la brisa trae hasta mi casa, como si la brisa fuese una mensajera que transporta las palabras expresamente para mí. En cuanto abro los ojos me doy cuenta de que estoy totalmente despierta y que no podré conciliar el sueño otra vez. Y eso que estoy agotada, completa y absolutamente rendida. Mi trabajo de ayer en el jardín me dejó tan deslomada que noto las consecuencias cada vez que me muevo, pero es un dolor grato. No es el dolor de cabeza que solía tener después de hablar demasiado rato por el móvil, el escozor de los ojos de mirar fijamente una pantalla de ordenador todo el día o los problemas en la parte baja de la espalda a causa de mi mala postura al sentarme al escritorio, encorvada sobre el teclado. No se asemeja a ninguno de esos, como tampoco se asemeja al dolor que siento después de hacer gimnasia tras una temporada sin hacer ejercicio. Esta sensación es tan absolutamente distinta y grata que casi me reanima. Pese a que estoy exhausta, mi mente está despierta. Es vigorizante, estimulante y en parte se debe a que mi alma se siente nutrida por la tierra, pero sobre todo se reduce al hecho de que no acierto a imaginar por qué el doctor Jameson ha vuelto a reunirse contigo en la mesa de tu jardín, sentado a la intemperie una noche tan fría hasta la una de la madrugada. ¿Qué es tan importante que no pueda discutirse durante el día? Todavía más desconcertante, ¿qué demonios podéis tener vosotros dos en común? Vosotros dos sois los candidatos con menos probabilidades de establecer una alianza entre los vecinos de nuestra calle, tal vez menos que tú y yo, y eso no es decir poco. Finalmente razono que tú eres un pendón y el doctor Jameson un hombre dado a limpiarlo todo, a arreglar cosas. Debes estar incluido en su empeño por vigilar el vecindario; tal vez te considera una amenaza en potencia para los vecinos de esta calle, habida cuenta de tu manía de romper farolas, ventanas y puertas de garaje.

Me destapo y admito la derrota. Me habéis embaucado.

Cruzo la calle con mis botas Ugg y mi anorak Puffa, llevando un termo de té y tazones.

—Ah, aquí está la mujer en cuestión —anuncia el doctor Jameson, como si hubieseis estado hablando de mí.

Me miras con cara de sueño, borracho como de costumbre.

—¿Ve? Lo que le decía, nunca se cansa de mí —dices secamente pero con tibieza.

—Hola, doctor Jameson. ¿Té?

—Gracias.

Sus ojos cansados chispean a la luz de la luna, es la segunda noche seguida que se acuesta después de medianoche.

Ni siquiera me molesto en ofrecerte té. Sostienes en la mano un vaso de whisky, y la botella está medio vacía encima de la mesa. No sé cuántos has tomado. Dos o tres, tal vez, al menos de esta botella. Un fuerte olor a whisky flota en el aire, pero podría

emanar de la botella abierta y no de tu aliento. Esta noche irradian una energía diferente, pareces derrotado, sin ánimo de presentar batalla. Aunque eso no te impide buscarme las cosquillas, lo haces con menos vigor que de costumbre.

—Bonito pijama —dices.

—No es un pijama. —Pongo cuidado en comprobar que no haya trozos de piedra en la silla, pues sigue habiendo bastantes esparcidos por ahí pese a que Fionn barriera ayer por la tarde, obviamente contra su voluntad, a juzgar por el ruido que hacía la escoba al golpear el pavimento—. Es un pantalón de andar por casa —contesto, y sueltas un resoplido.

Me siento frente a ti en la otra cabecera de la mesa y agarro el tazón de té con las palmas de las manos para no coger frío.

—Ahora la reunión de locos de atar está al completo —dices—. ¿Ya es hora de llorar?

Eso me duele, pero no pico el anzuelo.

—Me temo que nuestro amigo es un mercader de bromas —dice el doctor Jameson con jovial complicidad—. Yo no le haría mucho caso.

—Para eso me pagan —replicas.

—Ya no.

Escruto tu semblante por encima del borde de mi tazón. A lo mejor estoy buscando pelea, no lo sé. Tenía el propósito de imitar tu tono de voz, pero no da resultado cuando lo intento. Me diriges una mirada glacial que me sorprende y sé que he metido el dedo en la llaga. Y me alegro.

Sonrío. Venganza.

—¿Qué ha pasado, Matt? ¿Bob no va a conseguirte trabajo? Pensaba que estabais así de unidos.

Cruzo los dedos tal como tú lo hiciste en su momento.

—Bob ha tenido un infarto —dices sombríamente—. Está en el hospital conectado a una máquina que mantiene sus constantes vitales. Dudamos que salga de esta.

Me siento fatal. Mi sonrisa se desvanece enseguida.

—Oh, Dios. Matt. Lo siento.

Balbuceo una disculpa, sintiéndome espantosa.

—A Bob lo han despedido —tercia el doctor Jameson—. Matt, por favor.

Te ríes por lo bajo, pero la tuya no es una risa alegre y me pone furiosa que me hayas rebajado a sentirme así por haberme disculpado contigo.

—Doctor Jota, esta mujer sube y baja más veces que una artista de *striptease* en una barra.

—Vamos, vamos —dice el doctor Jameson cauteloso.

No puedo debatir este hecho; el trozo del sube y baja, no el del *striptease*. Es cierto que me ocurre con él.

—O sea que han despedido a tu colega —digo, y bebo un trago de té, viéndome

de nuevo con ventaja—. Eso no pinta muy bien para la investigación de rutina sobre tu conducta, ¿verdad?

—No, en absoluto —respondes, mirándome fijamente.

—Salvo que vayan a contratar a otro amigo tuyo para que ocupe su puesto. Alguien que esté dispuesto a pasar por alto tu craso error de juicio. Una vez más.

Me lanzas una mirada peligrosa y apuras tu vaso de whisky. Debería interpretar las señales, pero no lo hago, o lo hago pero sigo adelante como si tal cosa. Antes pensaba que eras un hombre al borde del abismo, pero estabas perfectamente bien comparado con ahora. Quiero alargar la mano y empujarte. Creo que me resultará terapéutico.

—¡Ay, no! —digo con sarcasmo, descifrando tu mirada—. Han contratado a alguien a quien no le caes bien. Impresionante. Me pregunto dónde lo habrán encontrado.

—De hecho, es una mujer —aclaras el doctor Jameson—. Olivia Fry. Una inglesa. De una emisora que tiene mucho éxito en el Reino Unido, según creo.

—Una emisora espantosa —dices tú, frotándote la cara, obviamente estresado.

—¿No es admiradora tuya?

—No.

Vuelves a mirarme torvamente.

Bebo otro sorbo de té.

—Procura no ponerte tan triste, Jasmine.

Levanto las manos.

—¿Sabes una cosa, Matt? Puedo entender, por extraño que parezca, que pienses que lo que haces es por el bien común...

Intentas interrumpirme.

—Un momento, un momento —digo, levantando la voz.

—Chitón —dice el doctor Jameson—. Los Murphy.

Bajo la voz hasta un susurro, pero no desisto.

—Ahora bien, ¿lo de Nochevieja? ¿La mujer en el estudio? ¡Qué puñetas!

Un largo silencio. El doctor Jameson nos mira alternativamente a ti y a mí. Le pica la curiosidad por saber si tu respuesta será sincera.

—Estaba colocado —dices finalmente, pero no es una defensa, es una admisión. Miro sorprendida al doctor Jameson—. Antes del programa tomé mis pastillas para la ansiedad con alcohol por error.

—Y no deberías hacerlo. —El doctor Jameson niega vigorosamente con la cabeza, pues ya conoce la historia—. Esas pastillas son fuertes, Matt. No tendrías que haber bebido nada. No puedes mezclarlas. Francamente, no deberías estar tomándolas.

—Las había mezclado antes y todo había ido bien, salvo que todavía tenía somníferos en el organismo —explicas. El doctor Jameson se lleva las manos a la cabeza, horrorizado.

—O sea que admites que tu programa de Nochevieja estuvo mal —digo, más sorprendida por la admisión de tus fechorías que por la mezcla de pastillas que tomaste.

Me miras enarcando una ceja, sin dejarte impresionar por mi acoso. Cuando veo que no vas a contestar, miro al doctor Jameson.

—Y bien, ¿qué tal sus vacaciones?

—Oh, bueno. —Recobra la compostura—. Fue bastante agradable ver a los niños y...

—Llovió dos semanas seguidas, estuvieron todo el tiempo encerrados y endilgaron al doctor Jota el cuidado de los niños.

—No fue todo tan negro.

—Doctor Jota, me dice que me enfrente a la realidad, ya va siendo hora de que usted haga lo mismo. Le utilizaron.

El doctor Jameson se da por vencido.

Lo que resuena en mis oídos es que hayas dicho «me dice que me enfrente a la realidad». Un pequeño atisbo de tu relación con el bueno del doctor; enfrentarse a la realidad no es lo que creía que hacías a estas horas aquí fuera, en tu jardín.

—Lo siento mucho —digo al doctor Jameson.

—Es... Ya sabes, es... Esperaba pasar las Navidades con ellos, ¿sabes? Pero no, eso no va a suceder.

—El doctor Jameson lleva quince años pasando solo el día de Navidad.

—Algo menos —replica el doctor—. Confiaba en que este año fuese diferente. Pero —se reanima— no importa.

Nos quedamos callados, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

—Has hecho un buen trabajo en tu jardín —dice el doctor Jameson.

—Gracias.

Miro el jardín con orgullo.

—Está de baja por jardinería —dices, te ríes y toses la palabra «despedida» en tu vaso de whisky.

Comienzo a enfurecerme.

—Fionn me ayudó a construir la rocalla. Quería estar lejos de su padre —digo.

El doctor Jameson se divierte con nuestra charla. Yo no.

—Tiene quince años. Nadie quiere estar con su padre cuando tiene quince años —dices.

Coincido contigo.

—Y no hay nada que hacer a ese respecto —prosigues—. Lo único que quieren hacer los tres es pasarse el día sentados jugando con sus iPads.

—Pues haz algo con ellos —replico—. Piensa en algo. A Fionn le gusta estar activo fuera de casa, haz algo con él. —Miro la mesa—. Lija y barniza esto. Así estará atareado. Hacedlo juntos. A lo mejor hasta os comunicáis —agrego con sarcasmo.

Silencio otra vez.

—Baja por jardinería, Jasmine —dice el doctor Jameson—. ¿Cuánto tiempo?

—Un año.

—¿A qué te dedicabas?

—Fui cofundadora de una empresa que se llama Idea Factory. Buscábamos e implementábamos ideas y estrategias para otras empresas.

—¿Una consultoría? —preguntas.

—No —niego con la cabeza.

—Publicidad, entonces.

—No, no —objeto.

—Bueno, no está muy claro qué es exactamente...

—No es vocear disparates a los oyentes, Matt, eso es lo que no es —espeto.

—Huy, huy, huy —canturreas en tono de mofa al ver que has metido el dedo en la llaga y que he reaccionado perfectamente, cayendo en la trampa que me has tendido—. La he ofendido, doctor Jota, de alguna manera, en alguna ocasión —explicas.

—¿Por qué lo reduces a una vez? ¿Por qué no puede ofenderme todo lo que dices?

Me consta que esto ha dejado de ser verdad y me siento mal. Pienso en las veces en las que tus palabras me han reconfortado.

Me vuelvo hacia mi jardín, que últimamente es lo único que me permite dejar de pensar en otras cosas, lo único que me sacará de esta conversación e impedirá que diga algo que después quizá lamente haber dicho. Hasta ahora has estado de buen humor, pero sé que si sigo apretándote las tuercas puedes quebrarte, y lo mismo me ocurre a mí.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta el doctor Jameson, y tengo la sensación de regresar de muy lejos para contestarle.

—Estoy pensando en construir una fuente —contesto.

—No me refería...

—Sabe muy bien a qué se refería —dices. Me observas pensativamente.

—Doctor Jota, el matrimonio que vive en la casa de al lado —digo sin darme cuenta de que estoy usando el apodo que le has dado hasta que reaccionas.

—Los Lennon —me recuerda el doctor.

—Ayer vi que iban de puerta en puerta. ¿Qué estaban haciendo?

—Una sociedad secreta de intercambio de parejas —dices—. Delante de nuestras narices.

Hago como que no te oigo.

—Creo que le gusto —le dices al doctor Jameson.

—No seas tan pueril.

—Es tan fácil tomarte el pelo que casi es un desperdicio no hacerlo.

—Normalmente no es así. Solo me pasa contigo.

—Los Lennon se estaban despidiendo —dice el doctor Jameson como si nuestra

rencilla no estuviera teniendo lugar—. Han decidido alquilar su casa y marcharse de crucero unos meses. Después de lo que le sucedió a Elsa Malone, quieren disfrutar de la vida mientras aún tengan ocasión.

—¿Quién será el inquilino?

—Tu primo —dices.

—¿En serio? Tenía entendido que era tu esposa —replico.

—Un ejecutivo. Un hombre solitario. Las empresas pagan fortunas astronómicas a sus directores ejecutivos, ¿verdad? Se muda la semana que viene. Le vi echando un vistazo al vecindario. Un tipo joven.

Haces un ruido como de claxon y me doy cuenta de que va dirigido a mí. Una burla propia de colegial.

—Nunca se sabe, Jasmine.

Me guiñas el ojo.

—Por favor...

—Se está haciendo tarde. No vas a rejuvenecer. Tic, tac, tic, tac, pronto tendrás que empezar a tener hijos.

Monto en cólera otra vez. Tienes el tranquillo, no voy a negarlo, para pinchar sin cesar a la gente en su punto débil.

—No quiero tener hijos —digo, indignada contigo y aun sabiendo que no debería responder, pero no quiero concederte el beneficio de que creas que estás ganando—. Nunca he querido tener hijos.

—¿En serio? —preguntas, interesado.

—Es una verdadera lástima —dice el doctor Jameson, y me vienen ganas de levantarme y alejarme de estos dos hombres que de pronto consideran que lo que haga o deje de hacer con mi cuerpo es asunto suyo—. He visto lamentar esa decisión a muchas mujeres mayores. Deberías pensarlo bien —prosigue el doctor, mirándome como si hubiese pronunciado esas palabras sin antes haberme detenido a reflexionar sobre la cuestión.

Siempre he sabido que no quería tener hijos. Lo he sabido desde que era niña.

—No tiene sentido que ahora lamente algo que quizá no lamente después —digo, tal como digo siempre a las personas como el doctor Jameson que me salen con su mismo argumento—. De modo que me atenderé a mi decisión, puesto que me parece correcta.

Me sigues mirando, pero evito tus ojos.

—¿Los Lennon se despidieron de ti? —te pregunto.

Niegas con la cabeza.

—¿Por qué no se despidieron de nosotros? —pregunto a nadie en concreto—. Tú y yo estábamos en mi jardín mientras iban de puerta en puerta. Pasaron por delante de nosotros.

Das un resoplido, haces girar el whisky en tu vaso. Apenas has bebido desde que me he sentado, cosa que está bien porque tus hijos están en casa, pasando su única

noche por semana con su papá y tú estás aquí fuera, borracho.

—¿Por qué iban a despedirse de ti? Tampoco es que seas la vecina del siglo. Dos meses cavando para superar una especie de crisis psicótica...

Me enojo aun sabiendo que no debería hacerlo. Es exactamente lo que quieres, provocar a cuantos te rodean hasta que explotan. Las personas heridas hieren a los demás. Pero no puedo evitarlo, yo también estoy herida.

—¿Y qué hace un *disc jockey* despedido? ¿Hay otras emisoras haciendo cola en tu puerta?

—No me han despedido.

—Todavía no, pero pronto lo harán.

—Han prolongado mi baja por jardinería por tiempo indefinido —dices, con un brillo pícaro en tu mirada—. Por tanto, diría que tú y yo estamos atrapados en la misma situación.

Algo cruje en mi cabeza. Chasquea, más bien. Me he dado cuenta de algo y noto que me enciende la ira.

—¿Aun así podrás ir a la emisora la semana que viene? —pregunto.

—No —contestas despacio, y levantas los ojos de tu whisky para mirar los míos—. Tienen planes de reestructurar la emisora. No pienso poner un pie en ese sitio hasta que me digan qué pasa con mi empleo.

—Prometiste a mi hermana que la llevarías.

Escrutas mi rostro para ver si hablo en serio, y como no sonrío ni me río ni reacciono de ninguna otra manera, golpeas la mesa con el vaso y el doctor Jameson y yo nos sobresaltamos.

—¿De verdad crees que me importa algo tu hermana ahora mismo?

La ira explota en mi fuero interno, recorre mis venas como un veneno. Lo invade todo. Odio. Enojo. Repulsión. Furia.

—No, en realidad no.

Noto que el doctor Jameson me mira porque percibe en mi voz lo que siento aunque tú seas incapaz de oírlo.

—Tengo a tres niños ahí dentro. Y una esposa que me gustaría mucho que regresara a casa. Ellos son lo que me preocupa ahora mismo.

—¿En serio? Qué interesante. Porque son las dos y cuarto de la madrugada y estás bebiendo whisky en tu jardín cuando deberías estar dentro con ellos. Pero claro, la responsabilidad no va contigo, ¿verdad?

Seguramente debería detenerme, pero no puedo. Lo único que he oído a lo largo de toda la semana es la excitación de Heather ante la perspectiva de visitar la emisora. Todos y cada uno de los días. Sin tregua. Ha hecho sus indagaciones. Puede recitar de un tirón el horario entero de la emisora, quién trabaja en qué programa y a qué hora, ha buscado los nombres de los productores y los documentalistas. Me ha llamado a diario para contármelo. La última llamada que hizo fue para decirme que a lo mejor dejaría de trabajar en el bufete del abogado que siempre le ha gustado tanto

para intentar trabajar en la emisora, si el señor Marshall la ayudara. Fue como si percibiera mi profunda desaprobación ante semejante idea. Pero no era que la desaprobara; estuve reticente, me resistía a seguirle la corriente porque temía que ocurriera algo así. Eso solo sirvió para que Heather intentara convencerme, procurando hacerme ver lo importante que era para ella, manifestando su entusiasmo para que no me entrometiera y cancelara la visita. La ira burbujea muy cerca de mi piel, noto que está a punto de entrar en erupción.

—Tu esposa te ha abandonado, has perdido el empleo, tus hijos no te soportan...

—Cierra el pico —mascullas, negando con la cabeza sin apartar la vista de la mesa.

Decido seguir adelante porque quiero herirte. Quiero hacerte el mismo daño que tú me hiciste años atrás.

—Tus hijos no soportan estar contigo...

—¡Cierra el pico! —gritas de repente. Agarras el vaso y me lo tiras. Veo el odio que brilla en tus ojos, pero tienes muy mala puntería y ni siquiera tengo que esquivar el misil. Pasa volando junto a mí y aterriza en el suelo, en algún lugar a mis espaldas.

No sé qué harás a continuación. Apuntar con algo más grande, como la silla con la que destrozaste la ventana, o tal vez tu puño, como hiciste con tu hijo, solo que esta vez no sería accidental.

—Vamos, vamos —dice el doctor Jameson en un sonoro susurro. Se está levantando, igual que nosotros, y extiende los brazos para mantenernos apartados, como un árbitro de boxeo, solo que la longitud de la mesa basta para manteneros a distancia.

—Estás loca de atar. ¿Cómo te atreves a decir esas cosas? —dices entre dientes.

—Y tú eres un borracho —respondo, tragándome la última palabra al abandonarme el coraje para dar paso a la tristeza y el terror—. Perdona, doctor Jameson, pero se lo prometió a mi hermana. Debería mantener su promesa.

Doy media vuelta y me voy, el cuerpo me tiembla de la cabeza a los pies a causa de la rabia y el miedo. No me molesto en recoger el termo de té y los tazones, preguntándome mientras me alejo de ti si en algún momento un termo o un tazón volará por los aires y me golpeará en el cogote.

Cuando estudiábamos mitología griega en el colegio, nos pusieron de deberes que escribiéramos nuestra propia versión de la historia de Aquiles. Después nos pidieron que la leyéramos en voz alta y mientras uno tras otro mis compañeros de clase leían sus relatos, relatos de personajes reales de la historia, dirigentes derrocados por sus puntos débiles, me di cuenta de que había malinterpretado las instrucciones aunque no las había entendido mal. Escribí acerca de una bruja que odiaba a los niños porque eran crueles, por las cosas hirientes que decían sobre su gata favorita. Tramó un plan para atraparlos, matarlos y comérselos, pero el problema era que le daban miedo las piruletas y parecía que cada vez que se acercaba a un niño, este tenía una piruleta en la boca que le servía como campo de fuerza protector. Corrió el rumor de su miedo y pronto todos los niños llevaban piruletas consigo que tendían hacia ella, pegajosas y dulces, agitándolas delante de su cara hasta que sintió tanta repulsión que tuvo que huir y esconderse de los niños para siempre.

Me pusieron un suficiente, cosa que me molestó, aunque más embarazoso fue cómo se rieron mis compañeros mientras lo leía, algunos pensando que era una broma deliberada para que se enfadara el maestro, la mayoría creyendo que era una estúpida. El motivo por el que el maestro me puso un suficiente no fue porque hubiese malinterpretado la tarea que debíamos hacer, sino porque pensó que no había captado el significado de la historia. Las piruletas no podían ser el talón de Aquiles de la bruja, eran algo que ella temía pero no lo que ocasionaba su caída en desgracia. No me dio la oportunidad de responder —eso no sucedía en el colegio, o te entendían o no—, pero fue él quien se equivocó, no yo, porque el punto débil de la bruja no eran las piruletas, era su gata. En su afán por proteger a la gata quedó marginada de la sociedad y sola para siempre.

Escribí ese relato cuando tenía diez años. Entonces ya sabía a qué tendría que enfrentarme ahora, en este momento, y es que Heather es mi punto débil. A cualquier riña, malentendido, relación fracasada o posible relación que nunca tuvo ocasión de cuajar se le puede seguir el rastro sin excepción hasta una reacción, un comentario o cualquier otra cosa relacionada con Heather. Era incapaz de relacionarme con una persona que revelara arrogancia o ignorancia, fuera inocente o no, a propósito de mi hermana. Una mirada de soslayo a Heather y las descartaba de inmediato. Nunca discutía su manera de pensar ni sus creencias más arraigadas, no tenía paciencia ni tiempo para eso. Novios. Papá. Amigos. Los excluía a todos. No sé si siempre he sido así o si se debe a que mamá ya no está entre nosotros y me comporto como creo que ella querría que lo hiciera. Tengo un recuerdo, la sensación de que protegía a Heather tanto como yo pero, sin embargo, no tengo ejemplos concretos que lo corroboren. Por primera vez se me ocurre que mis actos han sido dictados por algo que carece por completo de sustancia, que han sido absolutamente injustificados. Me estremezco al pensarlo.

Me siento fatal después de las cosas maliciosas que te he dicho esta noche pero, no obstante, me obligo a borrarlo todo de la mente. Concilio el sueño tranquilamente porque a mi mente no le gusta la alternativa de enfrentarse a lo que he dicho. Mi último pensamiento antes de dormirme es preguntarme si la gata de la bruja se sentiría mejor si la bruja fuese menos protectora con ella. Al fin y al cabo, ¿de qué le sirve el descontento de la bruja?

Aparco a la vuelta de la esquina de casa de tía Jennifer. Mi plan consiste en conducir hasta aquí, aparcar y a partir de ahí mi plan ya no incluye más ideas. Me debato entre entrar o no. ¿Sé lo que estoy haciendo con Heather, con todo, o no sé nada? Buena pregunta, cuando hasta ahora me sentía tan segura. Desde el interior del coche miro fijamente la casa, tengo la mente a rebosar y vacía al mismo tiempo. Mi plan consiste en bajar del coche y a partir de ahí mi plan ya no incluye más ideas.

Nunca es preciso llamar a tía Jennifer con antelación a una visita. Su casa es uno de esos hogares que siempre están concurridos con las idas y venidas de sus cuatro hijos, más sus esposas e hijos, igualmente sin previo aviso, y ahora que tiene niños de acogida a menudo hay personas que no necesariamente conozco. Siempre ha sido ese tipo de casa, y siempre me he sentido bienvenida; menos mal, porque no tenía otro sitio al que ir cuando mamá estaba enferma. Desde el principio se había acordado que cuando mamá muriera me mudaría aquí, pero entonces ocurrió el incidente con Kevin, que empañó mi opinión de la casa y empañó mi relación con Jennifer.

Ahora me doy cuenta del gran estrés que supuso para ella en su momento perder a su hijo y a la sobrina a cuya madre había prometido que estaría a buen recaudo con ella. Tampoco es que nos hubiese perdido exactamente, estábamos allí con ella, pero cuando Kevin se marchó seguí sin verme con ánimo para instalarme en su casa y decidí vivir en el campus de la Universidad de Limerick, romper con todos, empezar de cero. Veía a Heather cada dos semanas. Hice nuevos amigos y creamos una familia propia, y me dejaba mimar por las familias de mis amigos durante las semanas no lectivas. Heather estaba contenta en el alojamiento que mamá le había conseguido antes de fallecer, y en las celebraciones familiares se quedaba en casa de Jennifer y papá iba a comer para ponerse al día con Heather como si eso fuese el fundamento de su relación. Todo funcionaba al gusto de todos, incluso para mí, y entretanto fui creando la imagen de una madre para Heather que dudo que necesariamente existiera por el mero hecho de que yo le arrogara ideales que dudo que realmente tuviera.

Camino despacio hacia la puerta. Mi plan consiste en caminar hasta la puerta y a partir de ahí mi plan ya no incluye más ideas.

—Jasmine —dice Jennifer, sorprendida al abrir la puerta y verme.

Tiene el pelo rojo, teñido, y luce el mismo corte *pixie* desde que tengo memoria. Viste terciopelos arrugados en tonos terrosos, verdes y tabaco desvaídos, prendas largas a lo hippy con mallas debajo, zapatos de suela gruesa como aerodeslizadores, collares largos y pesados. Siempre lleva los labios del mismo color que el pelo, aunque el suyo es más caoba que mi rojo encendido.

—¡Qué encantadora sorpresa! Pasa, pasa. Ay, ojalá hubiese sabido que venías, le habría dicho a Fiona que se quedara. Se ha ido a misa con Edna. Ya lo sé, no me mires así, en esta casa nadie ha ido a misa desde la boda de Michael, pero Edna hará su primera comunión este año y la animan a ir para que el día de autos no entre en la iglesia como si fuese una turista. Al parecer los chicos tocan música en la misa de las diez. Si mantienen esa costumbre, la Iglesia católica no tendrá ni un banco libre.

Me hace pasar a la cocina donde debería reinar la misma atmósfera de siempre, donde debería sentir algún tipo de vínculo con el pasado, pero ha cambiado por completo.

—Mi regalo de cumpleaños al cumplir los sesenta —dice, reparando en que me fijo en la nueva ampliación—. Querían enviarme de crucero. Yo quería una cocina nueva. ¿A qué se ha reducido mi vida? —dice jovialmente.

Me gusta que la cocina sea distinta, me pone de inmediato en un lugar nuevo, alejado de los recuerdos de años atrás. O al menos me ayuda a verlos bajo una luz diferente, desde un ángulo nuevo, menos como partícipe activa y más como espectadora mientras trato de ubicar lo que había acá o allá, y si acullá es donde habrían estado los sacos de alubias.

—No puedo quedarme mucho rato —digo cuando se sienta, tras poner una tetera en la mesa—. He quedado con Heather dentro de una hora. Vamos a construir una fuente en mi jardín.

—¡Qué maravilla!

Se le ilumina el semblante y veo que está sorprendida.

Mi plan consiste en contarle lo que tengo en mente y a partir de ahí mi plan ya no incluye más ideas.

—He venido a verte porque... He estado pensando mucho, últimamente. He tenido mucho tiempo libre, como bien sabes.

—¡Qué bien!

Ni asomo de compasión. Me gusta.

—He estado pensando en mamá. De hecho, he estado pensando en un montón de cosas —digo, pensando en voz alta—. Pero en concreto he pensado en cómo era con Heather.

No me pasa por alto su sorpresa aunque la disimule. Seguro que esperaba que le hablara de Kevin.

—Tengo algunas lagunas.

—Te ayudaré en lo que pueda —dice.

—Bueno, es algo indefinido. ¿Cómo era con Heather? Es decir, sé que era protectora, por supuesto. Sé que quería que Heather fuese independiente, que se montara bien la vida, pero no sé cómo se sentía ella. ¿De qué tenía miedo? ¿Alguna vez te habló sobre Heather? ¿Se confió a ti? Por ejemplo, ¿de qué quería mantenerla alejada? Ahora Heather está abriendo las alas; siempre lo ha hecho —reconozco—. Tiene un novio.

—Jonathan. —Sonríe—. Estoy al corriente. Lo invité a tomar el té.

—¿En serio?

—Y nos hizo una demostración de taekwondo. Enseñó algunos movimientos a Billy, que dio una patada a mis muñecas rusas de porcelana.

Me río y me tapo la boca. Las muñecas rusas de porcelana siempre nos hacían reír.

—No pasa nada —dice Jennifer, riendo—. Mereció la pena ver a Billy levantar la pierna tan alto.

Guardamos un silencio divertido hasta que de pronto cambia.

—¿Sabes una cosa, Jasmine? Estás haciendo una labor fantástica. Heather es feliz. Está a salvo. Increíblemente ocupada. ¡Dios mío, si necesita un ayudante para llevar la agenda! Me cuesta seguirle la pista.

—Sí, ya lo sé, pero a veces... me encantaría que mamá me orientara.

Reflexiona.

—Una vez, una mujer hizo un comentario acerca de Heather. Algo espantoso. No fue adrede, solo pura ingenuidad.

—Son los peores —digo, pero ya he aguzado el oído. Eso es lo que necesitaba oír.

—Bien, pues tu madre lo estuvo meditando largo y tendido y la invitó a nuestra partida de *bridge* de los martes.

—¿De verdad?

—De la buena. La invitó a las siete aunque la partida no empezaba hasta las ocho. Fingió que se había equivocado y la hizo aguardar en el salón mientras os preparaba para ir a la cama.

Frunzo el ceño.

—¿Esa fue su revancha? ¿Hacer que una mujer perdiera una hora innecesariamente?

Al ver la sonrisa de Jennifer, soy consciente de que no lo he entendido.

—Quería que viera a Heather en casa, que viera cómo se comportaba en todo momento, su naturaleza, y a vosotras tres siguiendo la rutina de cada tarde como cualquier otra familia a esa hora del día. Se aseguró de que esa mujer lo viera y oyera absolutamente todo; lo normal que era todo, supongo. ¿Y sabes quién era esa mujer?

Niego con la cabeza.

—Carol Murphy.

—Pero si Carol y mamá eran amigas íntimas.

—Exactamente. Se hicieron amigas después de aquella tarde.

Me cuesta asimilar esa información. Carol era la mejor amiga de mamá. Estuvieron a partir un piñón desde que tengo memoria. No consigo digerir esa información. Que Carol alguna vez hubiese menospreciado a Heather. Sé que es posible, pero me debato con ello y de repente mi cariño por Carol se empaña. En un instante. Tal como siempre cambian mis sentimientos hacia una persona cuando me doy cuenta de que no sabe qué ni cómo decir lo correcto a propósito de Heather.

Como si percibiera mi confusión, Jennifer agrega:

—Tu madre nunca dio a nadie por perdido, Jasmine, pues eso era precisamente lo que le daba miedo que la gente hiciera con Heather.

Y eso es lo que buscaba. Mi plan consiste en poner en práctica esta información de alguna manera. Y a partir de ahí mi plan ya no incluye más ideas.

Me descargué las instrucciones sobre cómo fabricar una fuente de agua. Miré el vídeo unas cuantas veces en YouTube: un hombre, de nariz bulbosa y porte aristocrático con un chaleco acolchado y botas de agua verde botella, explicaba todo el proceso delante de su mansión como si yo fuera un niño. Me gusta que sea así, porque cuando se trata de jardinería mis conocimientos están a la par de los de un niño. Decía que se podía acabar en ocho horas, y lo probaba completando la tarea en ese tiempo, aunque, una vez editado, el vídeo duraba ocho minutos, naturalmente. Reconozco que me va a tomar una semana, a pesar de que Heather vendrá a ayudarme. O precisamente porque Heather va a venir a ayudarme. Ciertamente, creo que me va a tomar este tiempo, por lo que no he hecho otros planes.

—Oh, Jasmine —dice Heather en cuanto ve lo que he hecho en el jardín—. No puedo creer que sea el mismo jardín.

—No me extraña. ¿Te gusta?

—Me encanta.

Me mira en silencio, haciendo que me sienta cohibida.

—¿Qué pasa?

Aparto la vista y disimulo ordenando las herramientas.

—Me sorprende que Jasmine haya hecho esto —dice, como si yo no estuviera allí pero mirándome a la cara. Su tono me sorprende—. La siempre atareada Jasmine.

—¡Mira quién habla! —respondo, procurando que mi voz suene ligera—. Tú tienes una agenda más apretada que la mía.

Me aparta un mechón de pelo de delante de los ojos y me lo recoge detrás de la oreja. Tiene que ponerse de puntillas para hacerlo.

—Estoy orgullosa de ti, Jasmine.

Las lágrimas asoman a mis ojos y me avergüenzo. No recuerdo que me haya dicho eso alguna vez y no sé por qué me conmueve tanto, tan súbita y profundamente.

—Sí, bueno, al fin y al cabo estoy de baja por jardinería. En fin. —Doy una palmada—. Antes de comenzar, tengo algo para ti.

Le doy la ropa de jardinera que he comprado *on-line*. Botas de agua verdes con flores rosas, un mono, un gorro y guantes de jardinería rosas.

Estamos cavando un agujero lo bastante grande para que quepa el estanque de la fuente cuando se abre tu puerta. Procuro no levantar la vista y lo consigo, el corazón me palpita solo de pensar en otro enfrentamiento contigo, pero cuando oigo pasos que se acercan, el ruido de un andar rastrero me dice que se trata de Fionn y ya no tengo miedo de levantar la vista. Lleva los auriculares Beats by Dre colgados del cuello y

las manos hundidas en los bolsillos. Es como un truco de la bolsa de Mary Poppins. Sus manos son con mucho demasiado grandes para apretujarlas en unos bolsillos de ese tamaño; el esfuerzo de meterlas le ha hecho levantar los hombros por encima de las orejas. No dice palabra, simplemente se queda ahí de pie y aguarda a que alguien se dirija a él.

—Hola, Fionn —digo, enderezando la espalda, que ya me está doliendo.

Masculla algo inaudible.

—Ella es mi hermana Heather.

Esta es la prueba para reconocer a una buena persona, y entonces recuerdo que debo dejar de poner tanto énfasis en el momento en que la presento. Pero Fionn supera la prueba, mascullando la misma respuesta inaudible a Heather y sin mirarnos a ninguna de las dos a los ojos.

Heather lo saluda con la mano.

—Mi padre pregunta si necesitáis ayuda. —Mira las herramientas y el hoyo—. ¿Estáis haciendo la fuente?

—Sí, así es.

Me siento fatal, pero por mal que estuvieran las cosas que te dije anoche, no voy a pasarme el día cuidando de tu hijo otra vez. Además, mi plan es pasar el día con Heather. Pero no puedo hacerlo. No puedo rechazarlo. Lo más probable es que todavía estés en la cama con resaca. Imagino el aire viciado de tu habitación a oscuras, las cortinas corridas para que no entre la luz del día, mientras tus hijos están abajo, todavía en pijama a mediodía, esparciendo cereales por la cocina, pisoteándolos, ensuciando la alfombra. Quemando cosas.

Justo cuando le paso la pala a Fionn oigo carcajadas de niños y tú y tus dos hijos rubios aparecéis en la esquina del jardín trasero de tu casa. Estás diciendo algo, te veo muy jovial, alegre, juguetón. Caminas con brío, estás en buena forma para ser quien me ha estado tirando vasos de whisky a la cabeza en el mismo jardín hace menos de doce horas.

Das un silbido. Una llamada.

Sé que es para Fionn. Fionn sabe que es para Fionn, pero no se vuelve. Tampoco yo levanto la vista.

—¡Vamos, Fionn! Te estamos esperando, colega —dices de buen talante.

—Estoy ayudando —responde Fionn con una voz quejumbrosa que termina quebrándose.

—No, no me engañas —dices alegremente, dejando unas cosas encima de la mesa.

Quiero ver qué son, pero no quiero mirarte.

—Hola, Heather —saludas con regocijo.

—Hola, Matt.

Heather corresponde al saludo con la mano y me quedo pasmada.

Me ignoras por completo. Me da miedo mirarte a los ojos.

Fionn suspira, suelta la pala y, sin dirigirnos una palabra a Heather o a mí, vuelve a cruzar la calle arrastrando los pies, las manos desaparecen de nuevo en los bolsillos mágicos y el peso de sus largos brazos empujan los pantalones hacia abajo, dejando a la vista sus calzoncillos.

Con una voz rebosante de simpatía empiezas a explicar a los niños lo que vais a hacer. Tengo ganas de escuchar, pero Heather me está hablando y no puedo decirle que se calle. Entonces enciendes el equipo de música de tu coche. Los críos están entusiasmados, la niña que baila en todas partes baila en torno a la mesa mientras el otro se concentra en la tarea. Intento atisbar lo que estáis haciendo sin que resulte evidente, intento situarme de cara a vosotros pero como si estuviera enfrascada en mi trabajo. Estáis todos reunidos alrededor de la mesa del jardín. La estáis lijando, y casi dejo de hacer lo que estoy haciendo para miraros impresionada. Has seguido mi consejo.

Heather continúa hablando.

Finalmente sintonizo con lo que está diciendo. Quiere ir a hablar contigo sobre la visita a la emisora. Ha hecho sus averiguaciones, hay ciertos estudios que le gustaría ver. Le digo que no es un momento apropiado, que es domingo y estás en familia.

—Seré educada, Jasmine —dice Heather con ojos suplicantes, y se me parte el corazón porque en ningún momento he dudado que sería educada y no quiero que piense que lo que me preocupa es ella. Finalmente dejo de trabajar.

Hay otra cuestión acerca de mi hermana. Cuando se le mete algo en la cabeza, tiene que hacerlo y punto. A toda costa. Si no puede, no lo entiende y entonces su mundo se tambalea. Quizá quepa decir algo a propósito de asumir desafíos en la vida; hace que te esfuerces más para enfrentarte a las cosas, no te permite aceptar un no por respuesta. Haces más de cuanto haría normalmente la gente para estar a la altura del desafío y asegurarte de que no te vence el miedo o lo que sea que amenaza con refrenarte. Cuando terminaba de hacer los deberes y podía ver la tele, Heather tenía logopedia. Cuando me dejaban salir a la calle a jugar con mis amigos, Heather tenía clases particulares de lectura. Aprender a ir en bicicleta le costó tiempo y esfuerzo, mientras que yo le cogí el tranquillo a la primera. Siempre trabajó más duro para todo. Por eso las reuniones son importantes, porque si propone algo que no es idóneo, al menos podemos hablarlo en grupo antes de que se adueñe de su mente. Planteó al grupo la visita a la emisora, todo el mundo estuvo de acuerdo en que era una gran idea; todo el mundo excepto yo, que no manifesté mi opinión. Callando, le fallé.

Una vez conocí a una madre que al describir los rasgos del carácter de su hijo, dijo: «típico síndrome de Down». Tuve ganas de darle una bofetada. No se puede definir a una persona mediante un solo atributo; todos somos únicos. Este aspecto de la personalidad de Heather no tiene nada en absoluto que ver con que tenga síndrome de Down. Si fuese así, mi padre y yo también tenemos síndrome de Down porque no hay manera de detenernos cuando se nos mete algo entre ceja y ceja.

Me planteo decirle una mentira. La tengo en la punta de la lengua. Siempre he

tenido la sensación de que si de un modo u otro puedo garantizar la felicidad de Heather todo irá bien. Pero mi filosofía siempre ha sido decirle a Heather la verdad; quizá le dore la píldora de vez en cuando, pero ese es mi peor delito. Nunca le he dicho una mentira rotunda. Al darme cuenta de que estoy a punto de quebrantar mi código ético, me contengo. Un novio que tuve me dijo una vez que era complaciente con la gente, solo que me consta que no lo era porque a él no lo complací; ni siquiera lo intenté. Diría que ocupaba el último puesto en la lista de personas a las que quería complacer. Ahora me doy cuenta de que soy complaciente con Heather. Son muy pocas las demás personas a las que intento complacer; todo gira en torno a ella. Entiendo que esto no me convierte en una persona solícita. En realidad me convierte en una egoísta porque significa que al final todo gira también en torno a mí.

Durante años me he dicho a mí misma que Heather espera que resuelva sus problemas. ¿Acaso es verdad? ¿O más bien se trata de que pienso que quiere que se los resuelva? Ahora caigo en la cuenta de que nunca me ha pedido soluciones a algo, nunca ha mostrado indicios de que espere que yo cambie algo, soy yo quien ha ejercido esa presión sobre mí misma. Estoy teniendo una revelación. En mi jardín. Hundida hasta las rodillas en un agujero que he cavado.

Mi primer pensamiento cuando me despidieron fue «no puedo decírselo a Heather». Pensé que se alteraría, que debía evitar que supiera que en el mundo ocurren cosas malas, que tendría miedo de que también la despidieran a ella. ¿En qué estaría yo pensando? ¿Qué clase de educación es esa? Heather sabe mucho mejor que yo lo cruel que es el mundo. Oye los comentarios insultantes que la gente suelta acerca de ella, frases degradantes que dicen sin la menor sensatez personas normales y por lo demás decentes, un día sí y otro también, tanto delante de ella como a sus espaldas. Yo solo le brindo mi compañía. Mientras os oigo a ti y a tus hijos lijando y riendo en este día fresco, luminoso y soleado de primavera con *Happy* de Pharrell atronando desde tu iPhone, tengo una revelación. No tengo que cambiar todo lo que constituye mi vida para complacernos a mí y a Heather. No puedo seguir protegiéndola de todo, pero quizá pueda estar a su lado por si alguna vez resulta lastimada.

—De acuerdo —digo finalmente, oyendo cómo me tiembla la voz. ¿Qué estoy haciendo? La estoy enviando a tu casa para que le partas el corazón. Eso es lo que estoy haciendo. Es lo que estoy permitiendo que ocurra. Estoy temblando tanto que me falta el aire. Me siento en el banco del jardín y observo cómo cruza la calle.

Los dos niños rubios dejan de lijar para mirarla con cautela.

—Hola —dice Heather la mar de contenta.

Tú y Heather estáis hablando. No oigo lo que le dices y eso me saca de quicio. Quiero saberlo. Necesito saberlo para poder desviar la conversación y así evitar que hieras sus sentimientos. Me siento impotente, pero también me siento como un verdugo. La he enviado a que mataran su fe en las personas, tal vez en mí.

Veo que le explicas algo, tu expresión amable, los gestos de tus manos al dar

forma a distintos puntos. Entonces te callas y miro a Heather. Estás aguardando su reacción, pero ella no dice nada. Apoyas las manos en las caderas. La observas con incertidumbre. Dudas en alargar la mano; lo haces pero no llegas a tocarla, te contienes a tiempo. Entonces me miras. Estás preocupado. No sabes qué hacer con esta chica que te mira fijamente sin decir palabra. No sabes qué decir. Necesitas mi ayuda.

Me revienta hacerle esto a Heather, pero no voy a ayudarte.

Comienzas a decir otra cosa, pero Heather da media vuelta y regresa cruzando la calle. Parece que le hayan dado una bofetada. Su expresión de resquemor, los ojos vidriosos, la nariz enrojecida. Me quedo donde estoy, observándola, mientras viene hacia mí y luego pasa de largo.

Esto es lo que ocurre, Matt Marshall, cuando defraudas a la gente. Ahora lo has aprendido y lo recordarás cada vez que lo veas en el rostro de mi hermana.

Heather se queda en casa y escucha discos en su tocadiscos, digiriendo en silencio su pena por no poder visitar la emisora de radio. La verdad es que no quiere hablar del tema y me parece muy bien porque yo tampoco tengo ganas de hacerlo. Sigo cavando en el jardín y cuanto más hondo cavo en la tierra, más hondo cavo en mí misma. Cuando alcanzo la profundidad suficiente y estoy en carne viva y expuesta, llega el momento de cerrar la herida. Salgo del agujero, echo un palmo escaso de grava y coloco el vaso del estanque encima de la grava. Mido la distancia desde el hoyo hasta la toma eléctrica más cercana, después corto un trozo de tubo de PVC de la misma longitud. Paso un cordel a través del tubo y sujeto con cinta adhesiva un extremo del tubo al enchufe de la bomba de agua que añadiré después. Tiro del cable de la bomba de agua a través del tubo de PVC y sujeto el enchufe con cinta adhesiva. Esta parte me lleva bastante tiempo. Meto el tubo de PVC en la zanja y lo cubro de tierra. Coloco la bomba de agua en medio del estanque y pongo encima la tela impermeable. Corto con las tijeras un agujero en medio de la tela.

Se supone que a continuación debo conectar la bomba de agua a las tuberías, pero no puedo. Es demasiado complicado y frustrante y estoy farfullando y rezongando para mis adentros cuando oigo una voz a mis espaldas.

—¡Hola, jardinera!

Sé que no eres tú. Lo sé en el acto. Me sobresalto y las tijeras se me caen al estanque.

—Mierda. Monday. Hola. Perdón. Me has asustado. Estaba. Mecachis. Mis tijeras. Solo... ya ves. Haciendo esto. —Suspiro y me seco el sudor de la frente—. Estoy intentando construir una fuente.

Estoy hundida en la tierra, dentro de un hoyo, y desde aquí abajo Monday es más majestuoso de lo habitual. Lleva un traje azul marino y, en lugar de corbata, luce una divertida expresión en su semblante, una expresión dirigida única y directamente a mí. Echo un breve vistazo hacia ti. Te pillo apartando la mirada, como si no te hubiese pillado mirando, y vuelves a concentrarte en barnizar la mesa con los niños

con ese talante risueño y optimista de monitor de exploradores que has conseguido mantener desde hace casi una hora.

—He llamado unas cuantas veces pero estabas en tu propio mundo —dice Monday, sonriendo. Se pone en cuclillas—. ¿Qué es esto?

—Un verdadero desastre.

Le muestro lo que se supone que estoy haciendo.

—¿Puedo?

—Por favor.

Me alarga una mano y la agarro, y dejo que tire de mí para ayudarme a salir del hoyo que he cavado. No es una señal. Ni siquiera un símbolo. Es algo real que está ocurriendo. En cuanto mi piel toca la suya, no sé si solo es cosa mía pero la siento en todo mi cuerpo. No se aparta del borde del hoyo y quedo arrimada a su cuerpo, mi nariz casi toca la tela de su camisa y veo su piel debajo de los botones desabrochados del cuello. Me gustaría quedarme aquí para siempre, notando su cuerpo fuerte junto al mío, pero en cambio me aparto con torpeza, incapaz de mirarlo por si ve cuánto me ha aturullado. Se quita la chaqueta y la llevo dentro, aprovechando la ocasión para lavarme, arreglarme el pelo, el lápiz de ojos, serenarme un poco. Cuando regreso, se ha arremangado y está de rodillas en la hierba, el ceño fruncido con concentración mientras trabaja en la conexión de la bomba de agua a las tuberías. Intento charlar de cosas sin importancia, pero está demasiado enfrascado y, como no quiero ser pesada, me quedo mirándolo hasta que al cabo de un rato me siento mal por admirarlo como lo estoy haciendo, y entonces os miro con el rabillo del ojo a ti y a tus hijos barnizando la mesa. Aparte de Fionn, que ha abandonado la tarea y está sentado en una silla jugando con un iPad, los otros dos se están divirtiendo. Tú estás animado, comunicativo, de buen humor. Eres un buen padre y lamento haber dicho que no lo eras. Mi lado cínico se pregunta si todo esto es una demostración para mí como consecuencia de lo que dije anoche, pero entonces reparo en las miradas y sonidos de genuina felicidad y me avergüenzo por pensar, una vez más, que todo gira en torno a mí. Acto seguido discuto conmigo misma sobre ese sentimiento de vergüenza, teniendo en cuenta todo lo que has hecho en el pasado, cómo has defraudado a Heather y el vaso que me tiraste a la cabeza. Salgo vencedora de esa discusión; mereces que desconfíe tanto de ti.

Monday me está mirando y salgo de golpe de mi trance. Es evidente que ha dicho algo y que aguarda una respuesta. Aguardo a que me lo repita, pero en cambio me muero de vergüenza cuando veo que su mirada sigue la mía. Sus ojos se detienen en ti.

—Su voz me suena. ¿Es Matt Marshall?

—Sí.

Monday no se impresiona ni deja de impresionarse, y me sorprende ante lo que eso me hace sentir. No quiero que se ponga a brincar declarando que es fan de tu programa y que cruce la calle corriendo para pedirte un autógrafo, pero me preparo,

un tanto nerviosa, por si le desagradas, como si estuviera dispuesta a salir en tu defensa. Es una reacción peculiar, teniendo en cuenta cuánto te desprecio, y especialmente después del daño que le has hecho a Heather. Si tuviéramos una relación tendría que abandonarte y mudarme muy lejos de aquí. Que es lo que hizo tu esposa, ahora que lo pienso. Tal vez provoques ese efecto en la gente.

—Esto va a llevarme un ratito más —dice Monday, lanzándome una mirada que me hace sonreír.

—No tienes por qué hacerlo.

—Ya lo sé. Pero quizá sirva para que dediques unos minutos a pensar en el empleo. Creo que has ido escasa de tiempo.

Me muerdo el labio.

—Lo siento. Dijiste que tenía una mes para decidirlo.

—Como máximo. Podemos hablarlo cuando haya terminado esto, si te parece bien.

Miro los cables que sostiene con la mano.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

—Compré una vieja casita de campo en Skerries y la arreglé yo mismo. Tejado nuevo, tuberías nuevas, instalación eléctrica nueva. Tardé unos años, pero ahora es habitable. No te preocupes, no he provocado ninguna explosión. Por ahora.

Intento imaginarlo en su casita de campo del aletargado pueblo de Skerries, llevando un jersey Aran y comprando pescado fresco a un pescador, pero no lo consigo. Lo único que veo es a él, desnudo de cintura para arriba, rompiendo tablas del suelo y arrancando papel pintado con enormes herramientas eléctricas en las manos.

—¿Tienes tiempo para que hablemos después? —Al ver mi mirada perdida, agrega—: Habíamos quedado en que hoy hablaríamos...

De pronto caigo en la cuenta.

—Ah. Creía que te referías a hablar por teléfono, por eso estoy... En realidad no acordamos una hora en concreto, pero hoy me va bien.

Parece avergonzado por haberse presentado sin previo aviso en domingo, ¿o se trata de algo más que embarazo? Si es así, lo disimula enseguida. O tal vez me esté imaginando, haciéndome ilusiones de ver ese aspecto vulnerable de su carácter, que se ha dejado caer sin previo aviso porque tenía verdaderas ganas de verme. Por un instante lo he creído posible, pero ahora todo vuelve a ser un asunto profesional; aunque no tanto puesto que está destrozando un traje impecable para agacharse en un hoyo de mi jardín.

Media hora después, tras haber preparado té para mí y café para él, Monday y Heather están sentados a la mesa de la cocina. Heather le habla de sus empleos. Siempre está orgullosa de su trabajo y no le cuesta lo más mínimo comentarlo con desconocidos. Me gusta que lo haga, es buena conversadora, aunque me preocupa su seguridad. No quiero que explique su rutina semanal al primer hombre que la

escuche, no vaya a ser que se presente en su busca. Obviamente, no me preocupa que se la explique a Monday. Y a ella tampoco porque, cuando ha terminado, le pregunta por su trabajo.

—Soy cazatalentos —contesta Monday—. Mi trabajo consiste en encontrar candidatos adecuados que estén trabajando en otro sitio para que ocupen puestos vacantes en otras empresas.

—¿No es un poco como engañar?

—En realidad, no. —Sonríe—. No me gusta engañar. Me veo más bien como alguien que resuelve problemas. Es como un puzle. Pongo a las personas adecuadas en los lugares adecuados. Porque a veces hay personas que no están en el lugar donde deberían estar.

Nos miramos a los ojos cuando dice esto. No habla despacio, como si Heather fuese incapaz de entenderlo, ni levantando la voz, como si fuese sorda, aunque lleva un audífono. Sus frases son cortas y simples, van al grano.

Entonces Heather se pone a hablarle de mí, de mis trabajos —una versión simplificada, la versión que le he ido contando a lo largo de los años—. Me tiene un tanto desconcertada lo que está haciendo y pienso que seguramente no ha entendido bien en qué consiste el trabajo de Monday, pero entonces me doy cuenta de que está intentando venderme, cosa que me conmueve tanto que dejo de moverme, sin saber qué debo hacer. Estoy completamente paralizada, me abruma que Heather haga esto por mí, que se le haya ocurrido hacer esto por mí. Monday es una persona que consigue empleos y ella está intentando conseguirme uno. Enumera mis cualidades y sale con anécdotas que ilustran dichas cualidades. Es algo que ha aprendido a hacer por su cuenta cuando está a la espera de una entrevista de trabajo, y ahora lo está utilizando para mí.

Comienza cada frase diciendo «Jasmine es...». La primera frase la completa con «amable» y después pone un ejemplo de mi amabilidad. Le dice que pagué su apartamento.

—Jasmine es inteligente —dice—. Un día estábamos en el aparcamiento del supermercado y Jasmine encontró veinte euros junto a la máquina de los tiquets. Al lado había una tarjeta de citas de un consultorio médico. De modo que Jasmine envió el dinero y la tarjeta de citas al médico y le dijo que la persona que tenía cita en tal fecha y a tal hora había perdido aquel dinero en el aparcamiento aquel día. —Sonríe de oreja a oreja—. ¿No es inteligente?

—Sin duda es muy inteligente —contesta Monday, sonriendo.

Espero que ya haya acabado; es tan grato como difícil escuchar alabanzas. Sin embargo, Heather prosigue:

—Jasmine es generosa.

Niego con la cabeza y sigo haciendo lo que estaba haciendo.

Un vistazo a Monday me basta para ver que está conmovido. La mira atentamente, con los ojos fijos en ella. Debe de notar que estoy observando porque se

vuelve hacia mí, sonrío amablemente, y tengo que ponerme a hacer cosas otra vez. No siempre entiende lo que le dice Heather, le pide que repita algunas cosas; pese a los años de terapia con su logopeda, su habla no es muy clara, pero aunque yo lo entienda todo, me guardo mucho de interrumpir. No es una niña. No necesita un traductor.

—Por lo que cuentas, Jasmine es una gran persona —dice Monday, mirándome de nuevo a mí—. Y estoy de acuerdo. Creo que muchas personas serían afortunadas de tenerla.

No lo estoy mirando, pero veo con el rabillo del ojo la manera en que ladea la cabeza al mirarme; cada movimiento que hago es desmañado, mientras el corazón me palpita con fuerza y se me hace un nudo en el estómago. Se me cae el cartón de leche y se desparrama por el mostrador cuando intento verterla en la jarra.

—Lo es —insiste Heather.

—Y tú eres muy buena hermana, diciendo todo esto sobre ella.

Lo siguiente que dice me lanza en una espiral de emoción y me catapulta fuera de la habitación tan deprisa que incluso Monday tiene el atino de marcharse y enviarme un mensaje de texto después —desde su móvil personal—, diciendo que lo llame cuando tenga tiempo.

—Soy su hermana mayor. Cuando nuestra madre murió, me dijo que era la hermana mayor y que debía cuidar de Jasmine. Hago todas esas cosas que te he contado, pero proteger a Jasmine es mi trabajo principal.

A primera hora de la mañana del lunes me despierta el ruido de un cortacésped justo delante de mi ventana. Me fastidia por varios motivos. En primer lugar porque acaban de dar las ocho y es un ruido molesto y, en segundo lugar, porque anoche tomé una botella de vino tinto antes de acostarme. Tal vez esté mintiendo en cuanto a la cantidad, pudo ser más y también pudo ser un alcohol completamente distinto, pero hoy estoy sintiendo los golpes sordos que penetran en mi cráneo hasta las células de mi cerebro, matándolas al alcanzarlas, y que luego me taladran hasta el cogote, donde los noto palpar en la almohada. El desconsiderado usuario del cortacésped podría ser cualquiera de los cuatro matrimonios jubilados que tenemos por vecinos y que trabajan con arreglo a su horario sin detenerse a pensar en el de los demás, sobre todo desde que saben que ya no tengo trabajo. Podría ser cualquiera de ellos, pero desde el principio sé que eres tú. Lo sé incluso antes de levantar la cabeza de la almohada porque el ruido se prolonga demasiado. Nadie en este mundo tiene tanto césped; solo un jardinero sin experiencia tardaría tanto rato. Cuando miro fuera es como si hubieses estado esperando a que apareciera. Levantas la vista de inmediato y me saludas alegremente con la mano. Veo el sarcasmo que emanás por todos los poros. Entonces apagas el cortacésped, como si hubieses conseguido hacer lo que te habías propuesto, y cruzas la calle en dirección a mi casa.

No puedo moverme. Estoy demasiado mareada, realmente necesito tenderme de nuevo, pero tú estás en la puerta, llamando al timbre demasiado fuerte, demasiado rato, como si me hubieras metido el dedo en una llaga y la pincharas para torturarme con un mensaje en morse. Me desplomo en la cama, esperando que si te ignoro te marches, pero, al parecer, como cualquier otro problema, no te vas, solo insistes más. Al final no eres tú lo que me pone en marcha, es la visión de la botella de vodka al lado de la cama lo que me catapulta —a paso de caracol— hacia la puerta.

Abro de un tirón y es como si la luz diurna me quemara los ojos. Hago una mueca y me enojo, retrocedo a la seguridad del vestíbulo en penumbra gracias a que las cortinas están corridas. Me sigues al interior.

—Ostras —dices al verme, pareciéndote demasiado al doctor Jameson—. Buenos días.

Estás exageradamente alegre, brioso, vivaz. Irritantemente. Si no te conociera, pensaría que me has visto beber hasta sumirme en un sopor etílico para después levantarte temprano adrede, lo más temprano que alguna vez te haya visto levantarte, y así poder armar un buen jaleo delante de mi ventana. Más aún, te has obligado a estar alegre, lo más alegre que te he visto estar alguna vez.

Mi intención es decir «hola», pero solo me sale un graznido ronco.

—Caray —dices—. ¿Una noche movida? ¿Rock and roll en el número tres una noche de domingo?

A modo de respuesta, gruño.

Vas de un lado a otro abriendo las cortinas y la ventana, cosa que hace estremecerme y alcanzar la manta de cachemira del sofá donde me he dejado caer. Me arrebujo con ella y te miro recelosa cuando te diriges a la cocina, que es de planta abierta —todo el piso de abajo es de planta abierta—, y te pones a hurgar en los armarios.

—El cuenco de los limones —digo con un hilo de voz.

Te detienes.

—¿El qué?

—Tus llaves. En el cuenco de los limones.

—No estoy buscando las llaves.

—Aleluya.

—¿Por qué el cuenco de los limones?

—Me alegra que lo preguntes. —Sonrío—. Porque pienso que eres un limón^[8].

—¿No eres tú la que está amargada? —dices, y mi sonrisa se desvanece.

Sigues moviéndote por la cocina. Oigo tazas, oigo crujido de papel, huelo tostadas, oigo el hervidor. Cierro los ojos y me quedo dormida.

Cuando despierto me estás tendiendo un tazón de té y una tostada untada con mantequilla. Me viene una arcada, pero tengo hambre.

—Tómame esto, te hará bien.

—Dijo el experto —digo, incorporándome medio grogui.

Te sientas en el sillón de enfrente, al lado de la ventana, y la luz me hace entornar los ojos. Pareces casi angelical bajo esa luz, tu lado derecho parece difuminado en los bordes como si fueras un holograma. Suspiras cansado, un gesto en absoluto angelical. El suspiro, me doy cuenta, no se debe a que estés cansado. En cierto modo pareces rejuvenecido, sonrosado por el aire fresco de la mañana, tu ropa huele a hierba recién cortada. Estás cansado por culpa mía.

—Gracias —digo, recordando mis malos modales.

—A propósito de la otra noche... —comienzas.

Gruño, le quito hierro con un ademán y bebo un sorbo de té. Está dulce, más dulce de como suelo tomarlo, pero me gusta. Es apropiado para este momento. No es vodka y mi cuerpo lo agradece. No quiero hablar sobre la otra noche, sobre lo que ocurrió entre tú y yo.

—Siento haberte tirado el vaso de whisky —dices muy en serio, tal vez incluso con emoción, y no puedo aceptarlo. Mastico despacio la tostada y trago.

—Ambos estuvimos fuera de lugar —digo rotundamente. Quiero pasar página.

Esto no es lo que quieres oír. Esperas que me disculpe.

—Bueno, Jasmine, reaccioné a lo que tú dijiste.

—Sí, y acepto tus disculpas —respondo. ¿Por qué soy incapaz de pedir disculpas aun sabiendo que debería hacerlo?

—Dijiste cosas muy fuertes —dices.

—¿Has venido para que te pidiera perdón?

—No. He venido a disculparme.

Lo medito otra vez.

—Como he dicho, ambos estuvimos fuera de lugar.

Me miras fijamente mientras tu mente trabaja a toda máquina. Tomas la decisión de no emprenderla conmigo, cosa que agradezco aun sabiendo que lo merezco. Estoy siendo horrible. Lo soy un poco más.

—Estaba decepcionada porque habías defraudado a mi hermana.

—Lo siento mucho. No creía que fuese a disgustarse tanto.

—Ella cumple sus promesas. Confía en la gente. No como yo; yo no me fío de nadie.

Asientes, digieres lo que te acabo de decir.

—Sabes bien que no le dije que nunca sería posible, solo en el futuro inmediato.

—¿Qué probabilidades hay?

—Ahora mismo muy pocas —dices con gravedad.

Debería estar pensando en las consecuencias de que pierdas tu trabajo, en lo que significará para ti y tu familia, no en que Heather se haya quedado sin su visita a la emisora. Me han descrito como una persona sensible debido a mis sentimientos por Heather, pero diríase que estoy absolutamente insensibilizada en lo que atañe a los demás.

—Gracias a lo que dijiste, he dejado la bebida —dices.

Te miro asombrada. Todavía me asombra más haber dicho algo que te haya influenciado, pero no me asombra en absoluto que admitas que has dejado de beber. Porque no te creo. No creo que lo digas en serio ni que vaya a suceder. Es como si fueras un marido que me engaña y yo me quedara impávida cuando sostienes que vas a cambiar. Por extraño que parezca, así de familiarizados estamos el uno con el otro.

—Lo digo en serio —dices, leyéndome el pensamiento perfectamente—. Tenías razón. En lo que dijiste sobre los chicos.

—Por favor, Matt —digo exasperada. Me rindo—. No tenía razón en nada. No te conozco. No sé nada de tu vida.

—En realidad... —Te callas, como si trataras de decidir si decirlo o no—. En realidad es al contrario. Ves mi vida cada día. Ves más que nadie.

Silencio.

—Y me conoces. —Me miras pensativamente—. Creo que piensas que me conoces más de lo que me conoces, y te equivocas en algunas cosas, pero eso solo es una cosa más que está por demostrar.

—No tienes que demostrarme nada —miento. Ojalá pudiera decirlo en serio, pero no es así. Cada palabra que sale de tu boca la analizo para confirmar que eres la manzana podrida que creo que eres.

—En fin, quiero que te quedes esto.

Me pasas el sobre arrugado que contiene la carta de tu esposa.

—¿Todavía no la has leído? ¡Matt!

—No puedo —dices simplemente—. No quiero saber lo que pone. No puedo.

—¿Ya te dirige la palabra?

Niegas con la cabeza.

—¡Porque ha dicho todo lo que quiere decirte justo aquí, y tú lo estás ignorando!
No te entiendo.

—Pues entonces léemela.

—¡No! Léela tú.

La tiro a la mesa de café.

—¿Y si dice que nunca regresará?

—Así al menos lo sabrás. En lugar de quedarte esperando a que ocurra algo.

—No estoy esperando. Ya no. Voy a demostrárselo.

—¿Demostrar qué?

—Demostrarle quién soy.

—Me parece que ya lo has hecho. Por eso se marchó —digo medio en broma, creyendo que vas a sonreír, pero no lo haces.

Suspiras. Miras la carta y pienso que por fin he logrado comunicarme contigo. La recoges y te levantas.

—La dejo con los limones.

Sonrío y me alegra que no me veas hacerlo.

Un coche aparca delante de tu casa.

—Tienes visita —digo, aliviada porque esta conversación ha terminado y vas a marcharte. La cabeza me da vueltas y la tostada flota en un mar de vodka y jugo de arándano, haciendo surf sobre una ola de indigestión.

Examinas el coche desde la ventana, con los brazos en jarras y el ceño fruncido. Aun así estás guapo. Tampoco es que seas viejo: tienes cuarenta y pocos. Pero a pesar de tu estilo de vida, las noches en vela, el alcohol y las mezclas de pastillas para la ansiedad, somníferos y lo demás que tomes, tu apariencia no se ha visto tan afectada como cabría esperar.

—Dudo que sea para mí —dices, todavía examinando el coche—. El conductor no se ha movido del asiento.

—¿Por qué no has trabajado nunca en la tele? —pregunto de improviso. Por lo general, los *disc jockeys* con tanta audiencia y tantos fans como tú cambian de medio, y además se me ocurre que eres bastante guapo para algunas personas, y siendo la tele como es, la guapura está tan cotizada como la inteligencia, y con frecuencia más.

—Lo hice —contestas, dando media vuelta, tan sorprendido como yo de que haya hecho una pregunta sobre ti, sobre tu vida, sobre tu trabajo—. Hace unos cinco años tuve un programa nocturno de entrevistas, un programa de debate parecido al de la radio. Las noches de los miércoles, a las once y media.

Me miras como si debiera saberlo, pero niego con la cabeza.

—Nos sentábamos en torno a una mesa con un puñado de gente que convocaba otra persona y hablábamos sobre temas de los que yo quería hablar pero sin hablar de

ellos como era debido. Lo dejé. En televisión no se puede decir nada. Hay mucha más libertad en la radio.

—Como los orgasmos de Nochevieja.

Suspiras y te sientas.

—Las mujeres no son las únicas personas que tienen cosas que decir, lo sabes bien.

Me quedo confundida.

—Tengo un amigo. Digamos que se llama Joey.

—¿No podemos llamarlo Matt?

—No. No soy yo. —Y te creo—. Un buen día Joey me dice que tiene problemas de fertilidad con su mujer. Llevan siete años casados y no tienen hijos. Una noche, tomando unas cervezas, me cuenta que ha estado fingiendo en la cama. Primera noticia que tengo. De que lo haga un tío, quiero decir. No tiene malas consecuencias cuando es la mujer la que finge, obviamente, pero es diferente cuando es un tío y la mujer quiere tener hijos; entonces es un problema. Él no puede decirle que ha estado fingiendo. Se ha metido en un buen aprieto, está acorralado, ¿entiendes? Ella se ha sometido a un reconocimiento médico y al parecer todo está bien por su parte...

Realmente, la manera en que lo expresas es inspiradora.

—De modo que quería que él se hiciera reconocer. Test de fertilidad. Pero él no quería hacerlo porque sabe que está bien. O supone que lo está. Y en lugar de reconocer que ha estado fingiendo casi todo el tiempo y que hubiese preferido hacer cosas en la cama de una manera diferente que quizá le hubiese ayudado, va y le dice que no quiere tener hijos. Cosa que no es verdad, pero le entró el pánico y no supo qué otra cosa decir. Total, que rompieron. Y todo porque era incapaz de decirle la verdad. —Niegas con la cabeza—. Pensé que era un tema que merecía ser abordado en el programa.

—Bueno, lo es —digo. A mí, personalmente, no me gustaría oír a cinco personas gritando y discutiéndolo en malas conexiones telefónicas a medianoche, pero entiendo tu punto de vista.

—Entonces Tony tiene la idea de dar las campanadas de Nochevieja con aquella mujer. Dije, vale, lo que tú digas. En realidad me traía sin cuidado. Pensé que sería divertido. Estaba relacionado con el debate. No tenía más importancia.

—¿Quién es Tony?

—El productor. Él lo organizó. Trae a esa mujer al estudio. Ella se pone a gemir con el micro abierto. No, no era real —me dices—. Contrariamente a lo que dicen los periódicos sensacionalistas. Pero era una prostituta. Ese es el problema. Tony le pagó. —Niegas con la cabeza—. ¡Por Dios! Tony también está jodido. Hace una temporada que tiene problemas con su novia. Se largó, y él... Bueno, no le va tan bien como a mí.

—Me da la impresión de que buena parte de esto es culpa de Tony.

—No. Es mi programa. Tendría que haber sabido lo que estaba haciendo. Lo he

hecho un montón de veces y siempre he salido bien librado, pero esta vez... —Te levantas y vuelves a mirar por la ventana—. ¿Qué está haciendo ese tío? No le quita el ojo a mi casa.

Finalmente me levanto del sofá y miro por la ventana. El coche está justo enfrente de tu casa, el tipo está fisgando.

—¿Te persiguen muchos admiradores?

—Sí, había una chica que estaba tan loca por mí que se mudó a la casa de enfrente de la mía. Pelirroja. Buenas tetas. Nunca se cansaba de mí.

Sonrío abiertamente.

—A lo mejor te está esperando porque sabe que no estás en casa.

—¿Y cómo iba a saberlo? A no ser que me haya estado espiando. Voy a ver qué quiere.

Oigo el tono enojado de tu voz y sé que esto no irá bien.

—Espera, Matt, está bajando del coche.

Regresas a la ventana y lo observas. Lleva algo en la mano, algo negro. Una cámara. La levanta y empieza a sacar fotos de tu casa.

—El muy...

Es una reacción retardada. El fotógrafo ha sacado unas cuantas instantáneas antes de que te des cuenta de lo que está ocurriendo. Lo observamos mientras las examina en la pantalla LCD, luego se echa andar por la calle, buscando otro ángulo.

—No hagas una tontería, Matt —te advierto—. Solo conseguirás meterte en más problemas —grito a tus espaldas, pero mi consejo no llega a unos oídos sordos, sino a unos oídos ausentes mientras sales disparado de mi casa. Es como si mis palabras te hubiesen dado una idea, pues haces exactamente lo que te he advertido que no hicieras: arremetes contra el fotógrafo. El tipo se vuelve y te ve, ve la agresividad de tu rostro y sonrío con regocijo ante semejante oportunidad de sacar una buena foto. Pero tú no dejas de echarle encima de él. Alcanzas la cámara, la agarras, la tiras al suelo y metes al fotógrafo en el coche. No veo cómo sucede exactamente porque miro tapándome la cara con las manos. Además, algo me dice que es mejor que no haya testigos.

Como consecuencia de tu conducta, una hora después todavía voy en bata y hay otros tres fotógrafos acampados delante de tu casa, de cara a mi casa, mientras vas de un lado a otro de mi sala de estar, impidiéndome ver *Diagnosis Murder* y gritándole por teléfono a tu agente. La noticia de tu despido se ha filtrado a la prensa antes de que la emisora te haya informado, y te han endilgado seis meses de baja por jardinería para que no te fiche de inmediato una emisora rival, que es precisamente lo que estás vociferando que vas a hacer.

Sé perfectamente cómo te sientes, pero también me doy cuenta de que tu empeño de trabajar para otra emisora es consecuencia de tus ganas de vengarte de tus jefes actuales y no de que sinceramente quieras volver a trabajar. Se me ocurre que, tal vez, tomarte seis meses para pensar sobre cuál debe ser tu próximo paso es lo mejor para

ti. Es un concepto interesante, en el que no había pensado hasta ahora. Mientras tú te ves aprisionado, yo veo una oportunidad para ti. A lo mejor estoy avanzando.

No puedo trabajar en el jardín por culpa de los fotógrafos que hay fuera, aunque la fuente me está pidiendo a gritos que la termine y mi resaca necesita desesperadamente un poco de aire fresco. Había esperado que se marcharan a tomar un tentempié a media mañana, pero, en cambio, uno de ellos desaparece y regresa al cabo de un rato con una bolsa llena de bocadillos del EuroSpar, y todos se toman el tentempié apoyados en los coches. He intentado salir mientras hacían esta pausa, pero en cuanto he abierto la puerta, el jamón, el huevo, la ensalada de repollo, zanahoria y cebolla con mayonesa y las bolsas de papel marrón han volado por los aires al deshacerse de la comida para agarrar sus cámaras. Pese a mis protestas de ser un ciudadano común, siguen sacándome fotos. Solo terminan dejándome en paz cuando finalmente se dan cuenta de que sus tarjetas de memoria se llenarán y yo seguiré de rodillas trabajando en el jardín. No obstante, estaba demasiado cohibida para seguir trabajando bajo su mirada, sobre todo habida cuenta de que no sé qué estoy haciendo, de modo que me he retirado de nuevo al interior de la casa.

—Lo siento —dices, cuando doy un portazo en las narices de los fotógrafos y me vuelvo hacia ti, roja como un tomate. Entonces empieza a llover a cántaros para el resto del día y todos se apretujan dentro de un coche, con sus cámaras en el regazo. Me asomo y les grito a la cara—: ¡Ja! ¡Espero que se os oxiden las cámaras!

Levantas la vista desde tu silenciosa furia para mirarme divertido.

El doctor Jameson viene a vernos, fingiendo que está enojado pero encantado en secreto con el dilema y el alboroto. Quiere discutir el problema de los *paparazzi* en nuestra calle y qué se puede hacer al respecto. Subo a mi habitación a tenderme un rato.

Inusitadamente, mi amiga Caroline llama y pregunta si puede pasarse por casa. Me sorprende tener noticias suyas por dos razones: trabaja en un banco, recuperando la posesión de los hogares y demás pertenencias de la gente, y nunca está disponible entre semana, y cuando tiene tiempo libre está ocupada acostándose con su nuevo novio, que es ocho años más joven que ella y a quien conoció tras descubrir que su marido había tenido múltiples aventuras.

He estado encantada de no verla, sabiendo que estaba en un sitio mejor. Literalmente.

Cuando llega, está tan excitada que parece a punto de estallar, y el único lugar donde podemos hablar es mi dormitorio porque tú vas de un lado a otro, hablando con tu abogado porque el *paparazzo* al que le has roto la cámara amenaza con presentar cargos contra ti por daños y perjuicios. Esos cargos no prosperarán porque ya ha ganado dinero vendiendo las fotos que tomó. Han aparecido en internet, en diversas webs de chismorreo y entretenimiento, y te ha capturado arremetiendo contra la cámara con pinta de ir a matar a alguien. Ha disparado desde un ángulo bajo y parece que seas King Kong con dos papadas y una barriga protuberante, decidido a

aplastar cuanto encuentres a tu paso.

El doctor Jameson y yo nos apiñamos ante la pantalla del ordenador portátil para examinarlas.

—Me cago en diez —dices—. Menos mal que mis hijos no estaban.

—Mi rocalla se ve bonita —digo, abriendo el *zoom* sobre mi jardín, que aparece al fondo—. Ojalá hubiese terminado la fuente —agrego con un mohín.

Me dirijo hacia la escalera antes de que hagas de King Kong conmigo, y el doctor Jameson vuelve a sentarse para seguir viendo *Homes Under the Hammer*.

—Ese piso tenía mejor aspecto antes de la reforma —dice, mientras salgo de la sala.

—Esto es una casa de locos —dice Caroline, cogiendo la taza de café que le he llevado.

—Bienvenida a mi nuevo mundo —respondo irónicamente.

—Bien, ¿por dónde iba?

—Te habías quedado en la parte del Peta Zetas.

—Ay, sí. —Se le iluminan los ojos y reanuda el relato de las travesuras de alcoba que hace con su novio, que hace tiempo que han salido de la alcoba—. En fin. —Toma aire cuando ha terminado—. El verdadero motivo por el que he venido es que se me ha ocurrido una idea de negocio increíble... ¡y quiero que trabajes conmigo en ella! —chilla—. Lo único que tengo es esta megaidea y ni idea de cómo llevarla a cabo. Tú has hecho esto montones de veces. ¿Lo harás? ¿Por favor?

—¡Válgame Dios! —digo, con los ojos como platos, muy entusiasmada pero también un poco inquieta. Trabajar con amigos es peliagudo y todavía no me ha contado la idea. Voy planeando mi escapatoria, esperando que sea una estupidez—. Cuéntame.

Viene más preparada de lo que creía. Saca una carpeta con una etiqueta que dice GÚNA NUA, «vestido nuevo» en irlandés. La idea es que publicas una foto de tu vestido en una web —ya ha comprado el nombre del dominio— y eliges otro vestido para intercambiarlo por el tuyo. Entonces pierdes de vista tu vestido y recibes un vestido nuevo en su lugar. No hay dinero que cambie de manos, es un trueque, y las prendas llegan con la promesa de haber pasado por la tintorería y estar en perfecto estado.

—Habrá una selección de vestidos de diseñadores, *vintage*, marcas populares... lo que quieras. Es como comprar un vestido nuevo, y también es una buena manera de librarte de cosas que ya no quieres en tu armario.

—¿Y cómo ganas dinero?

—Con la cuota de suscripción. Tienes que hacerte socia. Por cincuenta euros al año puedes conseguir tantos vestidos nuevos como quieras. Francamente, Jasmine, me consta que hay mercado para esto, estoy viendo a diario la situación de la gente y es deprimente, el trueque de vestidos tiene futuro, estoy convencida.

No es ni mucho menos una idea de negocio perfecta y considero que cincuenta

euros es una cuota demasiado cara, pero para cualquier problema que veo también veo una solución. Estoy al borde de interesarme.

—Además sé que ahora necesitas esto de verdad, así que piensa en ello de verdad —dice, en su afán por convencerme. De hecho, consigue todo lo contrario.

Parece que me esté haciendo un favor, y no es el caso: me necesita para desarrollar su proyecto. Por ahora es una idea buena, pero poco elaborada. Me necesita para hacerla realidad. No me gusta que le dé la vuelta para que sea una manera de ayudarme. Me reconcome la frustración. Pero ella no se da cuenta y continúa.

—Tu baja por jardinería ¿cuándo termina? ¿En noviembre? Podemos ir trabajando discretamente en esto hasta que esté listo para el lanzamiento y, para entonces, ya habrás terminado la baja por jardinería. Lo que es perfecto, porque dudo que haya sitio para más narcisos ahí abajo.

Lo dice con intención de halagarme, pero no lo consigue.

—Los narcisos no crecen en noviembre —digo, defensora de mi jardín.

Frunce el ceño.

—De acuerdo —responde despacio.

Dejo que el silencio se prolongue.

Cierra la carpeta de golpe.

—Si piensas que es una mierda, di que es una mierda.

Abraza la carpeta contra el pecho.

—No, no es la idea. Es que, es solo que no estoy buscando trabajo, Caroline, agradezco que pensaras en mí y que me vendría bien, pero resulta que ya me han ofrecido un empleo.

—¿Qué empleo?

—Me lo ha ofrecido un cazatalentos; un hombre guapísimo, por cierto. —Sonrío y procuro ponerme seria—. Es para montar una organización relacionada con el cambio climático y los derechos humanos.

—¿El cambio climático? ¿A qué viene tan repentino interés? ¿Tus campanillas de invierno han crecido tarde este año?

Se ríe.

Se supone que esto es divertido. Últimamente todos mis amigos me toman el pelo a costa de mi dedicación al jardín. He rechazado citas para tomar café, he hablado noches enteras sobre mis progresos cuando hemos salido por ahí. Es lo último: burlémonos de Jasmine y su jardín. Lo entiendo, de verdad que lo entiendo, pero... La manera en que me mira Caroline hace que me cuestione si debería entusiasmarle su propuesta, pero no me gusta su actitud, la implicación de que la necesito.

—¿Y vas a aceptar ese empleo?

—Lo he estado pensando.

Tanta sinceridad me sorprende a mí misma.

—¿Conseguirás conocer a Bono?

Finalmente relaja el semblante y me río y me froto la cara con aire cansado.

—Jasmine —dice con delicadeza—, ¿quieres trabajar conmigo? ¿Sí o no? No me lo tomaré a pecho.

Me muerdo el labio, incapaz de tomar una decisión aquí y ahora.

—Vuelve a contarme lo del Peta Zetas.

Comprendiendo que necesito más tiempo, dice:

—Como quieras, pero sea quien sea con quien planees hacerlo, tendrás que decirle que se afeite bien lo de abajo porque se pone un poco pegajoso.

Y, mientras habla, lo único en lo que puedo pensar es en Monday. No por la perspectiva del Peta Zetas, sino porque no quiero defraudar a este hombre al que apenas conozco y que parece tener tanta fe en mí.

—Monday —digo al teléfono, aturdida por el sonido de su voz y un poco nerviosa por lo que voy a decirle.

—Jasmine. Perfecto. Justo estaba pensando en ti. Cosa nada inusual últimamente.

Es un sentimiento hermoso y bastante inusual, dada nuestra relación, pero enseguida sigue adelante como si no lo hubiese dejado caer para nada. Suena como si estuviera en la calle; oigo tráfico, gente, viento. Un hombre ocupado en el centro de la ciudad, cazando talentos mientras yo estoy aquí, en mi jardín, el lugar que he elegido para llamarlo porque es el único lugar donde, de un tiempo a esta parte, pienso tranquila y con claridad. Es el tercer día y los *paparazzi* están dentro del coche, a resguardo del frío, aguardando a que Matt regrese a su casa y vuelva a portarse mal, presionándolo para que explote mientras las revelaciones de lo que realmente ocurrió en Nochevieja en su estudio salen a la luz en los periódicos sensacionalistas, un relato que quedó perfectamente corroborado por lo que me contó pero que ha cobrado vida propia en la prensa amarilla, cuando la prostituta en cuestión ha sacado a relucir su historia y detalles de su «relación» con Tony. Es un asunto sórdido que cualquier emisora de radio preferiría evitar.

—¿Cómo marcha tu fuente? —pregunta Monday.

—Está casi terminada. Le estoy añadiendo un entarimado. Con clavos y un martillo. Si me vieran mis antiguos colegas...

—Más vale que esos *paparazzi* estén atentos.

Me callo un momento y miro a mi alrededor para ver si está aquí, aunque por el ruido de fondo del teléfono me consta que no.

Ante mi silencio, se explica:

—Vi las fotos *on-line*. Tu jardín sale muy bonito.

—Ojalá hubiese terminado la fuente.

Acierto a oír la sonrisa en su voz.

—Al ritmo que vas, lo conseguirás. En fin, el motivo por el que estaba pensando en ti es que hoy he leído que el jacinto silvestre tendrá que luchar para mantenerse firme ante el cambio climático. En las épocas de frío, las flores de primavera como el jacinto silvestre ya han iniciado su crecimiento, preparando hojas y flores en sus

bulbos enterrados durante el verano y el otoño.

Da la impresión de estar leyéndolo. Me siento en mi nuevo banco de jardín y sonrío mientras lo escucho.

—Así son capaces de crecer en los meses más fríos de invierno y principios de primavera, usando los recursos almacenados en el bulbo. Dado que el cambio climático induce primaveras más cálidas, los jacintos silvestres perderán la ventaja de su temprano crecimiento y tendrán que ser más competitivos con plantas sensibles a la temperatura que comienzan a crecer más pronto que tiempo atrás.

No sé qué contestar.

—Es una lástima. Pero no tengo jacintos silvestres en mi jardín.

Miro en derredor, solo para asegurarme.

—De todos modos, sería una lástima no volver a ver su bonita neblina azul en los bosques, ¿verdad?

Es una imagen bonita, pero escapa a mi comprensión que así espere convencerme de que acepte el empleo.

—Monday —digo, y reparo en la seriedad de mi voz—. Hay algo que no te he contado.

Hace una pausa, percibiendo que se avecina un peligro.

—¿Sí?

—Tendría que habértelo dicho antes, pero... —Carraspeo para aclararme la garganta—. Estoy de baja por jardinería. Durante un año. Hasta noviembre.

—¿Noviembre? —pregunta, en un tono que me consta que no es precisamente alegre. Monday es demasiado profesional para manifestar su enojo, pero seguro que está enojado. Le he hecho perder el tiempo, ahora me doy cuenta, jugando con él mientras él intentaba hacer bien su trabajo.

—Habría sido conveniente saberlo unas semanas antes, Jasmine. —La manera en que pronuncia mi nombre me avergüenza. Estoy tan azorada que no puedo hablar. Me siento como si me hubiesen pillado con los pantalones bajados y los *paparazzi* me estuvieran acibillando con sus cámaras. Lo único que me salva es que Monday y yo no estamos frente a frente.

—Siento no habértelo dicho antes, es que... —No se me ocurre una excusa, pero él guarda silencio, a la espera de que le dé una explicación—. Estaba avergonzada.

Da la impresión de que se haya detenido.

—¿Por qué demonios ibas a estar avergonzada? —pregunta, con auténtica sorpresa y ni un ápice de enojo.

—Ay, no lo sé. Me despidieron y no puedo trabajar durante un año.

—Jasmine, eso es normal. No es algo de lo que avergonzarse. En realidad, es un cumplido que no quieran que trabajes para otros.

—No se me había ocurrido verlo así.

—Bien, pues deberías. Entre tú y yo, no me importaría que me pagaran por no trabajar durante un año.

Se ríe y enseguida me siento mejor. Se produce un prolongado silencio. No tengo claro qué hacer. Si este empleo deja de ser posible no tendremos motivo alguno para volver a vernos, y el caso es que me muero de ganas de volver a verlo. ¿Lo menciono? ¿Le pido una cita? ¿Esto es un adiós? Me salva de tomar la iniciativa al preguntarme:

—¿Te interesa el empleo, Jasmine?

Visualizo la escena en la que digo que no. Monday cuelga, nunca vuelvo a saber de él, sigo de baja por jardinería con mi futuro incierto, mi presente aburrido y aterrador. No quiero volver a sentirme como me he sentido estos últimos meses.

—Sí. Quiero un empleo —contesto, y acto seguido me doy cuenta de mi error—. Quiero decir que me interesa este empleo.

—Bien —dice—. Tendré que hablar de nuevo con ellos y ver qué dicen, ¿de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Claro. —Me enderezo, adopto una expresión profesional—. De verdad que lo siento mucho.

Me tapo la cara con las manos, muerta de vergüenza, cinco minutos largos y después, para olvidar la conversación que acabo de tener, regreso a mi jardín. Finalmente todos los pensamientos desaparecen de mi mente mientras me concentro en clavar los listones del entarimado que pondré alrededor de la fuente.

Estoy apilando una sobre otra mis losas de arenisca india y marcando el centro con un lápiz para taladrar el agujero por donde pasará la tubería y, de repente, dejo caer las herramientas sobre la hierba y entro a casa corriendo. Voy directa al mural de fotos que tengo junto a la mesa de la cocina y lo recorro con la vista, sabiendo exactamente qué estoy buscando. Cuando lo veo, me llevo las manos a la boca y me cuesta creer lo deprisa que me embarga la emoción. Por lo mucho que esa imagen significa para mí y también porque Monday se ha dado cuenta.

Al lado de la silla en la que Monday estuvo sentado hace unos días hay una foto de Heather, mi madre, mi padre y yo —la única foto que tengo de los cuatro juntos— tomada en una de nuestras habituales visitas a los Jardines Botánicos. Todos sonreímos a la cámara, a mí me falta un diente, y estamos tendidos en un campo de jacintos silvestres.

La fotografía me hace pensar, me hace pensar durante mucho tiempo en un montón de cosas. Lo hago mientras termino mi fuente y también mientras armo un emparrado y lo pinto de rojo en honor del abuelo Adalbert Mary; mientras clavo alambres a la pared de la casa para que mi recién plantado jazmín de invierno pueda trepar. Y entonces, cuando pienso que ya no puedo pensar más y que hay personas pendientes de que tome decisiones sobre mi vida, decido plantar más hierba al lado de la casa y sembrar un prado de flores. Eddie regresa para cavar y esta vez no me toma el pelo, termina el trabajo en una jornada, preparo el suelo y la semana siguiente siembro una mezcla de semillas que incluye amapolas, manzanilla bastarda, margaritas y acianos. Es un sembrado pequeño, anejo al espacio que reservo para el invernadero adosado que pronto me entregarán y que se apoyará en la pared libre de mi casa pareada. Para impedir que los pájaros se coman las semillas, una de mis actividades dominicales con Heather consiste en tender una serie de cordeles de los que cuelgan CDs sobre la zona sembrada. Incluso esto lo hacemos deteniéndonos a pensar, eligiendo canciones que creemos que espantarán a los pájaros.

Planto, planto y sigo plantando. Y mientras planto, pienso; salvo que no soy consciente de estar pensando. De hecho, a veces estoy convencida de que no estoy pensando y de repente se me ocurre un pensamiento. Aparece tan repentina e inesperadamente que me yergo, estirando mi espalda dolorida, y miro a mi alrededor para ver quién o qué me ha hecho tener ese repentino pensamiento y si alguien me ha visto tenerlo. El mes de marzo da paso al de abril y sigo pensando. Arranco las malas hierbas, resguardo los brotes nuevos contra las olas de frío y mientras los días van siendo cada vez más cálidos sigue habiendo ventarrones y aguaceros. Pienso en mis flores cuando salgo de noche con los amigos, sobre todo si hay una tempestad y la gente entra en el restaurante sacudiendo paraguas y desprendiéndose de abrigos empapados. Lo primero en que pienso por la mañana es en mis flores. Pienso en mi jardín cuando estoy acostada entre los brazos de un hombre que he conocido en un bar, escuchando el viento que aúlla al otro lado de la ventana de su dormitorio, y quiero estar en casa con mi jardín, donde las cosas tienen sentido. Sigo progresando. No quiero que la hierba crezca demasiado y que después aparezca amarilla al cortarla. No hay que desatenderla. Regularmente rastrillo «paja» porque no quiero que se acumule hierba muerta, con la esperanza de tener un césped saludable, sin que medren el musgo y las malas hierbas. Y mientras hago todo esto, pienso.

Los narcisos que surgieron orgullosos y altos del suelo, la primera nota de color en la gris primavera temprana, se han marchitado. La flores se caen y, por tanto, con tristeza, quito los capullos partiendo los tallos justo por debajo de los pedúnculos para que queden intactos. Si no se quitan las flores marchitas, la planta dedica su energía a la producción de semillas en lugar de hacerlo en la formación de yemas dentro del bulbo para la floración del año siguiente.

En el jardín siempre hay actividad, siempre hay algo creciendo. Por más atrapada en el tiempo que me sienta, salgo y las cosas están cambiando a mi alrededor. De pronto, hay flores inesperadas donde antes solo había un brote minúsculo, y la flor me mira fijamente, bien abierta y orgullosa de lo que ha hecho mientras todos dormíamos.

Monday ha confirmado que el empleo es para comenzar en noviembre y ahora anda buscando otros candidatos que ofrecer a su cliente, de modo que la entrevista se posterga hasta el 9 de junio. Me impacienta la espera; estoy deseando volver a sentirme otra vez como antes. Estoy deseando que se acabe este año y aunque en un sinfín de ocasiones he deseado que el año termine, me pregunto qué haré cuando llegue el momento. En noviembre los días volverán a ser fríos, cortos, grises y tormentosos. Por supuesto que eso trae aparejada su propia belleza, pero será el momento en que deberé tomar decisiones sobre mi vida, con un poco de suerte comenzar en el nuevo empleo, si es que lo consigo. De pronto, quiero que el tiempo pase más despacio. Contemplo mi jardín en plena transformación, el movimiento en la fuente, las flores de primavera que asoman la cabeza y me doy cuenta de que no puedo detener lo que me reserva el futuro. La jardinería consiste en buena parte en preparar lo que va a venir a continuación, las estaciones, los elementos, y ahora debo comenzar a hacer lo mismo con mi vida.

Pese al temor de no volver a saber de él, Monday se puso en contacto conmigo, incluso hemos quedado unas cuantas veces para hablar, aunque invariablemente hemos terminado hablando de todo menos de trabajo. Estoy muy cómoda con él, muy a gusto; no preciso fingir a propósito de mi situación laboral de la manera en que tengo que hacerlo con otras personas. Si bien disfruto con mi jardín, eso no quita que haya momentos en los que siga sintiéndome sola e inútil; no hace que me sienta más segura acerca de mi futuro, meramente me impide pensar demasiado en él. Con Monday, en cambio, olvido mi soledad. Sus ganas de verme y hablar tanto rato como convenga desvanecen mi sensación de inutilidad. A decir verdad —y me consta que esto parece contrario a lo que vengo expresando—, deseo que no hubiera empleo, deseo que Monday y yo pudiéramos seguir viéndonos de esta manera, charlando de lo que ocurre en el mundo, de cosas que queremos o no queremos, en lugar de hablar de la realidad.

Solo es una entrevista, todavía no es un empleo, de modo que no estoy en condiciones de tomar una decisión sobre la propuesta de Caroline. Nos hemos reunido unas cuantas veces por el tema de Gúna Nua, y he contribuido a su idea sin comprometerme a implicarme a largo plazo. Así será posible que me escabulla si es preciso, pero desde el punto de vista del negocio no es la situación ideal para ninguna de nosotras dos. Me consta que no basta con que seamos amigas. Pensaba lo mismo acerca de Larry, que posteriormente me despidió y me endilgó una sentencia de cárcel de un año. Una sentencia de cárcel que, los días más esplendorosos de mi jardín, es como un regalo, aunque a él no le gustaría saberlo. Así pues, mi presente va

transcurriendo, unas veces agradablemente, otras con frustración, pero mi futuro es tan incierto como siempre.

Han pasado más de dos meses desde el incidente con Heather en casa de papá. Heather se ha comportado con su habitual capacidad de olvidar o perdonar o de no estar aparentemente afectada, y su relación con papá ha seguido siendo la misma de siempre. La mía, no. No dirigirle la palabra me ha venido bien, pero en cierto sentido ha empeorado las cosas. Ha significado que no tengo que tratar con él y ha significado que me he enfurecido cada vez más con él porque continúo nuestras discusiones mentalmente. Pero también significa que, al no verlo, no he visto a mi hermanita Zara, y eso es inaceptable. Principalmente es por ella por lo que descuelgo el teléfono. Acordamos vernos en el parque infantil que hay junto al muelle de Howth. Hace un día radiante, aunque tenemos que abrigarnos del fresco viento del mar. Nuestro vestuario de invierno ha cedido el paso a ropa más liviana, aireamos las chaquetas de primavera o nos las ponemos por primera vez, la gente se tumba en el césped y come pescado frito con patatas fritas de Beshoff, y el vinagre mezclado con el aire salado me hace la boca agua.

—¡Jasmine!

Oigo a Zara antes de verla, y viene corriendo hacia mí para abrazarme. La cojo en volandas y la hago girar, sintiéndome fatal de inmediato por no haberla visto antes. No hay excusa, mi conducta hacia ella ha sido imperdonable. Lo que ha crecido desde que la vi por última vez da la medida de nuestro silencio. Diez semanas es mucho tiempo en su corta vida.

Papá y yo deberíamos estar incómodos, pero no lo estamos porque enseguida nos hablamos a través de Zara. Empieza papá.

—Cuenta a Jasmine cómo hemos dado de comer a las focas.

Zara me lo cuenta. Es el tipo de niña que siempre llama la atención, la invitan a ser la ayudante del mago, la dejan entrar en la cabina de mando para presentarle al piloto, los chefs le muestran sus cocinas profesionales. Es una de esas niñas que irradian interés por la vida, que habla con la gente, y a cambio la gente quiere complacerla. Recompensarla, impresionarla. Finalmente, cuando papá y yo no podemos seguir hablando a través de ella, no tenemos más remedio que quedarnos uno al lado del otro, fuera del parque infantil, y ver cómo se pone a jugar con sus nuevos amigos íntimos, a quienes ha conocido hace dos segundos.

No mencionará el asunto, lo sé de sobra. Preferiría quedarse así, callado a disgusto, que arriesgarse a hablar a disgusto. Incluso cuando se ve obligado a hablar de algo, las raras veces en que no tiene escapatoria, lo que expresa sobre el asunto en cuestión es muy limitado. Esto resulta frustrante las raras veces que quiero comunicarle algo importante. He heredado este rasgo de su carácter. Cuando dos personas no hablan de las cosas, la situación puede ser más explosiva que entre quienes lo hacen. O, mejor dicho, implosiva, puesto que la guerra se libra dentro de cada una de ellas.

—Aquel incidente con Ted Clifford estuvo mal —digo de pronto, incapaz de abordar el tema como es debido.

—Tiene vacante un puesto de director de cuentas. Cuarenta mil anuales. Quería hablar contigo directamente —dice con enojo. No ha tenido que acumularlo, ya lo tenía listo para cuando yo sacara el tema a colación—. Podríais haber hablado entre vosotros. No era cuestión de tratarlo en la mesa delante de todos. Una oportunidad perfecta. ¿Sabes cuántas personas querrían ese trabajo?

En absoluto me refería a eso. Me refería a su manera de tratar a Heather, de su reacción ante Heather, no al trabajo, que era otro asunto menos importante aunque me molestara lo suficiente para tener previsto tratarlo a continuación.

—Me refería a lo que ocurrió con Heather.

Lo miro por primera vez y la expresión de su rostro revela que le cuesta entender a qué me estoy refiriendo. Finalmente cae en la cuenta.

—Hablé de eso con Heather al día siguiente. Con todo detalle, Jasmine.

—¿Y?

—Y ahora entiendo el concepto de los Círculos.

—Lo entiendes ahora.

—Sí, ahora —contesta, fulminándome con la mirada.

—Tiene treinta y cuatro años, llevamos practicando el concepto de los Círculos desde hace bastante tiempo.

Tendría que haberlo dicho más alto pero, sin embargo, lo he dicho entre dientes. Ni siquiera sé si me ha oído. Espero que sí, aunque no soy capaz de discutir, de enfrentarme. O quizá no tenga problema en enfrentarme, pero entonces lo único que quiero hacer es batirme en retirada como si nunca hubiese ocurrido y yo no existiera. La niña que hay en mí tiembla un poco cuando mi padre se enfada conmigo, por más que la adolescente que hay en mí se rebele.

—La tratas como si fuese diferente. Como si fuese especial.

—Ni hablar. La trato igual que a todos los demás y eso es lo que te saca de quicio. Eres tú quien la trata como si fuese diferente —dice—. Y deberías pensar sobre eso. Y si no te importa que lo diga, no puede decirse que practiques exactamente lo que predicas. Este concepto de los Círculos... al parecer es diferente para ti que para todos los demás, porque cualquiera que se acerca a ti es naranja. No, Zara, cariño, no subas ahí.

Corta la conversación y corre en su ayuda.

—¿Ese es tu abuelo? —pregunta un niño, y Zara se ríe como si nunca hubiese oído algo más absurdo.

—¡Es mi papá!

Terminan sentados en un subibaja, la panza de mi padre apenas cabe detrás del asidero. Cuando baja veo su calvicie incipiente. Desde luego, parece que sea su abuelo.

Estoy bastante perpleja por lo que me ha dicho. Lo ha dicho tranquilamente, sin

enojo, cosa que debería ponerme más fácil olvidarlo y, sin embargo, no es así. Es precisamente la calma con la que lo ha dicho lo que me hace escuchar, lo que hace que le oiga alto y claro.

El Círculo Naranja del Saludo con la Mano es el círculo más alejado del Círculo Púrpura Privado que representa a la persona en cuestión, en este caso, yo. Es el círculo para los desconocidos más distantes, con quienes no tienes ningún contacto físico ni emocional.

Cualquiera que se acerca a ti es naranja.

No es verdad, quiero gritarle. Pero no sé si estoy en lo cierto. Heather es la única persona que siempre he mantenido cerca de mí. El naranja, sin duda, parece ser el círculo en el que lo he plantado a él. He venido aquí a confrontarlo con sus propios actos; no, he venido a ver a Zara, pero en segundo lugar he venido para hacerle ver que su comportamiento debía cambiar, y no me esperaba que se volvieran las tornas, que fuera a meterme en la boca del lobo.

Aunque tal vez mi círculo rojo sea el mayor de todos. Hay personas que siguen siendo desconocidas para siempre.

Confundida, conduzco de regreso a mi jardín con el rabo entre las piernas. Vuelvo a ponerme a pensar. Tengo que quitar las flores muertas y prepararlo para el verano.

VERANO

La estación intermedia entre la primavera y el otoño, que en el hemisferio norte comprende los meses de junio, julio y agosto. Temporada de mayor plenitud, perfección o belleza que antecede a cualquier declive: el verano de la vida.

Me encanta el mes de junio, y junio en un jardín colmado de amor es la mayor recompensa que un jardinero puede recibir por su duro trabajo. Cada mes y cada estación tienen su belleza, pero en verano es cuando luce más vigoroso, más resplandeciente, más soberbio, más espectacular. Si la primavera es esperanzada, el verano es orgulloso, el otoño es humilde y el invierno, fuerte y resistente. Cuando pienso en la primavera veo unos grandes ojos juveniles y de largas pestañas como los de Bambi levantando la vista hacia mí; cuando pienso en el verano veo una espalda erguida, un pecho hinchado. Cuando pienso en el otoño pienso en una cabeza gacha con una tímida sonrisa de nostalgia, y para el invierno imagino puños y rodillas nudosos y magullados que gruñen dispuestos a luchar.

Junio trae consigo riego constante, renovar el mantillo, segar una vez por semana, media docena de cestas colgantes con peonías de color rosa, rosas de color crema, vivaces multicolores y un generoso surtido de hierbas aromáticas que cultivo en macetas frente a la cocina. Junio trae consigo visitas frecuentes de tus hijos a tu jardín, en el que también has comenzado a interesarte con entusiasmo, donde has plantado un huerto al lado de tu casa que rivaliza con mi jardín, sembrando habichuelas, judías verdes, coles de Bruselas y calabacines. Hacemos carreras para ver quién sale más temprano cada mañana a atender su jardín, y el que lo consigue da los buenos días con aire de suficiencia al que se rezaga. Ahora competimos por ver quién abre primero las cortinas de su dormitorio. Ambos trabajamos, tú en tu jardín y yo en el mío, mientras los Malone pasan el rato sentados delante de su puerta, la señora Malone en su silla de ruedas, pues el derrame cerebral la ha dejado inmobilizada e incapaz de hablar y leer, mientras el señor Malone le lee poemas de Patrick Kavanagh con su ligero dejo de Donegal, que llegan flotando hasta mí por encima de la madreselva. Tú y yo podemos pasar horas sin hablar, sin gritarnos ideas repentinas o preguntas de jardinería a través de la calle, pero es como si trabajáramos juntos. Quizá sea solo cosa mía. Y hay algo agradable en ello. Cuando veo que bebes un trago de agua fría embotellada, me acuerdo de hacerlo yo. Cuando enderezo la espalda y anuncio que voy a almorzar, estás de acuerdo en hacer lo mismo. No comemos juntos, pero nos ceñimos al mismo horario. A veces me siento en el banco de mi jardín a comer una ensalada y tú te sientas a la mesa que todavía no has quitado del césped, y es como si estuviéramos en compañía sin estarlo. Ambos damos los buenos días y las buenas tardes al ejecutivo que tiene alquilado el número seis, que pasa por delante de nosotros en su BMW pero que todavía no ha reparado en nosotros y conduce ignorando nuestros amigables saludos. Al principio su indiferencia me molestaba. Ahora me molesta y al mismo tiempo lo compadezco porque sé exactamente qué ocupa su mente. No tiene tiempo para nosotros, para nuestro trivial y amigable entrometimiento en su vida. Está demasiado atareado. Tiene cosas en la cabeza. Cosas serias. Distracciones.

Y yo me estoy acercando a la posibilidad de convertirme de nuevo en esa persona puesto que junio trae consigo mi entrevista de trabajo. En cuanto Monday me informó de la fecha comencé a desear que llegara deprisa, pero ahora ya está a la vuelta de la esquina y quiero que la semana se prolongue. El 9 de junio, el 9 de junio, estoy muy nerviosa, procuro no pensar en ello, aunque Monday no me dejará en el atolladero, viene a casa a cenar y repasamos las preguntas. No estoy nerviosa porque crea que no estoy capacitada, estoy nerviosa porque creo que estoy capacitada y porque en el transcurso de estas semanas he terminado por darme cuenta de que deseo este empleo más que nunca, y me preocupa no conseguirlo. No conseguir este empleo será el comienzo de que mi desempleo se convierta en un problema, mientras que está fuera de mi control durante mi baja por jardinería. No quiero sentirme oficialmente aburrída, inútil, insegura y con miedo al futuro. En cierto sentido, esto es la calma antes de la tormenta, y si esto es la calma...

—Muy bien, cuéntemelo de nuevo desde el principio, señorita Butler.

—Monday —rezongo, mientras nos sentamos a la mesa de la cocina para repasar la entrevista por enésima vez—. ¿Haces lo mismo con todos tus candidatos?

—No.

Aparta la vista, azorado.

—¿Y a qué viene este trato especial?

«Dilo, dilo», lo insto a decir lo que tantas ganas tengo de oír.

—Quiero que consigas el empleo.

—¿Por qué?

Dejo que se prolongue el silencio.

—Los demás candidatos están trabajando —dice finalmente—. Y tú te lo mereces.

Suspiro. No es la respuesta que esperaba.

—Gracias. ¿Quiénes son, a todas estas? ¿Son mejores que yo?

—Sabes que no puedo decírtelo —contesta, sonriendo—. Además, que lo supieras no cambiaría las cosas.

—Quizá sí. Podría sabotear sus posibilidades el día de la entrevista. Pincharles los neumáticos, meter tinte rosa en su champú, ese tipo de cosas.

Se ríe, me mira de esa manera que me derrite por dentro, como si yo le interesara y desconcertara a la vez.

—Por cierto —dice, mientras recojo los platos—. Ha habido un cambio de planes. La entrevista se ha pospuesto al día diez.

Dejo de tirar sobras al cubo de la basura y lo miro. Se me tensa la garganta, se me encoge el estómago. Monday repara en el silencio, levanta la vista hacia mí.

—Y no se te ha ocurrido decirlo hasta ahora.

—Solo es un día después, Jasmine; no pongas esa cara de susto —dice, sonriendo. Se frota la mandíbula con la mano mientras me escruta.

—No estoy asustada, estoy...

Me debato entre si decírselo o no. No sé por qué no se lo digo, pero no decírselo me revela que en este momento no estoy plenamente comprometida con esta entrevista y eso me asusta. Necesito esta entrevista. Necesito este empleo. Necesito volver a encarrilarme.

El 10 de junio es el día que Heather se va cuatro días de vacaciones a Fota Island con Jonathan. Lo único que tengo intención de hacer mientras ella esté fuera es quedarme en casa aguardando, aguardando a que suene el teléfono, aguardando a que un vecino llame a la puerta y me diga que ha ocurrido algo, tal como lo hacen en las películas, aguardando a que un guardia se quite la gorra e incline la cabeza respetuosamente. Si voy a la entrevista de trabajo no podré concentrarme de pleno en preguntarme qué estará haciendo Heather. Habrá quien diga que tal distracción me vendría bien, pero no, significará apagar el teléfono durante al menos una hora, significará no poder prestar atención a mis sentidos, al posible ataque de pánico que podría avisar de que algo va mal, dejándome incapaz de subir corriendo al coche y salir disparada hacia Cork de inmediato. Quiero conseguir un empleo, pero Heather debería ser mi prioridad más importante. Este descalabro no acabará bien.

—Jasmine —dice Monday, viniendo a mi encuentro en la cocina—. ¿Ocurre algo?

—No —miento, y se da cuenta de que estoy mintiendo.

Una vez se ha marchado, me siento a la mesa de la cocina y me muerdo las uñas hasta tenerlas en carne viva.

Monday me llama el jueves 9 cuando estoy en el apartamento de Heather, ayudándola a hacer el equipaje porque quiero asegurarme de que no olvide nada para su viaje del día siguiente. Está receloso y tiene derecho a estarlo, soy imprecisa, y aunque racionalmente estoy comprometida en ir a la entrevista, cuando lo digo en voz alta ni siquiera yo me lo creo. Necesito el empleo. Necesito encarrilar de nuevo mi vida. Pero Heather... Se me parte el alma y me abrumba la preocupación.

—Hasta mañana, Jasmine —dice Monday.

—Hasta mañana —respondo finalmente, y casi me atraganto al pronunciar la segunda palabra.

El día siguiente acompaño a Heather a la estación de tren de Heuston como si fuese un soldado que se marcha a la guerra, y a las once, cuando debería estar sentada en una sala de juntas convenciendo de mis aptitudes y encarrilando mi vida, estoy sentada en el vagón contiguo al de Heather y Jonathan, observando cómo juegan a Snap mientras viajamos hacia Cork. Monday me llama cuatro veces y las cuatro hago caso omiso. Ahora mismo él no lo entendería, pero sé que estoy haciendo lo que debo.

Un hombre ocupa el asiento en diagonal al mío y me tapa a Heather. Siempre he pensado que el jardín, la naturaleza, era honesto, sincero, abierto. Trabajas duro en él y recibes recompensas, pero incluso en un jardín hay engaños y artimañas. Es de lo más natural, lo hacemos para sobrevivir. La *Stapelia asterias* sabe cómo atraer

insectos, mostrándose y oliendo como carne en putrefacción. Despide un hedor pútrido a juego con su poco atractiva apariencia. Sigo su ejemplo. Me sueno los mocos de la nariz y carraspeo ruidosamente. El joven se asquea no sin razón y cambia de asiento. Vuelvo a ver a Heather. Es natural engañar.

Monday llama a mi teléfono por quinta vez. Las lianas de pasionarias desarrollaron motitas amarillas que parecen huevos de mariposa *Heliconius*, cosa que convence a las mariposas hembra para buscar otro sitio para que su lechigada no tenga que competir con otras orugas cuando salgan del capullo. Me acuerdo de una amiga que cuando está en un club nocturno y un hombre que no le interesa quiere sacarla a bailar, menciona al bebé que no tiene y ve cómo el tipo en cuestión gira en redondo ipso facto. Ignoro la llamada de Monday. Es natural engañar.

Hay un coche para recoger a Heather y a Jonathan en la estación de tren; lo organizamos con el hotel y veo al conductor que sostiene un cartel con sus nombres antes de que lo vean ellos. Heather y Jonathan pasan de largo, buscando en la dirección equivocada, y tengo ganas de gritarles, pero me muerdo la lengua en el último momento. Tanto mejor, puesto que dan media vuelta, como si oyeran mis pensamientos, y lo ven mientras desandan lo andado.

La avispa *Lissopimpla excelsa* macho se siente tan atraída por la orquídea *Dockrillia linguiformis* que eyacula en los pétalos de la flor. Las flores capaces de engañar a los insectos para que eyaculen tiene los índices más altos de polinización. Pienso en una amiga que se quedó embarazada para que su novio se casara con ella, y que después se quedó embarazada otra vez para que no se separara de ella cuando el matrimonio se iba a pique, y recuerdo que es natural engañar. Subo a un taxi y sigo a su coche hasta el hotel.

Heather y Jonathan se registran en recepción y toman dos habitaciones individuales, tal como acordamos. No me había dado cuenta de que estaba aguantando la respiración hasta que de pronto suelto el aire por la boca y noto que el cuerpo se me destensa. Me registro en la habitación que he reservado desde el tren. He pedido que estuviera en el mismo piso que la de Heather y Jonathan. Lo único que llevo conmigo es mi maletín y en recepción se extrañan de que no lleve equipaje, pero he sobrevivido a un espontáneo fin de semana procaz solo con chancletas desechables de *spa*, y me consta que aquí puedo hacer lo mismo.

No me quedo en la habitación. Enseguida bajo otra vez al vestíbulo a aguardar, con la esperanza de no haberlos perdido. Los veo fuera, cogidos de la mano mientras exploran el lugar. Intento mantenerme a la mayor distancia posible, pero no me basta con ver a Heather de lejos, necesito verle la cara. Necesito descifrar su expresión para asegurarme de que realmente está bien. Me armo de valor y me escondo detrás de unos árboles cercanos. Encuentran un parque infantil al lado de un grupo de casas de vacaciones que son un hormiguero de niños. Heather se sienta en un columpio y Jonathan la empuja. Me siento en el césped, levanto la cara al sol y cierro los ojos, y escucho y sonrío al oírla reír. Me alegro de estar aquí, he hecho lo que debía.

Pasan hora y media en el parque y después se van a nadar. Veo el gorro de baño amarillo de Heather cabeceando en el agua mientras Jonathan finge que es un tiburón, mientras juegan al voleibol, bastante mal, mientras ella chilla cuando él hace salpicar el agua. Jonathan es bondadoso y atento, y pone cuidado en todo momento, tratándola casi como si pensara que Heather es frágil, o quizá preciosa, como si fuese un honor ayudarla. Abre puertas, retira sillas, es un poco torpe, pero cumple con todo. Heather es muy independiente y, sin embargo, le deja hacer esas cosas, parece alegrarse por él. Ha pasado tantos años no queriendo ser una persona que necesita ayuda innecesaria, que verla así me sorprende.

Se cambian para cenar, Heather lleva un vestido nuevo que compramos juntas y los labios pintados. Normalmente no se maquilla, y el pintalabios es todo un acontecimiento. Es rojo y no pega con su vestido rosa, pero insistió en ese color. Se la ve adulta mientras caminan juntos, y me fijo en que tiene el pelo salpicado de gris en las raíces y me pregunto desde cuándo lo tiene así. En cuanto se cierran las puertas del ascensor sigo el camino que han tomado y respiro el perfume que lleva Heather. Enfrentada a la decisión imposible de cuál ponerse, me preguntó cuál se ponía mamá y lo compró. El aroma de mi madre llena mis pulmones mientras sigo el rastro de Heather.

Bajan a cenar al comedor principal. Decido sentarme en el bar, desde donde puedo seguir viéndolos. Heather pide el entrante de queso de cabra y me desconcierta porque sé que no le gusta. Creo que lo ha leído mal. Pido lo mismo para ver cómo es; así, si alguna vez me lo comenta, sabré exactamente de qué habla. Piden una copa de vino para cada uno, cosa que me preocupa porque Heather no bebe. Toma un sorbo y hace una mueca. Ambos se ríen y Heather aparta la copa. Pido el mismo vino y me lo bebo todo. Estoy contenta, sentada aquí y observándola, sintiéndome parte de lo que acontece aunque no sea por completo.

Se come la manzana y la remolacha de su entrante, pero deja el queso de cabra. La oigo explicar al camarero que se ha confundido porque no quiere que piense que ha sido culpa del chef. Está nerviosa, lo sé por la manera en que se sujeta el pelo detrás de la oreja pese a que no le cae ningún mechón. Tengo ganas de decirle que no pasa nada, que estoy aquí, y por un instante me planteo revelarle mi secreto, pero enseguida decido no hacerlo. Tiene que pensar que está haciendo esto ella sola. Toman tres platos, Jonathan da buena cuenta del bistec y la guarnición, Heather come pescado rebozado y patatas fritas. Prueban sus respectivos postres. Jonathan le acerca una cucharada de *fondue* de chocolate a la boca, solo que debe de estar nervioso porque la mano le tiembla y le mancha la nariz. Se sonroja y parece que esté a punto de llorar, pero Heather se echa a reír y él se relaja. Moja la servilleta en su vaso de agua y se inclina sobre la mesa para limpiarle con ternura la nariz. Heather no le quita los ojos de encima ni un instante y se me ocurre que podría haberme sentado justo a su lado sin que hubiesen reparado en mí para nada.

La *Lithops* se llama comúnmente planta piedra. Estas plantas crecen en los

desiertos, escondidas en lechos rocosos, y cuando sus flores amarillas se abren es como si hubiesen salido de la nada. ¡Sorpresa! Tengo ganas de hacer lo mismo, pero me contengo. Me quedaré aquí, donde no pueden verme. Es natural engañar.

Esa noche, cuando enciendo el teléfono encuentro otras cuatro llamadas perdidas de Monday, y los mensajes de texto van del enojo a la preocupación.

La *Caladium Steudneriifolium* finge estar enferma; el dibujo de sus hojas imita los estragos que causan las larvas de polilla cuando salen del capullo y se comen la planta, y esto evita que las polillas pongan sus huevos ahí. Digo a Monday que estoy muy enferma. Es natural engañar.

Heather me llama cuando ambas hemos regresado a nuestras habitaciones y me cuenta todo lo que le ha ocurrido hoy. Es lo mismo que he presenciado y me alegra que lo haya compartido conmigo sin omitir nada.

Al día siguiente se van de excursión a Fota Island. Pasan mucho rato contemplando y fotografiando los gibones, que chillan y se columpian como locos para gran regocijo de Heather. Se fotografían el uno al otro y después Jonathan pide a un chaval que les haga una fotografía juntos. No me gusta la pinta del adolescente, no es alguien a quien yo hubiese confiado mi teléfono, y que Jonathan lo haga me fastidia. Me acerco un poco, por si acaso. Los amigos del adolescente ya se están riendo por lo bajo de las caras de felicidad de Jonathan y Heather al posar para la foto. Me acerco todavía más, lista para abalanzarme sobre el adolescente cuando eche a correr con el teléfono de Jonathan. El chaval hace la foto y se lo devuelve. Jonathan y Heather miran las fotos y después me sorprenden al regresar en dirección a mí, y mientras lo hacen mi teléfono pita. Es un mensaje de Heather; la fotografía de ella con Jonathan. Me entristezco; estoy disgustada conmigo por haber venido. Es como si alguien hubiese pinchado mi globo con un alfiler. ¿Por qué no confié en que Heather me mantendría informada y, por consiguiente, implicada en todo momento? Quería visitar este lugar con ella, tuve que renunciar cuando sugerí que vinieran ellos dos y, sin embargo, Heather lo está compartiendo todo conmigo. Turbada y nerviosa, me rezago un poco más.

Heather y Jonathan pasan cuatro horas en el parque. Hace calor y humedad y hay muchos grupos de escolares y familias. Deseando haber traído ropa más apropiada para este clima que el traje negro que me puse para ir a la entrevista, permanezco en la sombra pero sin perderlos de vista. Se detienen a tomar un helado y charlan durante una hora, después regresan al hotel. Se instalan en el bar, donde beben sendos 7UP, y prosiguen su conversación. Me parece que nunca he hablado tanto rato seguido con alguien, pero las palabras fluyen entre ellos y su atención está completamente fija en el otro. Es bonito, pero vuelvo a notar una punzada de tristeza, cosa que me hace sentir ridícula. No estoy aquí para compadecerme de mí. Cenar en el bar y se acuestan temprano, cansados después de la larga jornada.

Tengo un mensaje de Monday. «Llámame. Por favor».

Mi dedo flota sobre el botón de llamada, pero de pronto el teléfono suena y hablo

con Heather durante tres cuartos de hora sobre lo que ha hecho durante el día. Me cuenta absolutamente todo lo que ya he presenciado, y el júbilo que ayer sentí por estar aquí y saber que lo está compartiendo todo conmigo ha desaparecido. Me siento como una traidora. Tendría que haber confiado en que Heather sería capaz. No debería estar aquí.

Es el tercer día. Mañana se marcharán y están sentados en la terraza del hotel, conversando. Lo que comenzó como un hermoso día ha cambiado de repente. Mientras todo el mundo pasa al interior para resguardarse de la brisa fresca, Heather y Jonathan, ajenos al frío, siguen conversando. A ratos no hablan y permanecen sentados tan a gusto en mutua compañía, y yo no puedo dejar de mirarlos, absolutamente fascinada con lo que está ocurriendo entre ellos.

Algo cambia en mi fuero interno. Aunque ya he caído en la cuenta de que no debería estar aquí, comprendo que tendría que marcharme enseguida. Porque si Heather me descubre, sé que haré peligrar nuestra relación. Este viaje es importante para ella y mi presencia aquí es una falta de respeto. Lo sé y, sin embargo, no se me ha ocurrido hasta ahora. La he traicionado al venir aquí, y estoy molesta conmigo por haberlo hecho. He traicionado a Monday para hacerlo; otra traición. Tengo que irme.

Corro a mi habitación a recoger las pocas pertenencias que traje. Pago la cuenta en recepción. Mientras correteo a través del vestíbulo, súbitamente ansiosa por salir de escena, me topo de bruces con Heather y Jonathan.

—¡Jasmine! —exclama Heather, impactada. Al principio se alegra de verme, pero entonces veo cómo digiere la sorpresa, pasando de la alegría a la confusión. Perplejidad, después asombro. Es demasiado cortés para enfadarse conmigo aunque lo haya entendido todo.

Estoy tan aturdida de verlos y me siento tan pillada en falta, que no sé qué decir. Llevo la culpa escrita en la cara. Ambos lo saben y se miran, mostrándose tan consternados como yo.

—Quería asegurarme de que estuvieras bien —digo con voz temblorosa—. Estaba... muy preocupada. —Se me quiebra la voz y susurro—: Perdona.

Heather me mira pasmada.

—¿Me has seguido, Jasmine?

—Me voy ahora mismo, te lo prometo. Lo siento.

Mis labios le rozan la frente un instante cuando me marchó, chocando torpemente con la gente que pulula por el vestíbulo mientras voy hacia la puerta.

La mirada que me dirige Heather y lo que yo siento no tienen nada de natural.

Las horas siguientes las paso en el tren, con la cara entre las manos, repitiendo el mantra. He defraudado a Monday, he defraudado a Heather, me he defraudado a mí.

El taxi para delante de mi casa y me apeo, agotada y necesitando cambiarme de ropa urgentemente. Miro mi jardín con la esperanza de tener la acostumbrada sensación de alivio o rejuvenecimiento que me dispensa. Pero es en balde. Algo va mal. Ha perdido su vitalidad.

La realidad me ha dado una lección, el universo me ha arrinconado. He descuidado mi jardín en plena ola de calor durante tres días sin dar instrucciones a alguien para que me sustituyera. Las flores están sedientas. Peor aún, las babosas se han abierto camino, comiéndose mi jardín. Mis rosas de color crema están mustias, mis peonías de color rosa se han marchitado. He conseguido contenerme todo el día, pero la visión de mi querido jardín me hace llorar.

He defraudado a Monday, he defraudado a Heather, me he defraudado a mí.

He perdido una oportunidad importante para mi vida a fin de estar con Heather. Pero Heather no me necesitaba. Me lo repito una y otra vez. Heather no me necesitaba. Tal vez sea yo quien se aferra a ella, buscando ayuda para escapar de mi propio mundo. En lugar de vivir mi vida por mi cuenta, asumí el papel de guiarla y, en cierto modo, de cuidarla como una madre. No estoy segura de si esto fue resultado de mi cariño hacia ella o el motivo por el que decidí hacerlo. Dudo que tenga la menor importancia, pero ahora sé que es un hecho.

Este año, al sentir que perdía el control me he volcado en mi jardín para conservar el mando, pensando que se doblegaría a mi voluntad. Me ha demostrado que no lo hará. Nada se doblega a nuestra voluntad. Descuidé mi jardín y dejé que las babosas lo invadieran.

Eso es exactamente lo que he hecho conmigo.

Aparte de traiciones, junio también trae consigo un bautizo, deberes de madrina y un rollo de una noche con mi ex novio Laurence, el novio que más me duró, aquel con quien todo el mundo creía que iba a casarme, incluso yo, pero que al final me dejó. Acostarme con Laurence otra vez al cabo de dos años de celibato con él fue un error, un error placentero pero que no volverá a suceder. No sé en qué estaría pensando, pero después de un día bebiendo al sol, los antiguos sentimientos reaparecieron, o quizá su recuerdo, su eco, y por eso los confundí tan fácilmente como confundí el aseo de hombres con el de mujeres y el vaso de agua con el vodka a palo seco. Solo una pifia más en un largo día de verano. Y quizás estaba anhelando un momento de seguridad, volver a sentirme amada, volver a sentirme enamorada. Solo que no resultó así, por supuesto que no. Las repeticiones nunca dan resultado. Los «esto ya lo hice antes^[9]» rara vez pueden reproducirse. No intentéis hacerlo en casa, niños.

Y, en consecuencia, termino delante de tu casa a las dos de la madrugada, borracha, tirando piedras a tu ventana, con una botella de rosado y dos copas en la mano.

Abres la cortina y te asomas, con el rostro soñoliento y confundido, la cabeza espeluznada. Me ves, desapareces de mi vista y me siento a la mesa a aguardarte. Poco después abres la puerta, en chándal, y vienes a mi encuentro. Cuando te das cuenta de mi estado, la aturdida mirada inquisitiva de tu cara se vuelve en el acto divertida, expresión que hace que tus ojos brillen pícaramente, aunque más pequeños y rodeados por las arrugas que los estrujan cuando sonríes.

—Vaya, vaya, vaya, mira quién está aquí —dices, acercándote con una enorme sonrisa. Para mi fastidio, me alborotas el pelo como haría un hermano mayor antes de sentarte a la mesa conmigo—. Vas muy elegante esta noche.

—Se me ha ocurrido convocar una reunión urgente de vecinos —farfullo, y acto seguido empujo una copa hacia ti y me inclino para llenarla. Casi me caigo de la silla al hacerlo.

Tapas la copa con la mano.

—No, gracias.

—¿Sigues sin beber? —pregunto decepcionada.

—¿Te he sacado de la cama en plena noche para que me hicieras entrar en casa, últimamente?

Me quedo pensando.

—No.

—Y ya van cuatro semanas.

Termino de llenar mi copa.

—Aguafiestas.

—Alcohólico.

—Paparruchas —digo. Bebo un trago de vino.

—Qué solidaria —respondes de buen talante.

—No eres alcohólico. Eres un bebedor empedernido, que no es lo mismo.

—¡Hala! Toda una controversia. Explícamelo, por favor.

—Eres tonto de remate, eso es lo que pasa. Egoísta. Te gusta trasnochar. No eres adicto, en realidad no tienes un problema con el alcohol, tienes un problema con tu vida. A ver, ¿asistes a reuniones?

—No. Bueno, casi. Me reúno con el doctor Jota.

—Un médico retirado no cuenta.

—El doctor Jota es alcohólico. No ha tomado una copa en más de veinte años. Hay muchas cosas acerca de él que no sabes —dices, al ver que me quedo estupefacta—. Su esposa le dijo que no tendría hijos hasta que dejara la bebida. No dejó de beber hasta que cumplió más de cincuenta. Demasiado tarde. Aunque no lo abandonó.

Apuro mi copa.

—Bueno, ahora está muerta.

Frunces el ceño.

—Sí, Sherlock. Ahora está muerta.

—O sea que al final se largó.

No sé por qué estoy diciendo las cosas que digo. Seguramente para resultar irritante, cosa que sin duda soy. Es divertido ser tú mismo, entiendo por qué eres como eres.

Te levantas de la mesa y entras en casa. Supongo que has ido a buscar algo de comer, pero regresas con una triste bolsa de nachos.

—¿Los niños están aquí?

—Kris y Kylie me pidieron si podían quedarse una noche más. Lo pasan bien en el huerto.

—Kris y Kylie. O sea que se llaman así. Incluso parecen gemelos.

—Lo son.

—Ah.

Tienes un huerto bastante impresionante al lado de tu casa. Aunque es de noche, le echo un vistazo. Te ríes.

—Estás celosa.

—¿Por qué iba a estarlo, teniendo eso? —Miramos hacia mi jardín. Es el mejor de la calle, aunque me esté mal el decirlo—. No intentes competir conmigo, Marshall —advierdo.

—No me atrevería —contestas, simulando seriedad—. Fionn aún no se está ambientando.

—Quizá nunca lo consiga —digo pensativa, pasando el dedo por el borde de la copa—. Hagas lo que hagas.

—Vaya, qué comentario tan positivo, gracias.

—No estoy aquí para ser positiva. Estoy aquí para ser realista. Si quieres consejos

optimistas, habla con el benévolo doctor Jota.

—Ya lo hago.

—Me tiene sorprendida, ¿sabes? Tiene suerte de no haber matado a nadie en el quirófano.

—Era alcohólico funcional. El peor tipo.

—Afortunado tú, que no lo eras.

Encajas ambos insultos: que eras alcohólico y que no podías funcionar.

—En efecto. Él me lo ha hecho ver.

Nos llamamos y comes nachos ruidosamente. Bebo otro trago de vino. Me doy cuenta de que, como de costumbre, he estado atacándote.

—Todos los novios que he tenido me han dejado. ¿Lo sabías?

—No. —Adoptas de nuevo esa expresión divertida tan tuya—. Pero no puedo decir que me sorprenda —agregas, con sarcasmo pero amablemente.

—Porque es muy difícil vivir conmigo —digo, ante tu sorpresa.

—¿Por qué es difícil vivir contigo?

—Porque quiero que todo se haga a mi manera. No me gustan los errores.

—Jesús, no te gustaría vivir conmigo.

—Tienes razón. En absoluto.

Silencio.

—¿Qué ha pasado esta noche?

—Me he acostado con mi ex.

Miras tu reloj. Son las dos.

—Me he marchado cuando se ha dormido.

—Seguramente fingía que dormía.

—No se me había ocurrido.

—Antes lo hacía a menudo.

—Pues te dio resultado. Tu mujer se marchó.

No te gusta mucho esta broma, seguramente porque no ha sonado a broma.

—Dime, ¿eso es lo que te ha dicho, que es difícil vivir contigo?

—Literalmente, no. Se me ha ocurrido a mí solita. Es algo de lo que soy consciente desde...

Miro hacia mi jardín lozano y florido, mi fuente mágica de saber.

—Siendo así, ¿cómo sabes que es verdad? A lo mejor no es nada difícil vivir contigo, a lo mejor solo eres una mujer guapa, exitosa y ocupada que no se conforma más que con lo mejor; ¿y por qué deberías conformarte con menos?

Eso me conmueve, casi se me saltan las lágrimas.

—A lo mejor —dices.

Mis lágrimas se secan en el acto.

—O quizás eres un desastre en la cama y es imposible vivir contigo.

Te echas a reír y te tiro un nacho.

—Esta noche me ha dicho que conmigo se sentía solo. Por eso me abandonó.

Silencio.

—Contigo se sentía solo —dices despacio, absorto en tus pensamientos.

—Conmigo se sentía solo —repito, rellenando mi copa.

Figúrate cómo me sentí; figúrate cómo se sentía él, estando con alguien que le inspiraba soledad. Es bastante espantoso sentirse solo en compañía de alguien que amas. Tiene su mérito ser capaz de decirlo, pero es insoportable oírlo, ser la persona de quien se dice algo semejante.

—¿Lo dijo antes o después de que os acostarais? —preguntas, inclinándote hacia delante, los codos sobre la mesa, estudiándome con interés.

—Antes. Pero sé lo que estás pensando. No era un cuento.

—Sí que lo era —dices con fastidio—. Vamos, Jasmine, claro que era un cuento. Me juego lo que sea a que estabais a solas, me juego lo que sea a que era el final de la noche, te lleva a un aparte, habla con Jasmine, soltera y sin empleo, en una situación vulnerable, con todas sus amigas pariendo retoños. Aunque ella diga que no quiere tener hijos, no deja de hacerla pensar. Y entonces se saca el cuento del bolsillo. Te mira, pelirroja y tetuda...

Suelto un resoplido, procurando no sonreír.

—El rímel corrido...

Me limpio los ojos.

—Es un cuento chino. Solo caben dos salidas: o te enfadas y le tiras la copa, o te sientes culpable y él echa un polvo. Nueve de cada diez veces funciona.

—Citando al doctor Jota: ¡memeces! Tú no lo has intentado diez veces —digo, recelosa.

—Dos. Una vez terminé con una copa en la cara y otra vez conseguí mi final feliz. Y la copa en cuestión era una Sambuca flambeada que me hizo escocer la piel de mala manera, con los granos de café todavía en llamas.

Me río.

—Por fin sonrío —dices en voz baja.

Enciendo un cigarrillo.

—Tú no fumas.

—Solo cuando bebo.

—Mal hecho.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y qué pasa con tu novio? —preguntas—. ¿Vas a contarle lo que has hecho esta noche?

—¿Qué novio?

—Ese tío tan guaperas que te visita cada dos por tres. El que no es tu primo. —Levantas las manos y te ríes—. Perdón, no he podido evitarlo.

—No es mi novio. Ese es Monday. Es cazatalentos. Estaba intentando ofrecerme un empleo.

—¿Monday?

—Nació un lunes.

—Ya. Y Monday te busca trabajo.

No me gusta la expresión divertida de tu rostro.

—Lo buscaba. ¿O crees que eso también era un cuento?

Estoy siendo sarcástica, no cuento con que lo consideres en serio.

—¿Cuál era ese empleo?

—Trabajar para la David Gordon White Foundation.

—¿Los asesores fiscales?

—Tienen una fundación nueva que se dedica a la justicia climática.

Me miras con intención.

—Tú te dedicas a montar empresas.

—Es nueva, tengo que montarla.

—¿Y me estás diciendo que no intenta llevarte a la cama?

—Ojalá lo hiciera —contesto, y te ríes. Tiro el cigarrillo al suelo y lo aplasto con el tacón. Por un momento he querido apagarlo en la mesa recién barnizada, pero al pensar en el duro trabajo de los niños me he refrenado—. De todas formas, es demasiado tarde. No fui a la entrevista.

—¿Por qué? ¿Te asustaste?

Esta vez no me tomas el pelo.

—No.

Aunque la verdad es que estaba asustada, pero no por el empleo. Pienso si debo decirte la verdad. Supondría tener que explicarte mis temores acerca de Heather porque se iba sola de viaje, y no quiero reforzar la imagen estereotipada que tienes del síndrome de Down, por más que yo misma estuviera equivocada al respecto. Hace una semana que ha vuelto y si bien hemos hablado por teléfono —por supuesto que habla conmigo, Heather no podría ser de otra manera—, las cosas no son como antes. Está distante. He perdido una parte de ella, la parte invisible que nos mantenía unidas.

—¿No fuiste a la entrevista porque estabas borracha? —preguntas, preocupado.

—No —contesto secamente.

—Vale, vale. Solo pregunto porque de un tiempo a esta parte parece ser un tema recurrente, de modo que he creído oportuno sacarlo a colación, vista tu gran amabilidad al llamarme la atención sobre mi afición a la bebida.

Levantas las manos a la defensiva.

—No te preocupes —digo, más serena—. Es que estoy... tan...

Doy un resoplido y después suspiro, incapaz de resumir mejor mis sentimientos.

—Ya. Te entiendo.

Y pese a mi incapacidad para explicarme, creo que me entiendes perfectamente. Guardamos un cómodo silencio que me hace pensar en Jonathan y Heather cuando estaban juntos, los celos que tuve, sin ser consciente de que tengo ese mismo bienestar aquí, contigo.

—¿Ese hombre que viene a tu casa con una niña es tu padre?

Asiento con la cabeza.

—Parece un buen padre.

Presiento que vas a buscarme las cosquillas otra vez, pero mientras acaricias la suave madera barnizada con la mano me doy cuenta de que estás pensando en ti y en tus apuros.

—Ahora lo es —digo. Quiero añadir algo más, pero no lo hago.

Levantas la vista hacia mí. Me estudias de esa manera tan tuya que yo tanto detesto porque es como si vieras o intentaras ver a través de mi alma.

—Interesante.

—Interesante. —Suspiro—. ¿Qué tiene de interesante?

—Explica las cosas que me dijiste, nada más.

—Te dije que eras un padre espantoso porque eras un padre espantoso.

—Pero tú te fijaste. Te molestó.

No contesto. En lugar de hacerlo, bebo.

—¿Está intentando recuperar el tiempo perdido?

—No, se está entrometiendo en mi vida; algo completamente distinto. —Al ver tu mirada inquisitiva, explico—: Intenta conseguirme un empleo. En su antigua empresa. Cobrar algunos favores, ese tipo de cosa.

—Parece positivo.

—De positivo, nada. Eso es nepotismo.

—¿Es un buen empleo?

—La verdad es que sí. Directora de cuentas, ocho personas a mi cargo. Cuarenta mil —repito el mantra de mi padre con una mala imitación.

—Es un buen trabajo.

—Sí, es un trabajo estupendo. Te lo acabo de decir.

—No se lo ofrecería a cualquiera.

—Claro que no.

—Tendrías que hacer una entrevista.

—Por supuesto. Ya no es su empresa. Solo está proponiendo mi nombre.

—Pues entonces cree en ti. Piensa que estás capacitada. Seguro que se siente orgulloso. No querría que lo avergonzara una hija que rindiera poco.

Eso me pica y me pregunto si te refieres a Heather. Me dispongo a discutir, pero me doy cuenta de mi error. No sé qué decirte.

—Yo me lo tomaría como un cumplido.

—Lo que tú digas.

—Fionn y tú tenéis mucho en común —dices, y me consta que estás criticando mi respuesta pueril, pero te salto a la yugular.

—¿Porque los dos tenemos padres gilipollas?

Suspiras.

—Si te dijera que conozco a alguien que tiene una gran idea para montar una empresa y que está buscando a alguien con quien trabajar, ¿estarías interesada?

—¿Se llama Caroline? —digo, y percibo el espanto que trasluce mi voz.

—Hablo hipotéticamente.

—Sí, lo estaría.

—Pero tu padre conoce a alguien que está buscando a alguien y ni siquiera te lo planteas.

No sé qué contestar, de modo que, imitando a Fionn, encojo los hombros.

—Yo de ti no lo descartaría.

—No necesito su ayuda.

—Sí que la necesitas.

Me quedo callada.

—Hay un cazatalentos ofreciéndote un empleo que a estas alturas ya sería tuyo si te interesara lo más mínimo, y una amiga que quiere que la ayudes a montar una web de vestidos. Estaba en tu casa, lo oí —explicas al ver mi reacción—. Por supuesto que necesitas ayuda.

Sigo callada.

—Sé que no te gusta escuchar la opinión de los demás. Piensas que se equivocan. Que son estrechos de miras. No me mires así, me lo has dicho tú misma. A veces, solo a veces, pienso que enfocas muy mal las cosas.

Dejas eso un rato en suspenso. Me gustaba más cuando te odiaba y no nos hablábamos. Pero visto que te metes conmigo y en mis asuntos, creo que ahora me toca a mí.

—¿Qué pasa con la canción de Guns N' Roses?

Me miras sin comprender.

—Nada. El CD del jeep está atascado. Es la única canción que suena.

Me llevo un buen chasco. Cuando creía haber hallado un significado personal, resulta que no es así. Cuando creía haber entrevisto algo, estoy equivocada.

—Más vale que vuelva a la cama, los chicos se levantarán temprano. Mañana recogemos guisantes y plantamos tomates.

Hago ver que me dejas impresionada. En realidad estoy celosa. Mis guisantes se malograron.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Solo para que conste, Jasmine: yo hubiera dicho lo contrario sobre ti.

—¿Qué quieres decir?

—De no haber sido por ti, habría estado solo demasiadas veces. Nunca me he sentido solo a tu lado, ni un segundo.

Me quedo sin respiración. Te veo entrar en tu casa. De repente estoy tan sobria como si no hubiese bebido ni una gota. Estoy sentada en la cabecera de la mesa, en el asiento donde sueles sentarte tú. En tu mesa de beber. Cómo cambian las tornas en la vida.

La mañana siguiente me despierta la luz que entra a raudales por la ventana y el timbre de la puerta está sonando. Tengo la cabeza caliente, como si hubiese estado tendida en el asfalto con una lupa sobre mi rostro; una broma infantil que me gasta Dios. No me molesté en cerrar las cortinas cuando me desplomé en la cama. Lo recuerdo todo en un instante, como si me golpearan la cabeza con un calcetín lleno de piedras. El bautizo, Laurence. No me importa lo más mínimo haberte sacado de la cama anoche, Laurence gana de cajón. El timbre sigue sonando.

—¡No está en casa, papá! —oigo decir a una voz de niña debajo de mi ventana. Kylie. O quizá Kris, que todavía no ha cambiado la voz.

—Sí que está. Insiste —te oigo gritar desde el otro lado de la calle.

Gruño al abrir los ojos e intento adaptarme a la luz blanca. Tengo la lengua como papel de lija, miro si hay agua en el armario de la mesita de noche y veo una botella de vodka vacía. Se me revuelve el estómago. Esto se está volviendo demasiado frecuente y de repente sé, justo ahora, que no volverá a suceder. Ya no lo aguanto más. Deseosa de estar fuera de mi cuerpo, voy y me encuentro fuera de mi cuerpo. Quiero regresar enseguida. El despertador me dice que son las doce y me lo creo, el sol de mediodía me enciende las mejillas.

Tropiezo al bajar la escalera y me agarro a la barandilla. El corazón me palpita del susto, pero me da el toque de atención que necesito. Abro la puerta y dos niños rubios y Monday me miran, los niños observando mi aspecto desaliñado de arriba abajo, y Monday con una expresión guasona. Les cierro la puerta en las narices en el acto y los oigo reír.

—Eh, chicos, ¿qué os parece si le concedemos un momento para que se arregle?

Entreabro la puerta para que entre él y corro escaleras arriba para darme una ducha y humanizarme un poco. Vuelvo a bajar sintiéndome refrescada pero frágil. Me duele todo, la cabeza, el cuerpo...

—¿Una mala noche? —pregunta Monday, ligeramente divertido por mi estado—. ¿O sigues enferma?

La segunda pregunta suena enojada y hago una mueca de dolor.

Apenas puedo mirarlo, me siento muy culpable por no haberme presentado a la entrevista pero, sobre todo, por no haber tenido el valor de avisarlo de que no acudiría. Ha preparado café, va vestido de manera informal, no puede esconderse detrás de la coraza de su imagen profesional. De repente me siento culpable por lo de Laurence, como si hubiese traicionado a Monday, aunque nunca haya habido nada entre nosotros. Él es cazatalentos y yo una desempleada y nunca hubo nada más, ni siquiera una insinuación, pero la decepción que siento me dice que había algo. Y, por supuesto, ha sido preciso que me acostara con otro para que me diera cuenta.

—Monday. —Le cojo la mano, cosa que lo pilla por sorpresa—. Lamento mucho lo de la semana pasada. Por favor, no creas que fue una decisión que tomé a la ligera,

porque no lo fue. Quiero explicártelo todo ahora mismo y espero que lo entiendas.

—O sea que no estabas enferma —dice rotundamente.

—No.

Me muerdo el labio.

—Dudo que tengamos mucho tiempo para hablar —dice, mirando su reloj, y se me cae el alma a los pies.

—Si puedes, quédate, por favor, te lo explicaré todo...

—No, si no me voy —dice. Se apoya en el mostrador de la cocina, cruza los brazos y me mira.

Estoy confusa, pero no puedo sostenerle la mirada sin sonreír. Monday hace que me ablande, me hace papilla. Finalmente sonrío y niega con la cabeza, como si lo hiciera contra su voluntad.

—Eres un desastre, ¿sabes? —dice con delicadeza, como si fuese un cumplido, y como tal me lo tomo.

—Lo sé. Lo siento.

Observa mis labios y traga saliva y me pregunto dónde demonios va a ocurrir, o sea, creo que realmente va a ocurrir, quizá debería decir algo, dar el primer paso para besarlo, pero suena el timbre y se sobresalta, asustado, como si nos hubieran pillado.

Suspiro y abro la puerta y entras con tus hijos rubios, mi padre, Zara, Leilah, que pone cara de disculpa, y detrás de ella está Kevin, seguido de cerca por Heather y su asistente de apoyo Jamie. Heather se ve muy orgullosa de sí misma. Tú das la impresión de encontrarlo todo divertidísimo. De pronto Monday me está mirando con preocupación. Se aparta del mostrador y descruza los brazos.

—¿Estás bien?

El cuerpo me ha empezado a temblar de la cabeza a los pies. No sé si la abstinencia tiene algo que ver, pero seguro que la sensación de terror que me ha asaltado por lo que va a suceder contribuye.

Las palpitaciones de la pasión se han esfumado, ahora todo es pavor, ansiedad, nervios. Mi cerebro le está diciendo a mi cuerpo que se eche a correr. ¡De inmediato! Luchar o huir, y huir tiene todas las de ganar. Sé qué es esto, sé lo que han hecho. Deduzco de la orgullosa mirada de Heather que cree que lo está haciendo por mi bien, que me pondré contenta.

Kevin me da un afectuoso abrazo que hace que me quede paralizada con las manos en alto, alejadas de su cuerpo, incapaz de tocarlo.

Te ríes entre dientes, mi vida se ha convertido en tu entretenimiento del sábado este fin de semana de verano sin igual.

Kevin por fin me suelta.

—Heather me pidió que invitara a Jennifer, pero no estaba en casa y he pensado que vendría solo.

Abro la boca, pero no salen palabras.

—¿Eres el jardinero? —te pregunta Kevin, recordándote del día que vino.

Me miras, divertido ante semejante situación.

—Matt es mi vecino. Su hijo me estuvo ayudando unos días en el jardín.

Kevin le clava una mirada glacial.

—Vamos, no me digas que es la primera vez que te cortan el rollo —dices, sonriendo como un gato de Cheshire.

Todos entran en la sala de estar y se sientan, hay quien trae sillas de la cocina porque no hay suficientes asientos. Estás mirando a tu alrededor con una gran sonrisa pintada en la cara, rebosante de entusiasmo. Los niños se sientan juntos a la mesa de la cocina con sus libros para colorear y plastilina. Voy de un lado a otro de la cocina fingiendo que estoy preparando café y té, pero en realidad estoy tramando planes de fuga, excusas, cláusulas redentoras. Monday se retrae, aunque estoy tan absorta que ya no estoy presente.

—¿Estás bien? —pregunta.

Me detengo.

—Quiero morirme —digo con firmeza—. Quiero morirme ahora mismo, mierda.

Baja la mano y mira a la concurrencia, mordiéndose el labio con su diente roto. Parece que esté intentando resolver cómo sacarme de aquí. Me aferro a la esperanza.

Jamie viene hacia la cocina. Oigo las plantas de sus pies pegándose y despegándose de sus sandalias al caminar. Creo que prefiero cuando las lleva con calcetines de deporte.

—He traído unas galletas —dice, dejando un paquete de Jaffa Cakes encima del mostrador.

—Jamie, ¿qué demonios está pasando? ¿Qué significa todo esto?

—Heather quiso organizarlo para ti —contesta—. Es tu círculo de apoyo.

—Joder —espeto, un poco demasiado alto, y te oigo reír en la sala de estar.

—Tomaré café, dos terrones y un poco de leche, querida —gritas.

Entra Caroline, lleva una gafas de sol negras que le tapan casi toda la cara.

—Oh, Dios mío, qué resaca que tengo. Estos bautizos están acabando conmigo. ¡Oh, Dios mío! —Me da una palmadita en el brazo y susurra—: ¡Me han dicho que anoche te acostaste con Laurence!

Quiero desaparecer. Sé que Monday está justo detrás de mí y lo ha oído. Noto sus ojos perforándome la espalda. Tengo náuseas. Lo miro y aparta la vista, haciendo como que está ocupado. Lleva una bandeja con tazas a la sala de estar y se sienta.

—Oh —dice Caroline al percatarse—. Perdón, no sabía que vosotros dos...

—No importa. —Rendida, me masajeo la cara—. Pero sabías lo de esta reunión, ¿no?

Asiente, saca un bote de pastillas para el dolor de cabeza y se toma dos con un trago de agua.

—Tenía prohibido decírtelo. Heather quería darte una sorpresa.

Tengo pánico. Quiero irme corriendo, de verdad que quiero, pero me basta una breve mirada a Heather —que está sentada presidiendo el círculo, vestida con su

mejor blusa y pantalones, tan orgullosa, sonriente, confiada y entusiasmada por lo que ha conseguido— para saber que ahora no puedo darle la espalda. Debo resistir.

Me siento en el sillón que han dejado libre para mí, nadie me quita los ojos de encima. Los tuyos brillan de júbilo, te alegra verme incómoda y vulnerable, menudo buitre estás hecho. Los de Monday son duros y fríos y miran fijamente la pata de la mesa de café, cualquier interés que pudiera haber tenido por mí ahora está muerto y enterrado. Los ojos de Caroline están inyectados en sangre y rechaza el plato de Jaffa Cakes como si fuese una bomba de relojería.

Kevin me mira fijamente, inclinado hacia delante con los codos en las rodillas, intentando dirigir sus buenos, felices, positivos y depravados pensamientos hacia mí. Resulta inquietante. Los dedos peludos de sus pies con chanclas, que asoman por debajo de sus ceñidos pantalones de pana marrón, son inquietantes. Todo él es inquietante, punto. Leilah tiene miedo de mirarme, me consta; no para de morderse el labio y mira en torno a sí preguntándose por qué no se casó con un hombre que tuviera una familia menos complicada. Papá está a un lado de ella, escribiendo despacio un mensaje de texto con sus gruesos dedos. Monday está apretujado al otro lado de ella.

—¿Ya os han presentado? —pregunto, y ambos asienten a la vez. Monday sigue sin mirarme a los ojos.

Jamie comienza.

—Gracias a todos por venir aquí hoy. Heather ha dedicado buena parte de su tiempo a ponerse en contacto con cada uno de vosotros, ha reflexionado mucho para organizar esto y os damos la bienvenida a todos. Tu turno, Heather.

Doblo las piernas encima del sillón y las abrazo, protegiéndome el cuerpo. Procuero recordar que estoy haciendo esto por Heather, que para ella es un ejercicio, que lo ha organizado ella y, por más condescendiente que parezca, eso me ayuda a mantener la compostura. Pero en cuanto oigo su voz me entran ganas de llorar de tan orgullosa como me siento de ella.

—Gracias a todos por venir. Durante quince años, mi hermana Jasmine ha estado acudiendo a las reuniones de mi círculo de apoyo y eso me ha ayudado tanto que ahora quiero que ella viva la misma experiencia. Sois el círculo de apoyo de Jasmine, su círculo de amigos.

Los mira a todos satisfecha.

Miro a la gente que ha venido y me siento patética. Me guiñas el ojo, te metes una galleta en la boca y tengo ganas de hacerte daño físico. Y te lo haré.

—Queremos demostrarte que te amamos y que te apoyamos y que cuentas con nosotros —dice Heather, y se pone a aplaudir.

Los demás se suman al aplauso, algunos con entusiasmo, Caroline en sordina porque con el ruido le duelen los oídos. Tú das un aullido. Papá te mira como si quisiera darte un puñetazo. Es como si Monday no estuviera aquí, aunque sé que está, pues noto su energía cada vez que está en una habitación, mis ojos se sienten atraídos

por él cada vez, toda yo deseo acercarme a él.

—Mi hermana pequeña Jasmine siempre estaba ocupada. Ocupada, ocupada, ocupada. Cuando no está ocupada, cuida de mí. Pero ahora no está ocupada y ya no tiene que cuidar de mí. Tiene que cuidar de ella.

Se me saltan las lágrimas. Me tapo con los brazos, las piernas, las manos, toda yo doblada diciendo «Cerrado».

Todos me miran fijamente. Yo. Quiero. Morirme. Ahora mismo.

Carraspeo, dejo de esconderme detrás de mis piernas y las bajo al suelo. Las cruzo.

—Gracias a todos por venir. Seguro que todos sabéis que esto es una sorpresa, de modo que no estoy preparada, pero te doy las gracias, Heather, por haberlo organizado. Me consta que quieres lo mejor para mí de corazón. —Voy a ser comedida. Les daré algo pero nada, no dejaré entrar a nadie pero haré como que les sigo la corriente. Aceptaré las críticas constructivas con una sonrisa. Les daré las gracias. Avanzar. Esta es la estrategia—. Perder mi empleo en noviembre fue realmente duro. Me encantaba mi trabajo y estos últimos seis meses lo he pasado muy mal porque al levantarme por la mañana no conseguía sentirme... útil. —Carraspeo—. Pero ahora me estoy dando cuenta, o me he dado cuenta, de que mi situación no es tan mala como pensaba.

¿Decirles que disfruto con ciertos aspectos de ella como jamás pensé que podría hacerlo sería revelar demasiado? Miro tu rostro entusiasta, después a Kevin, tan comprometido, a Monday, que en el acto baja su cara de póquer hacia la pata de la mesa de café, y decido que no tienen por qué enterarse de lo terapéutica que me ha resultado la jardinería. Contarles cuánto me está ayudando equivaldría a admitir que necesitaba ayuda, y hasta ahí podríamos llegar.

—Bien —digo dirigiéndome a Heather, visto que es su preocupación lo que ha conducido a que se celebrara esta reunión y, por consiguiente, si dejara de preocuparse podría poner fin a esta reunión de inmediato—. El plan es cumplir los seis meses de baja por jardinería que me quedan y después buscar un empleo, de modo que gracias a todos por vuestra ayuda en el pasado y vuestro apoyo ahora, y por venir hoy aquí.

Termino mi discurso mostrándome alegre, animada y positiva, sin dar motivos de consternación o alarma. Jasmine está la mar de bien.

—¡Hala! —Rompe el silencio—. Eso ha sido conmovedor, Jasmine. Muy profundo. La verdad es que ahora creo que te entiendo mejor —dices, rezumando sarcasmo. Te metes una Pringle en la boca. El olor a nata agria y cebolla llega hasta mí y se me revuelve el estómago.

—Vaya, ¿y cuál es tu plan para después de tu baja por jardinería, Matt? Cuéntanos.

—Eh, este no es mi círculo de amigos —contestas, con tu típica sonrisa de suficiencia.

—Tampoco el mío, obviamente —replico.

—Seamos positivos —dice Kevin con su voz de sacerdote, levantando las manos. Las baja lentamente, como hipnotizándonos para que nos tranquilicemos, o como si fuese un número de baile de un grupo de chicos de los noventa.

—Estoy tranquilo —dices, cogiendo otra Pringle.

Tendrías que haber ganado peso con tanto picotear y comer entre horas como vienes haciendo desde que dejaste de fumar, pero no has engordado. Estás más esbelto, más en forma, más lozano que antes, aunque se debe a que no bebes alcohol.

—Creo que no me equivoco al decir que, aparte de Peter y Heather, yo soy quien conoce a Jasmine desde hace más tiempo. —Kevin me mira y sonrío. Me estremezco—. Por eso considero que soy quien la comprende y conoce mejor.

—¿En serio? —dices, volviéndote hacia él—. Entonces sabrás decirnos cuál de los tres empleos es más adecuado para ella.

Nos pones en un buen aprieto a Kevin y a mí. Ninguno de los dos tenemos la menor idea. Por distintas razones, por supuesto.

—¿Tres empleos? —dice Caroline, enojada.

Monday levanta la cabeza de golpe para mirarme con el ceño fruncido, intentando comprender a esta gran mentirosa que ha aparecido en su vida. Hablar de los otros dos empleos con él carecía de sentido puesto que el único que estaba considerando seriamente era el que me ofrecía él. Pero este punto que tan amablemente has sacado a colación me hace parecer una traidora redomada.

Tiene su ironía que seas tú quien me conoce mejor de entre toda esta gente y quien hace la pregunta más tendenciosa que quepa hacer, porque las tres personas que me han ofrecido esos empleos están aquí y esencialmente no saben nada unas de otras. Las tres me están mirando y aguardando una respuesta. Echas de menos sembrar cizaña en las ondas y por eso utilizas mi vida para divertirte.

Caigo en la cuenta de que te estoy mirando fijamente, llena de odio, prolongando el silencio.

—¿Cuáles son las tres opciones? —pregunta Kevin, mirándome con una amable, tierna y comprensiva sonrisa como si me estuviera echando una mano—. ¿Eh?

No me gusta su manera de mirarme. De repente rompo la tensión diciendo:

—Monday, no sé si ya conocías a mi primo.

Monday se espabila al oír su nombre, no puedo imaginar cómo se sentirán todos los que han sido convocados aquí, pero yo estoy incómoda, así que ellos deben de estar peor.

—¿Conoces a mi primo? —insisto.

—Bueno, en realidad no nos... —interrumpe Kevin.

—Es mi primo —digo—. Kevin, te presento a Monday.

Se dan la mano por encima de la mesa de café y tú sonrías con suficiencia, sabiendo exactamente qué estoy haciendo.

Silencio.

—Bien, la razón por la que menciono a Monday es que trabaja para Diversified Search International y me ha ofrecido un empleo en David Gordon White.

Papá se inclina hacia delante y mira a Monday como si de pronto fuese alguien a tener en cuenta.

—Pero ese empleo se ha ido al garete, de modo que, Monday, si te apetece irte ahora, nadie se ofenderá —digo, sonriendo nerviosa. Quiero que se vaya, no quiero que el hombre que adoro oiga lo embrollada que estoy en este círculo de terror, y después de lo que ha oído decir a Caroline, noto que le hierve la sangre. Que se vaya.

—¿Por qué ya no puedes optar a ese empleo? —pregunta papá.

Miro a Monday. Papá le ha puesto en bandeja la oportunidad de vengarse, pero no dice palabra.

—Mmm. Falté a la entrevista —contesto en su lugar.

Papá suelta una palabrota.

—¡Peter!

Leilah le da un codazo y Heather abre los ojos como platos y me mira sorprendida.

—Bien, ¿por qué faltaste a la entrevista? —pregunta papá, exasperado.

—Estaba enferma —dice Monday finalmente, aunque no tengo la sensación de que me esté defendiendo. Su voz sigue siendo inexpresiva y carente de... Monday—. Creo que deberíamos saber cuáles son los otros empleos —agrega—. No sabía que tuvieras otras opciones.

La manera en que dice otras opciones hace que me pregunte si no está hablando de trabajo, si se está refiriendo a Laurence. Hay muchas cosas que quiero explicarle cuando esto haya terminado; aunque solo a él. No me importa lo que piensen los demás. En cuanto a ti, eres el único que ya está enterado de todo.

—Y un bledo, enferma —murmura papá, y recibe otro codazo de Leilah.

—¿Estabas enferma, Jasmine? —pregunta Heather, muy preocupada—. ¿Estabas enferma en Cork?

—Un momento, ¿estuviste en Cork? —pregunta Jamie, adelantándose en su asiento—. Pensaba que habíamos acordado que Heather iría sola. ¿No fue lo que dijimos?

Mira a Leilah, que también había asistido a la reunión.

Leilah me mira, claramente apurada, sin querer ofender a nadie. Puedo ver la batalla que libra en su cabeza.

—¿Y bien? —le pregunta papá.

—Sí —contesta, como si le hubiesen dado una colleja—. Pero estoy convencida de que Jasmine tuvo una buena razón para ir.

Jamie se dirige al círculo.

—Era la primera vez que Heather se iba de vacaciones con su novio, Jonathan. Los miembros del círculo de apoyo de Heather estuvimos de acuerdo en que era más que capaz de ir sola, y que cualquier acto contrario sería hacerle un flaco favor...

—Muy bien, Jamie, gracias —espeto. Me froto la cara, agotada.

—Pues ¿por qué fuiste? —pregunta Jamie, en un tono menos estridente.

—Estaba preocupada por ella —dice Kevin por mí—. Es evidente.

—¿Cuándo te fuiste, Heather? —pregunta Monday, solícito.

—Del viernes al lunes —contesta Heather, y sonrío.

Monday asiente, asimilando el dato.

—¿Lo pasaste bien?

—¡De fábula!

Monday me mira con una recién descubierta ternura. Igual que todos los demás excepto papá. Papá niega con la cabeza y se concentra en su teléfono, esforzándose por no soltar lo que piensa. Esto no pinta bien. Me escuecen los ojos. No puedo llorar.

—Yo solo... ella nunca... era la primera vez que ella... además, con un... — Suspiro, todos los ojos están puestos en mí. Oigo cómo me tiembla la voz. Finalmente miro a Heather—. No estaba dispuesta a dejar que te fueras.

Sin darme tiempo a evitarlo, me cae una lágrima y la seco antes de que me llegue a la mejilla, como si no hubiese sucedido.

Heather se sonroja y habla con timidez.

—No me voy a ninguna parte, Jasmine. No te voy a abandonar. ¿Faltaste a la entrevista de trabajo por mí?

Al oír esto, me cae otra lágrima. Y otra. Me las enjugo enseguida, bajando la vista, no quiero ver cómo me observan.

—¿Me disculpáis un momento? —digo, pareciendo una niña.

Nadie contesta. Nadie se considera con autoridad para decirme sí o no.

—Hola, Monday. Me han hablado de ti —dice Caroline de repente, como si se le hubiera pasado la resaca, interviniendo para salvarme—. Soy Caroline, amiga de Jasmine.

—Hola.

—Tengo una idea para una web y Jasmine me está ayudando —prosigue Caroline.

Aprieto los dientes y me muerdo la lengua.

—¿Qué te pasa, Jasmine? —pregunta Kevin, escrutando mi semblante.

—Nada —contesto, pero lo digo muy secamente y mi nada suena como un todo—. Bueno, es que no es exacto decir que estoy ayudando. La estoy desarrollando contigo, que es a lo que me dedico, desarrollo, implementación... ayudar suena... ya sabes...

Caroline casi se rompe el cuello por la brusquedad con la que se vuelve hacia mí.

Me mira de esa manera en que lo hace cuando está ofendida. Un único pestañeo, la frente tensa y brillante —aunque eso también se debe al Botox—, y normalmente me batiría en retirada porque es amiga mía, aunque en los negocios perseveraría, cosa que me dice que estamos condenadas.

—Y después está lo de mi padre —digo, para avanzar deprisa.

—Espera un momento —dice Kevin—. Creo que deberíamos seguir con esto.

—Kevin, esto no es una sesión de terapia. —Sonrío forzosamente—. Solo es una charla. Y creo que ya estamos llegando al final.

—Me parece que para que saques el mayor provecho de esto deberías...

Interrumpo a Kevin.

—Ahora no es momento de...

—Por mi parte, encantada de esclarecerlo.

Caroline encoge los hombros con un gesto de absoluta despreocupación, pero su lenguaje, por no mencionar su lenguaje corporal, dice todo lo contrario. No tengo ganas de esclarecer nada con ella.

Todos nos miran a ella y a mí. Te adelantas en el asiento, apoyas los codos en los muslos. Solo te falta un cuenco de palomitas. Agitas el puño en el aire y gritas en voz baja:

—¡Pelea, pelea, pelea!

Te ríes entre dientes.

—No vamos a pelear —te espeto—. Muy bien. —Carraspeo, sonrío a Heather para centrarme—. Considero que podría serte más útil de lo que me estás permitiendo serlo.

No ha sido en absoluto malo. Sin embargo, Caroline tuerce tanto el gesto que pienso que va a echármese encima como un muñeco de resorte.

—¿Y eso? —grazna en un tono chillón.

—Has recurrido a mí para que contribuya a desarrollar la idea, pero en realidad nunca aceptas ninguna de mis sugerencias.

—Tú tienes experiencia en montar empresas. Yo no tengo ni idea.

—Sí, pero no se trata solo de que te pase mi lista de contactos, Caroline. Cuando monto una empresa, participo en el desarrollo de las estrategias y en su implementación. Si no puedo hacerlo de esta manera contigo, no tengo ningún verdadero interés personal en el proyecto. También tiene que representarme a mí —digo con tanta amabilidad como firmeza.

Todos guardamos silencio mientras Caroline me mira en una especie de estado de aturdimiento retardado.

—¿Cuál es la tercera opción? —pregunta entonces Kevin, y me alegra de que haga avanzar las cosas.

—Su padre —dices tú, y todos te miran primero a ti y luego a papá.

Seguramente más que harto de la reunión, va directo al grano.

—Directora de cuentas de una imprenta. Equipo de ocho. Cuarenta mil. Si el empleo sigue estando disponible.

—Lo está —me dice Leilah, cosa que fastidia a papá.

—Podría hacerlo con los ojos cerrados —dice mi padre a la concurrencia, mirando el teléfono que sostiene en la mano como si estuviera leyendo algo—. Suponiendo que se presente a la entrevista.

Monday no secunda a papá en esa pulla, que es lo que él esperaba. Deja de sonreír.

—No quiero un trabajo que pueda hacer con los ojos cerrados —respondo sonriente.

—Por supuesto que no. Tú quieres ser diferente.

El comentario me sorprende. A ti te encanta, pero no del mismo modo que los comentarios de antes. Vuelves tu inquisitiva mirada hacia él. Kevin, por descontado, se ofende profundamente en mi nombre.

—Vamos, Peter. Creo que debes una disculpa a Jasmine por ese comentario.

—¿Cómo dices? —le espeta papá.

Heather está sumamente incómoda.

—Siempre has sido igual, desde que éramos niños —dice Kevin, empezando a enojarse—. Cada vez que Jasmine no ha querido hacer lo que tú querías que hiciera, la has rechazado.

Es verdad. Miro a papá.

—Jasmine nunca ha hecho lo que yo quería que hiciera. Nunca ha hecho lo que cualquiera que no fuese ella misma quería que hiciera. ¿Por qué crees que se ha metido en este lío, para empezar?

—¿No es positivo que quiera seguir su propio camino? —pregunta Kevin—. ¿No debería alegrarte que sea una mujer independiente? Su madre murió cuando ella era muy joven. Estuvo años enferma antes de fallecer. No recuerdo que tú estuvieras muy presente, salvo cuando aparecías para decirle lo que tenía que hacer y cuando pensabas que se equivocaba.

Y en ese instante me inunda el recuerdo de todas mis conversaciones con Kevin. Todas las preocupaciones, los temores, las frustraciones de mi adolescencia se agolpan en mi mente. Las charlas con Kevin en el columpio hasta bien entrada la noche antes de que me besara, en fiestas, camino del colegio. Siempre me escuchaba. Le confiaba todas las inquietudes de mi vida. Es como si yo hubiese olvidado todo aquello, pero es evidente que él no.

—Con el debido respeto —dice papá sin el menor atisbo de respeto—, esto no tiene nada que ver contigo. Francamente, no sé qué pintas aquí.

Kevin conserva la calma, como si hubiese deseado decir esto durante años, como si estuviera hablando de sí mismo.

—Su madre le enseñó a tomar sus propias decisiones. A cuidar de sí misma. A seguir su propio camino. Pronto tendría que hacerlo porque su madre no estaría a su lado. Montó sus propias empresas...

—Y vendió cada una de ellas.

—¿Tú no has vendido la tuya?

—Me jubilé. E intentar vender su último negocio fue lo que le valió el despido.

Papá se ha puesto colorado. Leilah lo toma del brazo y le dice algo en voz baja, pero él no le hace caso, o no la oye, y continúa el tira y afloja con Kevin. Me

abstraigo.

Larry trataba su negocio como si fuese su hija. Se negaba a desprenderse. Mi madre me crio sabiendo que tendría que desprenderse de nosotras.

Se me ocurren ideas y las vendo.

No quiero tener hijos. Mamá no quería abandonar a Heather, ahora yo no puedo desprenderme de Heather.

Nunca terminas lo que empiezas, oigo decir a Larry.

Estoy mareada. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Conversaciones que mantuve tiempo atrás vuelven a mi memoria, mis propias creencias me miran extrañadas, divertidas, casi canturreando «lo sabíamos desde el principio, ¿verdad?».

Criar hijos y dejar que se vayan.

Kevin me dijo que iba a morir.

Montar empresas para venderlas.

Aferrarme a Heather porque mamá no pudo hacerlo.

—¿Y a ti qué te importa? —Papá levanta la voz y Heather se tapa los oídos con las manos—. Tienes un problema con todos los miembros de esta familia. Siempre lo has tenido. Excepto con ella, por supuesto. Siempre conchabados o lo que quiera que estuvierais...

—Porque ninguno de los dos nos sentíamos parte de esta demencial, controladora...

—Cierra el pico y vuelve a Australia. Guarda tus palabras para tu terapeuta...

—Lo siento, pero no lo haré, y este es precisamente el motivo por el que ella y yo...

—¿Estás bien, Jasmine?

Eres tú. Me estás mirando y por primera vez no sonrías. Has dejado de reírte. Tus palabras suenan remotas.

Mascullo algo.

—Estás pálida —dices, y estás a punto de levantarte, pero en cambio soy yo quien se pone de pie. Pero lo hago demasiado deprisa. Estoy deshidratada por los excesos de anoche y emocionalmente agotada por este espectáculo, y Monday me sujeta para que no me caiga de rodillas. Me apoyo en el respaldo del sofá, sin apartar la vista de la puerta de entrada. Esta vez no voy a pedir permiso.

—Perdón —susurro.

El suelo se mueve bajo mis pies mientras avanzo hacia el único objeto que se mantiene en su sitio mientras las paredes se mueven a mi alrededor, estrechándose, acercándose a mí. Tengo que salir antes de que me aplasten por completo. Llego a la puerta, a la luz del sol, el aire fresco, el olor a hierba y mis flores y oigo el agua de mi fuente. Me siento en el banco, doblo las piernas contra el cuerpo y respiro profundamente.

No sé cuánto rato llevo fuera, pero finalmente se dan por aludidos. Se abre la puerta y sale Caroline, camina pasando de largo hasta su coche y, sin mediar palabra,

se va. La siguen papá, Leilah y Zara. Agacho la cabeza. Huelo la loción para el afeitado de Monday cuando se detiene cerca de mí, pero finalmente se marcha. Después sales tú. Sé que eres tú; no sé por qué, pero en el ambiente hay algo de ti, y entonces los niños vienen a tu encuentro y me lo corroboran.

—Caramba, ha sido muy duro —dices.

No contesto, solo vuelvo a agachar la cabeza. Noto tu mano en mi hombro. Es un apretón tierno pero firme, y lo agradezco. Te vas, pero a mitad de la rampa del garaje dices:

—Ah, y gracias por echar la carta en mi buzón ayer noche. Tienes razón. Quizá ya sea hora de que la lea. Han pasado seis meses y sigue sin dirigirme la palabra. No puede hacerme más daño, supongo. Espero.

Mientras te alejas oigo a Jamie calmando a Heather. Entro en casa corriendo. Kevin está como un pasmarote, sin saber qué hacer.

—Vete, Kevin, ya te llamaré.

No se mueve.

—Kevin. —Suspiro—. Gracias por lo de hoy. Aprecio que hayas intentado ayudarme. Había olvidado... todas esas cosas, pero está claro que tú no. Siempre me diste tu apoyo.

Asiente, me dedica una sonrisa triste.

Le pongo una mano en la mejilla y lo beso tiernamente en la otra.

—Deja de luchar contra todos —susurro.

Traga saliva y se queda pensativo. Asiente una vez y se marcha.

Me siento con Heather en el sofá y la rodeo con los brazos, me obligo a sonreír.

—¿A qué vienen estas lágrimas? —Me río—. No hay motivo para estar triste, tontaina.

Le limpio las mejillas.

—Quería ser útil, Jasmine.

—Y lo has sido.

La estrecho contra mi pecho y la acuno.

Para poder volar, primero hay que quitar la suciedad de las alas. El primer paso es identificar la suciedad. Ya está hecho.

Cuando era niña, tal vez a los ocho años, me encantaba enredar a los camareros. Desde que aprendí el lenguaje mudo de los restaurantes, quise hablarlo. Me gustaba que existiera un código que me permitiera comunicarme con alguien, con un adulto, de modo que ambos estuviéramos en el mismo plano. En uno de los que frecuentábamos había un camarero en concreto a quien atormentaba. Ponía el tenedor y el cuchillo juntos y, entonces, cuando lo veía venir a retirar los platos, enseguida los separaba otra vez. Me encantaba ver cómo salía disparado en otra dirección, a pocos pasos de nuestra mesa, como un misil fallido. Lo hacía varias veces durante una misma comida, aunque no demasiadas para que no se percatara de que lo hacía adrede. También lo hacía con el menú. Cerrado significaba que ya se había decidido

qué pedir, abierto significaba que no. Cerraba el mío, igual que el resto de mi familia y en cuanto él acudía con el bolígrafo y el bloc, lo abría de nuevo, torcía el gesto y fingía que todavía estaba decidiendo qué iba a tomar.

No sé qué significa que haya recordado esto ahora. No sé qué revela de mí, aparte de que me ha gustado, desde una edad temprana, enviar señales contradictorias.

Mientras caminaba de regreso a casa después de acompañar a Heather a la parada del autobús, debido a su insistencia en que no condujera porque, en su opinión, estaba alterada, ha sido cuando he cobrado consciencia de lo que has dicho. Finalmente, al disponer de un momento para pensar a solas, te oigo dándome las gracias por haberte dado la carta anoche. Se disparan todas las alarmas y me paro en seco. Hay algo realmente aterrador en que te digan que has hecho algo que no has hecho. Primero pienso que te equivocas, sé que te equivocas. He intentado darte la carta de tu esposa muchas veces y me la has devuelto o me has pedido que te la leyera. Está en el cuenco de los limones porque tú eres un limón, ambos estuvimos de acuerdo en este punto. Pero... Pero... Has dicho anoche. Me has dado las gracias por haberte dado la carta anoche.

Por eso pienso que no pude ser yo puesto que anoche estaba hecha un guiñapo, bebiendo para encontrar el genio oculto en el fondo de una botella de vodka. Tal vez tu esposa te haya entregado otra carta y tú creas que te la di yo, pero no lo comentaste cuando anoche estuvimos sentados a la mesa de tu jardín, cosa que me lleva a creer que te fue entregada después de nuestro encuentro. Y si tu esposa fuese la responsable lo sabría porque estuve despierta hasta las seis de la madrugada, bebiendo, y la habría oído, la habría visto. Demonios, habría cruzado la calle a la carrera para invitarla a hacer galletas.

—Buenos días, Jasmine —saluda el doctor Jameson, irradiando jovialidad—. Oye, estoy pensando en organizar una pequeña velada la noche de San Juan. Una barbacoa en mi casa para celebrar este verano tan bueno que estamos teniendo. ¿Qué te parece? El tipo del número seis no me ha contestado, ahora voy a probar suerte otra vez.

Me mira y se produce una prolongada pausa.

Mi mente trabaja a toda máquina, haciendo tictac mientras repasa lo acontecido.

—¿Estás bien, Jasmine?

De repente salgo disparada, corriendo como una loca, salto por encima de los aspersores del señor Malone hasta mi casa. Una vez dentro me detengo, jadeando, y miro en derredor en busca de pistas. La sala de estar sigue siendo el escenario del crimen de la desastrosa reunión de hace un rato, la cocina es la versión infantil del escenario del crimen con marcas de ceras de la sesión de coloreado y plastilina seca pegada a la mesa, a las sillas y al suelo. El cuenco de los limones. El cuenco de los limones está vacío. No faltan limones ni las llaves de tu casa, sino la carta. Pista número uno.

Subo corriendo e inspecciono mi dormitorio como es debido por primera vez. La cama está hecha deprisa, pero parece normal. El armario de la mesita de noche contiene la botella de vodka vacía y... la carta que te escribió Amy, abierta. Me tiro en plancha a la cama y la cojo. La he leído en algún momento entre las dos y las seis

de la madrugada. Seguramente cerca de las seis. El lapso de tiempo del que no guardo recuerdo alguno. Buscaba algo que me orientara. Había esperado encontrar inspiración, palabras de aliento y amor. Aunque estuvieran dirigidas a otra persona, y cuando he abierto la carta que Amy te escribió con pluma he encontrado lo siguiente:

Matt:

Compóntelas como puedas.

Amy

Me enfurecí. De eso me acuerdo. Lloré decepcionada con Amy, con el mundo. ¿Y? No recuerdo qué hice a continuación. Creía que me había dormido, pero ¿por qué está aquí y no en tu casa la carta que dices tener?

Entorno los ojos, recorro la habitación con la vista. Tiene que haber alguna pista. Debajo del tocador veo una bola de papel arrugado. Veo una papelerera llena a rebosar de bolas de papel arrugado. Y de pronto tengo miedo de mirar más de cerca. Pero tengo que hacerlo.

Me pongo a gatas y, gimiendo, abro la bola de papel.

Querido Matt:

No puedo decirte cara a cara por qué te abandono. He pensado que no me escucharías...

—Oh, no —gimoteo—. Jasmine, eres idiota.

Abro un papel tras otro, leyendo distintas versiones del mismo comienzo, algunas completamente diferentes, todas ellas horriblemente inapropiadas, garabateadas bajo el efecto del alcohol, que reflejan lo que pienso que Amy debería haberte dicho, lo que creo que te habría motivado, avergonzada de mi sentimiento de odio hacia ti. No tengo la menor idea sobre qué versión ha cruzado la calle, pero me alegra que al menos ninguna de las que acabo de leer en diagonal haya salido de este dormitorio. Tengo ganas de tirarme en la cama histriónicamente y aullar. Lo que debería hacer es cruzar corriendo la calle, admitir la estupidez que cometí mientras estaba borracha. Lo comprenderás. Pero no me veo capaz de hacerlo y no lo hago. Creía que el día de hoy no podía caer más bajo; resulta que sí que podía y lo ha hecho. Tengo que recuperar esa carta, deshacer esta tontería, conseguir un empleo, dejar de comportarme como una loca.

Suena el timbre y me llevo tal susto que sigo oyendo su ruido estridente y los latidos de mi corazón durante un buen rato. Me siento como si me hubiesen pillado con las manos en la masa. Paralizada como un ciervo ante los faros de un coche, permanezco en mi dormitorio sin saber qué hacer. Has leído la carta. Me has pillado.

Miro por la ventana y veo tu cabeza. Me abrazo y bajo a la entrada. Lo admitiré

todo. Haré lo que es debido. Abro la puerta y te sonrío nerviosa. Tienes los brazos en jarras y tuerces el gesto. Cambias de expresión un momento.

—¿Vuelves a estar borracha? —preguntas.

—No.

Silencio.

—¿Lo estás?

—No.

Convencido, vuelves a torcer el gesto.

—¿Has visto gente entrando y saliendo de casa del doctor Jota?

Me dejas confundida. ¿Qué tiene que ver él con la carta? Trato de encontrar una conexión.

—Si estás borracha, dilo y ya está —dices.

—No lo estoy.

—No me importará. Solo me será más fácil comunicarme contigo. Puedo decir las cosas de otra manera. Hablar más despacio.

—No he bebido una puñetera copa —te espeto.

—Mejor. Bien, ¿has visto a esa gente entrando y saliendo?

—¿Por qué? ¿Está dando una fiesta y no te ha invitado? —respondo, más relajada al saber que no me has pillado... todavía.

—Algo está haciendo, desde luego. Cada media hora. Desde las doce.

—Por Dios, realmente necesitas encontrar un empleo —digo, dándome cuenta de que ahora te pareces a mí.

—Una mujer ha llegado a las tres. Se ha quedado media hora. Cuando se ha ido ha llegado un hombre a las tres media y se ha ido justo antes de las cuatro, y una pareja ha llegado a las cuatro y media. Después...

—Sí, creo que capto lo de las medias horas.

Ambos cruzamos los brazos y observamos la casa del doctor Jota. En la casa de al lado, el señor Malone está leyendo *The Field* de John B. Keane a la señora Malone, que está sentada en una tumbona con una manta sobre las rodillas. Interpreta muy bien a los personajes de la obra. Cada día le lee un cuarto de hora, reanuda sus tareas en el jardín y después regresa y retoma la lectura donde la ha interrumpido. Lee con una voz que da gusto oír. La señora Malone siempre mira al infinito con los ojos perdidos, pero el señor Malone no se achanta y le habla con su voz bondadosa, comentando el tiempo y el jardín y sus propias cavilaciones, como si estuvieran manteniendo una animada conversación. Es bonito ver cómo lo sobrelleva, pero a mí me entristece.

Un coche dobla la esquina, entra en nuestra calle sin salida y el corazón me palpita y se me encoge el vientre incluso antes de verlo. Pero sé que es él. O presiento que es él. O espero que sea él. Monday baja del coche.

—Bueno, si lo de esta mañana no lo ha desalentado, nada lo hará —dices, y sonrío.

Monday camina a largas zancadas, haciendo girar las llaves del coche con un dedo.

Espero que captés la indirecta cuando te fulmino con la mirada para que te vayas, pero no lo haces, o lo haces pero no te vas. Tienes algo que verificar.

—Hola —dice Monday, acercándose a nosotros.

—¿Olvidaste algo? —preguntas a bocajarro pero sin malicia, más bien travieso.

Monday sonrío y me mira directamente a los ojos, de nuevo con dulzura, con ternura, y el estómago me da volteretas.

—En realidad, sí.

—Estamos vigilando la casa del doctor Jota —dices, y explicas el asunto de las visitas cada media hora que tan preocupado te tiene. Monday se pone a mi lado y también observa la casa, la piel de su brazo roza la del mío, olvido por qué demonios estamos vigilando esa casa y en cambio me concentro en la electricidad que me recorre el cuerpo entero debido a ese leve contacto. Monday observa la casa y yo combato contra el impulso de mirarlo, pero pierdo, le lanzo miradas furtivas cada vez que puedo, sus ojos avellana con motas verdes observan la casa del doctor Jota. Entonces, justo cuando creo que puedo mirarlo con más detenimiento sin ponerme en evidencia, se vuelve de súbito y esos ojos se posan en los míos. Me mira con picardía como si supiera que me ha pillado, después te dirige una mueca, mofándose de la intensidad con la que vigilas la casa.

—Allí abajo. ¡Mirad! —dices, volviendo a la vida de repente, rompiendo nuestro momento, y te alejas de la pared—. ¿La veis?

—Mmm —dice Monday, bajando por la rampa del garaje para ver mejor a la mujer de aspecto sospechoso que se aproxima por la calle—. Esto pinta mal.

—Lo que yo decía —dices, aliviado al tener a alguien de tu parte—. Ha pasado gente de todo tipo —agregas—. Casi todos de aspecto muy raro.

—A lo mejor está entrevistando a asistentes —digo.

—¿Querías que esa mujer limpiara tu casa? —preguntas.

—La limpiaría a fondo, dejándote desplumada —dice Monday, y tengo que sonreír al ver cómo os asociáis para convertirlos en los Turner y Hooch del vecindario. Por cierto, tú eres Hooch^[10].

—Quizá no venga a ver al doctor Jota —digo, observándola. Lleva un chándal Adidas y zapatillas de deporte nuevas. Está borracha o drogada. Supongo que drogada; tiene pinta de heroinómana.

—Podría ser una fan de tu programa —digo.

La mujer estudia las casas, mirando los números, y entra en el jardín del doctor Jameson. Monday se echa a correr hacia la acera para verla de cerca. Tú lo sigues. Me pego como una lapa a vosotros. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Cruzamos la calle y decidimos sentarnos a la mesa de tu jardín, desde donde veremos mejor la casa del doctor Jameson y podremos oír si se arma alboroto dentro. Al menos esto es lo que decidís tras una breve discusión sobre si irrumpir en la casa o no. Urdís la excusa que

contaréis si tenéis que llamar a su puerta. Un plan de evacuación que os llena de entusiasmo a los dos.

—¿Ya has leído la carta? —te pregunto con fingida indiferencia.

—¿Qué carta?

—La que te di.

—No. Todavía no.

—He estado pensando. Quiero leértela, después de todo. Siempre que tú quieras, claro.

Me miras pensativo, receloso. Monday también.

—Será mejor que no estés solo. Quién sabe cómo reaccionarás. Lo estás llevando muy bien, no quiero que te vayas de cabeza al pub, eso es todo. Deberías tener compañía al leerla, si no la mía, la de cualquier otra persona.

Me consta que no se lo pedirías a nadie más, pero lo que he dicho te vuelve menos suspicaz y parece estar sinceramente agradecido.

—Gracias, Jasmine.

—¿Por qué no me la das ahora?

—¿Ahora?

—Claro. —Encojo los hombros con desenfado—. Cuanto antes te la quites de en medio, mejor. —Miro a Monday para explicarle la situación—. Su esposa lo abandonó. Dejó una nota. No quiere leerla. Cosa muy acertada. —Te miro otra vez a ti—. Debería leerla yo. Deberías dárme la.

Monday disimula una sonrisa, tapándose la boca con la mano. Tiene dedos largos y bonitos. Dedos de pianista.

—Bueno, no sé —dices, asustándote un poco que precipite las cosas.

—¿Por qué no?

—Estoy pendiente del doctor Jota.

—La leeré mientras vigilas.

No lo haré. La quemaré en cuanto me la entregues. La cambiaré astutamente por la auténtica. Prefiero salvarme que preocuparme porque vayas a leer la espantosa carta de tu esposa.

—Los niños. No quiero que lo oigan.

Estoy a punto de decir que los niños no andan cerca, pero me chafan el plan. Los dos rubiales vienen del jardín del número seis con el ceño fruncido.

—¿Qué ocurre? —preguntas, yendo a su encuentro.

—¿Qué has hecho? —me pregunta Monday, con una expresión divertida.

—Nada —contesto, con cara de póquer.

Monday se ríe y niega con la cabeza, chasquea la lengua como si yo fuera una niña traviesa. Me gusta y no puedo evitar reírme con él. Me conoce bien, y eso me gusta. Hacía tiempo que nadie me conocía de esta manera. Aparte de ti, claro, que arrancaste mi cartel de no molesten aprovechando que estaba distraída.

—No ha comprado ninguno —dice Kris.

—Es el único de la calle —dice Kylie.
—¿Qué no ha comprado? —pregunto.
—Nuestro perfume. Lo hicimos con pétalos y agua.
—Y hierba.
—Y una araña muerta.
—Excelente —digo.

—Compraste dos frascos —me dices—. Me debes cinco euros.

Entonces es cuando me doy cuenta de que han montado un tenderete en la rampa del garaje, consistente en una mesa plegable cubierta con un mantel de papel a cuadros rojos y una silla. Hay frascos de una sustancia marrón con cosas flotando dentro y un cartel anuncia que cada frasco vale cincuenta céntimos. Que te deba cinco euros es un misterio, pero habida cuenta de que he falsificado una carta de tu esposa que te ha abandonado, te perdono.

—¿Qué os ha dicho? —les preguntas, enojado.

—¿Quién? —me pregunta Monday en voz baja, de modo que le pueda leer los labios.

—Número seis. Ejecutivo. Inquilino —contesto, y después me vuelvo hacia los niños, plenamente involucrada.

—En realidad, nada. Estaba al teléfono. Ha dicho no, gracias, y ha cerrado la puerta.

—Menudo descarado —dices, y los niños ríen con regocijo—. Ese tipo me está empezando a reventar —sueñas con rabia, y veo que cierras los puños con fuerza.

—A mí también. Lo he saludado con la mano cada mañana desde que se mudó y ni siquiera se ha molestado en mirarme —digo.

Monday se ríe.

—Desde luego, los dos necesitáis un empleo con urgencia. Estáis dejando que todo os afecte más de la cuenta.

—Pues consíguele trabajo, Monday —dices, con ese brillo travieso tan tuyo en los ojos.

—Esa es la idea, Matt —contesta, sosteniéndote la mirada.

—Quizá deberías llevarla a cenar. Por lo del empleo —dices, y sé lo que estás dando a entender, igual que Monday, pero él no se inmuta.

—Si va a dar resultado... —dice, algo menos confiado.

No quiero que se marche por culpa de tu insistencia. Me vuelvo hacia ti y sigo defendiendo mi causa.

—Y lo único que tenía que hacer era aflojar un poco de dinero a los niños que han trabajado tan duro para hacer su perfume. ¿Ni siquiera os ha pedido olerlo?

—No —contesta Kris, enfurruñado.

—Vaya, qué mezquino —digo.

Esto te enciende aún más, cosa que sabía que ocurriría puesto que era mi intención.

—Voy a hablar con él —dices.

—¿Qué vas a decirle? —pregunta Monday, sonriendo de oreja a oreja, mientras cruza las piernas, con los bajos de los vaqueros deshilachados y un agujero en un muslo revelando su piel.

—Pues que debería plantearse ser un vecino más amable si pretende vivir en un vecindario. Solo tienen siete años —dices.

—Me parece que te importa más a ti que a ellos —dice Monday.

—Y no responde a la invitación del doctor Jota a la barbacoa del día de San Juan —agrego—. Y el doctor Jota está siendo muy cortés.

Monday me mira frunciendo el ceño y sonriendo a la vez, tratando de calarme.

Eso basta para convencerte de que debes ir.

Estoy encantada. Has dejado abierta la puerta de tu casa. Mientras discutas con el ejecutivo del número seis, podré colarme, buscar la carta que escribí y destruirla. Es un plan perfecto.

—Tú, ven conmigo —dices de pronto.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Claro, Jasmine —tercia Monday, inclinándose sobre la mesa, el mentón apoyado en la mano, mirándome con indolencia y malicia, sabedor de que está arruinando lo que sea que estoy tramando. Está jugando conmigo, y no me importaría si lo hiciera de otra manera. Se me ocurren muchas maneras en las que Monday podría jugar conmigo, pero desde luego no es esta.

—No necesitas mi ayuda —te digo, haciendo caso omiso de Monday—. Se trata de tus hijos. Puedes hablar en su nombre sin mí.

—Ve con él, Jasmine —insiste Monday.

Acabo de perder la oportunidad de destruir la carta. Lanzo a Monday una mirada de sincera indignación y se echa a reír, y aunque me dé rabia todavía me gusta más al ver que está dispuesto a plantarme cara. No se andará con chiquitas para intentar complacerme. Me pondrá a prueba, me tratará de igual a igual. Monday tiene ganas de jugar.

—No perderé de vista la casa del doctor Jota —dice, y me guiña el ojo.

—¿Qué vas a decirle? —pregunto nerviosa, delante de la puerta del número seis.

—Vamos a decirle exactamente lo que hemos dicho que le diríamos. Sobre la amabilidad entre vecinos.

—De acuerdo.

Trago saliva. Ninguno de los dos es el mejor candidato para predicar tales cosas.

Le oímos hablar por teléfono. Pulsas el timbre otra vez, ahora con insistencia. No es una llamada de trabajo. Está riendo, suena desenfadado. Ni siquiera es sobre algo importante. Menciona el rugby. Unos cuantos apodos. Liggo y Spidey, y los muchachos. Me vienen ganas de vomitar. Está comentando un partido. Te estás enojando por momentos y yo no te voy a la zaga. Veo que se asoma a la ventana y

continúa hablando.

—Otra vez uno de mis vecinos —dice, y sus palabras salen por la ventana abierta.

Vas hacia la ventana echando chispas y cuando parece que estás a punto de trepar, el ejecutivo se salva porque oímos gritar a Monday.

—¡Eh!

Levantamos la vista y vemos que Monday se echa a correr calle abajo en pos de la mujer que acaba de salir de casa del doctor Jameson.

Corremos detrás de él.

—¡Quítame las manos de encima! —chilla la mujer a Monday, que se agacha y esquiva los puñetazos que intenta propinarle, agitando los brazos como aspas de molino.

—¡Ay! ¡Rediez! —chilla Monday cuando ella lo alcanza unas cuantas veces seguidas—. ¡Cálmate! —le grita, y ella se calma y deja de golpearlo. Se aparta un paso de él, lo mira con recelo, mueve la mandíbula sin cesar, como una vaca mascando hierba.

—Me parece que debajo del suéter llevas algo que podría ser de mi amigo —dice Monday.

—No llevo nada.

—Creo que sí —insiste Monday. Sonríe, con sus ojos avellana y verde chispeantes.

—Estoy embarazada.

—¿Quién es el afortunado papá? ¿Apple? ¿Dell? —dice Monday, y por fin tengo ocasión de verle la barriga y me muerdo el labio para procurar no reír. Hay un bulto rectangular debajo de su suéter.

—Aguarda un momento —dices de repente entre dientes—. Quizá no deberíamos comprobarlo.

—¿Por qué no? —pregunto.

—Porque a lo mejor... —Das la espalda a la mujer, que parece estar planteándose darse a la fuga, y hablas por la comisura de la boca—. A lo mejor se lo ha dado el doctor Jota. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—¿Piensas que el doctor Jota le ha pasado un alijo de droga con forma de portátil? —pregunto, y Monday tose para disimular su risa mientras tú lo fulminas con la mirada.

Aparece el doctor Jameson, con un plato y una taza de té en la mano.

—¡Yuju!

—¡Hombre! El capo de la droga en persona —dice Monday con complicidad, y se me escapa la risa.

La mujer comienza a alejarse enseguida, caminando como un pato. Monday la alcanza, la agarra del brazo mientras ella le grita insultos y lo acusa de acoso sexual y de violación. El doctor Jameson se dirige hacia ellos, con el plato y la taza de té todavía en la mano.

—¡Mags! Solo he ido a prepararle una taza de té. ¿Ya se marcha?

Monday y Mags siguen forcejeando y de repente algo cae con estrépito entre las piernas de Mags.

—Me parece que ha roto aguas —digo, mientras todos bajamos la vista y vemos el portátil del doctor Jameson en el suelo.

Tú, yo y el doctor Jameson estamos sentados a la mesa de tu jardín delantero, observando a Monday mientras arregla el portátil, que ha sufrido daños menores, y escuchando al doctor explicar el anuncio que ha puesto en el periódico local. Cuando oigo su explicación, se me parte el alma; ha puesto un anuncio en el periódico buscando compañía para el día de Navidad.

—Carol murió a los sesenta y uno; demasiado joven. Demasiado joven. No tuvimos hijos; como ya sabéis, no fui capaz de sentar cabeza hasta que fue demasiado tarde. Nunca me lo perdonaré.

Tiene los ojos llorosos y aprieta la mandíbula para controlar la emoción. Monday deja de trabajar en el portátil y le presta toda su atención.

—Tengo ochenta y uno —prosigue el doctor Jameson—. Significa que llevo veinte años sin ella. Diecisiete Navidades a solas. Antes iba a casa de mi hermana, pero falleció, Dios la tenga en su gloria. No quería pasar otro día de Navidad a solas. Me enteré de que un muchacho de mi club de golf había puesto un anuncio en el periódico local para encontrar asistenta; ahora son prácticamente inseparables. No de esa manera, por supuesto, pero al menos tiene a alguien. Cada día. Bien, yo no quiero a alguien cada día, no es necesario, pero pensé que tal vez para el único día en que no soporto la soledad, tal vez podría encontrar compañía, algún otro que se sintiera como yo. Tiene que haber gente que no quiera estar sola el día de Navidad.

Es inconcebiblemente triste y ninguno de los que estamos sentados a la mesa tiene un comentario inteligente que hacer o intenta siquiera quitárselo de la cabeza. Este hombre está solo, desea compañía, dejemos que la encuentre.

Reparo en que esto te toca la fibra sensible. Es normal. Tu esposa te ha abandonado, se ha llevado a vuestros hijos, y si no consigues reconquistarla de alguna manera, te enfrentas a tu primera Navidad a solas. Tal vez no estarás físicamente solo, no como el doctor Jameson. Alguien, un amigo, te invitará a su casa, pero incluso en compañía de amigos seguramente te sentirás más solo que nunca. Veo que lo estás meditando. Tal vez os juntéis tú y el doctor Jameson, sentados en las cabeceras de la bruñida mesa de caoba de su comedor, conversando forzosamente o, peor aún, con bandejas de comida preparada en el regazo, viendo programas especiales de Navidad en la tele.

Amy no podría haber sido más oportuna. Llega para recoger a los niños. Como de costumbre, no baja del coche para hablar contigo, se queda dentro, con las gafas de sol puestas, mirando al frente, aguardando a que los niños suban al coche. Fionn va a su lado; tampoco te saluda. Intentas hablar con ella, pero ella no abre la puerta. Tus insistentes llamadas con los nudillos y tu rostro suplicante la llevan a bajar la

ventanilla unos centímetros. Da pena veros. No sé qué le estás diciendo, pero no es fluido. Es un intento deshilvanado de entablar conversación. Conversación educada con la mujer a la que amas. Los niños bajan corriendo hacia la acera entusiasmados, con bolsas en las manos. Te dan un breve abrazo y mientras suben al coche anuncian que han atrapado a una heroinómana. Te veo afligido. La ventanilla se cierra. Amy arranca a toda pastilla.

Intento persuadirte de que vayas a buscar la carta para que vuelva a mis manos, pero no lo consigo. Estás demasiado dolorido para hacerme caso. Urdo un plan. La operación Cuenco de Limones se activará en cuanto apagues la luz esta noche.

Vigilo tu casa toda la noche. Vigilo tu casa como un halcón, más de cuanto lo haya hecho hasta ahora, y eso es decir mucho. Te veo en la sala de estar con todas las luces encendidas mientras ves la televisión. Algún tipo de encuentro deportivo dominical, según deduzco por la manera en que te yergues en el sillón a la expectativa para después desplomarte decepcionado. Cada vez que te levantas y te mueves por la casa, temo que vayas a buscar la carta, pero no, haces honor a tu palabra y te respeto por ello, a pesar de que lo que he hecho y lo que voy a hacer no merecen ese respeto. Pero tú no lo sabes.

Aunque estoy tensa solo de pensar lo que voy a hacer, como ayer me acosté tarde y bebida me cuesta mantener los ojos abiertos, mantenerme alerta. La pastilla para el dolor de cabeza me provoca somnolencia y las cinco tazas de café me espabilan al mismo tiempo que me causan una especie de mareo. Finalmente, cerca de la medianoche, se apagan las luces de la sala de estar y veo que subes a acostarte. Estoy lista para ponerme en acción, pero la luz del dormitorio se enciende y permanece encendida, igual que el televisor, y comprendo que me aguarda otra noche en vela. Me quedo dormida. A las tres de la madrugada me despierto, vestida, y me asomo para ver qué ocurre en tu casa. Todas las luces están apagadas.

Ha llegado la hora.

La calle entera está silenciosa, todo el mundo duerme profundamente, incluso el ejecutivo, especialmente el ejecutivo con la importante y ajetreada mañana de lunes que le aguarda. Cruzo la calle con sigilo y voy derecha a la puerta principal de tu casa con la carta original en la mano, ahora manchada de vodka con Coca-Cola, y las llaves que guardo en el cuenco de los limones. He pensado en la posibilidad de que hubiera un sistema de alarma, pero en los ocho meses largos que he estado viéndote entrar y salir no he visto el menor indicio y, además, el código seguramente estaría en el llavero. Meto la llave en la cerradura sin hacer ruido y gira suavemente. Estoy dentro. Me quito los zapatos y me detengo en la entrada, adaptando la vista a la oscuridad, mientras el corazón me palpita desbocado en el pecho. No solo he irrumpido en una casa a tontas y a locas, sino que tengo un plan, he dispuesto de toda la noche para trazar un plan. Y llevo una linterna.

Empiezo por la mesa de la entrada. Encima hay sobres, facturas abiertas y sin abrir, y una postal de tía Nellie, que está de vacaciones en Malta. Abro el cajón, ni un sobre.

Paso a la cocina, que está sorprendentemente limpia y ordenada. En el fregadero hay unos vasos y platos que has dejado para mañana, pero nada que resulte ofensivo. En el frutero hay tres plátanos negruzcos y un aguacate verde. Ni una carta. Me tomo mi tiempo para registrar los cajones de la cocina. Todo el mundo tiene un cajón de sastre en la cocina y lo encuentro: individuales, pilas, menús de comida para llevar, facturas nuevas y viejas, la garantía de un televisor, tarjetas de felicitación, dibujos de

los niños. Ni una carta. Hay una pizarra blanca sin una sola anotación; seguramente no se usa desde que Amy se fue de casa. Ni un recordatorio, ni una lista de la compra, ninguna comunicación necesaria en una casa ajetreada porque ahora solo estás tú. De repente te compadezco, viviendo solo en este hogar familiar vacío que antes estaba tan lleno de vida. Pienso en el hombre al que abandonó Amy y no me da lástima, se lo merecía, pero a ti, a ti te compadezco. Eso me estimula para seguir buscando la carta.

Paso al cuarto de la tele. Huele a café y a vinagre, olores que explican las bolsas de comida para llevar que te vi traer a casa a las ocho de la tarde, antes de que me dispusiera a entrar por primera vez. Ha sido una buena lección. Me ha enseñado a aguardar, a ser paciente. Dirijo la linterna hacia la estantería. Libros, DVDs; te gustan los *thrillers* policíacos. Veo que incluso tienes *Turner and Hooch*. Hay fotos enmarcadas en los estantes, fotos de familia, bebés, vacaciones, excursiones de pesca, excursiones a la playa, primeros días de colegio. Me pregunto por qué Amy no se las ha llevado y lo considero una prueba de que regresará hasta que la linterna ilumina las paredes desnudas, salpicadas de alcayatas, y me doy cuenta de que esas fotos son lo único que ha abandonado, aparte de a ti. Me sorprende ver un diploma de psicología a tu nombre y una foto enmarcada de ti con la toga de licenciado y el pergamino en la mano, pero entonces recuerdo cómo me miras a veces, cómo intentas leerme el pensamiento como si me vieras el alma y cómo te gusta analizarme, igual que analizas a los demás, y todo cobra sentido. Tu rostro me sonrío desde debajo del birrete, como si acabaras de decir una grosería. Ya eras descarado, por aquel entonces.

Creo oír movimiento arriba y me paralizó, apago la linterna, contengo la respiración en el oscuro silencio y escucho. La casa está silenciosa. Vuelvo a encender la linterna y sigo hurgando en los compartimentos del escritorio que hay en el rincón, de cara al patio trasero. Fotos viejas, el seguro del coche, comprobantes, llaves sueltas, ni una carta. Estoy evitando ir arriba por razones obvias. Es mi último recurso, el peor de los casos, pero para tratarse de una casa familiar, el escritorio está sorprendentemente ordenado, sin papeles amontonados ni correo acumulado. Tal vez no tenga más remedio que subir. Intento imaginar dónde guardarías algo como esto. En un archivo, no; demasiado aséptico, demasiado impersonal. Has tenido ganas de leerla y eso significa que la has tenido a mano, donde puedas comprobar regularmente que la tienes, tocarla, volver a mirarla. Si no está en el bolsillo del abrigo que hay colgado en la barandilla, tendré que subir.

No está en el bolsillo de tu abrigo.

Tomo aire profundamente y entonces creo oír otro ruido en la parte trasera de la casa, en la cocina, y aguanto la respiración, temerosa de que alguien me oiga exhalar. Me está entrando pánico, necesito exhalar y el pulso en mis oídos suena tan fuerte que me impide escuchar y oír lo que ocurre en la habitación contigua, de modo que exhalo lenta y entrecortadamente. Esto es ridículo, me consta. Debería estar

durmiendo en mi casa, no fisgando en la tuya. Haberte observado durante tantas noches me ha llevado a creer que tenía derecho a hacerlo; quizá sea una acosadora, quizá sea esto lo que sienten los acosadores, que sus actos son completamente normales. Pero entonces pienso en tener que explicarte que he escrito la carta y me veo incapaz, de modo que tomo la determinación de subir por la escalera. Cruje en cuanto piso el primer peldaño y me quedo paralizada. Doy marcha atrás. Tiene que haber algún lugar aquí abajo donde pueda encontrar la carta sin tener que entrar sigilosamente en tu habitación mientras duermes, cosa de por sí escalofriante. Y entonces tengo un pensamiento, un recuerdo lejano de algo que dijiste sobre cómo dejaste la bebida.

—Tengo una foto de mi padre en el frigorífico. Eso me ayuda cada vez que lo abro para coger una bebida.

—Qué bonito.

—En realidad, no. Era un alcohólico empedernido. La foto está ahí para recordarme que no quiero ser como él.

Dirijo la linterna hacia el pasillo y avanzo deprisa y segura hasta la cocina. Creo que el frigorífico es la solución. Estaba lleno de dibujos y diplomas de gimnasia, pero no he comprobado si estaba la carta. Levanto la linterna para iluminar la puerta del frigorífico y veo el sobre, el sobre auténtico con la carta falsa, y sonrío feliz, pero ¡bum! Algo duro me golpea un lado de la cabeza, lo noto sobre todo en el oído, me atiza en la cara y me caigo al suelo como un saco de patatas, las piernas inertes debajo de mí, gritando de dolor. Oigo pasos en la escalera y lo único que se me ocurre es que me ha atacado un ladrón. He sorprendido a un ladrón y ahora tú estás bajando hacia el peligro y la confusión y tengo que avisarte, pero antes tengo que coger la carta del frigorífico y cambiarla por la original, y podría hacerlo si no fuese por el daño que me hace la cabeza y la sustancia pegajosa que me cubre la cara.

—¡Te dije que aguardaras! —te oigo susurrar, y me quedo perpleja. ¿Tú también andas metido en esto? ¿El robo de tu propia casa? Pienso en un fraude a la aseguradora y que he entrado en territorio hostil, y, si no estás implicado (aunque sin duda lo estás puesto que le susurras cosas a tu cómplice, que me ha aporreado y al parecer ha entrado en la casa por la puerta de la cocina), significa que corro un gran peligro. Tendría que huir. Pero antes tendría que cambiar la carta de la puerta del frigorífico. Levanto la cabeza del suelo y tengo la sensación de que todo se mueve debajo de mí. Aunque la habitación sigue estando a oscuras, la luz de la luna entra por la ventana hasta el suelo embaldosado. Su reflejo ilumina la puerta del frigorífico y vivo un momento surrealista en el que creo que la luna y el universo entero están de mi parte, alumbrándome el camino, guiándome. Pero no puedo moverme.

Gimoteo.

—¿Quién es? —preguntas.

—No lo sé, solo lo he golpeado.

—Encendamos la luz.

—Primero tendríamos que llamar a la policía.

—No. Podemos encargarnos de esto nosotros mismos, enseñarle un par de cosas a este tipo.

—Yo no apruebo...

—Vamos, doctor Jota, qué sentido tiene un servicio de vigilancia del barrio si no podemos...

—Vigilar, no maniatar y torturar.

—¿Con qué le ha golpeado? ¡Por Dios! ¿Con una sartén? Le dije que cogiera un palo de golf.

—Me atacó antes de lo que esperaba.

—Un momento, intenta largarse. Se está arrastrando...

De repente se enciende la luz.

—¡Jasmine! —exclamas.

—Oh, Dios mío; oh, Dios mío —dice el doctor Jameson.

La luz es tan intensa que no veo nada y mi cabeza... ¡Jesús, mi cabeza!

—¿Ha golpeado a Jasmine?

—¿Cómo iba a saber que era ella? Dios bendito.

—No pasa nada, cariño —dices, y entre los dos intentáis levantarme y alejarme del frigorífico, cosa que me hace gemir, y no solo de dolor. Veo la carta que se va alejando de mí mientras me lleváis de la cocina al sofá. Estaba tan cerca...

—¿Qué está diciendo? —pregunta el doctor Jameson, arrimando su oreja sobredimensionada a mi boca.

—Dice algo sobre el frigorífico —contestas, poniéndome la cabeza encima de un cojín, todo tu rostro transido de preocupación.

—El frigorífico no es mala idea, Jasmine. Traeré hielo.

El doctor Jameson se va corriendo.

—¿Habrá que ponerle puntos?

¿Puntos?

Me examinas la cabeza y veo los pelos rubios de tu nariz. Hay uno blanco e hirsuto y tengo ganas de arrancarlo.

—¿Qué sartén ha utilizado? —preguntas al doctor Jameson.

—Antiadherente, aluminio Tefal —dice, regresando con provisiones para mi cabeza—. Tengo el juego completo. Cinco cupones SuperValu y solo tienes que añadir quince euros. Hago unas tostadas francesas de muerte con ella —dice, arrimando su cara a la mía, concentrado en lo que hace. Huele a azúcar cande.

—Jasmine, ¿qué demonios estabas haciendo? —preguntas, sin salir de tu asombro.

Carraspeo para aclararme la garganta.

—He usado mis llaves, pensaba que había un intruso. Debía de ser el doctor Jota —digo con un hilo de voz, cerrando los ojos mientras él me va dando toques en la cabeza—. ¡Au!

—Lo siento, querida. No era yo porque me he puesto en contacto con Matt en cuanto he visto tu linterna —dice el doctor Jameson.

—Jasmine —dices en un tono grave de advertencia—. Escúpelo.

Suspiro.

—Me equivoqué al darte la carta. La de Amy. La que te di la había escrito yo. Para otra persona. Las confundí. Me confundí de sobre.

Abro un ojo para ver si te lo tragas.

Tienes los brazos cruzados sobre el pecho, me estás mirando, formándote un juicio sobre mí. Llevas una camiseta descolorida de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92 y calzoncillos a rayas. Pareces desconfiar de mi historia, pero no del todo. Todavía podría dar resultado. De repente das media vuelta y te vas a la cocina.

—No la abras —chillo, y el grito empeora mi dolor de cabeza.

—Un momento, no te muevas —dice el doctor Jameson—. Ya casi he terminado.

Traes el sobre. No me gusta tu mirada. Es esa mirada pícara de niño travieso. Vas dando golpecitos con el sobre contra la palma de la mano, despacio, rítmicamente, mientras caminas de un lado a otro delante de mí. Vas a jugar conmigo.

—Bien, Jasmine. Has entrado en mi casa a escondidas...

—Tenía la llave.

—... para recuperar una carta que dices que escribiste para otra persona. ¿Por qué no me lo dijiste sin más?

—Porque tenía miedo de que la abrieras. Es muy personal y no me fío de ti.

Levantas un dedo.

—Plausible. Bien hecho. La habría leído.

El doctor Jameson me indica que sostenga la bolsa de guisantes congelados encima de mi cabeza cuando me incorporo para enfrentarme a ti. Se sienta a mi lado.

—A mí también me parece plausible —dice. Lleva el pelo revuelto, las cejas sin cepillar, unos zapatos de cuero muy elegantes y un chándal que no le había visto hasta ahora; obviamente, lo primero que ha encontrado al levantarse de la cama.

—¿Qué pasa, esto es un juicio?

—Sí —dices, mirándome con los ojos entornados mientras vas de acá para allá.

Eres un histrión.

—¿Seguro que no me he lesionado la cabeza? —pregunto al doctor Jameson.

—¿Te duele el cuello?

Lo nuevo.

—Sí.

Se acerca y se pone a palparme el cuello.

—¿Te duele aquí?

—Sí.

—¿Te duele aquí?

—Sí.

—¿Te duele aquí?

—Sí.

Te detienes y me miras.

—¿A quién va dirigida tu carta?

Me quedo helada. Analizo la situación. Seguro que lo comprobarás.

—A Matt —contesto.

Te ríes.

—Matt —repites.

—Sí.

—Menuda coincidencia.

—De ahí la confusión.

Me acercas el sobre y alargo el brazo. Queda justo fuera de mi alcance, a milímetros de las puntas de mis dedos cuando lo retiras y lo abres.

—¡No! —rezongo, y me tapo la cara con un cojín.

—Léela en voz alta —dice el doctor Jameson, y le tiro el cojín y agarro otro para esconderme.

—«Querido Matt» —dices, de nuevo con descarada picardía, una voz que rezuma sarcasmo, pero a medida que lees en silencio para ver lo que sigue, el sarcasmo se esfuma. Haces una pausa. Levantas la vista hacia mí y después sigues leyendo con tu voz normal.

—«Todos tenemos momentos significativos en nuestra vida, períodos que han influido sobre cambios pequeños o grandes en nuestro carácter. En mi caso se me ocurren cuatro momentos destacados: el año en que nací, el año en que me enteré de que moriría, el año en que murió mi madre y ahora tengo uno nuevo, el año en que te conocí».

Me cubro la cara. Me está volviendo todo a la memoria.

—«He oído tu voz cada día, escuchado las palabras sucias con las que expresas tus pensamientos desabridos y me he formado un juicio sobre ti. No me gustas. Pero me demuestras que puedes creer que conoces a alguien y, sin embargo, no conocerlo en absoluto.

»Lo que he aprendido es que tú eres más, más de lo que finges ser, más de lo que crees que eres. Eres menos buena parte del tiempo, pero al ser menos, los demás se han alejado de ti. A veces pienso que te gusta hacerlo y eso también lo entiendo. Las personas heridas hacen daño a los demás».

Carraspeas y te miro entre los dedos de mis manos, pensando que quizá te pondrás a llorar.

—«Pero cuando piensas que nadie te escucha o que nadie te presta atención, eres mucho más. Es una pena que tú no lo creas o no se lo demuestres a las personas que amas».

El resto lo lees con voz temblorosa y sigo mirándote a hurtadillas. Estás sinceramente conmovido y me alegro, aunque paso una vergüenza tremenda. Te observo leer.

—«El año en que te conocí, me encontré a mí misma. Deberías hacer lo mismo, pues creo que encontrarás a un buen hombre».

Dejas de leer y reina un prolongado silencio en la sala.

—Vaya, vaya —dice el doctor Jameson con los ojos brillantes.

Carraspeas de nuevo.

—Bueno, seguro que quien sea este Matt apreciará mucho lo que le has dicho.

—Gracias —susurro—. Eso espero.

Me levanto para cogerte la carta de la mano, pero te niegas a soltarla. Pienso que estás jugando conmigo, pero cuando mis ojos se encuentran con los tuyos me doy cuenta de que estás serio. Me rozas la mano. Asientes con agradecimiento, un sincero y conmovido agradecimiento.

Correspondo con una sonrisa.

Estamos en medio de la segunda ola de calor de este verano. También estamos en medio de un período de escasez de agua; el ayuntamiento corta el agua varias horas al día y si alguien usa una manguera para lavar el coche, el jardín, el perro o a sí mismo es probable que lo ahorquen en el acto. O algo por el estilo.

Las bajas por enfermedad baten récords históricos esta semana, los parques están atestados de cuerpos semidesnudos, el aroma a bronceador y barbacoa flota en el aire y autobuses llenos a rebosar vienen del centro de la ciudad a la costa, bamboleándose mientras avanzan con su alegre cargamento.

Caroline y yo nos miramos fijamente durante un largo y tenso silencio, ambas claramente deseosas de decir algo pero mordiéndonos la lengua. Hace un bonito día de sábado y estamos sentadas debajo de una sombrilla en el jardín trasero de su casa, es la primera vez que la veo desde que Heather organizó la intromisión en mi estancada vida. Lo que ha conducido a este empate de miradas ha sido otra de mis propuestas que, una vez más, Caroline ha descartado sin pestañear. Le he sugerido que cambie el nombre de su idea por Frock Swap, para darle un atractivo más internacional. Me consta que sabe que sería acertado, pero le cuesta desprenderse de su ingenioso logo y le fastidia que el nuevo nombre no haya sido idea suya. Lo puedo entender, pero lo que temía que iba a suceder está sucediendo. Ha reconocido mis éxitos en este campo, por eso recurrió a mí, y no hay nada de malo en ello, excepto que lo único que persigue es el éxito. Lo que no ha tomado en consideración es por qué mis proyectos han funcionado: porque he puesto en ellos mi sensibilidad, mi pasión, mis ideas y mi corazón en lugar de seguir a ciegas las órdenes de otras personas. Sé que nuestra alianza no dará buen resultado. Ahora entiendo mejor cómo trabajo, cómo deseo trabajar y cómo debo trabajar.

Y aunque esto conduzca a una conversación incómoda, podría mantenerla si no tuviera vínculos personales, pero eso cambia en el caso de Caroline, amiga mía desde hace diez años, en cuyo jardín estoy sentada, cuya cabeza he sostenido en el retrete, cuyos pechos hinchados he aliviado con hojas de repollo, cuyas lágrimas sequé cuando su matrimonio se rompió y cuyas hijas han preparado las tartas de fantasía que estoy comiendo ahora mismo. Hemos tardado mucho tiempo en juntarnos después de la reunión del círculo de apoyo en mi casa y me consta que ha sido así porque ninguna de las dos quiere conflictos ni confrontaciones, pero al mismo tiempo ninguna de las dos está dispuesta a dar su brazo a torcer.

—Caroline —digo con ternura, y tomo su mano en la mía. Se remueve incómoda en la silla—. Me temo que debemos renunciar a trabajar juntas en esto.

Y entonces echa la cabeza para atrás y se ríe, y sé que seguimos siendo amigas.

El sol todavía brilla y me aventuro a ir a Bloom, la feria de jardinería y cocina más importante de Irlanda, que tiene lugar en Phoenix Park durante todo un fin de semana y congrega a miles de personas. Hay demostraciones de cocina y artesanía,

consejos de jardinería gratuitos ofrecidos por expertos, productos alimenticios irlandeses, espectáculos en vivo, talleres de jardinería. El cielo en la tierra, y me invitó Monday, que me dejó una entrada en el buzón, con un jacinto silvestre seco entre las páginas de la invitación. La única comunicación que hemos mantenido desde entonces fue una conversación telefónica en la que solo me dio tiempo a aceptar la invitación para luego decirme, con cierto misterio, que sabría dónde encontrarlo. Me parece que el jacinto es una pista. De hecho lo es. Preocupado ante la perspectiva de tener que pasar la noche en Phoenix Park mientras deambulo siguiendo pistas falsas, me envía un mensaje de texto, «el jacinto es una pista», cosa patéticamente enternecedora por su parte.

Hay zonas de juego para niños, zonas de cocina, escenarios principales y otros más pequeños donde los chefs hacen demostraciones de cocina, y el público se apiña alrededor de ellos, probando los platillos; bailes irlandeses, exhibiciones de bricolaje, exhibiciones de pompas de jabón y desfiles de moda. El parque bulle con una actividad detrás de otra, las hay para todos los gustos y edades. A mi alrededor, diseñadores de jardines han creado mundos nuevos en sus pequeñas parcelas de tierra. Hay un estilizado jardín escandinavo, un jardín japonés, un jardín chino, un jardín del *Mago de Oz*; unos divertidos, otros estrafalarios, otros imponentes, y todos me transportan a otro mundo.

Aunque tengo el corazón a punto de estallar por las ganas de ver a Monday, me tomo mi tiempo para deambular, porque no quiero perderme una pista y también para disfrutar del ambiente. El año pasado en estas fechas no se me habría ocurrido venir aquí, habría considerado que este festival no estaba hecho para alguien como yo, salvo si acudiera por motivos de trabajo, salvo si estuviera apostando por alguien con el ojo puesto en la recompensa. Y si hubiese estado aquí en esas circunstancias habría pasado por alto la belleza del lugar. Es casi un cliché oír a la gente decir que hay que tomarse las cosas con más calma, pero es verdad. He bajado de revoluciones y ahora veo muchas más cosas.

Mientras contemplo la recreación de un paisaje irlandés con muros de piedra seca y una caravana —la idea es transmitir el mensaje de pasar las vacaciones de verano en Irlanda— tengo la corazonada de que estoy cerca. Hay un campo de jacintos silvestres que se extiende como una alfombra, conduciendo la mirada más allá de las paredes de piedra seca, el marjal y el lago... y ahí está él. Monday aguarda junto a la puerta de una caravana de los años sesenta, instalada en la hierba alta como si llevara años abandonada. La puerta está abierta, hay una persiana de flores aleteando en la brisa.

Me detengo en la verja oxidada.

—*Fáilte*, Jasmine —dice Monday, con una sonrisa tímida. Yo también estoy nerviosa.

Me río.

—Pasa —me indica, y al empujar la verja se oye un chirrido perfecto, como si no

fuese real. Camino entre las altas flores moradas que bordean el sendero, mezcladas con otras de color crema que perfuman el aire con su fragancia: arroyuelas y ulmarias. Hace calor, y para la ocasión me he puesto un vestido de verano con motivos florales, aunque las amapolas parecen más de un cuadro *pop art* que de un jardín campestre. La fragancia de las ulmarias da paso al penetrante olor acre de los ajos silvestres.

Cuando me acerco, Monday ve el enorme chichón que me provocó el sartenazo del doctor Jameson, y toma mi cara entre sus manos con una mezcla de preocupación y enojo.

—¿Qué ha sucedido?

—Un accidente.

—¿Quién te ha hecho esto? —insiste, consternado.

—El doctor Jota. Es una larga historia...

—¿Cómo dices?

—Un accidente. Relacionado con la carta...

Me muerdo el labio. Sonríe y niega con la cabeza.

—Francamente, nunca he conocido a alguien como vosotros tres... —Besa mi chichón con ternura—. Nunca he conocido a alguien como tú, y punto.

Me toma de la mano, su pulgar me acaricia la palma haciéndome estremecer, y me conduce a la caravana. Me asomo al interior y veo la mesa puesta para el almuerzo.

—¿Haces lo mismo con todas las personas que fichas?

—Depende de la comisión.

—Me figuro lo que les ofreces cuando realmente cobras la comisión —bromeo—. La verdad es que ahora quisiera haber conseguido aquel empleo.

Me clava una mirada que me acelera el corazón y procuro calmar mis aturulladas entrañas mientras nos sentamos en la minúscula caravana. Nuestras rodillas se tocan debajo de la mesa plegable.

—Bien, en lugar de ir siempre a tu casa, he pensado que te invitaría a la mía y te mostraría de dónde provengo.

—Monday, esto es precioso. E increíblemente agradable.

Se sonroja y sigue adelante.

—Y por mor del espíritu hogareño, te he traído lo que comía de pequeño. —Abre los recipientes—. Moras y fresas silvestres. Solíamos recogerlas y mi abuela hacía mermelada. Tarta de manzana. —Va revelando las delicias, Tupperware tras Tupperware—. Pesto de ajo silvestre con pan moreno caliente.

Se me hace la boca agua.

—¿Has cocinado todo esto?

Vuelve a pasar vergüenza.

—Sí, pero son recetas de Maimeó. A prueba de tontos. Mi madre es muy mala cocinera, de modo que para almorzar tomaba... —hace un gesto solemne con una

fiambarrera de Superman— emparedados de lechuga y mayonesa.

—¡Hala!

—Ya, ya. Era una nulidad. Todavía lo es. Me crio Maimeó, en realidad. Una mujer curtida, se mudó desde las islas Aran cuando mi madre se quedó embarazada de mí, pese a que era una isleña de Aran por naturaleza y estar lejos de su tierra casi la mató. Me llevaba allí siempre que tenía ocasión.

—¿Sigue viva?

—No.

—Lo siento.

Se queda callado y empieza a servir la comida.

—Tu casa es mucho más tranquila que la mía la última vez que estuviste. Siento lo de la reunión...

Tengo que abordar el tema.

—No lo sientas. Lamento que te llevaras semejante sorpresa. Esa señora que trabaja con tu hermana, Jamie, me dijo que sería una sorpresa. Pensé que a lo mejor te gustaría.

—Seguro que no pensaste que me gustaría.

—No te conozco muy bien, Jasmine. Pero me gustaría. —Nada de sonrojarse esta vez, solo ojos avellana y esmeralda—. ¿Cómo está tu ex?

—Dios mío, Monday. No sabes cuánto lo siento. En realidad...

—No tienes por qué disculparte. No estábamos... no había nada...

Pero me doy cuenta de que le dolió.

—Y también siento lo de la entrevista. —Me tapo la cara con las manos—. No he comenzado nada bien, ¿verdad?, si lo único que tengo que decirte es que lo siento.

—Comprendo lo de la entrevista —dice—. Puedo comprender que quisieras vigilar a Heather. Solo tendrías que habérmelo dicho, ¿sabes? Te llamé un montón de veces. Podría haber intentado cambiar la fecha.

—Lo sé. —Hago una mueca—. No sabía qué decirte.

Encoge los hombros con desenvoltura.

—La verdad siempre me parece bien.

—De acuerdo. Sí. Lo siento.

—Deja de decir lo siento.

Asiento.

—Me figuro que no querrás buscarme otro empleo, ¿verdad? —pregunto con un hilo de voz—. Suelo ser bastante responsable...

—Tengo una posibilidad maravillosa para ti —dice, poniendo una cucharada de crema espesa sobre unos bollitos untados de mermelada de fresa.

—¿En serio?

Deja lo que está haciendo y me clava una de sus miradas.

—¿Qué te parece un hombre negro de Connemara, metro ochenta y dos, pelo negro, ojos verdes y pecoso? Uno entre un millón. En realidad, uno entre cuatro coma

siete millones.

El corazón se me dispara.

—Me lo quedo —digo, y se inclina para besarme y el beso es tan largo y voluptuoso como he soñado e imaginado que sería.

—Tienes un codo en la mermelada —susurro, a medio beso.

—Lo sé —responde, también susurrando.

—Y no mides uno ochenta y dos.

—Chitón —susurra de nuevo, sin dejar de besarme—. No se lo digas a nadie.

Nos reímos al separarnos.

—Bien, ahora me toca a mí disculparme —dice, toqueteándome los dedos. No soy una mujer menuda, pero mis manos parecen las de una muñeca en las tuyas—. Siento haber tardado tanto en...

—¿Dar un paso? —sugiero.

—Sí. —Por fin me mira a los ojos—. En realidad soy bastante tímido —confiesa, y le creo. Siendo tan seguro de sí mismo cuando se trata de trabajo, es encantadoramente torpe en este tipo de cosas—. Me serví del empleo como excusa para seguir viéndote mientras me armaba de valor, y cada vez que cotorreaba acerca del empleo estaba intentando calcular si dirías que no o si te reirías en mi cara. Obviamente, cuando busco un empleo para alguien no suelo terminar cenando en su casa.

—Ni ayudándole con su fuente.

Se ríe.

—Y tampoco ayudándole a espiar a su vecino.

—No has sido muy tímido para organizar esto —señalo.

—Soy de ese tipo de hombre más bien dado a los grandes gestos —dice, y nos reímos—. El asunto de tu ex novio me dio la patada en el culo que necesitaba.

Vuelvo a avergonzarme.

—¿Tiene... ganas de recuperarte?

—Sí —contesto, con suma seriedad.

—Vaya.

—Hace unas noches me llamó a la una de la madrugada cantando *Bootie Call* de las All Saints. Canta como un monaguillo.

—Vaya —repite en un tono más ligero, menos preocupado.

—O sea que obviamente tienes mucho con lo que enfrentarte —agrego.

—Quizás una competición de canto —sugiere—. Verás, en cuanto vi tu cabeza pelirroja cubierta de mantillo y hojas del jardín supe que te quería. Solo que no sabía qué hacer al respecto. El trabajo me permitió ganar tiempo. De modo que no fue en absoluto una pérdida de tiempo, si eso es lo que te preocupa.

Volvemos a besarnos y, casi literalmente, podría mudarme a esta pequeña caravana y quedarme con él para siempre, pese a que ni él ni yo podemos ponernos de pie sin agachar la cabeza, pero oímos voces justo al otro lado de la ventana, otro

grupo que inspecciona el jardín.

—Eh, te he comprado una cosa. —Se frota la nariz, se rasca una sien, de repente está aturullado y farfulla incoherentemente, y lo encuentro tan adorable que me limito a sentarme a la mesa y observar sonriendo de oreja a oreja, sin mover un dedo para ayudarlo—. Es para tu jardín —dice, avergonzado—. Pero si te parece estúpido, me lo quedo, no pasa nada. No es caro, lo vi y pensé en ti, o pensé que a lo mejor te gustaría. O sea, la verdad es que no conozco a nadie que viva tanto en su jardín como tú, aparte de mi madre, por supuesto, que vive literalmente en su... En fin, que si no te gusta no tienes por qué quedártelo.

—Monday, qué manera tan bonita de regalar algo —digo con sarcasmo, llevándome la mano al corazón.

—Ve acostumbrándote —dice con dulzura. Alarga el brazo debajo de la mesa y me ofrece el regalo para el jardín. Se cubre la cara con las manos para no ver mi reacción—. ¿Te gusta? —pregunta con la voz amortiguada.

Le beso las manos. Las deja caer en su regazo y su rostro inseguro sonrío con alivio.

—Es bonito.

—Yo no diría que es bonito, precisamente.

—Es perfecto. Gracias.

Nos besamos en medio de una caravana en el Phoenix Park de Connemara con un letrero que dice: LOS MILAGROS SOLO CRECEN DONDE LOS PLANTAS.

Monday y yo estamos tendidos en mi cama. Es agosto. Son las diez de la noche y tengo las cortinas abiertas. Todavía hay luz en el cielo. Oigo que en las calles vecinas todavía hay niños jugando fuera. Mi jardín sigue rebosante de vida. El aire nos trae rumor de vida y actividad, olor a barbacoa. Estoy en una maravillosa burbuja de dicha, tendida desnuda con Monday, empapada de la gloria y la satisfacción que procura el sexo. Contemplo el cielo, maravillándome ante su color rojo.

—Cielo rojo de noche^[11] —comienzo a decir, y entonces tu rostro aparece de repente en la ventana—. ¡Aaaaaah! ¡Aaaaaah!

Por poco le provoco un infarto a Monday al saltar e intentar cubrirme con la sábana, enredándome con ella.

—¡Por el santo amor de Dios! —grita Monday al verte.

Te echas a reír con esas carcajadas de loco depravado tan tuyas, y tus ojos me dicen que estás borracho.

—Bonito espaldar —gritas, dando golpes a la ventana, y comienzo a arrepentirme de haber construido el emparrado que sube hasta la ventana de mi dormitorio, por donde trepa un *Parkdirektor riggers*, un resistente rosal perenne de hoja caduca y flores rojas, cubriendo la fachada de la casa.

Monday gruñe.

—Creo que está borracho —digo.

—No me digas.

Lo miro.

—Ve —dice cansinamente—. Ve y haz lo que sea que tengáis que hacer a las diez de la noche de un martes.

Abro la puerta principal, envuelta en una bata, y te encuentro sentado a la mesa de tu jardín. Vas de esmoquin.

Silbo.

Me sueltas un improperio.

Al ver que la puerta está abierta, me meto las llaves de tu casa en un bolsillo y me siento.

—Veo que por fin te ha encontrado trabajo —dices, y después das un resoplido y te ríes con esa desagradable y asquerosa risa de pecho. Esta noche también has vuelto a fumar.

—Hoy te has olvidado de cortar el césped —digo.

—Guárdate tus opiniones para ti, Delia Smith.

—Delia es una chef.

—Lárgate.

Esta noche estás enojado, Matt, hemos vuelto a la casilla de salida. Apuras el botellín de cerveza y lo lanzas a la calle. Se rompe en la acera de mi lado. Monday se

asoma a la ventana, ve que estoy bien y vuelve a desaparecer.

—¿Qué ha pasado esta noche? —pregunto.

—Fui a los premios radiofónicos. No estaba nominado. Estaba indignado. Se lo hice saber. Lo dije en el escenario, con micrófono, para que todo el mundo oyera alto y claro lo que tenía que decir al respecto. A los organizadores no les gustó mi comportamiento. Total, que me pusieron de patitas en la calle.

Dos pasos adelante, un paso atrás. A los dos nos ocurre lo mismo. Es normal, supongo. Nadie ni nada es perfecto. No te juzgo, al menos no en voz alta. Despotricas a propósito del trabajo, de no trabajar, de todas las personas del mundo que trabajan. Es difícil seguirte, empiezas y paras, abandonas ideas antes de desarrollarlas. Tu manera de pensar indica dónde te encuentras ahora. En cierto modo, estoy de acuerdo contigo. Parte de lo que dices es lo mismo que a veces sentía durante este último año, lo que a veces todavía siento mientras me esfuerzo día tras día por encontrar mi lugar en el mundo. La sociedad está montada en torno a la industria, dices, solo los niños y los jubilados pueden estar relajados sin trabajar, y te preocupa el porcentaje de personas jubiladas que mueren de infarto. Crees que vas a morir de aburrimiento y tomas nota de visitar al doctor Jota.

Te estás esforzando en encontrar un empleo, pero te está resultando imposible encontrarlo. Tu baja por jardinería ha terminado, estás oficialmente parado. Habiendo sido un ídolo, ahora distas mucho de ser un personaje deseado. Estás en la lista negra. Parece ser que nadie quiere contratar a un bala perdida como tú con tanto potencial para la mala fama, y quienes sí muestran interés te quieren mal, quieren potenciar tu lado oscuro, convertirte en una versión caricaturesca de ti mismo. Pero esto no hará que Amy regrese, y ese es un lado de ti con el que ni siquiera tú estás a gusto. Te has reunido un sinnúmero de veces con tu agente, que no te devuelve las llamadas como lo hacía antes, que dedica más tiempo a una nueva estrella de la televisión que tiene los dientes más blancos, el pelo más abundante, la piel mejor y un discurso políticamente correcto. Las amas de casa lo adoran, los camioneros lo pueden tolerar. Esta noche le has tirado un vaso de agua encima y, cuando nadie os miraba, te ha sacado a la calle, fingiendo que quería hablar en serio contigo, y en cambio te ha arreado un puñetazo en la mandíbula, se ha ajustado su esmoquin Tom Ford y ha vuelto a entrar con su sonrisa postiza a presentar un premio. Son tus palabras. Esperas que muera de una enfermedad venérea. Intentas enumerarlas todas.

Después la emprendes con el presentador que ha ganado tu premio, el galardón que has ganado seis años seguidos, un hombre que habla de pájaros y jardinería en su programa. También sé que estás intentando hacerme daño debido a mis nuevos intereses, pero no muerdo el anzuelo. Ahora conozco tus trucos. Cuando estás herido intentas herir a los demás. Conmigo no dará resultado.

A continuación arremetes contra el ejecutivo, pues hace unas noches os pidió a ti y Amy que bajarais la voz cuando discutíais de mala manera en la calle y, de resultas, se ha convertido en el blanco principal de tu odio. Conjeturas que le encanta celebrar

reuniones para hablar de reuniones, que le encanta el sonido de su propia voz y que pronuncia discursos interminables sobre su afición por los tapones anales y otras cosas semejantes que te inventas sobre la marcha.

Entro en tu casa y regreso con un rollo de papel higiénico.

—Tengo una idea —digo, interrumpiendo tu diatriba contra el ejecutivo.

—No estoy llorando —dices, enojado al ver el rollo de papel—. Y además ya he cagado. En tu rosal.

—Vamos, Matt.

Me sigues por la calzada. Finalmente sonrías al ver lo que estoy haciendo y te apuntas entusiasmado. Pasamos diez minutos cubriendo de papel higiénico el jardín del ejecutivo como si tal cosa, riéndonos tanto que casi nos meamos encima; tengo que hacer pausas para recobrar el aliento, nos tapamos mutuamente la boca con la mano para no hacer demasiado ruido y despertarlo. Envolvemos las ramas del castaño y dejamos trozos colgando como si fuese un sauce llorón. Decoramos los macizos de flores, intentamos hacer un gran lazo en su BMW. Forramos las columnas del porche y después rompemos pedacitos que esparcimos como confeti por el césped. Cuando hemos terminado, chocamos las manos y, al volvernos, encontramos a Monday y el doctor Jota mirándonos. Monday va descalzo, lleva vaqueros y camiseta, parece sulfurado y divertido a la vez, pero intenta disimularlo. El doctor Jameson lleva su atuendo de emergencia —chándal y zapatos lustrosos— y parece seriamente preocupado por nuestro bienestar.

—Él está borracho, pero no sé qué excusa tienes tú —dice Monday, con los brazos cruzados sobre el pecho—. Está claro que los dos necesitáis encontrar trabajo con urgencia, y lo digo en serio.

—Espero empezar el lunes, Monday —dices, y ríes entre dientes por tu ingenio. Reparas en que va descalzo—. Ah, o sea que a ti también te va eso.

—¿El qué?

—El truquito de Jasmine. Se lo vi hacer una vez. En plena noche. Llorando. En invierno. Como la loca que es.

Monday se ríe.

—¡Lo sabía! —exclamo—. Sabía que me estabas espiando. Pero anoche no lloré.

—No, eso fue la noche que hiciste que pareciera que tu casa había vomitado hierba en tu jardín.

No puedo evitarlo, se me escapa la risa, pero hacemos mucho ruido y Monday y el doctor Jota nos alejan de casa del ejecutivo para que no se despierte y vea cómo hemos decorado su jardín.

Pasando por alto el consejo del doctor Jameson, te quitas los zapatos y te adelantas, tirándome tus apuestos calcetines a la cara. Decides arraigarte, conectar con la Tierra, pero ejecutando una especie de insólita danza hippy que consigue que todos riamos, nos guste o no. Resulta bastante divertido hasta que pisas un trozo del botellín roto que antes has tirado a la calle.

El doctor Jameson va corriendo a ayudarte.

OTOÑO

*La estación intermedia entre el verano y el invierno, que en el hemisferio norte comprende los meses de septiembre, octubre y noviembre.
Temporada de madurez.*

Monday, tú y yo estamos sentados de lado en un sofá, comiendo Stroopwafels, en la immaculada sala de estar del doctor Jota, que huele a albahaca y limón debido a la jardinera de albahaca que tiene en el alféizar de la ventana y al limonero de un rincón soleado. El perro está tumbado al sol, mirándonos perezosamente con ojos aburridos. No es la primera vez que estamos todos aquí, en realidad es el tercer sábado consecutivo que hemos estado presentes en sus entrevistas a posibles acompañantes para el día de Navidad.

No hemos sido tan crueles como para no invitarlo nosotros. Tú fuiste el primero en hacerlo, si bien es cierto que estás intentando ganar puntos delante de Amy, que sigue sin hablarte, a la espera de una señal de que has cambiado, de que efectivamente te las has compuesto. Según parece es una nota que ya ha escrito unas cuantas veces a lo largo de vuestra vida en común, siendo una de ellas cuando intentaste proponerle matrimonio por tercera vez pero te volviste a acobardar. Ves su nota como una intervención, una especie de círculo de apoyo para vuestro matrimonio. Lees entre las escasas líneas una pista oculta que indica que al final regresará contigo, pero estamos en agosto y sigue sin haber mucha comunicación entre vosotros. Creíste que Amy pensaría que tu invitación al doctor Jameson demostraba cuánto habías cambiado, y en cambio consideró que tu amabilidad era una falta de consideración, que, como de costumbre, eras incapaz de anteponer tu familia a tus propias necesidades y que no querías pasar el día de Navidad con ella. Tenía una buena lista de cosas que decirte, una noche oí como las detallaba a gritos, una noche en la que el ejecutivo se guardó mucho de quejarse. Seguro que el doctor Jameson también la oyó, cosa que hizo mucho más fácil, a la par que incómodo, rechazar tu ofrecimiento. Que su vecino y mejor amigo de la calle no pudiera invitarlo a comer el día de Navidad tuvo que ser otro duro golpe para el pobre doctor, a quien de pronto veo envejecido y cansado, por más que intente aparentar que lo pasa la mar de bien.

—Al menos le está hablando —dijo Monday, cuando estábamos tumbados en la cama, oyendo como discutíais en la mesa del jardín, pensando, con la petulancia de nuestra incipiente relación, que era imposible que nosotros alguna vez llegáramos a hablarnos de esa manera.

Pero es que abordaste el tema en un mal momento, tus travesuras en los premios radiofónicos te habían convertido en noticia otra vez y habías echado por tierra cualquier oportunidad de conseguir el gran empleo que esperabas conseguir en una de las pocas emisoras rivales que te tomarían en consideración. Eres un riesgo demasiado grande. En lugar de lo que esperabas, te han ofrecido trabajo en una emisora local poco conocida que transmite solo en Dublín, pero al menos tienes tu propio programa, «The Matt Marshall Show», de las doce a la tres de la tarde, para hablar de los temas del día. Tu comportamiento tendrá que ser intachable.

Comenzaste hace dos semanas y has tenido la amabilidad de organizar que Heather trabaje en tu despacho un día cada semana, cuestión de la que hablamos cuando acudiste al círculo de apoyo de mi hermana. El nuevo programa significa que has sufrido un tremendo recorte salarial y que no cuentas con el mismo equipo que antes, de modo que te lo has replanteado todo desde cero y Amy va a volver a trabajar, pero creo que aunque haya sido forzoso, el cambio os hará bien a los dos. Si lo sabré yo.

He desconectado de lo que está diciendo la joven que tengo delante. Decir que es una hippy New Age sería grosero y desdeñoso, pero actualmente vive en un árbol a fin de evitar que unos promotores inmobiliarios lo talen porque es el hábitat de una especie poco común de caracol. Admiro sus firmes creencias: los caracoles necesitan personas como ella para protegerse de personas como yo, pero al hacerlo impide que los promotores construyan un hospital infantil sumamente necesario. Ojalá hubiera gente que luchara tanto por los niños como lo hacen por los caracoles. Dudo que el doctor Jameson tenga tanta empatía con los caracoles como ella espera: se comen las lechugas de su huerto. Esto no es lo que impide que me concentre, es tener a Monday al lado, tan cerca que noto el calor que irradia a través de su camiseta, que es suave y fina y casi traslúcida. Bajo la vista hacia la izquierda y lo miro de reojo. Me pesca y me lanza una mirada que ahora conozco bien, cargada de anhelo, y pienso que es un desperdicio desperdiciarlo. Me acaricia la palma de la mano con el pulgar, solo una vez, y con eso basta. Lo deseo. Me mira como si deseara tomarme aquí y ahora. Casi cedería si no fuese porque pienso que estarías haciendo la crónica durante todo el acto.

Es septiembre y el día es húmedo, bochornoso, como si anunciara tormenta; un tiempo que provoca dolor de cabeza, que vuelve locos a los animales y a ti. Espero que llueva porque mi jardín necesita riego. Al otro lado de la calle, el señor Malone lleva una hora sentado a solas en el banco de su jardín, con una taza de té en las manos. Si no pestañeara de vez en cuando, pensaría que está muerto, pero está así casi todos los días desde que murió la señora Malone, a quien un segundo derrame cerebral le quitó la vida hace ya tres semanas. Me la imagino sembrando en el jardín, a gatas con su falda de *tweed*, después la imagino tal como era después del primer derrame, sentada en el jardín mientras el señor Malone le leía, y ahora no veo nada, solo a él solo, y se me saltan las lágrimas.

Monday vuelve a mirarme, preocupado, me estrecha la mano y mi deseo aumenta todavía más. Oficialmente no se ha mudado a mi casa aunque bien podría hacerlo, pasa conmigo casi todas las noches, incluso tiene un espacio reservado en el armario y su cepillo de dientes y útiles de afeitarse en el cuarto de baño. Las noches que no se queda conmigo —cuando nos decimos que debemos tomarnos las cosas con calma, ver a nuestros amigos, salir de noche por separado— son una tortura, miro sus cosas y deseo que estuviera conmigo. Tiene un perro, *Madra*, un labrador que se comporta como si fuese el amo del lugar y se ha adueñado de mi sillón favorito, cosa que no me importa puesto que ahora me tiendo con Monday en el sofá, e incluso se queda

conmigo las noches que Monday no está, desbaratando así el propósito de mi sacrificio. A veces sigues necesítandome por la noche, pero nada que ver con antes. Algunas noches miro por la ventana y espero oír el ruido de tu jeep circulando a toda pastilla por la calle con los Guns N' Roses a todo volumen, pero nada que ver con antes.

Invité al doctor Jameson a pasar el día de Navidad conmigo, aunque si pudiera ocupar mi sitio mientras yo me quedo en casa le estaría muy agradecida, pues pasaremos el día de Navidad con la excéntrica madre de Monday en Connemara y el de San Esteban en Dublín con mi familia. Esta semana nos hemos reunido para hablar de las ganas que tiene Heather de preparar la comida de Navidad dado que será la primera vez que Jonathan se una a nosotros. Las dos vamos a asistir a un curso de cocina para aprender a preparar la comida de Navidad perfecta. Ni Monday ni yo tenemos muchas ganas de celebrar la Navidad. Si pudiera tener a Heather para mí sola, por supuesto que sería una delicia, pero no puede ser. El doctor Jameson nos ha recordado que el acoso familiar es mejor que estar solo. Viendo por lo que está pasando a fin de tener un poco de compañía un día en el que tanta gente sostiene que desea estar sola, me inclino a estar de acuerdo con él.

—Muy bien. —Das una ruidosa palmada mientras ella está a media frase, incapaz de seguir soportando su cháchara. Monday y yo nos asustamos, estábamos absortos en nuestros respectivos mundos—. Me parece que ya basta de este rollo —dices, y Monday se ríe.

La señora te mira horrorizada y ofendida, y yo amortiguo el golpe mostrándome cortés cuando la acompaño a la puerta.

—Bien, ¿qué opináis? —pregunto al regresar.

El doctor Jameson me mira.

—Me parece... que olía a musgo.

Monday vuelve a reírse. Lo hace mucho, como si pensara que no nos damos cuenta, como si fuésemos un atajo de bichos raros de la tele y nos estuviera viendo y pasándolo en grande. Olvida que en realidad también lo vemos.

—Bueno, todavía queda una más —digo, tratando de levantar el ánimo a todos. El doctor Jameson parece estar más abatido que nunca.

—No. Ya basta —dice en voz baja para sus adentros—. Ya basta.

Se levanta y se dirige al teléfono de la cocina. La casa no es de planta abierta como la tuya y la mía, conserva la distribución original de los años setenta, con las baldosas originales y lo que parece el papel pintado original.

—No cancele la cita —digo, cuando descuelga el auricular y busca el número en un bloc de notas.

—¿Cómo se llama? —pregunta, leyendo los nombres y números—. ¿Rita? No, Renagh. ¿O es Elaine? No me acuerdo. —Pasa unas cuantas páginas—. Ha habido tantas...

—Son casi las tres, doctor Jota, no tardará en llegar. Ya habrá salido, no puede

cancelar la cita.

—Llega un coche —dice Monday desde la sala de estar.

El doctor Jameson suspira cansado y cierra el bloc de notas. Me consta que se ha rendido y me parte el corazón. Se quita las gafas y las deja colgando de la cadena que lleva al cuello. Todos nos acercamos a la ventana, tal como hemos hecho con todas las visitas anteriores, y observamos. Hay un Mini Cooper amarillo aparcado delante de la casa. Una señora mayor con una chaqueta de punto y un sombrero lila pálido mira al frente fijamente. Es grande y adorable como un oso de peluche.

—Olive —dice de pronto el doctor—. Así se llama.

Lo miro, procurando disimular mi sonrisa.

Olive mira la casa y acto seguido pone en marcha el motor.

—Se va —dice Monday.

—No, no se va —dices tú, tras unos segundos sin que se haya movido.

—¿Qué hace ahí sentada? —pregunto.

—Me parece que se está rajando. Si la dejamos tranquila un momento, seguro que se asusta y se va —dices—. Eso la descarta por usted.

El doctor Jameson la observa un momento y sin decir palabra sale de la casa. Lo vemos bajar por el sendero de su jardín y aproximarse al coche.

—Va a decirle que se largue —dices—. Ya lo veréis.

Suspiro. Tu humor es deliberadamente inapropiado y, aunque estoy acostumbrada a ti y a tus sutilezas, sigo encontrándote agotador.

El doctor Jameson rodea el coche hasta la ventanilla de Olive y llama con delicadeza. Le dedica una dulce y alentadora sonrisa de bienvenida, una tierna mirada que no le había visto hasta ahora. Ella lo mira, agarrando el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos. Me fijo en cómo afloja las manos mientras examina el rostro del doctor Jameson. El motor se apaga.

—Creo que deberíamos dejar a solas a estos dos —digo, y tú y Monday me miráis confundidos—. Vámonos.

Mientras tiro de vosotros por la rampa del garaje, el doctor Jameson no pone objeciones a que nos vayamos. Nos despide alegremente con la mano mientras conduce a Olive hacia la casa. Sonríó al ver que estás un poco dolido.

El mismo día, entrada la tarde, me deslizo a un asiento contiguo al de mi padre en el centro cívico de nuestro barrio para ver cómo entregan a Heather su cinturón naranja de taekwondo. El cinturón naranja significa que el sol está empezando a salir y, tal como ocurre con el amanecer, solo se aprecia la belleza del sol naciente en lugar de su inmenso poder. Esto significa que el principiante solo ve la belleza del arte del taekwondo, pero que aún no ha experimentado el poder que le confiere su técnica. Tengo la sensación de que yo también merezco ese cinturón.

Zara está sentada en el regazo de Leilah al otro lado de papá, de modo que por una vez no actúa como puente entre nosotros.

Heather me ve, se le ilumina el semblante y saluda con la mano. Diríase que

nunca se pone nerviosa ante los retos de la vida, los ve como una aventura, las más de las veces los provoca ella misma, cosa que no podría ser más inspiradora.

—Papá —digo—. En cuanto al trabajo...

—No te preocupes.

—Bueno, quería darte las gracias.

—No he hecho nada. Se acabó. Ya han cubierto la vacante.

—Ya lo sé. Pero gracias. Por pensar que habría sido capaz de hacerlo.

Me mira como si fuese tonta.

—Claro que habrías sido capaz de hacerlo. Y seguramente lo habrías hecho mejor que el tío que han contratado. Pero te negaste en redondo a ir a la entrevista. ¿Te suena de algo?

Sonríó para mis adentros. Es el mayor cumplido que alguna vez me haya hecho.

Heather comienza su demostración.

—Ahora que me acuerdo, encontré esto. —Mete la mano en el bolsillo de atrás y saca una foto, ligeramente arrugada en las esquinas y alabeada por su culo—. Estaba mirando fotos viejas de Zara y me topé con esta. Pensé que te gustaría.

Es una fotografía del abuelo Adalbert Mary conmigo. Estoy plantando semillas, muy concentrada, ninguno de nosotros mira a la cámara, en su jardín de atrás. Debo de tener cuatro años. En el reverso, con la letra de mi madre, pone: «Papá y Jasmine plantando girasoles, 4 de junio de 1984».

—Gracias —susurro, con un nudo en la garganta, y papá aparta la vista, incómodo ante mi súbita emoción. Leilah me alcanza un pañuelo de papel, parece contenta, y Heather comienza su demostración.

Al llegar a casa enmarco la foto y la pongo en el muro de recuerdos de mi cocina. Un momento capturado cuando mamá estaba viva, cuando no habían plantado al abuelo Adalbert Mary en la tierra y cuando yo no sabía que me iba a morir.

Mi jardín no es forzosamente aburrido en noviembre. No abundan las flores, pero tengo diversas matas herbáceas con las cortezas de colores llamativos para que resulte más atractivo. Mi jazmín de invierno, el brezo de floración temprana y arbustos de hoja perenne; un elegante césped que parece de plumas y se mece con la más leve brisa añade movimiento, las bayas rojas aportan color y la madreSelva del señor Malone es fragante y vistosa. Los vendavales de otoño han comenzado a soplar y llueve a mares, de modo que casi todos los días rastrillo las hojas secas que después utilizo para hacer mantillo. Limpio las herramientas de jardinería y las guardo como si fueran a hibernar, noto una opresión en el pecho al hacerlo, y ato mis enredaderas para protegerlas del viento. Mi proyecto para noviembre es plantar rosas sin cepellón y mi investigación para aprender a hacerlo ha entretenido a Monday sin cesar. Es un tema muy serio.

—Solo son rosas —dijo Monday, pero no son cualquier cosa. Y le conté por qué era así exactamente y me escuchó, porque siempre me escucha, y cuando hube terminado me besó y me dijo, por primera vez, que estaba enamorado de mí exactamente por eso.

Pero las rosas, como tú y yo, tienen sus problemas. Las rosas plantadas en suelos donde se han cultivado rosas durante años son propensas a contraer enfermedades. Si plantas rosas nuevas en estas circunstancias, tienes que quitar tanta tierra como sea posible y reemplazarla con tierra de otra parte del jardín donde no hayan crecido rosas antes. Esto me lleva a pensar en el señor Malone, intentando crecer en el mismo lugar exacto donde murió su esposa. Me lleva a pensar en cualquiera que intente crecer donde algo, aunque sea una parte de sí mismo, haya muerto. Todos padecemos esa enfermedad. Es mejor moverse, desarraigarse y comenzar de nuevo; entonces floreceremos.

Una mañana de noviembre me despierto al oír que alguien arrastra algo en la calle; un ruido familiar, como un chirrido de uñas en una pizarra. Me retrotrae, me transporta mágicamente a otra época de mi vida. Aparto el brazo de Monday, que durante la noche resultaba protector pero ahora me pesa inerte en el pecho, y me levanto de la cama. Me asomo a la ventana y te veo arrastrando la mesa de jardín por la rampa del garaje.

El corazón me da un vuelco, no de entusiasmo, sino de pesar, no soy capaz ni estoy preparada para pasar página, para aceptar cambios o decir adiós. Aflicción instantánea. No puedo quedarme viendo cómo haces esto. Me pongo un chándal y salgo corriendo. Tengo que ayudarte. Agarro un extremo de la mesa y levantas la vista hacia mí. Sonrías.

El ejecutivo pasa a la carrera. Ambos soltamos una mano de la mesa para saludarlo. No repara en nosotros. Nos reímos y continuamos. No hablamos, sin embargo trabajamos bien en equipo, doblamos la esquina del jardín trasero, haciendo

maniobras con la pesada mesa. Es casi como si estuviéramos de mudanza, como si lleváramos el ataúd de un amigo querido. Lo hacemos juntos y se me hace un nudo en la garganta.

Dejamos la mesa en el jardín de atrás, en la zona de patio aneja a la cocina, y colocamos las sillas que ya has traído tú antes.

—Amy vuelve a casa —dices.

—¡Qué buena noticia! —digo finalmente, sorprendida de haber conseguido emitir algún sonido a través del nudo en la garganta.

—Sí, muy buena —dices, aunque no pareces muy contento—. Ahora no puedo pifiarla.

—No lo harás.

—No me lo permitas.

—No lo haré —digo, conmovida por la responsabilidad que acabas de confiarme.

Asientes con la cabeza y regresamos al jardín delantero. Fionn está dentro del coche, toquetea el equipo de música, cambiando de emisora para encontrar una canción que le guste.

—Veo que lo has arreglado.

—No estaba estropeado —dices, confundido.

—Pero si dijiste... Da igual.

Caes en la cuenta de que he descubierto tu mentira.

—La canción de Guns N' Roses. —Suspiras—. Mi padre nos daba palizas a mi madre y a mí. El día que por fin nos libramos de él, el día que por fin me enfrenté a él, mi madre y yo pusimos *Paradise City* a todo volumen y bailamos como locos en la cocina. Nunca la he visto tan feliz.

Tu canción de libertad. Sabía que significaba algo, quería que significara algo en aquellas noches frías y oscuras cuando bajabas disparado por la calle como si hubieses estado lejos muchísimo tiempo y te murieras de ganas de llegar a tu casa y ver a tu familia, para luego creer que no tenías llaves de la puerta cuando en realidad las tenías.

—Gracias por contármelo.

—Bueno, es mejor que *Love Is a Battlefield* —dices. Me quedo boquiabierta—. ¿Qué pasa? ¿Crees que no te oigo poner esa cosa a diario? Cuando tienes las ventanas abiertas te oigo, ¿sabes?, y a veces te veo empuñando el cepillo del pelo.

Me imitas, bailando con un deplorable estilo de los ochenta.

—Yo no canto con un cepillo —protesto.

Me sonrías nervioso y me doy cuenta de que solo tienes intención de quitar hierro a lo que me has contado, de la única manera en que sabes hacerlo.

—Es un bote de desodorante, para que te enteres, y soy muy buena haciendo *playback*.

—No me cabe duda —dices.

Miro hacia mi casa y veo que Monday nos observa desde la ventana del

dormitorio. Se aparta en cuanto ve que lo veo.

—Eso está yendo bien —señalas.

Asiento con la cabeza.

—Hoy es el gran día —digo, y al ver tu expresión confundida me explico—: hoy termina mi año de baja.

Te quedas perplejo, sorprendido.

—Vaya, mira por dónde.

—Pensaba que a lo mejor lo sabías; por lo de la mesa.

—No. Simplemente me ha parecido oportuno.

Ambos contemplamos el lugar donde antes estaban las patas de la mesa. Se ve la tierra a través de la hierba. Tendrás que replantar.

—¿Has encontrado algo ya? —preguntas.

—No.

—Lo encontrarás.

—Claro.

—Has perdido la confianza en ti misma, pero la recuperarás —dices, tratando de tranquilizarme. Y sé que no son palabras huera porque tú lo sabes mejor que nadie.

—Gracias.

—En fin. Ha sido un año interesante.

Me tiendes la mano. La miro, la tomo, la estrecho una vez, después me acerco para darte un abrazo.

Nos abrazamos sobre la hierba del jardín delantero, donde antes estaba la mesa.

—Nunca me has dicho qué hice mal —dices con delicadeza— para que estuvieras tan descontenta.

Me quedo helada, sin saber qué contestar. Ha llovido mucho desde que pensaba que tú eras aquel hombre, el hombre que odié tanto tiempo. Ni tú ni yo deshacemos el abrazo, creo que nos resulta más fácil no tener que mirarnos. Le hablas a mi cuello, noto tu cálido aliento en mi piel.

—Fue por tu hermana, ¿verdad?

El corazón me late con fuerza y estoy segura de que lo notas. Me delata.

—Perdona.

Tu disculpa primero me impresiona y después, nada. Y me doy cuenta de que en realidad no es lo que necesitaba. Te has pasado el año entero demostrándome que lo sentías, que para empezar nunca fue tu intención. Ya no tiene importancia. Estás perdonado. Me separo de ti, te beso en la frente y luego cruzo la calle de regreso a mi casa.

Madra está cavando como un loco en el jardín, el perro y yo entramos en conflicto por cosas como esta. Monday se ha vestido y aguarda con la puerta abierta. Te saluda con la mano, correspondes de igual manera.

—¡*Madra!* —grito—. ¡No! Cariño, ¿cómo has podido permitir...? ¡Oh, mis flores!

Madra sigue cavando junto al poste del letrero que me regalaste, el que dice LOS MILAGROS SOLO CRECEN DONDE LOS PLANTAS, y me arrodillo para arreglar el estropicio y, al hacerlo, mis ojos descubren una caja enterrada. Una caja metálica, como el cofre oxidado de un tesoro.

—¿Qué demonios...? ¡Mira, Monday!

Levanto la vista hacia Monday, esperando verlo sorprendido, pero ya lo sabe todo. Me está sonriendo. Se pone en cuclillas y creo que va a ayudarme a recomponer mis flores, pero en cambio dice:

—Ábrela.

Y lo hago. Y oh, ¡claro que digo que sí!

Este año ha sido el de mi metamorfosis. No por fuera. Por fuera tengo el mismo aspecto de siempre, tal vez un poco mayor. Por dentro he cambiado. Lo noto. Y es algo mágico. Mi jardín es mi espejo. Mi jardín, antes yermo y estéril, ahora está lleno, floreciente y maduro. Medra y prospera. Tal vez podría decirse lo mismo de mí. He perdido algo que creía que me definía y me hacía sentir como una persona dentro de un caparazón. En lugar de intentar recuperarlo, tuve que resolver por qué no podía vivir plenamente por mi cuenta.

El mundo se fascina con las transformaciones instantáneas, cambios de apariencia o juegos de manos disimulados con florituras. Rápidos como un chasquido, de aquí hasta allí, pestañas y te lo has perdido. Mi cambio no ha sido instantáneo, y a veces la lentitud de la transformación puede ser dolorosa, solitaria y confusa, pero sucede sin que nos demos cuenta de que sucede. Volvemos la vista atrás y pensamos: ¿quién es esa persona? Y en todo momento nos preguntamos: ¿en quién me estoy convirtiendo? ¿Y en qué momento exacto cruzamos la línea en la que una versión de nosotros devino la siguiente? Pero gracias a esa lentitud recordamos el viaje, conservamos el recuerdo de donde estábamos, adónde vamos y por qué. Como el destino es desconocido, valoramos el haberla cruzado.

Este no ha sido solo mi viaje, no ha consistido solo en que me hundiera y un hombre me rescatara, aunque en efecto tropecé y tú caíste y descubrí el amor y tú me curaste y reparaste. Esto va sobre tú y yo, sobre nuestra caída y ascenso con las estaciones, sobre lo que ocurrió cuando nos cerraron una puerta. No sé si sería la mujer que ahora soy de no haber sido por ti, y tú quizá ni siquiera pienses que has hecho algo. La mayoría de las personas que forman parte de nuestra vida no tienen que hacer algo activamente para cambiarnos, simplemente es preciso que estén. Yo reaccioné ante ti. Tú me afectaste. Me ayudaste. Me brindaste la amistad más excepcional, el oído más atento del mundo. Durante una de aquellas largas, frías y oscuras noches de invierno en torno a la mesa de tu jardín, me dijiste, aunque te daba vergüenza y estabas demasiado borracho para acordarte, que estabas pelado de frío y sin llaves y que yo te abría la puerta una y otra vez. En aquella ocasión mi respuesta fue muy simple, pero no me percaté del verdadero significado de mis palabras; me diste tu llave.

Creo que hiciste lo mismo por mí.

Te ayudé a ayudarme, me ayudaste a ayudarte, así es como debe ser, porque de lo contrario la propia idea de ayudar quedaría obsoleta. Siempre he pensado que recibir ayuda suponía perder el control, pero debes dejar que alguien te ayude, debes desear que alguien te ayude, y solo entonces puede empezar la metamorfosis.

La transformación de la crisálida puede llevar semanas, meses o incluso años; la mía ha durado un año. Y aunque me he convertido en esta persona, sigo estando en medio de una transformación de más alcance, una que no reconoceré hasta que vuelva la vista atrás y me diga: ¿quién es esa chica? Evolucionamos constantemente. Supongo que siempre lo he sabido, pero como siempre lo he sabido me daba miedo detenerme, y resulta irónico que cuando por fin me detuve fue cuando más avancé. Ahora sé que nunca nos detenemos del todo, que nuestro viaje nunca termina, porque seguiremos floreciendo tal como la oruga que, justo cuando creyó que el mundo terminaba, se convirtió en mariposa.

Agradecimientos

Mi inmenso agradecimiento a las personas que siguen, cuyo apoyo valoro y honro: Marianne Gunn O'Connor, Vicki Satlow y Pat Lynch. El inteligente equipo de HarperCollins, especialmente Lynne Drew, Louise Swannell, Liz Dawson, Martha Ashby y Kate Elton. Gracias al menudo Charlie Redmayne, sin ti no sería nada. ¿Es suficiente? Una afectuosa despedida a Moira Reilly, que ha estado conmigo desde el inicio de este alocado viaje, aunque no es un adiós para siempre, nos vemos en el bar... Los libreros de todo el mundo y los lectores, nunca podré agradecer bastante la vida que me habéis dado, permitiendo que me enfrascara en mi pasión cada día de mi vida. Mi maravillosa familia, a la que adoro, mis amigos que enseguida contestan en *The Beacon* y, por encima de todo, David, Robin y Sonny, mis locas preciosidades: os amo a todos.

Bien, ahora me voy a escribir la siguiente.



CECELIA AHERN (Dublín, 1981). Obtuvo una licenciatura en Periodismo y Medios de Comunicación en el Griffith College de Dublín. En 2004 publicó su primer novela *Postdata: Te quiero*. El libro se convirtió en una película dirigida por Richard LaGravenese, con Hillary Swank y Gerard Butler y se estrenó en EE. UU. el 21 de diciembre de 2007.

Notas

[1] Heather, además de ser un nombre propio, es el nombre común que designa al brezo. (N. del T.) <<

[2] Especie de tambor irlandés. (*N. del T.*) <<

[3] Juego de palabras: Pen, aparte de ser el diminutivo de Penelope, significa pluma estilográfica o bolígrafo. (N. del T.) <<

[4] Juego de palabras semejante al anterior: *Pad* es la forma abreviada de *notepad*, bloc de notas. (N. del T.) <<

[5] Un *leprechaun* es un tipo de duende masculino que habita en la isla de Irlanda. Según la leyenda, si alguien logra fijar la mirada sobre un *leprechaun*, este no puede escapar, pero en el momento en que se retira la mirada, desaparece. (N. del T.) <<

[6] *Thursday* significa jueves en inglés. (N. del T.) <<

[7] *Weed* significa hierbajo o mala hierba en inglés. (N. del T.) <<

[8] Juego de palabras intraducible. La voz *lemon*, además de designar al limón, significa idiota en lenguaje coloquial. (N. del T.) <<

[9] Frase de uso común acuñada por el programa infantil «Blue Peter» de la BBC. (*N. del T.*) <<

[10] *Turner & Hooch* o *Socios y sabuesos* es una película cómica estadounidense de 1989, dirigida por Roger Spottiswoode. Scott Turner es un detective increíblemente ordenado que se ve obligado a asociarse con un perro baboso llamado Hooch. (N. del T.) <<

[11] La frase es el inicio de un dicho de los marineros irlandeses, *Red sky at night, sailor's delight*. *Red sky at morning, sailor's warning*, que anuncia respectivamente bonanza o mal tiempo según el cielo enrojezca al anochecer o al amanecer. (N. del T.)

<<